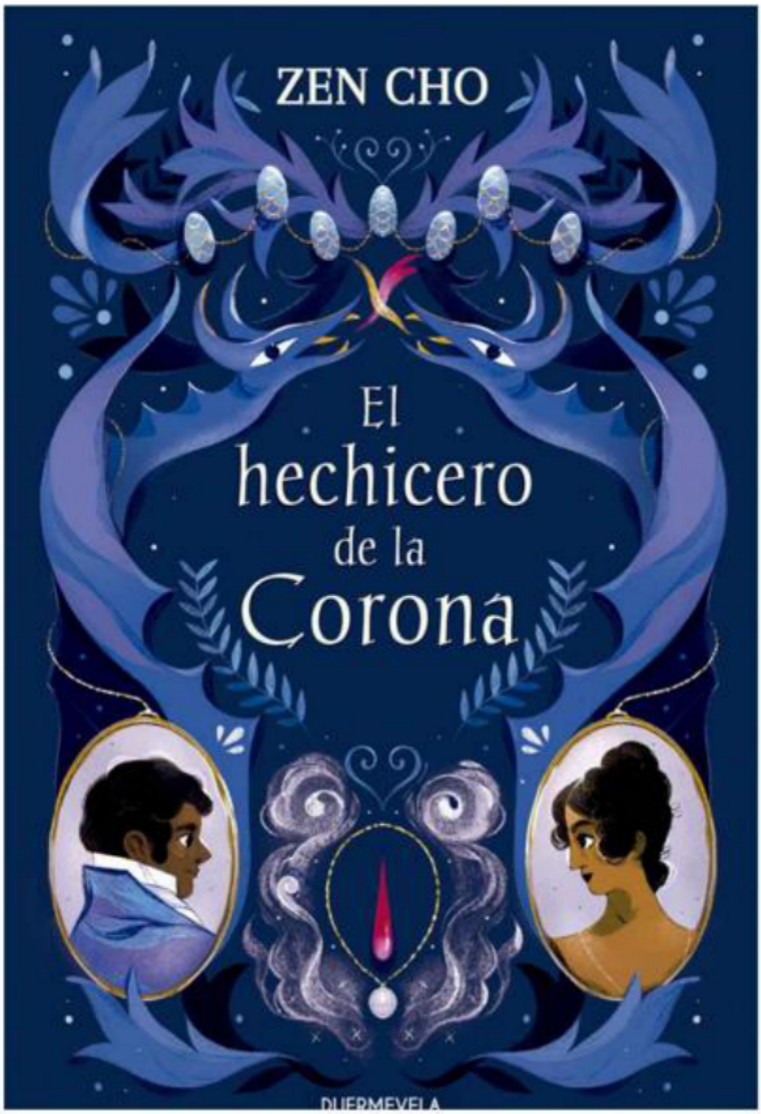
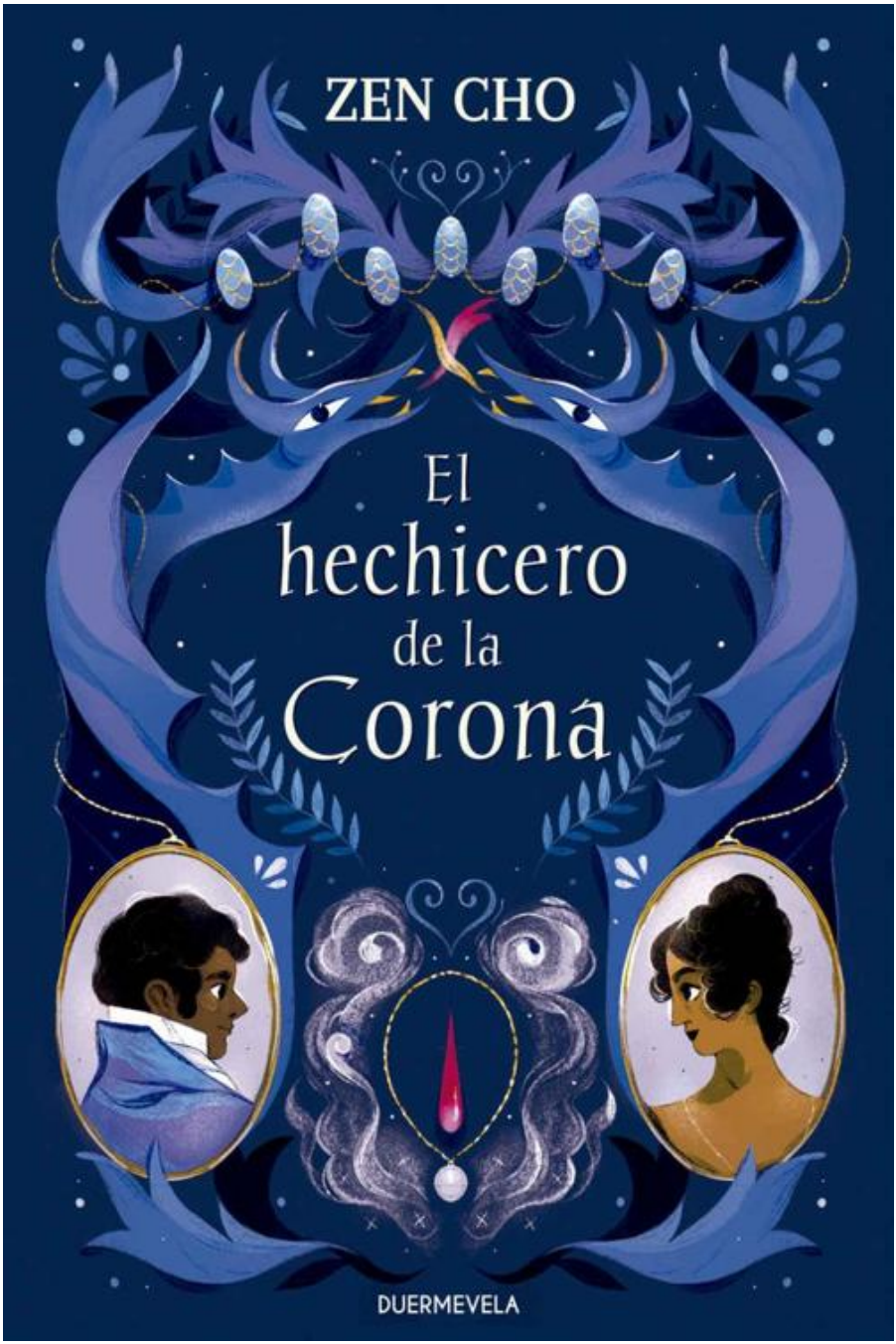

ZEN CHO
El hechicero de la Corona
DUERMEVELA



Los niños de su condición no eran una presencia infrecuente en las salas de la Sociedad. El niño era insólito no tanto por su piel, sino por su aparente ociosidad. A diferencia de los pajes con espléndidas libreas de la Sociedad, este vestía sobriamente y era joven para ser un

paje, pues acababa de alcanzar su sexto verano.

De hecho, Zacharias no ejercía ningún oficio en particular y nunca había visto la Sociedad antes de esa mañana, cuando el hechicero real en persona lo había conducido hasta allí. Sir Stephen le había ordenado con solemnidad que aguardara, para acto seguido desaparecer en las misteriosas profundidades del Gran Salón.

A Zacharias le fascinaba el edificio señorial, con sus sombrías paredes revestidas de madera y sus cuadros imponentes, y sentía cierto pavor hacia los circunspectos taumaturgos que pasaban corriendo ataviados con sus abrigos de un azul medianoche. Le sobrevino sobre todo cierta solemnidad por la seriedad de su cometido. Permanecía sentado y henchido de determinación mientras observaba las puertas del Gran Salón, como si pudiera obligarlas a abrirse con la fuerza de su voluntad y sacar de allí a su guardián.

Al fin, el momento llegó: las puertas se abrieron y sir Stephen lo llamó con un gesto.

Zacharias entró en el Gran Salón bajo la penetrante mirada de lo que se le antojaron miles de caballeros, la mayoría ancianos y ninguno amistoso.

Solo conocía a sir Stephen, pues no podía contar a Leofric, el familiar del hechicero real, que dormía enrollado en una espiral reptiliana en la parte trasera de la sala, echando humo por el hocico.

Hasta el niño más valiente se habría acobardado por tamaña concurrencia, y Zacharias era sensible. Pero sir Stephen apoyó una mano alentadora en su espalda, y el pequeño recordó esa mañana, que tan lejana quedaba ahora; el hogar, la seguridad, la calidez y el rostro de lady Wythe inclinándose sobre él: «No temas, Zacharias, pero hazlo lo mejor que puedas. Con eso bastará, pues has aprendido del mejor hechicero del reino.

Si la atención de tantos caballeros te pone nervioso, imagina que son repollos. Eso siempre me ayuda en ocasiones así».

Zacharias se lo imaginó con todas sus fuerzas mientras lo empujaban al frente de la sala, pero los repollos no parecieron ayudar. Lo cierto era que nadie nunca había exhortado a lady Wythe a demostrar las capacidades mágicas de su raza ante las mentes taumatúrgicas más brillantes de Inglaterra. Suponía una gran responsabilidad, y a cualquiera le resultaría abrumadora, pensó Zacharias, incluso aunque él fuera un niño extraordinario de seis años.

—¿A qué deseas darle vida, Zacharias? —dijo sir Stephen. Señaló una pequeña caja de madera sobre una mesa—. El señor Midsomer adquirió esta caja a lo largo de sus viajes, con grabados de pájaros, frutas y animales extravagantes. Puedes elegir.

Zacharias había practicado el hechizo muchas veces bajo el tutelaje paciente de sir Stephen. La noche anterior, se había quedado dormido recitando la fórmula. Y, sin embargo, en ese instante, rodeado por una multitud de rostros desconocidos, angustiado por la percepción de ser el centro de atención, la memoria lo abandonó.

Su mirada de espanto pasó del semblante amable de sir Stephen al público y vagó por el Gran Salón, como si pudiera encontrar las palabras del hechizo esperándole en un rincón polvoriento. Era la sala más antigua de la Sociedad y contaba con varios elementos interesantes, de entre los cuales destacaban las antiguas claves talladas en el techo. Estas representaban corderos, leones y unicornios; los rostros de hechiceros fallecidos hacía mucho tiempo y hombres verdes con expresiones avinagradas y ramas brotando de sus narices. En cualquier otro momento, esas claves habrían cautivado a Zacharias, pero ahora no le proporcionaban ningún placer.

—He olvidado el hechizo —susurró.

—¿Cómo dices? —dijo sir Stephen. Antes había hablado con voz clara y sonora para dirigirse al público, pero ahora bajó el tono y se acercó más a él.

—No le ayude, haga el favor —gritó una voz—. Así no demostrará nada de lo que nos ha prometido.

El público se había ido inquietando más ante el estupor de Zacharias.

Otras voces siguieron a la primera, intimidantes, descontentas:

—¿El niño es idiota?

—Un loro nos entretendría más.

—¿Acaso has visto algo más absurdo? —comentó un taumaturgo a su amigo, en un susurro audible—. Bien podría intentar persuadirnos de que los cerdos vuelan… ¡o de que las mujeres hacen magia!

El amigo objetó que los cerdos sí podrían volar, si alguien se molestase en hechizarlos.

—¡Ah, por supuesto! —respondió el primero—. Y podríamos enseñar a una mujer a hacer magia, supongo, pero ¿de qué nos serviría un cerdo volador o una fémina mágica?

—Menudo obsequio para la prensa —gritó un caballero con bigotes rojos y una mueca de desdén—. Hemos provisto a los caricaturistas con buen material: ¡una reunión de los mejores magos de nuestra época, convocados para contemplar cómo tartamudea un negrito! ¿Acaso la taumaturgia inglesa se ha rebajado tanto por la decadencia de la magia en Inglaterra que sir Stephen cree que no tenemos nada mejor que hacer?

La desazón recorrió la multitud, como si lo que acababa de decir el caballero disgustase a sus compañeros.

—Quizá no hay suficiente magia —dijo Zacharias, preocupado.

—¡Calla! —le increpó sir Stephen. Para vergüenza del muchacho, lo dijo en voz alta y lo oyó toda la sala—. Que no te inquiete eso. Al señor Midsomer le gusta explayarse sobre el tema, pero creo que Inglaterra aún dispone de suficiente magia para avivar los hechizos de cualquier mago aceptable.

El hombre de los bigotes rojos soltó una réplica ininteligible, pero no se le permitió terminar, pues otros tres taumaturgos acallaron sus quejas mostrando su desacuerdo a voces. Seis magos más defendieron al señor Midsomer, alternando insultos a sus compañeros con críticas contra sir Stephen y burlas hacia su protegido. ¡Menudo animal tan mal amaestrado era ese, dijeron, si ni siquiera sabía actuar!

—Qué espectáculo más edificante para un niño: una sala llena de hombres más grandes que él, todos insultándole —dijo un caballero con la estrella plateada de hechicero en el abrigo. No se molestó en alzar la voz, pero su tono frío atravesó el tumulto—. Forma parte de las tradiciones más antiguas de nuestra honorable Sociedad, de eso estoy seguro, y es una muestra de lo mucho que nos merecemos nuestro lugar en el mundo.

El señor Midsomer enrojeció de rabia.

—El señor Damerell puede decir lo que le plazca, pero no veo razón alguna para refrenar nuestras críticas sobre este espectáculo tan absurdo, con niño o sin él —espetó.

—Estoy seguro de que usted no se refrenará —dijo Damerell con gentileza

—. Siempre he admirado que, en pos de sus convicciones, se niegue usted a que la consideración hacia el resto de la humanidad, o incluso la práctica de simples modales, le limite.

La sala estalló en discusiones más acaloradas que nunca. El clamor ascendió hasta tal punto que podría despertar los grabados de la caja y las claves dormidas del techo sin que Zacharias tuviese que mover ni un dedo.

Zacharias miró a su alrededor, pero todo el mundo había dejado de prestarle atención. Por el momento, estaba a salvo.

Soltó un suspiro de alivio. Y, como si esa pequeña exhalación fuera la llave para su memoria clausurada, su mente se abrió y el hechizo aterrizó en ella, plenamente formado. Las palabras resultaban tan claras y obvias, su lógica tan inmaculada, que Zacharias se preguntó si las había perdido en algún momento.

Pronunció el hechizo en voz baja, aún inseguro tras las penas que había sufrido. Pero la magia llegó, siempre amiga suya, y respondió a la llamada.

Los pájaros tallados en la caja relucieron en rojo, verde, azul y amarillo, y supo que el hechizo había funcionado.

Los pájaros se desprendieron de la caja al adquirir sustancia y existencia; desplegaron las alas, las plumas les brotaron sobre la piel.

Volaron hacia el techo, graznando. La brisa de sus alas acarició el rostro de Zacharias, y el niño rio.

Una a una, las claves talladas cobraron vida, y los hechiceros muertos y los amargados hombres verdes y los leones y los corderos y los pájaros abrieron la boca, todos ellos entonando con vigor la canción favorita de Zacharias. Consiguieron ahogar las voces enfadadas de los hombres de abajo y llenaron la sala de un sonido glorioso.

CAPÍTULO 1

18 AÑOS MÁS TARDE

Los invitados de lady Frances Burrow no se habían fijado demasiado en el mayordomo cuando los condujo al interior de la casa, pero la floritura presumida con la que abrió la puerta ahora generó curiosidad.

Aquellos que interrumpieron sus conversaciones y alzaron la cabeza de sus helados fueron recompensados con su anuncio.

—¡Lady Maria Wythe y el señor Zacharias Wythe!

No habían pasado ni tres meses desde que Zacharias Wythe había aceptado el báculo de hechicero real; y no mucho más desde el fallecimiento de su predecesor, sir Stephen Wythe. Era objeto de un interés general y, para la creciente satisfacción de lady Frances, más de un par de ojos siguieron su avance por el salón.

Zacharias Wythe no podía evitar llamar la atención allá donde fuera. La oscura tonalidad de su piel lo haría destacar en cualquier concentración de

sus colegas, pero también resultaba notable por su altura y la belleza de sus rasgos, en absoluto perjudicada por su semblante harto melancólico. Quizá esto último no fuera sorprendente en una persona como él, que había asumido su cargo en trágicas circunstancias y en una época en que la taumaturgia inglesa se encaminaba hacia una crisis sin precedentes.

No obstante, más extraño que su color y más preocupante que cualquier otra circunstancia era el hecho de que Zacharias Wythe no tenía un familiar, aunque portase el antiguo báculo del hechicero real. Los invitados de lady Frances no dudaron en intercambiar comentarios sobre lo que opinaban de esta curiosa ausencia, pero hablaron en voz baja; no tanto por respeto a la banda de crespón negro que rodeaba el brazo de Zacharias, sino por respeto a su acompañante.

Era lady Wythe a quien lady Frances había invitado, contrarrestando sus quejas con una insistencia generosa: «¡No será una fiesta! ¡Solo invitaré a mis amigos más íntimos! Tómatelo como una prescripción médica, querida Maria. No es bueno que estés mustia todo el día en casa. Y lo mismo digo sobre el señor Wythe. No debería quedarse demasiado tiempo solo consigo mismo, estoy segura».

Con Zacharias, lady Frances había dado con el principal objeto de preocupación y afecto de lady Wythe. Su pérdida era enorme, pero nunca había sido muy aficionada a las reuniones de sociedad, ni siquiera antes de la muerte de sir Stephen. Sin embargo, por Zacharias haría lo que fuera y, por su bien, se atavió con un vestido de luto para batallar en un mundo que se había vuelto incalculablemente más frío y triste tras la muerte de su marido.

—Me pregunto por dónde andará lord Burrow —le dijo a Zacharias—.

No te vendría mal consultarle sobre tus hechizos para detener el declive de nuestra magia. Según sir Stephen, lord Burrow comprendía la ciencia de la taumaturgia como el mejor.

Formaba una parte sustanciosa del afán de lady Wythe por asistir a la fiesta el hecho de que lord Burrow presidiera el comité directivo que gobernaba la

Real Sociedad de Filósofos Antinaturales. Lord Burrow había sido amigo de sir Stephen, pero consideraba el plan de este de educar a un niño negro en las artes mágicas un fenómeno desafortunado, una excentricidad que solo se le toleraba a un hombre de su calibre. El suceso que había otorgado el báculo del hechicero real a ese niño negro no era, en opinión de lord Burrow, nada bienvenido. Aunque era lo bastante docto para no atribuir la inminente crisis de recursos mágicos en Gran Bretaña a la piel de Zacharias o a su escasa experiencia, eso no implicaba que le contemplase con afecto.

Sin embargo, su apoyo contribuiría en gran medida a fortalecer la posición de Zacharias, si es que lo conseguía. Con ese pensamiento en mente, lady Wythe había convencido a Zacharias, pues él era igual de reacio que ella a comparecer en sociedad. Aunque, con veinticuatro años, poseía toda la soltura y la seguridad que se pueden adquirir tras una magnífica educación y toda una vida codeándose con la flor y nata del mundo mágico, era por naturaleza más retraído que sociable, y sus reservas perjudicaban sus modales.

Había accedido a acompañar a lady Wythe porque creía que estar en sociedad podía levantarle el ánimo, pero se resistió ante la directiva de hablar con lord Burrow: «Como si no fuera a pensar que es una impertinencia absurda por mi parte presumir de haber identificado una solución para nuestros apuros, cuando mejores magos que yo han fracasado.

Además, mi investigación apenas había avanzado ni un ápice antes de suspenderla».

Antes de la muerte de sir Stephen y del consecuente ascenso de Zacharias, el joven había dedicado gran parte de su tiempo a buscar respuestas a interrogantes taumatúrgicos. Había investigado la magia doméstica que desarrollaban de forma clandestina las mujeres de la clase trabajadora, ignoradas por la Sociedad; había estudiado la magia de otros países y escrito una monografía sobre la estructura común de algunos hechizos africanos y asiáticos; pero, en el periodo previo a la muerte de sir Stephen, se había involucrado brevemente en la

elaboración de encantamientos para revertir el declive continuo de la magia de Inglaterra.

Se trataba de un proyecto de considerable interés práctico, pero llevaba varios meses sin trabajar en él. Para Zacharias, al igual que para lady Wythe, la muerte de sir Stephen marcaba el instante en el que el curso normal del tiempo se había interrumpido. Lo que había seguido a esa fecha era una vida muy diferente, apenas relacionada con la anterior.

—No deseo mostrar mis hechizos a nadie en su estado actual —dijo Zacharias en ese momento.

Lady Wythe era demasiado sabia y no insistió.

—Pues quizá podamos intentar que te presenten a algunas señoritas. Lady Frances me dijo que a lo mejor celebraban un baile después de la cena.

Seguro que no tienes ninguna objeción a ello, y sería una lástima que alguna de esas señoritas no pudiera bailar por carecer de pareja.

La mirada de consternación de Zacharias resultó cómica.

—Dudo que les complazca una pareja como yo. En su parcialidad, se olvida usted del objeto tan alarmante que soy.

—¡Disparates! —exclamó lady Wythe—. Eres precisamente el tipo de hombre por el que las muchachas se desmayan. Oscuro, misterioso, callado… Un joven que hable demasiado siempre parecerá un mequetrefe.

¡La misma imagen del romanticismo! Piensa en Otelo.

—Su romance no acabó bien —repuso Zacharias.

Al parecer, el hechicero tenía razón, pues pronto resultó evidente que Zacharias causaba un curioso efecto en el resto de invitados.

Conversaciones entre susurros se acallaban de repente cuando él se aproximaba. Algunos taumaturgos, de quienes se esperaba que saludasen al máximo representante de su profesión, dirigieron un gesto de cabeza a lady Wythe, pero rehuyeron la mirada de Zacharias.

Él estaba acostumbrado a recibir ese trato; aunque le molestara, no pensaba permitir que lady Wythe se enterase. Sin embargo, ella no

estaba tan

curtida. Aunque el retraimiento de los otros invitados apenas era evidente, el afecto agudizó su capacidad de observación y se afligió por lo que sus ojos presenciaron.

—¿Puedo dar crédito a lo que veo? —dijo en voz baja—. ¿Josiah Cullip ha eludido tu mirada?

—A lo mejor no me ha visto —respondió Zacharias, en un arrebato deshonroso de cobardía.

—Zacharias, querido, creo que mi parcialidad no me engaña cuando digo que es imposible no verte en esta sala —objetó lady Wythe—. ¡Pensar que el hijo de un vendedor de telas te ha rehuido, cuando lo recomendaste a sir Stephen como secretario del comité! ¿En qué estará pensando?

—No soy popular —dijo Zacharias. Ya había sufrido y tragado su amargura respecto a la traición de Cullip. Mostrar que le importaba solo aumentaría la angustia de lady Wythe—. Supongo que planea ganarse el favor de la Sociedad negando cualquier relación conmigo.

—Pero ¿qué queja podría tener la Sociedad sobre tu conducta? Estoy segura de que no has hecho nada excepto redundar en beneficio de tu cargo.

Si alguien tiene derecho a quejarse son tus amigos, pues la Sociedad acapara todo tu tiempo desde que te convertirse en hechicero real.

—Hay un declive en nuestra magia —replicó Zacharias—. No es sorprendente que mis colegas relacionen ese problema con mi investidura.

Eso ofrece la posibilidad de una solución sencilla: destituirme para que todo vuelva a estar bien.

—Nunca me sorprende que los taumaturgos se aferren a una idea absurda, pero eso no excusa su estupidez —insistió lady Wythe—. La escasez de magia atormentó a sir Stephen durante años, pero nadie pensó en culparlo a él. Son esas malvadas hadas que no nos dejan tener familiares, y eso no tiene nada que ver contigo. El señor Cullip debería saberlo.

—No puede evitar fijarse en los prejuicios en su contra. A gran parte del comité le desagrada la idea de que alguien que no sea un caballero

forme parte de sus filas. Y Cullip debe sustentar a su esposa e hijos. Sin ese trabajo, se habría visto obligado a renunciar a la taumaturgia.

—He ahí tu problema, Zacharias —concluyó lady Wythe—. Moverías cielo y tierra para ayudar a la criatura que menos se lo mereciera, pero nunca te tienes en cuenta a ti mismo. Ojalá no te desvivieras por esos holgazanes.

¡Has empalidecido! Si no supiera la verdad, sospecharía que has contraído alguna enfermedad y me la ocultas.

Incómodo, Zacharias movió los hombros como si quisiera desembarazarse de la mirada inquisidora de lady Wythe.

—Bueno —dijo, con un tono que pretendía ser más leve—, ¿no estamos en una fiesta? Apenas le hemos agradecido a lady Frances su amabilidad.

¿Quiere un poco de ponche? Creo que hay helados… Seguro que le apetece uno.

Lady Wythe le miró con melancolía, pero sabía que, a pesar de su templanza, el joven poseía la terquedad tradicional de un hechicero. Le comunicó que le apetecía un helado.

A Zacharias le preocupaba tanto que lady Wythe se sintiera cómoda como a ella su bienestar… y el hecho de que cayera en gracia a los demás.

No estaba en su poder garantizarle ninguna de las dos cosas; la dama, además, desconocía otros asuntos que él le ocultaba para no causarle más sufrimiento. Absorto en su inquietud, Zacharias no oyó a John Edgeworth llamarle por su nombre, y eso que lo repitió.

—¡Wythe, he dicho!

—Discúlpeme, Edgeworth —se sobresaltó Zacharias—. No pensaba que le vería aquí.

John Edgeworth era descendiente de una antigua familia taumatúrgica, pero, aunque había heredado la inteligencia y la iniciativa de sus antepasados, carecía, por desgracia, de su habilidad mágica. Había aprovechado al máximo esta vergonzosa situación: le apreciaban mucho en el Ministerio de Relaciones Exteriores, donde lo valoraban por su comprensión de los taumaturgos obstinados de Gran Bretaña y sus relaciones con las *sorcières* de Francia. Últimamente era

más habitual encontrar a Edgeworth en cenas con anfitrionas políticas que entre los miembros de la Sociedad.

—No me planteo quedarme más tiempo, pues tengo otro compromiso y no puedo llegar tarde —dijo Edgeworth, echado un vistazo a su alrededor, como si temiera que alguien le oyera—. ¡No hay que hacer esperar a los hombres importantes! Pero pensé que cabría la posibilidad de encontrarle aquí. De hecho, lady Frances me lo aseguró. La cuestión es que el Gobierno se halla en un dilema, un dilema mágico, y me han encomendado que obtenga su ayuda. ¿Por qué no viene a verme mañana?

Zacharias dudó. Los dos sabían que no se trataba de una petición. En teoría, el hechicero real era independiente del Gobierno e incluso de la Sociedad.

Su única lealtad era para con la nación y resultaba impensable que nadie (excepto un hechicero), y mucho menos un mero político o empleado civil, pudiera juzgar el mejor uso de la magia para el bien de la nación.

En la práctica, no obstante, un hechicero real cuya carrera se enfrentaba a tal escasez de recursos mágicos debía procurar mantener a su Gobierno de buen humor. El Gobierno sabía que la influencia de la Sociedad había menguado en los últimos tiempos, aunque desconociera el alcance de sus problemas, y estaría sobre aviso ante cualquier señal de debilidad o infracción. Aun así, a Zacharias le irritó tener que anular sus planes por una orden tan perentoria.

—Mañana tengo una reunión con el comité de estándares taumatúrgicos y no se puede posponer con facilidad —dijo, pero John Edgeworth lo interrumpió:

—Pues venga el miércoles. O, espere, ahora vive en la casa del hechicero real, ¿verdad? ¿Esos amplios aposentos alquímicos? Me sirve. Le

visitaremos el miércoles. Supongo que no le supondrá mayor problema si vamos por la mañana o por la tarde.

Antes de que Zacharias pudiera protestar o preguntar a quién incluía ese

«visitaremos» de Edgeworth, su interlocutor había desaparecido, dejándole en un estado de indignación reprimida y con un helado que se derretía con rapidez. Lo último, más que lo primero, fue lo que le

impidió quedarse allí plantado, y se apresuró a regresar al lugar donde había dejado a lady Wythe.

La escasez de magia en Inglaterra era de dominio público entre la población mágica. Seguro que Edgeworth se había enterado de algo. Pero los magos eran reservados y solo un taumaturgo en activo sabría cómo de mal estaba el asunto. Si la Sociedad quería conservar su posición y sus privilegios, debían esconder la escasez de recursos; sobre todo al Gobierno, que no tenía en gran estima a los magos de Inglaterra.

¿Acaso esos aires que se daba Edgeworth, una mezcla de misterio e importancia, significaban que el secreto de la taumaturgia se había desvelado? Zacharias no lo descubriría hasta el miércoles. ¡Qué lástima que su investigación se hubiese visto interrumpida! Si pudiera terminar los hechizos para incrementar la magia de Inglaterra, podría olvidarse de esas angustias. Si dispusiera de tiempo para viajar a la frontera del Mundo de las Hadas, quizá le tentase probarlos.

Lady Wythe estaba absorta en una conversación con su anfitriona cuando Zacharias se acercó. Lady Frances Burrow susurraba con dramatismo y perspicacia siempre que compartía confidencias, lo cual tenía el efecto de atraer más la atención que su tono de voz habitual. Hablaba con lady Wythe de un modo bastante audible:

—Querida, ¡hasta una pluma me habría tumbado cuando la señora Quincey me lo contó! No di crédito a ninguna de sus palabras, por supuesto, pero espero que me perdones por no discutir con ella sobre ese asunto.

Zacharias no oyó la respuesta de lady Wythe, pero lady Frances parecía desconcertada. Protestó en un susurro más estridente:

—Pero, Maria, tú sabes que el hecho de que el señor Wythe fuera la última criatura en ver a sir Stephen con vida es bastante extraño. Y, además, salió del estudio de sir Stephen como amo del báculo, nadie ha visto a Leofric…

¡No puedes negar que parece muy insólito! No culpes a la señora Quincey por planteárselo.

Esa vez fue imposible no captar la respuesta de lady Wythe:

—Sí que pienso culpar a la señora Quincey por preguntarse si Zacharias mató a mi marido y a su familiar. Si cree que Zacharias es capaz de alzar la mano contra alguien, y encima contra alguien que

fue como un padre para él, es más necia de lo que aparenta. ¡Y me sorprende que me cuentes sus malévolas fantasías, Frances!

—¡Pero bueno, Maria! —exclamó lady Frances, herida—. ¡Solo pretendía ayudar! Sobre que esto solo sean fantasías de la señora Quincey, deberías saber que no se lo he oído solo a ella. Se comenta por todas partes, y el señor Wythe dará una pésima imagen si no ataja estas habladurías.

Debes saber que…

Pero lady Wythe nunca oyó lo que debería saber, pues lady Frances vio a Zacharias y su rostro se tornó escarlata. Lady Wythe tenía los ojos húmedos y la nariz enrojecida; para su disgusto, siempre lloraba cuando se enfadaba.

—Zacharias, le estaba comentando a lady Frances que es mejor que nos marchemos a casa —dijo la dama, recobrando la compostura—. Mañana te reúnes temprano con el comité, ¿verdad? Y yo estoy demasiado cansada para quedarme. Pero lady Frances me perdonará, estoy segura. Es tan bondadosa que no me guardará rencor.

Aunque solo un instante antes había regañado a lady Frances, en ese momento le estrechó la mano. Hubo que reconocer que lady Frances respondió de forma espléndida:

—¡Por supuesto, pero no hay nada que perdonar! Habéis sido muy amables por venir. Solo espero… —añadió, bajando la voz—. Solo espero no haber empeorado tus preocupaciones, querida Maria.

Su amistad con lady Frances se había salvado, pero la noche para lady Wythe era irreparable. En cuanto Zacharias la ayudó a subir al carruaje, exclamó:

—¡Qué gente más despreciable! ¡Cómo pueden decir esas cosas tan horribles! Nunca se habrían atrevido a ser tan detestables delante de sir Stephen. ¡Ojalá…!

Sacó un pañuelo de su bolso con manos temblorosas y fingió sonarse la nariz. Sin embargo, Zacharias sabía con exactitud lo que la dama habría dicho si se hubiera permitido concluir la frase; lady Wythe no habría podido desear con más urgencia que le devolvieran la vida y el cargo a sir Stephen que el propio Zacharias.

—Ojalá pudiera ayudarte —dijo lady Wythe en cambio.

—Le ruego que no permita que esas habladurías la angustien —dijo Zacharias—. Mi puesto me confiere inmunidad ante cualquier crimen, como bien sabe, por lo que solo es un rumor desagradable y no puede producir consecuencias reales. Yo no consiento que me afecte.

Eso no era del todo cierto, pero trató de sonar lo más sereno posible con la esperanza de que lady Wythe lo creyese tranquilo.

La dama bajó el pañuelo y fijó sus inquietos ojos azules en Zacharias.

—¿Ya habías oído ese rumor?

Zacharias asintió.

—Esperaba que… —Pero no podía decir lo que esperaba, pues habría revelado con demasiada claridad sus temores. Apartó el rostro para que lady Wythe no pudiera ver su expresión y, con dificultad, dijo—: Ya estaba…

muerto cuando llegué.

—Ay, Zacharias —dijo lady Wythe, afligida—. ¿Acaso crees que debes darme explicaciones a mí? Sir Stephen me habló de su dolencia incluso antes de confiársela a su médico. Sabía que su corazón lo mataría. Ojalá te

hubiésemos preparado para ello. Sir Stephen sabía que debía contártelo, pero no se atrevió. No soportaba pensar que te abandonaría tan pronto. Qué orgulloso se sentiría si pudiera ver lo bien que te has desenvuelto… y cuánto lamentaría haberte causado tantos problemas.

Zacharias sacudió la cabeza, retorciéndose las manos; un hábito nervioso que sir Stephen quiso quitarle, pero al que recurría en épocas de grandes emociones. Abrió la boca para hablar, casi sin saber lo que estaba a punto de confesar, pero el fantasma intervino primero.

—Nunca te perdonaré si le hablas a Maria sobre mí —dijo sir Stephen.

Zacharias prefirió no tratar con el espectro de su guardián, sino que se sumió en un silencio furioso durante el resto del viaje, para desconcierto de la pobre lady Wythe. Tras llevar a la dama a su casa e instalarse él sin ningún percance en su estudio, exclamó:

—¡Me gustaría que no interrumpiera mis conversaciones! Resulta extremadamente complicado no revelar su presencia con mis respuestas.

¿No dijo que debíamos hacer todo lo posible para evitar que lady Wythe le descubriera, puesto que teme tanto a los fantasmas?

Zacharias nunca le habría hablado con tanta brusquedad a sir Stephen en vida. Aunque no siempre habían sido de la misma opinión, rara vez se había atrevido a comunicárselo. Quizá había persistido en él esa preocupación infantil a descubrir que, si no se esforzaba en complacerle, si mostraba cualquier señal de ser menos de lo que su benefactor deseaba, quizá descubriera que ya no lo querían.

Pero la muerte, en su bondad ambigua, le había despojado de ese temor del pasado, incluso aunque le hubiera arrebatado a lady Wythe su mayor apoyo y a Zacharias la persona a la que más valoraba en el mundo. Ya no había motivo alguno para posponer ninguna riña, y Zacharias no dudaba del apego desinteresado de sir Stephen, cuando su fantasma seguía atormentándolo con una persistencia tan inoportuna.

—Si hubiera guardado silencio, habrías olvidado nuestro acuerdo —dijo sir Stephen con una falta de arrepentimiento irritante—. Bien sabes que me prometiste que no le contarías lo que ocurrió aquella noche.

—Deberíamos decírselo a lady Wythe —replicó Zacharias, sacudiendo la cabeza—. Ella, más que nadie en este mundo o en el siguiente, tiene derecho a saber lo que pasó la noche de su muerte.

—Si solo fuese a revelarse la causa de mi muerte, no discreparía. Pero confiar en Maria implica desvelar los detalles del Intercambio a una persona lega… ¡Y a una mujer, ni más ni menos! Ya eres lo bastante impopular, Zacharias. No quieras ganarte el oprobio de tus colegas por divulgar el secreto más importante de la hechicería.

—No puede cuestionar la confianza de lady Wythe —argumentó Zacharias

—. El consuelo que le daría saber que está bien sería incalculable, y… hasta ella se lo preguntará. —Bajó la voz para que solo alguien con el oído sobrenatural de los muertos pudiera oír sus siguientes palabras—: Hasta ella debe dudar.

Sir Stephen era un hombre alto y honesto; aún poseía cierto vigor a

pesar de su cabello encanecido. Su cuerpo fornido recordaba más al de un general que al de un erudito o hechicero, pero el semblante franco y los ojos de un azul claro escondían una astucia insospechada. Sus enemigos taumaturgos habían dicho, a medias entre la desaprobación y la envidia, que sir Stephen debería haber sido político; seguro que habría acabado como primer ministro.

—¿Maria, dudar de si tú eres un asesino? —exclamó sir Stephen con incredulidad—. ¡No lo creas nunca, Zacharias! Como sabía que no debía cuestionar la autoridad de la niñera, fingía creer las historias que contaba sobre tu maldad, pero tras castigarte y enviarte de vuelta llorando a tu habitación, ¡qué sospechas más oscuras planteaba Maria! ¡Qué calumnias vertía sobre la integridad de la pobre Haddon! No estaba segura de que la niñera te entendiera. «Zacharias no pretendía portarse mal. Una naturaleza como la suya solo necesita paciencia y afecto para gobernarla». Haría falta

algo más que los cotilleos de un grupo de magos maleducados para quebrantar la fe que deposita en ti.

Pero los recuerdos de la infancia no servían de nada. El semblante de Zacharias lucía una mirada terca que sir Stephen conocía muy bien. Con cuatro años, Zacharias fruncía el ceño cuando no quería comerse las gachas.

Y ese mismo aspecto lucía ahora, veinte años más tarde, cuando alguien le impedía hacer lo que él consideraba correcto.

—Quizá te libere de tu promesa si accedes a contarle a Maria lo de tu dolencia —dijo sir Stephen—. A lo mejor ella puede ayudarte a aliviar tu angustia.

—Ningún mortal puede curar mi dolencia —repuso Zacharias, pero no añadió nada más. Había perdido la batalla, como bien sabía sir Stephen que ocurriría en cuanto nombrase la enfermedad. Esa era una cuestión relacionada con el secreto de su muerte de la cual Zacharias prefería no hablar, por mucho que valorase la sinceridad.

Zacharias procedió a centrarse en los preparativos para el trabajo del día siguiente, como si no hubiera empezado a sentirse mal; una pretensión que no habría engañado a sir Stephen ni antes de poseer la intuición de los muertos.

—¿Duele mucho? —preguntó.

—No demasiado —respondió Zacharias. Esas preguntas le

incomodaban y, cuando habló de nuevo, fue para cambiar de tema—: ¿Sabe por qué Edgeworth quiere verme el miércoles?

Ahora que sir Stephen rondaba entre el reino mortal y el celestial, no era necesario explicarle nada de lo que había ocurrido. Parecía conocer todos los detalles del día a día de Zacharias tan bien como él.

—Sospecho que querrá un hechizo —dijo sir Stephen—. Querrá una transformación exorbitante de la naturaleza… Triplicar los barcos de la armada o deshacer algún revés militar. El Gobierno nunca pide un

encantamiento sencillo, como una iluminación o un espejismo para consentir que los miembros del Parlamento dormiten sin que nadie se dé cuenta en la Cámara de los Comunes.

—Pues entonces no le ofreceré mi ayuda —dijo Zacharias. Guardó silencio un momento para observar de reojo a sir Stephen—. ¿Qué debería decirle?

El Gobierno acostumbra a sobrestimar nuestros poderes, pero no deberíamos despojarle de la idea que pueda tener sobre nuestras habilidades.

—¡No, claro que no! Los monarcas no suelen tener en alta estima a los hechiceros y lo único que mantiene a raya al Gobierno es el miedo a que nos venguemos de cualquier descortesía. Es un tema delicado y requiere sutileza.

—Pero dirigió una mirada cómplice a Zacharias, que había adquirido un aire inocente de interés—. ¡Muy bien! —añadió—. Ya sabes que lo que más me gusta es que me pidan mi opinión. Pero ten en cuenta, Zacharias, que este respiro solo es temporal. ¡No olvidaré nuestra discusión!

CAPÍTULO 2

No hay nada tan farragoso como un comité de magos. Eran las seis de la tarde cuando los colegas de Zacharias terminaron de opinar sobre las normas taumatúrgicas, bien pasada la hora a la que normalmente estaría sentado ante su cena.

Se había comprometido a cenar con un compañero, pero, por suerte, su amigo respetaba el margen de cortesía y no consideraría que las seis y media fuera demasiado tarde para comer, así que Zacharias subió los amplios escalones blancos del Club del Teúrgo con nada más que su hambre para acelerarle el paso.

La Real Sociedad de Filósofos Antinaturales regulaba los asuntos de la taumaturgia inglesa, pero era dentro de los pasillos menos señoriales y más modernos del Club del Teúrgo donde la taumaturgia se relajaba. En las múltiples salas del Teúrgo se reunían augures, alquimistas, adivinos, brujos, videntes, invocadores, zahoríes de tempestades, magos y algún que otro

hechicero. Los únicos requisitos para la membresía eran que el candidato poseyera una pizca de habilidad mágica y que pudiera pasar por un caballero.

En los últimos años, el requisito de nacimiento había adquirido más importancia que la magia, según empezaron a menguar los recursos mágicos de Inglaterra y la taumaturgia perdió cierto esplendor como profesión. Lo cierto era que la magia siempre había tenido un cariz poco inglés al ser impredecible, desatender la tradición y repartir sus dones entre las clases altas y bajas. Excepto en las familias taumatúrgicas más antiguas e importantes (los Burrow, los Edgeworth, los Midsomer y sus semejantes), la magia ya solo se consideraba una profesión deseable para los hijos menores.

Como consecuencia, los salones del Teúrgo estaban repletos de caballeros que se interesaban más por las cartas que por la hechicería. Los filósofos antinaturales más serios buscaban refugio en las majestuosas salas y bibliotecas silenciosas de la Sociedad.

Cabría esperar que Zacharias se uniera a estos últimos, pero, de hecho, encontraba una compañía más agradable en los jóvenes y los dandis. No lo habían admitido como miembro de la Sociedad, a pesar de cumplir con todos los requisitos de aprendizaje y habilidad, hasta que tomó posesión del báculo, e incluso entonces la Sociedad había aceptado a su nuevo hechicero real a regañadientes.

Por muy bulliciosos que fueran los salones del Teúrgo, al menos en ellos Zacharias podía confiar en que el color de su piel no fuera ningún impedimento. Allí era simplemente Zacharias Wythe: «Un tipo muy caballeroso, ese Wythe, aunque hable como un libro». Siempre experimentaba alivio cuando cruzaba su umbral; una distensión de su cautela que no disfrutaba en ningún otro lugar público.

Un grupo de taumaturgos estaba ocupado lanzando hechizos en la gran sala de estar principal del club justo cuando Zacharias entró. Se reflejaban en altos espejos, por lo que parecía que la habitación estaba repleta de decenas de magos descansando.

Entre ellos se hallaba Josiah Cullip, tambaleándose de pie y declamando, en ese tono deliberado y portentoso de los embriagados:

—¡Tanta cháchara sobre la impenetrabilidad de Puffett es un disparate!

Cualquier taumaturgo mediocre podría conjurarla. Lo único que hace falta es un mínimo de habilidad… y una vela, por supuesto.

—Aquí hay velas en abundancia —dijo un miembro—. Quizá te dignarías a hacernos una demostración de Puffett, ya que es tan sencillo.

El intercambio no era nada extraordinario. La ejecución de ilusiones y espejismos triviales era un entretenimiento habitual a la hora de la cena en el Teúrgo, tan frecuente que, si Zacharias objetaba, lo tacharían de excéntrico.

Con todo, habría reprendido a sus colegas por su extravagancia; los fuegos artificiales en miniatura de Puffett constituían, de hecho, un hechizo bastante peliagudo y requerían un gasto significante de recursos mágicos.

Pero esa

intervención implicaría recriminar a Cullip. Como suele ser habitual en los hombres, la culpa del propio Cullip le llevaba a resentir a Zacharias por ser más amable con él de lo que se merecía, y el hechicero real no deseaba acrecentar el rencor entre ambos.

El criado que saludó a Zacharias sabía a quién había venido a ver.

—El señor Damerell ha pedido que lo llevemos a la sala azul, señor, pues es más tranquila que el salón principal. ¿Usted también tomará langosta?

—Me basta con una gallina hervida. Gracias, Tom —decía Zacharias, cuando se produjo un sonido extraordinario a su espalda. Como un millar de voces graves diciendo a la vez «blurp».

Zacharias se giró para ver a Cullip blandiendo un candelabro de plata por encima de su cabeza como una espada. No contenía velas, pero Cullip ahora lucía una chistera, no de piel de castor o seda, sino de pura cera blanca.

Unas llamas pequeñas de color naranja brillaban en las mechas que brotaban de sus orejas, iluminando su semblante perplejo.

Tom chasqueó la lengua.

—¡Sabía que fracasaría! Nunca he visto a un hombre conjurar a Puffett estando borracho. ¡Ni siquiera sir Stephen podría haberlo hecho!

El taumaturgo que había alentado a Cullip dijo con sequedad:

—¡No creo que ese fuera el objetivo de Puffett! Pero seguro que tienes razón, Cullip. Sobrestimé la dificultad del hechizo. Diría que es un problema de las velas. —Al reparar en Zacharias, exclamó—: ¡Vaya, si el hechicero real está con nosotros! Él nos lo podrá aclarar. ¿No cree, señor, que es un falso ahorro tener velas que no permitan conjurar con éxito a Puffett? No podemos dudar de la habilidad del mago, por supuesto.

Cullip se volvió carmesí, se quitó la chistera de cera y la lanzó al suelo.

—¿Vamos a deferir al juicio del hechicero real? Si su cargo lo ocupara

un hombre que mereciera el título, ¡los taumaturgos ingleses no tendrían que rebajarse a rebuscar magia para cada hechizo intranscendente!

Zacharias se puso rígido, pero había recibido ofensas peores que esa y se tragó su resentimiento.

«Mi fortuna y mi influencia solo pueden combatir los prejuicios en tu contra hasta cierto punto —le había dicho en una ocasión sir Stephen, hacía mucho tiempo—. Deberás demostrar tu valía en su momento, Zacharias, y solo tus éxitos alejarán cualquier duda sobre tu competencia. Hasta entonces, tu única defensa contra las ofensas debe ser la paciencia y la cortesía. Con estos medios ganarás a tus enemigos, pero lo cierto es que no te puedes permitir la alternativa».

En ese momento, lo máximo que podía acercarse Zacharias a la paciencia y cortesía necesarias era ignorando a Cullip.

—¿Has dicho en la sala azul? —le preguntó a Tom.

Pero Cullip, enfadado e imprudente, no abandonó el asunto.

—Al menos sabe cuál es su sitio y no se defiende —le dijo a su conocido

—. ¡Es una lástima que no posea la sabiduría necesaria para renunciar a su cargo y entregarlo a un auténtico taumaturgo inglés!

Zacharias no era ningún ejemplo a seguir, a pesar del largo entrenamiento que había recibido para soportar insultos. No pudo aguantar el tono burlón de Cullip, así que se giró y le espetó:

—Puffett solo requiere una vela, de sebo, no de cera, pero si hubiera recitado la fórmula correcta, le habría salido bien. En cuanto al resto, señor, no pienso honrarle con una respuesta. Solo diré que, si los taumaturgos ingleses dedicaran menos magia a diversiones absurdas, ¡quizá habría más recursos con los que servir al país!

Cullip estaba ya tan morado del vino y del mal genio que no podía enrojecer más, pero tiró al suelo el candelabro y se alzó hinchándose como un gallo.

—Bueno, señor, creo que ya sabe dónde puede encontrarme… —empezó a decir, pero le interrumpieron.

—Zacharias, es increíble, pero llegas tarde. ¿Dónde estabas?

Nadie recordaba haber visto a Paget Damerell realizar un hechizo, aunque de algún modo se las había ingeniado para conseguir el estatus tan codiciado de hechicero. Llevaba una vida de la inutilidad más completa: flirteaba con mujeres interesantes, devoraba comidas abundantes, prestaba una atención concienzuda a su ropa y la única actividad a la que dedicaba sus días era a conocer cualquier retazo de noticia que revolotease por el mundo taumatúrgico. Por esa razón, así como por la estrella plateada de hechicero que llevaba prendada en su abrigo, lo respetaban e incluso temían en el Teúrgo, y su aparición hizo que Cullip se tambaleara.

Ante su vacilación, Damerell se caló un monóculo y, en un tono de ligera sorpresa, dijo:

—Menudo truco más astuto lo de las llamas en las orejas, Cullip, pero es un tanto peligroso, ¿no cree? Me atrevería a decir que soy un anticuado, seguro que las orejas llameantes causan furor. No me gustaría apartar al señor Wythe de una compañía tan agradable, pero debo atender a mi langosta, como bien sabrán. —La actitud de Damerell era de disculpa, pero se manejaba con la tranquilidad de un hombre convencido de hacer lo correcto

—. Un caballero no puede hacer esperar a su langosta. No me cabe duda de que lo entenderán.

Para cuando Cullip consiguió formular una respuesta que le satisficiera, Damerell ya había empujado a Zacharias hacia el refugio de uno de los pequeños salones privados.

—Detesto disuadirte de desafiar a Cullip, porque si alguien se merece una buena azotaina es él —dijo Damerell—. Pero un hechicero real no puede batirse en duelo con un hermano taumaturgo. No es lo más adecuado.

—No pensaba desafiarle —replicó Zacharias, con las orejas encendidas

— y debo agradecerte que nos interrumpieras antes de que nos comprometiera a un duelo. No debería haberle hablado de forma tan destemplada. La taumaturgia de Cullip siempre ha sido mejor que su juicio, pero yo no tengo esa excusa.

—Tu opinión sobre su habilidad es más amable de la que se merece, si esa es la idea que tiene de Puffett —observó Damerell—. En cualquier otra ocasión, te felicitaría por tu falta de moderación, aunque yo lo llamaría franqueza. Pero este no es el momento más propicio, Zacharias. ¿No sabes lo que dicen sobre ti?

—¿Que soy un asesino? —respondió Zacharias al cabo de un momento.

Ningún hombre se habría atrevido a hablar sin tapujos sobre los oscuros rumores que circulaban acerca de Zacharias, pero la naturaleza de Damerell medraba al levantar piedras y hacer comentarios graciosos sobre los modales de las criaturas que se escurrían por debajo.

Sin embargo, Damerell sacudió la cabeza.

—No es solo eso.

Deslizó un panfleto sobre la mesa. La portada mostraba una caricatura de un viejo desconfiado vestido con el azul taumatúrgico inclinándose ante un caballero con el cutis oscuro, una piel de leopardo sobre los hombros y huesos enredados en el cabello. Estampado encima de la curiosa pareja aparecía el titular: LA MAGIA INGLESA, ASEDIADA.

—Esto estaba en el suelo de mi vestíbulo esta mañana —dijo Damerell

—. ¿No lo has visto?

Zacharias no había visto ese panfleto, aunque sí otros parecidos.

Retratos crueles sobre él aparecían en la prensa desde que sir Stephen había anunciado su adopción. Estos habían disminuido a medida que la Sociedad se fue acostumbrando a su existencia, pero su nombramiento como hechicero real había inspirado de nuevo las plumas de los caricaturistas.

Sin embargo, la tensión de Damerell sugería que aquella no era una broma ordinaria, y Zacharias inclinó la cabeza para examinar el panfleto con pavor. Este proclamaba:

Sus más leales partidarios no pueden negar que la magia inglesa se hal a ahora en su punto más bajo. Contamos con menos hechiceros que antes y, en los últimos veinte años, solo un único mago ha osado adentrarse en el Mundo de las Hadas, cuando antes se daba un tráfico continuo en su frontera. En lo que respecta a los familiares, los receptáculos más valiosos de magia, Inglaterra no ha recibido ninguno desde la ascensión de nuestro rey.

No obstante, ¿acaso debemos sorprendernos de que la taumaturgia inglesa se encuentre en tal estado de degradación, cuando se arrodil a de buen grado ante un africano lanudo? ¿Uno que, en vez de superar

su salvajismo nativo, ha compensado a su benefactor con la moneda de la vil anía y, a cambio, ha recibido el báculo del hechicero real?

Magos ingleses, ¡quitaos las cadenas y arrebatad a ese intruso el báculo antiguo que os pertenece por derecho propio! Debemos poner fin a esta estúpida tolerancia y hacer justicia: Zacharias Wythe no podrá con nosotros… Y serviremos a nuestra nación de un modo inolvidable.

Zacharias soltó el panfleto como si le quemara los dedos.

—Esta es una llamada a la acción, Zacharias —dijo Damerell—. No sería prudente ignorarla.

—¿Sabes quién es el autor? —preguntó el hechicero real, esforzándose por mantener un tono tranquilo.

—Gozas de un número tan elevado de enemigos que sería difícil rastrear esta maravillosa creación hasta alguno de ellos. La referencia a Geoffrey Midsomer sugiere que quizá pueda tener algo que ver con esto.

Geoffrey Midsomer acababa de regresar tras un viaje de un año en la corte mágica, contra todo pronóstico, pues nada, excepto la muerte, acortaba las visitas de jóvenes caballeros a la reina de las hadas.

—Pero me sorprendería —añadió Damerell—. Siempre ha poseído una ambición desmedida, al igual que el resto de su familia, aunque Geoffrey nunca me ha parecido el tipo de hombre que posee suficiente iniciativa como para superarse. No obstante, está claro que existe un sentimiento general en tu contra, Zacharias. No es nada prometedor que Cullip estuviera tan dispuesto a desairarte, y esto —agitó el panfleto— me preocupa más que su insulto. Nunca había visto un tono tan ultrajante. Estaría bien que desaparecieras durante una temporada. Me gustaría que te marcharas de Londres.

—¿Marcharme de Londres? —exclamó Zacharias—. ¿En un momento como este?

Damerell estaba preparado para su terquedad. Bajó la barbilla y dijo:

—Yo me preocuparía por tu seguridad si te quedaras. Sé que no te gusta desatender tu deber, pero deberías considerar, Zacharias, que no harás

ningún bien por muchas reuniones a las que atiendas o por muchas cartas que escribas, mientras ansiemos magia. ¿No diseñaste hechizos para aumentar el flujo de magia desde la frontera del Mundo de las Hadas? No se me ocurre mejor momento para ponerlos a prueba. ¿Por qué no vas a Fobdown Purlieu?

Zacharias negó con la cabeza.

—Cualquier intento de extraer magia del Mundo de las Hadas será una operación delicada, y preferiría perfeccionar esos hechizos antes de conjurarlos tan cerca de allí. No hace falta que te diga con qué peligros nos encontraríamos si se da cualquier inestabilidad en esa frontera.

—Bueno, pues… —dijo Damerell, sin muchas esperanzas—. Quizá unas vacaciones…

Pero entonces resonó en la habitación una voz cargada de un alivio risueño.

—¡Vaya, conque estás aquí, Poggs! Empezaba a desesperarme porque no te encontraba.

Mientras entraba dando saltos en la habitación, Rollo (bautizado como Robert Henry Algernon) recordaba irremediablemente a un *cocker spaniel* de pelaje dorado. Era el típico espécimen de hijo pequeño que buscaba con avidez la mediocridad, de esos que tanto abundaban en el Teúrgo: el corte de su chaqueta era impecable y los pañuelos que lucía en el cuello eran atrevidos en su construcción, pero nunca había conseguido inspirar en nadie una sospecha seria de ser capaz de realizar magia. Al parecer lo habían admitido en el Teúrgo en gran medida por aducir que era un amigo especial de Damerell.

—¿Por qué estáis cenando en esta habitación minúscula cuando podríais estar en el salón principal con toda la diversión? —dijo—. Tú la disfrutarías, Zacharias. Están haciendo que sus reflejos reciten poesía. Es muy filosófico.

—Buscábamos paz —respondió Damerell lúgubremente, ocultando el folleto. Nadie dudaba de la buena voluntad de Rollo, pero no se podía confiar demasiado en su discreción—. Fue un capricho absurdo, ¡pero bonito mientras duró! ¿No me prometiste que ibas a cenar con tu tía?

—¡Que si he cenado con mi tía! —exclamó Rollo con afectación—. ¿Te puedes creer que la tía Georgiana tiene una amiga que dirige una escuela para jóvenes damas?

—No puedo afirmar que ese dato provoque ni sorpresa ni interés —

contestó Damerell—. La tía Georgiana de Rollo —añadió en un aparte para Zacharias— es una de esas parientes que viaja sola y cosecha todo tipo de amistades inoportunas en cualquier lugar: tejedoras de seda en Macclesfield y esposas de baronets en Tunbridge Wells. ¿Qué pasa si tiene una amiga con una escuela para jóvenes damas?

—Pues pasa que mi tía tuvo la idea de ofrecerme como sacrificio a esa maldita criatura —dijo Rollo—. Al parecer es una escuela para gentilbrujas, de todo lo que podría ser, y la amiga ansía que vaya a darles un discurso a las muchachas sobre «Los propósitos y peligros de la magia». ¿Acaso me ves a mí dando un discurso a un puñado de gentilbrujas? ¿Qué sabré yo sobre los propósitos y los peligros de la magia?

—Muy, muy poco, te lo aseguro —convino Damerell—. A lo mejor tendrías que leer un libro para dar ese discurso. ¿Tienes alguno? Si no es así, quizá Zacharias te preste uno.

—Pero no puedo dar ningún condenado discurso —protestó Rollo—. Es poco natural hablar tanto como yo. Mi padre nunca abrió la boca si no estaba la cena aguardándole al otro lado.

—Pues deberás decirle a tu tía que no vas a hacerlo.

—Cualquiera pensaría que nunca has conocido a mi tía Georgiana — dijo Rollo, con la dureza provocada por la desesperación—. Lleva rizos falsos, le brillan los ojos y echa humo por las fauces. ¿No te acuerdas de ella?

—Sí que me pareció que poseía una fortaleza de carácter inusual —

admitió Damerell.

—Mientras que yo no poseo carácter en absoluto —dijo Rollo—. Si le digo a tía Georgiana algo que no le complazca, me devorará en dos bocados.

Ni siquiera se pararía a coger el cuchillo del pescado.

—Pues entonces, Rollo, no tienes escapatoria.

—Pensé que dos hombres intelectuales como vosotros podríais concebir algún modo de rescatar a un amigo de un aprieto —replicó él con amargura

—. Heme aquí, incapaz de distinguir una palabra de otra y obligado a dar un discurso, cuando uno de vosotros es el hechicero real y el otro siempre está divagando de tal forma que nadie sabe qué… —Dejó de hablar y se le iluminó el semblante—. Oye, Poggs, ¿por qué no vas tú y…?

—¡Ya lo tengo! —se apresuró a intervenir Damerell—. Zacharias dará el discurso por ti.

Zacharias había avanzado bastante con su ave hervida mientras sus amigos discutían pero ante eso último, se enderezó de un brinco.

—¡Un momento!

—Estaba a punto de sugerir que lo hicieras tú, pero esa idea es mejor —

le dijo Rollo a Damerell—. Conseguir al hechicero real será un éxito para esa directora. La tía Georgiana no tendrá motivos para quejarse.

Parecía aliviado. Damerell podía ser un tipo díscolo cuando se lo proponía, pero uno podía confiar en Zacharias, la clase de hombre que te prestaba una guinea y nunca la pedía de vuelta. Seguro que ayudaba a un amigo en apuros.

Pero Zacharias no tuvo ningún escrúpulo en desilusionarlo.

—Ni pensarlo —soltó—. Debo aclarar ciertos asuntos en el comité de estándares taumatúrgicos y mañana tengo una reunión con John Edgeworth.

—Debo partir dentro de quince días —dijo Rollo esperanzado.

—Nadie te reprocharía tu ausencia de Londres con un motivo tan excelente

—añadió Damerell—. Tu visita será un buen tónico para la salud de esas señoritas. Las alumnas de cualquier escuela para jóvenes siempre están al borde de morir de aburrimiento, y tú las estimularás bien. Las mujeres te consideran aterrador y muy romántico.

—Así es, Zacharias, no sé qué haré si no me ayudas —suplicó Rollo—.

Un discurso no es nada para alguien como tú, ¡pero imagíname a mí de pie delante de un grupo de colegialas salvajes! Seguro que sufro una depresión antes de llegar siquiera a la escuela.

Zacharias los fulminó con la mirada.

—Por mucha lástima que inspires, Rollo, debo atender cuantiosos asuntos y no tengo ninguna intención de retrasarlos para quedar en ridículo delante de un puñado de colegialas.

—Pero…

—Zanjemos el tema, por favor —dijo Zacharias—. Ya he oído suficiente.

Tendrás que dar el discurso tú mismo, porque yo no pienso hacerlo, y no se hable más.

CAPÍTULO 3

Edgeworth no se había molestado en confirmar la hora a la que Zacharias debía esperarlo, pero no le dejó en vilo durante mucho tiempo. Apenas llevaba una hora en su estudio cuando el criado llamó a la puerta, pidiendo disculpas por la interrupción. El señor Edgeworth había llegado con sus invitados.

—Dos caballeros extranjeros, señor —dijo Simpson, y entonces dudó —.

Y una dama… Creo que es la esposa de uno de ellos.

Zacharias comprendió el motivo de su vacilación enseguida. Los dos caballeros a los que Edgeworth dio paso a la sala iban ataviados con unos trajes extranjeros ricos e impresionantes, pero fue el cuarto miembro de la comitiva a quien Zacharias se quedó mirando con fijeza.

—Su Alteza, le presento al señor Wythe, nuestro hechicero real —dijo Edgeworth, dirigiéndose al más espléndido de los dos caballeros—. El sultán Ahmad gobierna la isla de Janda Baik, en el estrecho de Malaca —

añadió, girándose hacia Zacharias—. Su acompañante es el señor Othman, y esta es su esposa real. Espero que no le moleste que Su Alteza la reina nos acompañe. El sultán no se siente cómodo dejándola sola en tierra extranjera, como seguro que entenderá.

La mirada mordaz de Edgeworth le recordó a Zacharias sus modales y apartó los ojos de la sultana con las mejillas encendidas. Era una criatura hermosa, muy joven, pero era su vientre inadecuadamente

abultado lo que había atraído su mirada. Parecía extraordinario que hubiera emprendido los rigores del viaje en su estado.

—No, por supuesto —replicó—. Sus Altezas, siéntense, por favor. Les ruego que no se inquieten por la calavera de la ventana. Solo es una reliquia inofensiva. En vida perteneció a Felix Longmire, quien fuera un hechicero real sumamente apacible, para lo que acostumbramos a ser.

Esto no pareció calmar el nerviosismo de sus visitantes. El estudio de Zacharias lucía las huellas de sus predecesores, cuyo gusto había sido claramente estoiquiótico. Se habían aficionado a las calaveras con luces en las cuencas de los ojos, a bolas de cristales donde formas misteriosas iban y venían y a cortinas de terciopelo oscuro bordadas con runas desconocidas.

Aunque Zacharias había impuesto su autoridad para cubrir las paredes con un papel espigado más claro, el cual le vino de maravilla a la habitación, el estudio aún inducía cierta inquietud en la gente no mágica. Sus invitados se

sentaron en el borde de las sillas, con los pies bien lejos de los símbolos místicos inscritos en el suelo.

Zacharias no se sentía mucho más cómodo que ellos. Era poco probable, al menos, que Edgeworth abordara el tema de la disminución de la magia inglesa, ya que había traído a un potentado extranjero con él. Pero si Edgeworth no había descubierto la crisis de los recursos mágicos, entonces su visita se debía al motivo habitual por el que el Gobierno pedía ayuda al hechicero real: para recurrir a la magia con la esperanza de que se usara para lo que el Gobierno mejor creyera conveniente.

—Janda Baik, por desgracia, sufre una serie de dificultades mágicas —

fue el inicio poco prometedor de Edgeworth—. Cuando el sultán Ahmad nos pidió ayuda, porque Su Alteza sabe el interés que tenemos en todo lo relativo a su nación, le dije que conocía a la persona adecuada para auxiliarle. ¡El señor Wythe se encargará de esas condenadas féminas en un periquete!

—¿Condenadas féminas? —inquirió Zacharias, mirando el globo terráqueo sobre su mesa.

Janda Baik era una mota minúscula en el archipiélago malayo, tan pequeña que casi no merecía ni nombre; pero al este yacían las

riquezas de China y, al oeste, las vastas aguas del océano Índico, donde Bonaparte contaba con un acceso muy conveniente desde la Isla de Francia. Los motivos por los que el Gobierno se preocupaba con tanta sensibilidad por Janda Baik se volvieron obvios.

—Me atrevería a decir que es mejor que el propio sultán explique el problema —dijo Edgeworth.

El sultán era un hombre esbelto y atractivo, no mucho mayor que su esposa.

Aunque había mirado con recelo a Zacharias cuando los presentaron (un hombre negro no sería la idea que tendría él del mago más importante de Gran Bretaña), sus modales fueron corteses cuando habló. El señor Othman ejerció de intérprete.

—Un grupo de ancianas que confiesa practicar magia asola nuestro reino

—comenzó el sultán Ahmad—. Tías y abuelas, a quienes hemos tolerado por respeto a su avanzada edad y porque creíamos que no hacían daño con sus encantamientos.

—¡Brujas, en resumidas cuentas! —intervino Edgeworth, que era lo bastante taumaturgo como para hacer una mueca ante la idea.

Nada asqueaba más a un taumaturgo que una bruja. ¡Féminas descaradas, insolentes y entrometidas que se atrevían a despreciar a la Sociedad por prohibirles la magia a las mujeres y que engañaban al vulgo con sus pociones y sortilegios!

—Al principio se contentaban con provocar la lluvia y calmar el oleaje, ante lo cual no protestábamos, ya que complacían a la gente —prosiguió el sultán—. Pero ahora tenemos motivos para arrepentirnos de nuestra magnanimidad. Últimamente nuestras brujas han tratado con espíritus malignos e incluso acogen a esas criaturas en sus propios hogares. ¡Nos invaden los monstruos! Las lamias pululan por nuestra isla y la gente decente no puede dormir en paz por miedo a que los devoren de noche. Es para socorrer a nuestra gente por lo que hemos viajado hasta aquí para pedir ayuda.

La joven sultana se inclinó para susurrarle al intérprete al oído. El señor Othman se aclaró la garganta y añadió:

—Los franceses nos ofrecieron su apoyo, pero lo rechazamos.

Aborrecemos a ese tirano de Bonaparte y nuestra lealtad por nuestros amigos no nos permitió aceptar la ayuda de sus enemigos. ¡Sabemos que los británicos no fallarán a la hora de auxiliarnos!

—Su Alteza sabe que Gran Bretaña es amiga de Janda Baik —dijo Edgeworth—. Nuestro hombre Raffles hizo las presentaciones y yo le he asegurado al sultán que haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudarlos.

—Desde luego —dijo Zacharias tras una pausa. Y, dirigiéndose al sultán, añadió—: Espero que perdone mi ignorancia, señor, pero las lamias orientales son una especie de criatura mágica con la que no tengo experiencia. He leído la monografía de Du Plessis y entiendo que son un tipo de gul, los espíritus vengativos de mujeres mortales a quienes han tratado injustamente en vida; pero, aunque el suyo es el mejor ejemplo sobre el tema, Du Plessis no dice nada sobre cómo lidiar con ellas. Si fuera tan amable, explíqueme: ¿qué tipo de ayuda es la que buscan?

Su frase acababa de transmitirse a la familia real, cuando la sultana se enderezó y profirió un torrente apremiante de palabras. Esto se tradujo de forma sucinta:

—¡Armas! —dijo el señor Othman.

—Eso es imposible, por supuesto —se apresuró a decir Edgeworth—.

Como Su Alteza sabe, la simple artillería no serviría de nada contra brujas y vampiras. Lo hablamos ayer, como recordará.

Zacharias se preguntó, no sin cierta ironía, si también habían hablado sobre el hecho de que el Gobierno estaba tan desbordado como la Sociedad.

La larga guerra había drenado los recursos del país. Gran Bretaña se encontraba bajo tanta presión que era poco probable que dispusiera de tropas o navíos de sobra para una disputa por una isla remota, por estratégica que fuera su posición.

—El señor Edgeworth tiene razón —comentó—. Como las lamias ya están muertas, las armas no las asustarán.

Antes de que pudiera plantear en voz alta si un cañón serviría, aun con todo, para hacer estallar a las lamias, Edgeworth exclamó:

—¡Somos de la misma opinión! Ya le he dicho a Su Alteza que a usted

le agradaría deleitarle con magia atronadora, quizá un maleficio temible, mucho mejor que una infinidad de armas, ya que pondrá en su lugar a esas

vampiras. El sultán Ahmad estaba encantado. Su Alteza comprende que el hechicero real posee unos poderes considerables.

Zacharias quedó tan desconcertado que no supo qué decir ni qué parecer adoptar. Esa era, pues, la razón por la que Edgeworth no le había prevenido acerca de lo que le iba a pedir. Edgeworth sabía que era muy poco probable que Zacharias accediera a cualquier implicación en una disputa extranjera.

La política de la Sociedad de no intervenir en asuntos de Estado se aplicaba desde hacía mucho tiempo, y la historia de las controvertidas relaciones de la taumaturgia inglesa con sus soberanos había demostrado lo necesaria que era.

Pero la intención de Edgeworth era arrinconarlo. Sabía que el hechicero real no replicaría ante el sultán ni expresaría su indignación por la prepotencia de Edgeworth. Nadie se habría atrevido a engañar así a sir Stephen, pero Zacharias era inexperto. Quizá Edgeworth creyese que el nuevo hechicero real sería más dócil que un inglés… o que debería serlo.

Zacharias se acercó a la ventana, dándoles la espalda a sus invitados.

Sentía una rabia tan fría que no confiaba en que pudiera hablar. Le tentaba dejar que Gran Bretaña y Janda Baik resolvieran sus problemas entre ellos.

Pero el mundo de Zacharias era distinto. A diferencia de los hechiceros que le precedieron, no podía retirarse a una torre a crear maleficios en un aislamiento espléndido. Al igual que Inglaterra, si Zacharias ignoraba al resto del mundo sería por su cuenta y riesgo.

Se dio la vuelta, tragándose su indignación.

—Les aconsejo que no se precipiten a la hora de emprender acciones violentas… —empezó, y entonces Felix Longmire cayó del alféizar.

Una leve magia persistía en todo objeto relacionado con un hechicero; la calavera evitó de manera fortuita cualquier colisión con cosas que la hubieran dañado. Aterrizó en un cojín que había caído de un sillón, donde

los vivos la olvidaron… pues su atención se había concentrado en la bola de cristal que vibraba en el alféizar.

Zacharias usaba de vez en cuando la bola para la adivinación y para comunicarse con compañeros magos de tierras lejanas. Cuando no la utilizaba, la cubría con un terciopelo negro, en parte para que no se ensuciara de polvo, pero también para proteger la sensibilidad de cualquier invitado no mágico. Las bolas de cristal recogían vestigios de magia atmosférica, lo que daba lugar a imágenes perturbadoras en su superficie: horrendos rostros endiablados, letras místicas, diminutas figuras desesperadas que huían de un destino acechante.

Tras agarrar el báculo, Zacharias retiró la tela y sujetó la bola antes de que cayera. Dentro del cristal se vislumbraban dos orbes oscuros gigantes, y una voz áspera y vetusta vociferó:

—¡Rajá Ahmad!

El sultán se enderezó, con los ojos desorbitados. La sultana, con el rostro pálido, le agarró la mano.

—¿Qué…? ¿Qué es eso? —gritó el intérprete.

De repente, la bola de cristal se calentó tanto como un atizador recién sacado del fuego y le quemó los dedos a Zacharias. La soltó con un grito, y esta rodó por la habitación, deteniéndose a los pies del sultán Ahmad.

Los orbes oscuros en el cristal se transformaron en ojos normales, enmarcados en la cara de una anciana. Era extranjera, como el sultán y sus acompañantes, con la piel más clara que la de Zacharias. Un pañuelo ocultaba en parte su cabello entrecano y lucía un rostro arrugado y marchito.

A pesar de su expresión de contrariedad, su aspecto no inspiraba temor, pero el sultán Ahmad se puso en pie de un salto como si hubiera visto una serpiente.

—¿Quién es esa mujer? ¿Qué dice? —siseó Edgeworth, agarrando a Zacharias por el brazo. El hechicero dibujó un símbolo rápido en el aire y murmuró una fórmula. El discurso de la mujer se volvió claro.

—Pensaste que escaparías sin que nadie descubriera tu objetivo, ¡pero deberías saber que no puedes eludir a Mak Genggang con tanta

facilidad!

—

dijo la anciana—. ¡Sé lo que pretendes! Vas a suplicarle al rey británico para que te dé cañones y trabucos, para atacar mejor a tu pueblo. ¿Por eso los achinenses te devolvieron el cargo, rajá Ahmad? ¡Habría sido mejor que no hubieras vuelto a casa!

El sultán estaba rojo de rabia y vergüenza. Les lanzó una mirada colérica a Zacharias y a Edgeworth y gritó:

—¡Me ha traicionado! ¡Malditos todos, por traidores y villanos!

Salió hecho una furia de la habitación, seguido por la sultana. El intérprete solo se detuvo en la puerta para espetar con voz temblorosa:

—El suyo ha sido un hechizo de traducción muy pobre, pues debería saber que el sultán le ha llamado «villano de rostro negro», ¡y coincido con él!

—¿Eres tú, Othman? —gritó la anciana en la bola—. ¡Qué cobardes sois los hombres! Sí que tenéis valor para inclinaros ante extranjeros, pero preferís huir antes que mirar a la pobre Mak Genggang a los ojos. Othman, dile de mi parte a tu señor que se ha arrastrado para nada. ¡Ni todas las armas del mundo conseguirán espantar a las brujas de Janda Baik!

—¡Menudo aprieto! —exclamó Edgeworth.

Zacharias recogió la bola de cristal. El rostro de la mujer había desaparecido y su superficie había vuelto a enturbiarse; solo mostraba las imágenes efímeras producidas por la magia atmosférica. Pero los vestigios que aún persistían del hechizo de Mak Genggang le escocían en los dedos.

Había sido una magia potente la que había permitido a la bruja entrar en la bola de cristal, y eso que nadie la había llamado y ella realizaba sus hechizos desde Janda Baik. En teoría, era posible lanzar cualquier encantamiento desde lejos, pero requería una destreza considerable… más de la que Zacharias habría esperado del tipo de bruja de pueblo que el sultán Ahmad les había descrito. Sin embargo, era evidente que ni el sultán ni Edgeworth le habían contado la historia completa.

—¿Cómo se le ha ocurrido mostrarle esa arpía al sultán? —añadió

Edgeworth—. Con un poco de esfuerzo, podríamos haber conseguido un amigo importante para Inglaterra, pero ahora se ha marchado indignado por su culpa, ¡y debo volver a ganarme su amistad!

Irritado como estaba, a Zacharias le dieron ganas de echarse a reír. No había esperado una disculpa, pero le resultaba extraordinario que Edgeworth le recriminara a él por sorprender de un modo tan desagradable a sus invitados.

—Yo no invoqué a la bruja —repuso Zacharias—. Se invitó ella sola a la reunión.

—¡Ah, claro! Siempre me han dicho que los aposentos del hechicero real y sus posesiones están rodeados de protecciones, pero soy lego en estos asuntos y no sé nada sobre el tema.

—La bola de cristal está protegida —dijo Zacharias, alzándola hacia la luz

—. Pero las dimensiones de su interior pertenecen a cualquier persona que pueda dominar los espacios entre mundos. Una bola de cristal se debe abrir a cualquier influencia que pueda acceder a ella o no podría desempeñar sus funciones más básicas. Sin embargo, dice mucho de esta bruja que haya sido capaz de penetrarla. El sultán Ahmad tiene motivos para preocuparse.

—No es el único —admitió Edgeworth. Parecía querer añadir mucho más, pero calló y exhaló en un intento de controlar su irritación. Al cabo de un momento, con un semblante de complacencia lo bastante aceptable, añadió

—: Vamos, Wythe, ¿no podemos llegar a un acuerdo? El Gobierno desea consolidar nuestro poder en el océano Índico, porque, si no lo hacemos, es

probable que Boney nos gane por un pelo. No podemos permitirnos ofrecer a Janda Baik ni hombres ni barcos, pero si existiera alguna forma de que el sultán se quedara en deuda con nosotros… Algún hechizo demoledor, por ejemplo, para acabar con esas brujas… El Gobierno estaría muy complacido, y le aseguro que mostraría su agradecimiento de un modo apropiado.

Zacharias dijo que sentía decepcionar al Gobierno, pero estaba seguro de que no dependían de él para ningún hechizo demoledor.

—Sería una forma de declarar la guerra a esas brujas. El Gobierno

admitirá que es imposible que la taumaturgia se implique en algo de ese calibre. No habrán olvidado nuestro tratado con las *sorcières* francesas.

Había sido sir Stephen quien negoció una entente entre las *sorcières* de Francia y la taumaturgia inglesa al principio de la guerra. Ambos bandos comprendían la abismal devastación que causaría una guerra mágica, y nadie

deseaba provocarla. Las hadas solían ignorar las escaramuzas de los mortales, pero no podrían resistirse a añadir sus maleficios a una disputa mágica, y ese era un desenlace que ninguno de los dos bandos deseaba.

La taumaturgia se beneficiaba del tratado, pues los magos ingleses evitaban así poner a prueba sus decadentes poderes contra los franceses, que no habían dado señales de experimentar ninguna escasez de magia. Pero también convenía a las *sorcières* de Francia: eran tan díscolos y celosos de su independencia como cualquier grupo de magos y no deseaban en absoluto que el Gobierno les diera órdenes como si no fueran mejores que el ejército.

Habían convenido con la Sociedad que ningún mago potenciaría los objetivos políticos de ninguno de los dos países mediante magia mientras durase la guerra.

—Si usamos la magia militar para ayudar al sultán, nos arriesgamos a romper nuestro acuerdo y provocar a las *sorcières* de Francia —añadió

Zacharias—. No hace falta que le diga, señor, que ya estamos lo suficiente asediados sin añadir magia al arsenal de Bonaparte.

Tanto Edgeworth como él fingían que ninguno se sentía molesto con el otro como lo estaban en realidad; Zacharias lo conseguía con más éxito, pues a lo largo de su vida había cultivado la capacidad de simular complacencia, aunque estuviera enojado. A pesar de todos los privilegios que el patrocinio de sir Stephen le había concedido, Zacharias no podía permitirse a menudo la libertad de una emoción sincera.

Sin embargo, ni su color ni su condición de nacimiento habían fomentado esos hábitos de autocontrol en Edgeworth, y su compostura empezó a resquebrajarse.

—¡Y supongo que entonces tampoco tendremos magia para asustar a Boney! —espetó—. Somos un hazmerreír… ¡Un país lleno de magos y

nada con lo que hacer magia!

Zacharias endureció el semblante. Eso era lo que había temido desde el principio: que la debilidad de la Sociedad quedase expuesta ante el Gobierno. Recobró la ecuanimidad en un momento, pero no lo bastante rápido. Edgeworth había percibido su mirada alarmada y dijo:

—Ah, sí, sé que necesitan recursos y, lo que es peor, no soy el único hombre en el Gobierno que lo sospecha. No hace falta que le diga lo que esto significa para la Sociedad. Debe saber que al Gobierno nunca le han caído en gracia más de la mitad de los magos; son criaturas caras de mantener y no pagan por su sustento. Su arrogancia vino bien en el pasado, cuando la taumaturgia tenía la capacidad de justificar su independencia.

¡Ahora, sin embargo…! —Hizo una pausa para echar un vistazo a la habitación, con la frente arrugada por la inquietud—. No debería decírselo, pues valoro mi posición, pero soy amigo de la magia, aunque ella no lo crea.

—Pareció tomar una decisión y, con más aplomo, prosiguió—: Le debo la verdad: traje al sultán con la esperanza de que me permitiera hacerle un favor a la Sociedad. El Gobierno duda sobre la utilidad de seguir

apoyándola. Esta se beneficia, como ya sabe, de diversos emolumentos y no ha pagado ni un penique de arrendamiento en siglos. No se imagina qué atención más impaciente presta el Gobierno a cualquier moneda en esta época tan difícil, y la Tesorería lleva un tiempo presionando para arrebatarle sus privilegios a la Sociedad.

»Ahora bien, no sé cómo el pueblo lego se ha enterado de las dificultades de la Sociedad. Yo no he dicho ni una palabra, pero en el Gobierno hay personas de la opinión de que ya no es tan arriesgado ofender a los magos de Gran Bretaña. Se ha propuesto que pidamos a un miembro de la Sociedad que mida los niveles de magia atmosférica en el baile de primavera, al que asistirá la flor y nata. No se podrán ocultar los resultados.

Si lo que el Gobierno sospecha se demuestra, si la magia inglesa no es ya más que un cuento para asustar a los niños, entonces tendrán libertad para hacer lo que les plazca con tal de ahorrar.

»Y créame que lo harán —concluyó Edgeworth—, mientras la taumaturgia se aferre a su famosa independencia y se niegue a

levantar un dedo por el rey y por el país. No debería haberle revelado tanto, pero quiero que entienda por qué es vital que la Sociedad complazca al Gobierno de una vez, aunque nunca lo haya hecho en el pasado.

Miró a Zacharias con auténtica sinceridad; pero el hechicero pensó que no resultaba sorprendente que Edgeworth fuera sincero, pues, desde su punto de vista, el bien de la Sociedad estaba unido a su propio provecho.

Zacharias no podía acceder. El deber del hechicero real, por encima de todo, consistía en servir a su país, y eso anulaba cualquier otra obligación, incluida cualquiera relacionada con la Sociedad. Aunque ayudara a la Sociedad que Zacharias atacase a las brujas de Janda Baik en nombre del Gobierno, era algo impensable cuando se comparaba con el riesgo de provocar a los franceses.

Si accedía a un plan descabellado propuesto por el Gobierno, basado en algo muy parecido al chantaje, este solo sería el primero de muchos. Y su

conformidad no abordaría la raíz de los problemas que sufría la taumaturgia inglesa: la falta de magia.

Era evidente lo que debía hacer. Su consternación desapareció.

—Me temo que debemos decepcionarlos —dijo—. Aunque soy reacio a contrariar al Gobierno, prefiero arriesgarme a ofenderle que ofrecer a las *sorcières* francesas una invitación para que se unan a la guerra. No obstante, agradezco la confianza que ha depositado en mí y le aseguro que no la olvidaré.

Edgeworth cogió su paraguas del paragüero en un silencio glacial.

—Entonces no le entretendré más. Supongo que nos veremos en el baile de primavera.

—Si regreso a tiempo —comentó Zacharias. Ante la mirada de sorpresa de Edgeworth, añadió—: Mañana me marcho de la ciudad, aunque intentaré asistir al baile, por supuesto.

—Pensé que estaba tan ocupado con sus obligaciones que no tenía tiempo para ir al campo —replicó Edgeworth con un estupor frío.

—Son mis obligaciones lo que me compele a abandonar Londres —

respondió Zacharias, pero el semblante receloso del otro hombre le instó a añadir—: De hecho, voy a dar un discurso en una escuela de gentilbrujas.

La directora es una buena amiga de la familia Threlfall.

—No importa —dijo Edgeworth, desinteresándose ante un motivo tan tedioso e intachable para viajar—. Se enterará de lo que ocurra en el baile de primavera, tanto si asiste como si no. Sospecho que dará mucho de que hablar.

—Como siempre —confirmó Zacharias con tranquilidad.

Pero, si podía evitarlo, la crisis de los recursos mágicos en Inglaterra no sería uno de los temas de conversación. Zacharias viajaría a Fobdown Purlieu, a la frontera que separaba Gran Bretaña del Mundo de las Hadas.

Como ese mundo era el origen de la magia de Inglaterra, también sería el origen de sus problemas. Y el lugar donde él encontraría una solución.

Le habría gustado contar con más tiempo para perfeccionar sus hechizos para extraer magia de la frontera, pero el experimento no podía esperar.

Para cuando la Sociedad abriera las puertas de su baile anual de primavera, habría suficiente magia con la que deslumbrar a sus invitados, incluso a los representantes más fastidiosos e incrédulos del Gobierno. Zacharias se ocuparía de ello.

CAPÍTULO 4

Dos días antes de que el hechicero real llegase a la escuela de la señora Daubeney para gentilbrujas, alguien despertó a Prunella Gentleman a las cuatro de la madrugada. La señora Daubeney estaba a su lado, sujetando una vela en alto, muy parecida a lady Macbeth con su gorro de encaje.

—¡Prunella, ha ocurrido lo peor! —dijo en un susurro trágico—. ¡Ya viene!

Un céfiro había llamado a la ventana de la señora Daubeney para informar de que el viaje del hechicero real había transcurrido con más rapidez de la esperada. Llegaría no en dos días, sino… ¡esa misma mañana!

—No veo por qué es un problema —dijo Prunella, con un espíritu poco servicial.

No acostumbraba a madrugar y la señora Daubeney la había despertado en el momento menos propicio. La noche anterior, las alumnas se habían dedicado a hablar de las fiestas y bailes a los que habían asistido o que habían vislumbrado a través de las barandillas en sus casas. Como resultado, Prunella había soñado con glorias improbables: ella misma, vestida de un modo encantador, paseándose por un reluciente salón de baile del brazo de un galán sin rostro.

El despertar trajo consigo el recordatorio de que se había quedado en pie hasta medianoche, pero no bailando, sino puliendo la plata por insistencia de la señora Daubeney. La fría oscuridad de la madrugada remarcó en los

huesos de Prunella lo poco probable que sería ver un salón de baile o ir a uno, salvo en sus sueños.

Solo su afecto por la señora Daubeney le permitió suprimir su impaciencia y moderar el impulso de hablarle de malos modos.

—Estoy segura —dijo con suavidad— de que la escuela nunca ha estado tan limpia, y todas las chicas saben lo que deben decir y cómo vestirse, y Clara ha practicado su reverencia un millar de veces, y se le ha dicho que no cecee cuando le entregue su ramillete. No hay casi nada más que hacer, y la cocinera se asegurará de que haya algo que poner en la mesa. Lleva semanas preparándose.

—¡Pero, Prunella, piensa en los áticos! —repuso la señora Daubeney —.

Sabes que dije que nos arrepentiríamos de no limpiar con rapidez los áticos y míranos ahora, con el hechicero real al caer ¡y los áticos sin limpiar!

Era una curiosa contradicción que, mientras el resto de Inglaterra languidecía por falta de magia, la escuela padeciera un exceso de la misma, hasta el punto de no saber qué hacer con ella. Al tratarse de una escuela para gentilbrujas, no ofrecía, por supuesto, instrucción sobre taumaturgia práctica.

La señora Daubeney sabía a la perfección lo que los padres deseaban que les inculcara a esas hijas que poseían una magia inoportuna: buenos modales, una educación moderada y, sobre todo, el hábito del autocontrol.

Pero, a pesar de la actitud vigilante de las profesoras, no podían evitar que cuarenta chicas alegres lanzaran hechizos de vez en cuando, y las buhardillas poco concurridas, escondidas bajo el tejado, eran el lugar perfecto para las travesuras. Siempre persistía allí un aroma a encantamiento que provocaba estornudos a los criados más sensibles.

—Estoy segura de que nadie ha ido a mirar los áticos en años, y debe de haber hechizos o talismanes terribles escondidos por alguna de las chicas —

añadió la señora Daubeney—. Es lo que yo haría si fuera una muchacha irresponsable que no supiera los problemas que podría causar.

—Pero no entiendo por qué va a causar problemas, aunque eso fuera cierto

—objetó Prunella—. El hechicero real solo pasará aquí medio día y no creo que desee visitar los áticos.

—¡Prunella, me sorprendes! —exclamó la señora Daubeney—. ¿No te das cuenta de lo que implica la visita del hechicero real para este centro?

Conoce a todos los taumaturgos en Inglaterra y, con solo una palabra, puede persuadirlos para que envíen a sus hijas a esta escuela. ¡Imagínate lo que pensaría el señor Wythe de nosotras si oliera la magia de los áticos! ¡A lo mejor insiste en subir arriba para verlos y se encuentra con algún tesoro mágico que dejó una antigua alumna! ¡Y entonces nos acusará de acoger brujas, y los padres de las chicas se las llevarán, y tendremos que vender el edificio y despedir a los criados, y pasaremos el resto de nuestros días en el asilo!

Prunella apartó la sábana.

—¡Si esas van a ser las consecuencias, supongo que será mejor que limpie los áticos!

—¡Bendita seas! —dijo la señora Daubeney, animándose—. No sé qué haría sin ti. Tú sabrás qué hacer para librarnos de esos efluvios. Ya sé que, en lo relativo a la magia, no debo preocuparme por ti.

Prunella estaba acostumbrada a los veloces cambios de humor de la señora Daubeney. Aun así, era un fastidio tener que limpiar unos áticos en medio día, cuando pensabas dedicarle una semana. Cuando Henrietta Stapleton la encontró allí, Prunella tenía demasiado calor y

estaba demasiado enfadada como para recibir con paciencia la noticia de que la señorita Liddiard se había retirado a la cama, achacada por una enfermedad.

La señorita Liddiard daba clase a las muchachas mayores y era poco considerado por su parte enfermar justo en un día como ese.

—¡Así cojan la peste todas las señoritas Liddiard y los hechiceros reales! —

gruñó Prunella.

—Estoy segura de que la señorita Liddiard preferiría no estar enferma, Prunella —respondió Henrietta con cierto reproche—. Le horroriza causar problemas.

Con diecisiete años, Henrietta era una buena muchacha y demasiado mayor ya para la escuela, pero su madre la había enviado otro trimestre más, preocupada por su tendencia constante de levitar dormida.

—Pues es justo lo que está haciendo —dijo Prunella. Ya se había golpeado dos veces el dedo gordo del pie y se había asustado por la aparición de la rata más grande que había visto nunca. A ella no le importaría regresar a la cama, ¡aunque nadie fuera a ofrecerle esa

oportunidad!—. Una mujer puede ser enfermiza, delicada o soltera, pero me parece poco atinado que la señorita Liddiard combine las tres cosas.

Esta forma de hablar era descortés para una jovencita, pero Henrietta estaba acostumbrada a los disparates de Prunella. A las alumnas les parecía que llevaba en la escuela toda la eternidad: iba corriendo de la habitación de la señora Daubeney a la cocina, les metía prisa a las niñas pequeñas durante el baño y a veces sustituía a las profesoras.

Cada vez que los padres se fijaban en la chica agraciada y bien hablada que era como una sombra de la señora Daubeney, ninguna sabía cómo describirles su cargo. Prunella no era una criada, aunque a ella también podían tanto enviarla a comprar morcilla para la cena de la señora Daubeney como invitarla a tomar una taza de té con la directora. Tampoco parecía ser pariente de esta, pues, aunque las dos tenían la piel oscura, la tez de la señora Daubeney era completamente inglesa, mientras que el marrón claro de Prunella revelaba sus antepasados extranjeros.

Cuando le preguntaban, la señora Daubeney solo decía: «Ah, su padre era amigo de la familia. Pobre Gentleman, murió cuando ella solo era un bebé y me confió su cuidado». Pero no ofrecía nada más, y Prunella desconocía sus propios orígenes tanto como el resto de muchachas.

Sin embargo, todo el mundo sabía que había una conexión especial entre la directora y ella, y Henrietta la miró llena de esperanza.

—¿No podrías hablar con la señora Daubeney? Está tan ocupada con el hechicero real que no quiero molestarla, pero sé que pretende exhibirnos y quedaríamos muy mal sin una profesora.

—¿Exhibiros? ¿Qué quiere decir con eso?

—Vamos a hacer una demostración de los Siete Grilletes —explicó Henrietta—. La señora Daubeney cree que el ejercicio causará buena impresión al hechicero real. Dice que no lo hacen en ninguna otra escuela.

—Henrietta puso mala cara—. ¡Ojalá no tuviéramos que hacerlo! Una se siente como rellena de algodón para nada.

Prunella sacudió la cabeza.

—Tengo órdenes estrictas de no acercarme al hechicero real —dijo—.

No podría hablar con la señora D. sin llamar la atención del señor Wythe.

Aunque supongo que podría volverme invisible, pero seguro que él percibiría el hechizo, ¡y la señora Daubeney quiere que me mantenga lejos precisamente porque soy demasiado mágica! La clase tendrá que entretenerse sola, Henny, y demostrar sus Grilletes sin las directrices de la señorita Liddiard. Las chicas son lo bastante mayores para saber cómo comportarse.

—Yo no estaría tan segura —repuso Henrietta sombríamente, pero se levantó para marcharse—. Espero que la señora Daubeney no regañe a la señorita Liddiard. Estaba muy afectada y no dejaba de insistir en que debía quedarse, pero la vimos tan pálida que temimos por su salud.

—Si solo hiciera falta tener buen corazón, nadie se quejaría de la señorita Liddiard —replicó Prunella—. ¡Pero una mujer que quiera labrarse una vida en este mundo necesita algo más que eso!

La conversación con Henrietta dejó a Prunella con ánimo adusto. A pesar de sus palabras de enfado, apreciaba a la señorita Liddiard y su situación le resultaba lastimosa en extremo. Esta no era una mujer fuerte, y la solitaria vida de una profesora, con su tediosa rutina y sus innumerables desprecios, no encajaba con ella. Pero como no había heredado nada de su padre tras su muerte, salvo su complexión frágil, tenía que ganarse su propio pan.

Si la señorita Liddiard fuera un hombre, podría ser taumaturgo y consagrar sus habilidades mágicas a un buen propósito. Sin embargo, como era una fémina de noble cuna, no podía, por decoro, emplear su talento mágico para nada. Si no podía casarse, lo mejor era dedicarse a enseñar a otras mujeres con aptitudes mágicas a evitar usarlas.

Pensar en la situación de la señorita Liddiard llevaba a Prunella a reflexionar sobre la suya propia de forma natural, pues ese tema ocupaba una parte considerable de sus pensamientos cuanto más maduraba. Siempre se había diferenciado de las alumnas, aunque pasara su vida entre ellas. El hecho de que permaneciera en la escuela gracias a la tolerancia de la señora Daubeney habría reforzado esa diferencia en cualquier caso, pero la distancia aumentaba por el color de su piel, por sus rasgos y porque ambos sugerían que su madre había sido una nativa.

La señora Daubeney no había aplicado ninguna medida deliberada para separar a Prunella del resto. De niña, había asistido a las clases, jugado y cenado con las alumnas, sin fijarse apenas en la diferencia entre su condición y la suya propia.

No obstante, con diecinueve años, Prunella ya no era una niña. Los relatos de las chicas mayores sobre sus familias y sueños de futuro ponían en relieve su porvenir. Para ella no habría ninguna temporada reluciente en Londres o un gran matrimonio. Podía quedarse todo el tiempo que quisiera con la señora Daubeney y hacer todo lo que le pedían sin recibir una paga, pero eso era lo único a lo que podría aspirar en los próximos años.

Aunque, por supuesto, si era paciente y dócil, cabía la posibilidad de que pudiera heredar las posesiones terrenales de la señora Daubeney, pero…

«¡Soy la criatura más impaciente y poco dócil que conozco!», pensó Prunella.

Casi no vio el maletín en medio de sus ensoñaciones, pues estaba metiendo cosas en baúles sin detenerse a examinarlas. Pero, al recoger otro manojo de objetos, notó el cuero bajo los dedos y le sobrevino una curiosa sensación.

Creyó hallarse no en el conocido ático polvoriento, sino en otra habitación completamente distinta. Una habitación en una tierra extraña, oscura y fría, aunque sabía de alguna forma que en el exterior el sol y el calor eran implacables. Notó arena entre los dientes. El aire olía diferente, perfumado con aromas extranjeros: un ambiente cálido, agua aletargada y tierra cociéndose al sol.

—¡Conque ahí estabas! —dijo una voz dulce.

Aunque Prunella ansiaba ver quién era, no pudo levantar la mirada por mucho que se esforzó. Los objetos que tenía en brazos cayeron al suelo.

Alzó los ojos de golpe y vio…

Nada. Estaba a solas en el ático, aturdida por la magia.

—¡Oh! —exclamó Prunella.

Se tapó los ojos con las manos. Se sentía como si hubiera perdido algo muy importante, aunque no sabría decir el qué. Durante un momento, temió echarse a llorar, aunque era absurdo. Luego recordó el tacto del cuero bajo los dedos.

En el suelo, entre aros rotos de bordado y un búho disecado, había un maletín. Estaba hecho de cuero marrón, rayado y desgastado, como si lo hubieran usado mucho, aunque Prunella no recordaba habérselo visto a la señora Daubeney. Había unas iniciales inscritas en él: HRG.

—¿El nombre de mi padre no era Hilary? —musitó Prunella, y se asustó con el sonido de su propia voz al resonar en la habitación vacía.

—¡Prunella! —llamó Henrietta detrás de ella.

La muchacha se sobresaltó. Actuando por un instinto irreflexivo, escondió el viejo maletín sucio bajo un trozo de lona. Estuvo a punto de regañar a Henrietta cuando se giró para recibirla, pero olvidó su irritación al ver el semblante angustiado de la joven.

—Vaya, ¿qué pasa?

—Emily Villiers y Clarissa Midsomer se están peleando. Siento ser la soplona, pero ya sabes cómo es Clarissa, y está tan enfadada que no parará hasta matarla. ¡Ha mordido a Emmy!

—¡Qué muchachas más espantosas! ¡Espero que se arranquen la cabeza a mordiscos! —exclamó Prunella, pero se despojó de su delantal—. Si el hechicero real llega mientras estoy en el aula, tendrás que distraerlo, Henny.

¡Hay veces en las que no sé si estoy en una escuela o en un circo ambulante!

Cuando Prunella entró en el aula, Clarissa Midsomer estaba intentando aporrear la cabeza de Emily Villiers contra una mesa. Emily se resistía, gritando de tal manera que acabaría por derrumbar el techo.

—¡Ya basta! —bramó Prunella, interponiéndose entre las combatientes.

No era más alta o robusta que Clarissa o Emily, y ninguna de ellas se sentía predispuesta a hacerle caso. Aun así, tras un momento de desconcierto, descubrieron que su forcejeo había terminado de repente y cada una se hallaba en un extremo opuesto de la mesa.

—¿En qué estabais pensando, montando semejante escándalo justo el día de la visita del hechicero real? —preguntó Prunella.

Clarissa apartó la mirada con altanería. Era una de las pocas jóvenes que no se dignaba a tratar a Prunella como a una igual y, claramente, no pensaba rebajarse a responder. No obstante, Prunella estaba acostumbrada a esos desaires, por lo que miró a Emily.

—¡Clarissa se ha comportado como una bruta y le he dicho que no debería hablar de ese modo sobre lord Duchemin, porque es mi primo y, aunque George no sea muy listo, tiene un corazón de oro, y es una mentira espantosa decir que Millicent solo se casa con él por su dinero! —soltó Emily del tirón.

—No he dicho nada semejante —intervino Clarissa—. Estoy segura de que la perspectiva de ser condesa es tan atrayente como su fortuna ¡para la hija de un vendedor! A mí no me agrada el *mésalliance*. Supongo —dijo, mirando a Prunella— que a alguna gente no le parecerá mal. Hay quien se pondría en ridículo si creyera que tiene al menos media oportunidad de conseguir rango y fortuna.

—Pienso aprovechar cualquier oportunidad que se me presente de casarme con un vizconde —replicó Prunella, animada—. Pero lamento informarte de que la sociedad ve con malos ojos lo de intentar abrirle la crisma a una compañera, incluso más que casarse fuera de la posición social de una.

¿Qué pensaría el hechicero real si se encontrara con este grupo de verduleras, cuando esperaba a unas encantadoras gentilbrujas? Hace tanto por nuestra nación que podríais evitarle ese disgusto.

Clarissa profirió una risita odiosa para demostrar que ella, para empezar, no se dejaría apabullar por un advenedizo.

—¡Ah, sí que hace, sí!

Para sorpresa de Prunella, Henrietta saltó a la refriega.

—¿Acaso ha habido otro hechicero real que hiciera tanto? —dijo—. El señor Wythe es conocido por su generosidad. ¡Piensa en todo lo que hizo por ese ingrato del señor Cullip, el que escribe esas cosas tan escandalosas sobre él en *La gaceta taumatúrgica*!

—No culpo al señor Cullip por dudar de si el señor Wythe se merece ese puesto —contraatacó Clarissa—. Zacharias Wythe ni siquiera es un auténtico hechicero.

—Nadie puede decir que no lo sea —respondió Henrietta con fervor—.

El comité confirmó su derecho al báculo. ¿O piensas que el báculo del hechicero real lo puede usar cualquiera?

Era una pregunta retórica. Las chicas recibían una educación práctica en historia taumatúrgica, la cual contenía muchos ejemplos instructivos sobre las desafortunadas consecuencias de la magia practicada por mujeres: como la terrible magia de sangre de la reina María y el brote de brujería sin control que causó tanto caos en la Edad Media.

Así pues, también les habían hablado sobre el báculo del hechicero real, el cual solo podía manejar un auténtico hechicero real. El impostor Edmund de Bourgh se quedó ciego cuando lo intentó. Richard de Kinnersley murió por el mismo hechizo que lanzó para asesinar a su rival. Jeremiah Larke acabó cortado limpiamente por la mitad, ambos extremos cauterizados por el conjuro. Una escuela de magia conservaba su cuerpo y aún se podía visitar.

El hombre lucía una mirada lastimosa de sorpresa.

Era innegable que al señor Zacharias Wythe no le había ocurrido nada tan desagradable, pero Clarissa sacudió la cabeza.

—¡Lo único que digo es que nunca he conocido a un hechicero sin familiar!

Miró triunfante a su alrededor, como quien saca la carta ganadora. Todas las muchachas habían crecido en el mundo taumatúrgico y entendían sus jerarquías. Cualquier hombre podía ser un mago; cualquier caballero, un taumaturgo; cualquier erudito, un filósofo antinatural. Pero solo un mago que disponía de la lealtad de un familiar podía reclamar el título de hechicero.

Sin la ayuda de un familiar, un espíritu del Otro Reino vinculado al servicio de un mago hasta el fin de su vida mortal, un mago no tenía acceso al expandido mundo de maravillas que constituía los dominios legítimos de un hechicero. Debía confiar en su percepción imperfecta y su cuerpo mortal para lanzar hechizos. Pero un hechicero recurría a los sentidos de su

familiar: su mente se conectaba íntimamente con ese ser de pura magia y en él hallaba un canal vivo hasta el poder del Mundo de las Hadas.

—¿El señor Wythe no tiene un familiar? —preguntó Prunella, intrigada.

Como pasaba sus días en los terrenos de la escuela, no tenía casi ninguna posibilidad de oír las noticias del mundo exterior. Las alumnas se enteraban durante sus visitas a casa—. Claro que hace tiempo que no aparece ningún familiar nuevo, pero pensé que el señor Wythe habría heredado el familiar del antiguo hechicero real. ¿Acaso sir Stephen Wythe no tenía uno?

—Leofric —dijo Clarissa, olvidando su intención de mostrarse distante para poder presumir—. Mi padre lo conocía bien. Intercambiaban libros sobre insectos, ya que Leofric era un gran entomólogo. Llevaba tantos siglos siendo el familiar del hechicero real que estaba casi civilizado, pero papá siempre decía que confiaba demasiado en quien no debía. ¡Pobre criatura!

¡Mirad lo que le ha pasado!

—Cuando hablé con el señor Wythe en la fiesta de mi padre —

intervino Henrietta, sonrojándose—, él me aseguró que Leofric disfruta de buena salud, como siempre, pero que se ha retirado de la vida pública. Supongo que habrá regresado al Mundo de las Hadas, y no veo que eso sea algo de lo que debamos compadecernos.

—Bueno, si te crees eso, ¡no hay más que añadir! —dijo Clarissa con desprecio—. Pero todo el mundo sabe lo que ocurrió de verdad, y si no estuvieras tan enamorada de él, también lo sabrías. ¡Todos saben que tu querido señor Wythe es un asesino!

El rosa de las mejillas de Henrietta se convirtió en carmesí.

—¡Henny! —exclamó Prunella a modo de advertencia, pero era demasiado tarde para evitar el desastre.

Henrietta nunca podía dominar su habilidad en momentos de emoción intensa. No pretendía conjurar hechizos cuando se sentía feliz, triste o enfadada, decía, sino que los hechizos se conjuraban ellos solos.

El aire del aula se espesó con magia. Una extraña luz brilló sobre las chicas, hasta el punto de que los rizos de Henrietta parecieron enroscarse como serpientes, y unas chispas se aferraron al vestido de Clarissa.

Henrietta estampó un pie en el suelo. La luz verde inundaba sus ojos grises.

—¡Pienso darte una lección por eso! —gritó—. ¡Cómo osas llamarlo mi

«querido señor Wythe»! ¡Cómo osas decir que estoy e-enamorada!

CAPÍTULO 5

No sé ni cómo describir nuestra satisfacción ante su condescendencia, señor Wythe —declaró la señora Daubeney—. Ningún hechicero real ha mostrado interés en la educación mágica de las mujeres. Las chicas se sienten muy honradas por su visita, se lo aseguro.

La señora Daubeney no era en absoluto como Zacharias se había esperado.

Sabiendo lo que sabía sobre la magia femenina, se había imaginado a una mujer discreta con el pelo entrecano, entendida en los asuntos de las muchachas (un tanto equina, quizá), pero ciertamente no mágica.

En cambio, la señora Daubeney poseía todo el encanto que un lego le podría haber atribuido. Era alta y hermosa, lucía un cabello negro con vetas plateadas y una nariz un tanto ganchuda. Vestía con un estilo pintoresco, con mucho púrpura y mucho terciopelo. Si se pudieran conjurar hechizos con un simple gesto dramático, habría sido una auténtica hechicera. Sin embargo, encajaba muy bien en el papel de directora de una escuela de gentilbrujas, pues al parecer carecía de cualquier habilidad mágica. Lo que sí poseía era un cerebro al acecho de grandes oportunidades, como el de cualquier político.

—Aunque, claro, el querido sir Stephen… ¡Qué pérdida para la nación!

—La señora Daubeney bajó la voz y adquirió un aire solemne—. Y, aun así, visitó las escuelas taumatúrgicas en Seaton y Yarrow, pero nunca se acordó de nuestras jóvenes mágicas. Me complace que usted reconozca su

importancia, señor Wythe, ya que, si desatendemos a nuestras chicas, ¡todo el país sufrirá por ello!

Zacharias había estado meditando sobre el reto que le aguardaba en la frontera y los problemas que había dejado en la ciudad, pero aquello lo sacó de su abstracción con una punzada de vergüenza. Musitó una perogrullada cortés (que creía que la educación de las féminas merecía más atención) y elogió el trabajo excelente de la señora Daubeney.

—Es vergonzoso que se haya desatendido tanto esta cuestión y me temo que nos arrepentiremos de esa falta de atención —dijo la señora Daubeney

—. ¡Qué historias más trágicas me han contado sobre mujeres que han enloquecido por su magia! ¡Del dolor que han causado a sus desafortunadas familias y a sus amigos! Y, sin embargo, ¿qué hacemos para prevenir estas tragedias? Regañamos a las muchachas si las sorprendemos en medio de un hechizo, les prohibimos que lean los grimorios… Pero no hacemos más y luego nos extrañamos cuando descubrimos que han aprendido conjuros nocturnos de la nodriza y sortilegios de la cocinera.

»Si una niña hace bailar a sus muñecas, sus padres la admiran por su inteligencia y no le dan ninguna importancia, porque la pequeña Susan no tardará en superar esos entretenimientos. Si, al cumplir quince años, la descubren hechizándose el cabello para rizarlo o los ojos para iluminarlos, la amonestan por su vanidad y le ordenan que

pare, para que no vaya a más.

Pero no se dedica ningún esfuerzo a que comprenda la seriedad de su infracción, y llega a la adultez creyendo que la magia menor no es perjudicial, siempre y cuando actúe con discreción. ¿Y cuál es el resultado?

Zacharias no supo qué responder. Sabía, por supuesto, lo que la Sociedad le habría alentado a decir. La magia era una fuerza demasiado potente para los cuerpos frágiles de las mujeres, un brebaje demasiado intenso para sus débiles mentes. Y, por eso, sobre todo en una época en la que todo el mundo ansiaba preservar la fuente mágica que Inglaterra aún poseía, la magia debía prohibirse a las mujeres.

Aun así, Zacharias había visto demasiadas brujas en cocinas y cuartos infantiles, demasiadas herbolarias y brujas del cerco en poblados de todo el país, para no saber que las mujeres eran perfectamente capaces de realizar magia; al menos, las mujeres de la clase trabajadora. En las clases superiores, era elegante ignorar esas actividades ilícitas. Habría hombres a quienes no les gustase que su esposa o hija se dedicaran a la brujería, pero de nada servía ser demasiado escrupuloso sobre el tema cuando la magia femenina era tan conveniente entre sus criadas.

Por suerte, la señora Daubeney tenía preparada su propia respuesta.

—Como consecuencia de nuestra indulgencia criminal, ¡nuestras chicas cometen actos mágicos cada día! —declaró de modo admirable —. Creerá que exagero, señor, pero lo vemos en las recién llegadas. Están tan acostumbradas a facilitarse la vida con pequeños encantamientos e ingenios, que no pueden dejarlo con soltura. No es una cuestión menor, la de cambiar los hábitos establecidos de una joven, pero hemos aprendido mucho sobre cómo ejercitar ese cambio.

—¿Es eso cierto? ¿Y cómo…?

—¡Esperaba que lo preguntara! —exclamó encantada la señora Daubeney

—. Pero, un momento… ¿Por qué debería aburrirle con explicaciones si se lo puedo mostrar? Hay una clase reunida en este momento, compuesta por las mayores, a quienes hemos impartido tal sentido del deber y de la moderación que no lo encontrará en ningún otro grupo de mujeres mágicas de este país.

Se puso en pie de un salto, como si se le acabara de ocurrir la idea, aunque lo cierto era que lo había decidido en cuanto supo de la visita

del hechicero real. La señora Daubeney tenía grandes planes para su escuela.

Miranda Daubeney había comenzado su vida como una mujer bastante estúpida y podría haber seguido como tal de no ser por el golpe de suerte que supuso, hacía veinte años, la muerte de su marido, que le dejó una hacienda con cargas económicas. Se había visto obligada a poner un

anuncio en busca de inquilinos rentables, y fue esa necesidad, por dolorosa que le pareciera en aquel momento, lo que cambió todo el curso de su vida.

El señor Hilary Gentleman se le antojó una propuesta discutible cuando solicitó el arrendamiento: demacrado y bronceado por la vida itinerante que había llevado en la India, con una niña bajo el brazo y un maletín viejo de cuero de aspecto perverso que no soltaba en ningún momento. Pero ofreció tal suma a la señora Daubeney que esta no pudo negarse y, cuando lo conoció mejor, no se arrepintió de su decisión.

Con el tiempo, había empezado a albergar la secreta esperanza de convertirse en algo más que una amiga para el querido Gentleman. Hasta se había encariñado con su hija, a pesar del tono oscuro de su piel y sus lamentables predilecciones. Incluso cuando Prunella había empezado a mostrar señales preocupantes de ser mágica (señales que requerían de una madre para refrenarlas), la señora Daubeney no se habría opuesto a cumplir esa responsabilidad; pero, por desgracia, no se dio el caso.

Nunca supo qué había impulsado a Gentleman a ahogarse, pues la breve nota que dejó, en la que confiaba a Prunella a su cuidado, no explicaba nada.

No fue capaz echar a la niña: habría acabado en el hospicio o al cargo de alguna viuda, e incluso podría haber muerto por falta de atención, pues la señora Daubeney no logró averiguar si Gentleman tenía parientes.

Pero Prunella no podía tener a una nodriza normal, ya que la habría espantado al crear hombrecillos de hollín y al dibujar pájaros en la pared que aleteaban y graznaban como si estuvieran vivos. La señora Daubeney se devanó los sesos pensando en qué hacer con ella, hasta que, por casualidad, conoció a una lugareña que había estado empleada en la casa de un lord.

Las excentricidades de Prunella no desconcertaron a la señora Tomlinson:

«Es una criatura inquietante, pero también lo fue la segunda hija de mi señor, Annabel, y nunca tuve ningún problema con ella. Sea firme y demuéstrele que no aguantará sus maldades, y así se tranquilizará enseguida.

Annabel es una gran dama ahora. Se casó con un lord, y debe usted saber que nunca piensa en conjurar ningún tipo de magia ahora que ya es adulta».

La señora Tomlinson había demostrado tal capacidad para cuidar de Prunella que, cuando la esposa del terrateniente le confió a la señora Daubeney que su prima Stapleton estaba muy preocupada por las inclinaciones de su hija («A veces actúa de forma extraña y temen que sea magia»), esta no dudó en sugerirle que le enviase a la hija de su prima, pues podía controlar dichas inclinaciones. La prima Stapleton se había casado con un hombre que disponía de una renta de veinte mil libras al año.

Enseguida fue evidente que la señora Daubeney no podía depender solo de la señora Tomlinson para educar a todas las señoritas Stapleton del mundo.

Encontró profesoras entre las damas de la sociedad venidas a menos que conocían, por amarga experiencia, cómo suprimir y ocultar sus talentos en un mundo que no las apreciaba.

Para su propia sorpresa, la señora Daubeney descubrió que poseía una facilidad extraordinaria para la administración y, al cabo de un tiempo, acabó como propietaria de una escuela pequeña pero próspera de jóvenes damas. Cinco años después de acoger a Prunella, rechazó una oferta de matrimonio de un taumaturgo viudo con tres hijas y solo se arrepintió de su decisión porque privó a su escuela de tres potenciales alumnas.

Sin embargo, ya no se contentaba con poseer una escuela pequeña. La señora Daubeney soñaba con la instauración de una educación para mujeres mágicas a una escala sin precedentes y tenía toda la intención de aprovechar la visita del hechicero real para ese propósito.

—Hoy la señorita Liddiard está enseñando a las mayores los Siete Grilletes

—anunció cuando llegaron a la puerta del aula—. Practicado con

regularidad, este ejercicio extinguirá siete de los tipos más habituales de magia de los que es capaz el cuerpo mortal. Es una argucia admirable y le ruego no se deje engañar por las apariencias. Encontraremos a las muchachas hablando juntas, con aspecto de estar medio dormidas, pero ¡no crea que suelen ser tan aburridas!

Abrió la puerta con una floritura y reveló un absoluto pandemonio.

Un cúmulo de chicas se abrazaban y chillaban consternadas. En el otro extremo del aula, una joven estaba en cuclillas detrás de una barricada de pupitres. Con un brazo rodeaba el cuello escurridizo de una alumna y con una mano le tapaba la boca, ahogando sus protestas (que la cautiva proseguía emitiendo con un vigor incesante).

La joven no lo tenía en cuenta, ya que se hallaba demasiado ocupada bloqueando las maldiciones que le lanzaba otra muchacha, que estaba de pie en medio del aula vociferando maleficios, con los ojos iluminados en rojo y el cabello pelirrojo de punta.

La señora Daubeney contempló la escena un momento, como si considerase desmayarse, pero la situación era demasiado terrible para ello.

—¡Prunella! —jadeó—. ¿Qué está pasando aquí?

—¡Ah, señora Daubeney! —exclamó la joven—. ¡Vaya a buscar a una de las profesoras! Si alguien puede desviar los maleficios de la señorita Midsomer, yo me encargo de Henrietta de un modo menos dañino para su dignidad. Venga, Henny, sé que te ha provocado, pero no puedo soltarte, porque sabes que intentarás enmudecer a la señorita Midsomer ¡y eso es muy poco caballeroso!

—Señor Wythe, no sé qué decir —tartamudeó la señora Daubeney—.

¡Qué pensará usted de nosotras!

Zacharias lo miraba todo con atención. La piel de Prunella era lo bastante clara como para que el esfuerzo confiriera a sus mejillas un color brillante, pero saltaba a la vista que sus orígenes no eran del todo europeos, por el tono cálido de su tez y la profusión de rizos oscuros que le caía por la parte trasera del soso vestido marrón. Su rostro pequeño y triangular se arrugaba en un gesto de intensa concentración que no afectaba a su belleza.

Pero no fue solo eso lo que atrajo la atención de Zacharias. Prunella no frenaba la boca de Henrietta solo con la mano, sino también con un

hechizo; uno creado a toda prisa, pero de una construcción tan ingeniosa que solo habría esperado verlo en un taumaturgo formado. Que consiguiera además mantener ese hechizo mientras bloqueaba los maleficios de la señorita Midsomer (también mucho más avanzados de lo que Zacharias habría esperado de una colegiala) resultaba de lo más extraordinario.

—¡Pero con calma, eh! —gritó Prunella, irritada—. ¿Ese de ahí es el hechicero real? ¿Sería tan amable de detener el numerito de la señorita Midsomer y darme un respiro?

—¡Por supuesto! —dijo Zacharias, sobresaltado—. Mis disculpas.

Fue bastante sencillo crear una barrera alrededor de la señorita Midsomer para contener sus ataques, pero lo cierto fue que resultó del todo innecesaria, pues ambas muchachas perdieron sus ganas de pelea ante las palabras «hechicero real». La señorita Midsomer se detuvo en pleno grito y se quedó mirando a Zacharias con el rostro amoratado, como si se hubiera tragado una de sus maldiciones. Henrietta se arrancó la mano de Prunella de la boca, chilló «¡No, no es posible!», y se desmayó en el suelo.

—¡Santo cielo! —exclamó Prunella. Y, con cierto reproche, añadió—: Si pensaba abatir a alguien, haber elegido a la señorita Midsomer, pues fue ella quien la provocó y es consciente de que la señorita Stapleton no puede evitar hacer magia ante fuertes emociones.

—¡Prunella! —la reprendió la señora Daubeney, pero Zacharias ya se estaba inclinando sobre Henrietta.

—¿Es la señorita Stapleton? —dijo—. ¿La señorita Henrietta Stapleton?

Conozco a su padre.

—No sé cómo podría ayudarnos eso en esta cuestión. Supongo que su padre se enojará cuando se entere de que ha maldecido a su hija —replicó Prunella con severidad. Se arrodilló para alzar la cabeza de su amiga caída,

con toda la gentileza que no le había dedicado a Zacharias—. ¡Pobre Henny!

¡Y pensar que estabas defendiendo al hechicero real, para que ahora el muy maldito te agreda!

—¡Yo no…! —empezó a decir Zacharias, pero no pudo terminar su defensa, pues Henrietta se enderezó y soltó:

—Prunella, si no dejas de reprender al señor Wythe, pienso desmayarme de verdad y espero hacerme daño ¡para que luego lamentes tu mal genio!

Y entonces se echó a llorar.

Prunella se sintió muy aliviada de que la enviaran a su habitación en la ignominia. No toleraba demasiado los sentimentalismos, y, cinco minutos después de que Henrietta se deshiciera en lágrimas, la mitad de la clase había seguido su ejemplo. Prunella había estado disfrutando hasta entonces, pero enfrentarse a una clase de chicas alteradas drenó la diversión de la refriega y la dejó fría e insegura. Se había visto envuelta en bastantes aprietos antes, pero nunca había contemplado nada como la mirada de la señora Daubeney.

Se sentía inquieta cuando entró en el pequeño dormitorio, situado en el ala este, tan llena de corrientes de aire. En cualquier día normal, habría aprovechado el inesperado lujo del tiempo libre para echarse una siesta: una persona que se levantaba a las cinco y no se acostaba hasta las once no podía sobrevalorar el sueño. Pero estaba demasiado agitada. La mirada en el semblante de la señora Daubeney persistía en su mente, aunque la directora no podía culparla por el mal temperamento de sus alumnas… ¿verdad?

—Debería elegir jóvenes con mejor talante para instruir o, al menos, debería enseñarles a evitar la política —se dijo Prunella—. La señora D.

siempre dice que una fémina no debería saber qué pensar respecto a nada, pero que debería hacerlo con elegancia. ¡Pues qué mal se le da su propio consejo!

Mientras paseaba por la habitación, se observó en el pequeño espejo roto de color verde que colgaba de la pared. Su vestido tenía manchas grises de polvo, seguramente de los áticos. ¡Había aparecido de esa guisa ante el hechicero real!

Aunque a ella le importaba un bledo lo que pensase el hechicero real.

Solo le molestaba lucir así de desaliñada ante un caballero joven tan

apuesto. Prunella entendía ahora qué había llevado a Henrietta a enrabiarse tanto defendiendo su causa contra la de Clarissa. Una fiesta bastaría para que cualquier señorita se enamorara desesperadamente de un caballero tan atractivo y melancólico como el señor Wythe.

—¡Malditos áticos! —exclamó.

Pero Prunella se olvidó enseguida del señor Wythe, pues sus palabras le recordaron el ático que había limpiado. En esa sala amplia, fría y abarrotada, había un trozo de lona vieja… y, debajo de ella, cierto maletín.

Como no pudo esconder con comodidad el maletín debajo del brazo o del vestido, Prunella corrió desde los áticos hasta su dormitorio. El pulso le palpitaba en la garganta, aunque no había nadie cerca.

«Esto no es robar —pensó—. No es robar de verdad si pertenecía a mi padre». Si no era el maletín de su padre, entonces lo devolvería al ático, por supuesto, pero solo examinándolo podría averiguarlo.

Ya en su dormitorio, arrastró una silla hasta la puerta. Tras cerciorarse de que disponía de tanta privacidad como era posible, abrió el maletín y estornudó cuando el polvo se elevó de su superficie.

¡Qué rara se sentía! Pero los maleficios siempre le alteraban el estómago.

No se sentía nerviosa por lo que pudiera encontrar en su interior.

Quizá no perteneciera a su padre y no contuviera nada de interés. De hecho,

¿qué importaba si había sido de su padre, si nunca lo conoció?

A pesar de esas disposiciones valerosas contra la decepción, se sintió desanimada cuando extrajo del maletín un fajo de papeles viejos: periódicos y recibos rotos sin importancia. Pero lo siguiente fue un diario desgastado con el nombre de Hilary Reuel Gentleman, lo cual demostró que Prunella no era ninguna ladrona, y luego una bolsa de terciopelo negro que prometía ser de mayor interés.

Aun así, fue tan poco que, una vez vacío el maletín, le dio la vuelta y lo sacudió para cerciorarse de que no había pasado nada por alto. Algo tintineó en el suelo y habría salido rodando hacia la oscuridad bajo la cama si Prunella no lo hubiera atrapado.

Era una bola pequeña de plata pesada, recubierta de espirales intrincadas y puntos. Entre los magníficos trazos y florituras, distinguió alguna flor y animal exótico, representados en miniatura. Unos colores extraños brillaban sobre su superficie: primero fue plateado, pero luego se iluminó con una luz púrpura, luego verde, azul; los colores se fusionaban unos con otros en una rápida sucesión.

El peso de la bola en su palma parecía curiosamente desproporcionado comparado con su tamaño, como si contuviera mucho más de lo que pudiera abarcar algo tan pequeño.

—A lo mejor es un guardapelo —dijo Prunella.

Intentó abrirlo, pero no encontró ninguna rendija o agujero. Tras varias tentativas infructuosas, cejó en su empeño.

Miró el diario, pero decidió dejarlo a un lado por el momento, aunque no supo por qué lo evitaba. «No cabe duda de que tardaré mucho tiempo en descifrarlo». Las letras no eran el punto fuerte de Prunella. «Y lo más probable es que no haya nada digno de leer… Unas frases sobre su día, lo que comió, el tiempo».

La bolsa de terciopelo negro parecía más segura, y Prunella albergaba una ligera esperanza de que contuviera joyas o quizá guineas de oro. Sin embargo, no guardaba nada por el estilo. Lo que vertió sobre su palma fueron siete piedras azules.

—¡Este es mi tesoro! —exclamó—. ¡Una baratija, siete piedras, un fajo de papeles viejos y un diario! La señora Daubeney no envidiaría tamaña herencia.

Era inevitable: debía mirar el diario mientras dispusiera de tiempo libre para examinar su hallazgo. Prunella abrió el libro y alisó las páginas con unas manos que no temblaban, por supuesto. Y, si temblaron, tampoco importó, porque nadie la veía.

Aunque movía los labios al leer y tuvo que confiar en la ayuda de un dedo para trazar las líneas, enseguida la lectura la absorbió. El propietario solo había usado unas diez páginas y las había llenado de notas dispersas.

Pero había conservado unas cartas entre las hojas del diario y trozos de papel en los que había copiado citas de libros… Libros sobre magia.

Había suficiente para mantener a Prunella ocupada durante varias

horas.

Cuando al fin alzó la mirada del diario, casi había llegado la hora del discurso del hechicero real. Estaba agarrotada y fría.

Prunella sacó las piedras de nuevo, fijándose en el temblor de sus manos con la objetividad de un filósofo. Temblaba en parte por el frío, pero también por lo que había descubierto. Le resultaba extraño que fuera la misma Prunella, en posesión de la misma mano ajada, que antes.

Las piedras lucían un aspecto apagado, excepto por el color. Eran de un azul puro y pálido, como huevos de petirrojo, pero veteadas de oro.

—¡Qué dirá la señora D. cuando se lo cuente!

Sus carcajadas resonaron como campanas en la quietud del dormitorio.

CAPÍTULO 6

Zacharias nunca causaría sensación como orador, pero afortunadamente el discurso para las gentilbrujas de la señora Daubeney no requería muchas dotes de oratoria. Les dio la enhorabuena a las jóvenes por la suerte que tenían de ser educadas en esa escuela, bajo el auspicio de la señora Daubeney. Detalló los peligros de que el sexo débil se aventurara en los reinos sofocantes de la taumaturgia y alabó a las profesoras que trabajaban para evitar que su público sufriera ese destino tan terrible.

Sin embargo, mientras recitaba las objeciones convencionales contra la magia de las mujeres, Zacharias rumiaba los argumentos a su favor. Le había impactado la escena en el aula. Los hechizos que la señorita Gentleman había conjurado eran bastante burdos, pero parecía que los había elaborado ella misma, y eso implicaba una habilidad sorprendente en una fémina sin educación. También resultaba impresionante que hubiera conseguido manejar tal cantidad de conjuros en medio de un ataque y en condiciones tan desafortunadas como una sala llena de muchachas llorando.

Pero ¿acaso la capacidad femenina podía constituir un argumento para animar a las mujeres a practicarla? Seguro que la magia en ellas debía refrenarse, pues resultaba perjudicial para sus cuerpos delicados. Además, era tan complicado encontrar magia hoy en día que no debían malgastarla en las frivolidades de las mujeres: vestidos

de baile y vestidos para bautizos y vestidos para cualquier ocasión.

Aun así, en cuanto esa idea cruzó la mente de Zacharias, su conciencia le presentó la imagen de lady Wythe como contrapunto. Era imposible imaginar una persona menos propensa a desperdiciar magia en trivialidades, excepto por las cocineras, sirvientas, limpiadoras, curanderas y otras mujeres de las

clases bajas, a las que sí se les permitía practicar su arte en paz porque lo empleaban para el beneficio de sus superiores.

De hecho, ¿había algo más derrochador que el modo en que los despreocupados jóvenes miembros del Teúrgo se entretenían? Los fuegos artificiales mágicos y los reflejos parlantes solo eran la menor de sus extravagancias.

En esa coyuntura, el discurso de Zacharias y (para su fastidio) sus pensamientos se vieron interrumpidos por un altercado en el público. Una pequeña multitud se formó alrededor de una chica que se había desmayado.

Cuando Zacharias se aproximó, descubrió a la señorita Gentleman arrodillada junto a la muchacha, intentando reanimarla con sales. La señora Daubeney le indicó con un gesto que se apartara.

—¡No se preocupe, señor Wythe! —dijo—. ¡Cuánto alboroto por nada!

Esta chica tonta debería saber que tenía permiso para suspender los ejercicios de hoy.

—Era eso o copiar —replicó una joven pálida—. Olivia dijo que prefería conjurar los Siete Grilletes todo el día que copiar otra frase. Ayer le mandaron copiar por impertinencia y hoy porque llegó tarde al desayuno.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Zacharias—. Si su malestar está relacionado con la magia, le ruego que me permita examinarla.

—No tiene nada que ver con la magia, más bien todo lo contrario —

explicó la señora Daubeney, que hubiese agradecido que Zacharias tuviera la decencia de alejarse de la escena—. Un ligero desmayo es una consecuencia natural de los Siete Grilletes. Les decimos a las chicas que solo los practiquen con el estómago lleno. Supongo que esta criatura tonta se saltó el desayuno, pero insistió en realizar el ejercicio incluso durante su discurso para acabarlo antes. Olivia nunca

piensa en el futuro.

—Ah, pero sí que pensaba en el futuro —intervino Prunella—. Debía tener en mente el pudin de ciruela de la cena de hoy. Los Siete Grilletes le habrían arruinado el apetito. Y mañana tienen la excursión que la señorita Mortimer le prometió a su clase. Si Olivia lo hubiera pospuesto, se habría sentido demasiado mal para ir.

—Pero ¿en qué consiste ese ejercicio? —dijo Zacharias, sobrecogido por el aspecto de la muchacha desmayada. Tenía el rostro pálido, los labios azules y su pecho apenas se movía al respirar.

—Mi querido señor Wythe, ¿no lo conoce? ¡Los Siete Grilletes son la mejor innovación de nuestra era! —exclamó la señora Daubeney—. Yo me aseguro de que nuestras chicas lo practiquen con regularidad y tiene un efecto de lo más saludable.

—No he oído hablar de ello en mi vida. Y, si me permite, señora Daubeney, si este es el efecto que tiene, ¡espero no oír hablar de ello jamás!

—Es probable que el señor Wythe lo conozca por otro nombre —dijo Prunella, al parecer dirigiéndose a la directora—. Ya sabe, señora, que se basa en la toma de Pobjoy.

—¿La toma de Pobjoy? —Si Zacharias se había alarmado antes, ahora se sentía horrorizado—. ¡Pero eso es una maldición letal! La Sociedad la prohibió hace siglos por el efecto que tiene de drenar la magia de sus víctimas.

—No tiene nada de malo que las chicas se lo apliquen a sí mismas, no es como si se lo fueran a infligir a otra persona —dijo la señora Daubeney con impaciencia—. Además, Prunella, no confundas al señor Wythe. No es como la toma de Pobjoy, sino una adaptación que hizo una de las profesoras. Los Siete Grilletes solo causa un leve debilitamiento, el cual no debería provocar ningún daño si se toman las precauciones adecuadas. Tras drenar la magia de las chicas, la libera al aire para contrarrestar el declive general.

¡Entenderá por qué es un recurso de lo más ingenioso!

—¡Ingenioso, claro! ¡Una maldición que no le echaría ni a mi peor enemigo! —contestó Zacharias.

—Pero no sé por qué discrepa —dijo la señora Daubeney, al borde de las lágrimas—. Solo es una pequeña inconveniencia, nada que merezca

comentarse, y el resultado es que las chicas se protegen de la magia y la magia se preserva para la taumaturgia. Vaya, le escribí a lord Burrow hablándole sobre los Siete Grilletes y recomendó su práctica. ¡Dijo que era justo lo que el país necesitaba!

—¡Se está despertando! —exclamó Prunella—. Deberías sentirte avergonzada, Olivia. Has dado un susto de muerte a todo el mundo. Vamos a llevarte a la cama y no te preocupes por el pudin de ciruelas, que me aseguraré de que la cocinera te guarde una ración.

Zacharias refrenó su indignación. No quería desviar la atención de la muchacha.

—Veo que se encuentra bien —dijo con toda la tranquilidad que pudo —.

Discúlpeme, señora Daubeney. Estoy seguro de que se trata de un recurso excelente. Solo me ha sorprendido un poco. Pero si la Sociedad lo aprueba… —Dejó la frase en el aire.

Aún hervía de rabia ante lo que le parecía una infracción censurable por parte de una institución que cuidaba de tantas jóvenes, pero toda una vida de entrenado autocontrol le permitió ocultarlo. La señora Daubeney hizo una reverencia, sonriendo con gracia (aunque también algo lacrimosa).

Zacharias casi estuvo seguro de haberlo logrado, de no ser por el brillo sardónico en la mirada de la señorita Gentleman.

Tras la extraordinaria interrupción del discurso del hechicero real, la señora Daubeney se retiró a su dormitorio. Les encargó a las profesoras que entretuvieran al señor Wythe mientras ella recuperaba el ánimo y ordenó llamar a Prunella.

Esta no estaba demasiado preocupada por la llamada. La señora Daubeney la regañaría por lo ocurrido esa mañana, sin duda, pero sus ofensas debían haber empalidecido tras la exhibición de Olivia. Además, aunque la señora Daubeney no lo supiera, Prunella poseía ahora un arma potente: información con la que la haría olvidar todas sus quejas.

Prunella habría ocultado el descubrimiento del maletín de su padre si solo hubiera encontrado el diario y la baratija, pues solo tenían valor para ella.

Sin embargo, ahora que sabía lo que poseía, estaba claro que debía compartir ese golpe de suerte con la señora Daubeney.

La directora se hallaba tumbada en una otomana cuando Prunella entró en la habitación, con los ojos fijos en alguna visión espantosa e invisible.

Parecía la actriz principal en una tragedia, pero eso concordaba con las expectativas de Prunella. La señora Daubeney representaría su función (alternando entre lágrimas y desesperación, lanzándole reproches locuaces a la cabeza), pero eso la haría sentir mejor y pondría fin al asunto. Ella nunca guardaba rencor.

—¡Prunella, menuda escena la de esta mañana en la clase de las mayores!

—exclamó—. ¿Cómo has podido permitir que se volvieran tan salvajes? Y

que el hechicero real presenciara semejantes excesos en mi escuela, cuando la magia es lo único a lo que me opongo… ¡Ah, esto me supera!

Prunella había decidido esperar a que se agotaran las quejas de la señora Daubeney, pero rebosaba de noticias y no pudo desperdiciar la oportunidad de introducir el tema.

—Seguro que no está tan en contra de la magia, señora Daubeney.

Considere que, si no fuera por ella, no existiría esta escuela.

—Renunciaría a la escuela si eso significase que ninguna chica en Inglaterra se viera afligida por la habilidad mágica —mintió la señora Daubeney—. Pero no cambies de tema, Prunella. No sé si eres consciente de lo que has hecho. Deberías haberme tenido en cuenta, aunque nadie piensa nunca en mí. ¡Esto me deja en una situación insostenible!

La señora Daubeney se deshizo en lágrimas. Aquello habría consternado a cualquiera que la conociera poco, pero no a Prunella. Se levantó para rebuscar en el bonito armario de laca japonesa y encontró un pañuelo que depositó en la mano sumisa de la señora Daubeney.

—Estoy segura de que he hecho lo mejor para ti —lloró la directora—.

De hecho, nadie esperaba que hiciera tanto. Cuando tu querido padre murió, mis amigos me aconsejaron que te despachara de aquí. ¿Por qué iba a imponerme la carga de cuidar a una niña con la que no estaba emparentada?

Eso fue lo que dijeron. Pero yo ignoré su consejo.

Prunella estaba muy agradecida, y así se lo dijo, pero añadió:

—Mi padre dejó dinero para mi educación, señora. Ya sabe que había suficiente para darme de comer y alojarme hasta que cumpliera los dieciocho.

—Pero ahora tienes diecinueve —señaló la señora Daubeney entre sollozos

—. No es que lamente lo que te he dado, pero el dinero ya no vale lo mismo que cuando murió el querido Gentleman y se ha agotado todo lo que dejó.

Lo cierto era que la señora Daubeney había sufrido muy poco por permitirle a Prunella que permaneciera en la escuela. Con catorce años, la muchacha había empezado a dar clase a las niñas y hacía recados y ayudaba con las tareas de la casa desde mucho antes. No se lo recordó a ella, pero por primera vez se preguntó si realmente sería lo mejor contarle su descubrimiento.

—Ya sabes que mi deseo es ayudar a las mujeres inglesas con magia —

dijo la directora—. No hay tantas escuelas para jóvenes damas mágicas y, con un poco de esfuerzo, podemos convertirnos en la mejor. La visita del hechicero real era la respuesta a todas mis plegarias, y no toleraré que desperdiciemos esta oportunidad.

—¿Estaba muy enfadado? —preguntó Prunella—. No parecía demasiado contrariado esta mañana.

El señor Wythe le había parecido más enojado por los Siete Grilletes.

Sin embargo, si la señora Daubeney se había fijado en ello, no lo mencionó.

Al igual que gran parte de la humanidad, poseía la conveniente capacidad de olvidar cualquier cosa que le produjera incomodidad.

—¿Y qué va a hacer sino desaprobar una institución que permite a sus

alumnas esas libertades? —repuso la señora Daubeney—. Pero él no es el único cuya opinión debemos considerar. Clarissa Midsomer le ha contado a

su familia lo que ha pasado. Al parecer, su hermano le enseñó a esa espantosa zagala cómo enviar mensajes por céfiro, que es lo peor que podría haber hecho. ¿Por qué su familia nos la envió si solo van a arruinar nuestro trabajo enseñándole hechizos? ¡Pues no lo sé! El resultado es que el señor y la señora Midsomer han dicho que, si no te despacho, me hundirán.

¡Y son perfectamente capaces de ello, Prunella! Lo único que deben hacer es

contarles a sus amigos lo que ha ocurrido hoy, y todo el mundo se verá obligado a sacar a sus hijas de la escuela, pues ¿quién va a educarlas en una institución donde tienen permitido pelear como boxeadores?

—¡Santo cielo! —exclamó Prunella, consternada—. ¡Qué cosa más lamentable!

Ni siquiera entonces se le ocurrió sentirse alarmada. No concebía que la señora Daubeney la quitara de en medio de verdad por una nimiedad como una rencilla entre las chicas. Pero, con voz temblorosa por la emoción, la directora dijo:

—¡Le restas importancia al asunto! No sabes lo poco que nos separa del desastre. ¿Cómo podrías, de hecho? ¡Nunca has sabido lo que es estar a merced de una hipoteca! —La señora Daubeney se estremeció al pronunciar esa palabra tan espantosa—. Llevo años trabajando para erigir esta escuela y, si los Midsomer deciden poner a todos en nuestra contra, mis esfuerzos habrán sido en vano. ¡Justo cuando había conseguido pagar todas las deudas del pobre Daubeney y estaba a punto de alejarnos por completo de la miseria! Si nuestro objetivo en el mundo es que no nos destruyan, ya que pienso preservar todo por lo que he trabajado, debo tomar las medidas necesarias para evitar que se repita el incidente de esta mañana.

Un abismo pareció abrirse en las entrañas de Prunella, dejando entrar una brisa que le heló el corazón. La señora Daubeney nunca le había hablado de ese modo, con esa combinación de inquietud y resentimiento arrogante.

—¿Qué va a hacer? —preguntó. Estaba tan decidida a no sonar asustada que la voz le salió monótona, otorgando a sus palabras una

insolencia que no pretendía.

La señora Daubeney se ofendió. Prunella nunca era halagadora en el mejor de los casos, pero a la directora le pareció indignante que se mostrara tan poco conciliadora en ese momento.

—¡Menos de lo que te mereces! —espetó—. Debería enviarte bien lejos, pero, cuando pienso en tu pobre padre, no me veo capaz de hacerlo. Lo cierto es que debería asumir parte de culpa por esa idea que tienes de creerte superior a tu puesto, pues yo te consentí y te di más importancia de la que correspondía a tu posición. Pero eso cambiará, no me cabe duda, y no creo que el señor y la señora Midsomer se quejen de mi castigo. Deberías sentirte agradecida, Prunella. Al fin y al cabo, no es un cambio tan grande.

Ya has hecho ese trabajo antes.

—¿A qué se refiere? —preguntó Prunella. Sus manos, plegadas sobre el regazo, se apretaron en sendos puños hasta dejarle los nudillos blancos, pero su voz sonó firme.

A pesar del enojo, la señora Daubeney no se sentía tan serena y jugueteó con los brazaletes mientras hablaba.

—Debo pedirte que te comportes de acuerdo a tu posición social. No darás más clases, ni siquiera a las niñas pequeñas, y no cenarás con las chicas ni te dirigirás a ellas por sus nombres de pila. No te comportarás de un modo tan informal con muchachas que poseen una posición muy superior a la tuya. Se lo he dicho a los criados y te esperan en la cocina esta noche.

Creo que lo mejor es comenzar hoy mismo, pues así serán las cosas a partir de ahora.

Prunella estaba atónita. Una cosa era limpiar un par de áticos o ayudar con las cenas para complacer a la señora Daubeney. La directora también había fregado algún que otro suelo o hecho alguna cama, sobre todo en los primeros días de la escuela.

Sin embargo, era muy distinto decirle que debía comer en la cocina y llamar

«señoritas» a las chicas. Prunella se llevaba bien con los criados, pero no

deseaba formar parte de sus filas.

Su silencio desconcertó a la señora Daubeney. Sentía un aprecio genuino por Prunella y le parecía que había sido tolerante. Cualquier otra mujer en su situación habría accedido a las exigencias de los Midsomer, en vez de ofrecerles un acuerdo que solo los había satisfecho a medias. No cabía duda de que Prunella estaba enojada, pero tenía mucha suerte y debía aprender a ver el asunto desde la perspectiva correcta.

—Sé que no era lo que esperabas —dijo la señora Daubeney con más amabilidad—. Pero no se puede hacer nada más, Prunella. Antes pensaba que podrías dar clase a las niñas cuando fueras mayor, aunque no habría sido lo más apropiado. Los padres esperan que nuestras profesoras posean cierta

calidad, como bien sabes, ¡y pobre Gentleman! A saber qué indiscreciones cometió de joven. Nadie sabe nada sobre tu madre. Podría ser cualquiera.

No añadió que resultaba evidente, al menos, lo que la madre de Prunella no había sido: inglesa. Prunella era tan consciente de ello como cualquier otra persona y, aunque se ruborizó, no dijo nada.

—Es más —continuó la directora—, y, de hecho, lo que es peor: eres demasiado mágica, cualidad que ninguna educadora de gentilbrujas debería poseer. Conjuras hechizos delante de las chicas, Prunella. Sabes que lo haces.

Ante eso, la vergüenza de Prunella disminuyó, remplazada por la rabia.

La señora Daubeney no le reprochaba su magia cuando los resultados le convenían. ¿Por qué regañaba a Prunella cuando su magia pulía la plata o fregaba las escaleras o aceleraba el desayuno de las niñas pequeñas, de un modo más fácil y más rápido? Prunella hacía mucho por la escuela con la sensata aplicación de la magia, y las dos lo sabían.

—No lo habría hecho de haber sabido que le desagradaba —dijo con una furia fría.

—Estoy segura de que las dos cambiaríamos muchas cosas si pudiéramos

—repuso la señora Daubeney, secándose los ojos—. ¡Si tu padre

viviera…!

Pero murió, y debemos apañárnoslas como podamos. Una vez te acostumbres al cambio, no le darás tanta importancia.

Prunella no lloraba cuando entró en su habitación. Nunca se permitía el lujo de las lágrimas y habría despreciado entregarse a ellas por una nimiedad.

Se arrodilló para sacar el maletín de debajo de la estrecha cama blanca.

Su maletín, el que contenía sus tesoros. La señora Daubeney ya no podía reclamarlos. Había perdido todo derecho sobre ellos cuando renunció al afecto y la confianza de Prunella.

La joven sacó las siete piedras azules y abrió el diario de su padre. Leyó de nuevo el fragmento escrito a toda prisa que la había embelesado antes.

Aguanta: el sufrimiento será breve. ¡Y menuda recompensa! He ganado el rescate de un rey y, una vez aprenda a abrirlo, tendré asegurados mi fortuna, mi nombre y mi lugar en la historia.

¿Qué no haría la Sociedad por este sencil o mago itinerante, Hilary Gentleman, ahora que posee riquezas que superan a la imaginación? ¿Ahora que se hace l amar amo y señor de siete huevos de familiares?

Prunella se había pasado la vida rodeada de hijas de taumaturgos y sabía cuánto valoraría la Sociedad un huevo. Siete huevos sí que eran un precio digno de un rey.

No había pensado en acumular tal riqueza para ella sola. Esperaba que la señora Daubeney hablara con el hechicero real para obtener consejo sobre cómo podían aprovechar su descubrimiento. Pero ya no podía esperar nada de la directora, ni ahora ni nunca.

¡Adiós a su esperanza absurda de ser nombrada heredera de la señora Daubeney! La directora no se plantearía hacer algo así por una mujer mulata si creía que su lugar estaba en las estancias de los criados. Prunella tendría suerte de recibir la herencia de un criado si se quedaba; y eso solo si era paciente, si hacía lo que se le pedía sin quejarse, si suprimía todas sus pasiones y se tragaba el resentimiento y no mostraba nunca el menor rastro de él, ni aunque viviera en su interior como un carbón ardiente.

No podría soportarlo. No quería soportarlo. En el tesoro de su padre, Prunella había encontrado la llave de su libertad. ¿Qué no haría la sociedad por Prunella Gentleman, cuando podía proporcionarles semejante motivo para que le mostraran generosidad?

Debía marcharse de la escuela, eso estaba claro. Y, sobre a dónde ir,

¿qué mejor lugar para aprender sobre los huevos de los familiares que la sede de la taumaturgia inglesa, la ciudad más grande del mundo: Londres?

Incluso sintiendo tanto rechazo hacia la señora Daubeney y todo lo que esta representaba, Prunella no se planteaba intentar eclosionar los huevos y emplear su poder para su propio beneficio. Era una cuestión de ortodoxia que el cuerpo débil de una mujer no podía soportar un exceso de magia.

Prunella habría deducido, si lo hubiese considerado, que el poder proporcionado por un familiar excedería sin duda los límites de cualquier fémina.

Además, había presenciado lo poco que valía la magia a una mujer. Su vida en la escuela la había preparado para los desaires que recibían las mujeres mágicas y para los cambios mortificantes a los que se sometían con tal de suprimir sus habilidades. Prunella era consciente del poco valor que la sociedad asignaba a una señorita Liddiard y no tenía ninguna intención de que la señorita Gentleman compartiera su destino. No había lugar para una mujer mágica en el mundo, a menos que aprendiera a esconder su magia.

Después de todo, ¿qué había hecho la magia de Prunella por ella, excepto persuadir a la señora Daubeney de que debía ser una criada?

Sin embargo, una mujer que poseyera la llave de la magia, una mujer que pudiera conceder o retener a placer el acceso de los hombres al poder…

¡Eso era muy diferente! Esa mujer nunca tendría que preocuparse por la pobreza o el olvido. Con esa ventaja de su parte, Prunella no dudaba de que conseguiría todo lo que anhelaba (una buena posición, influencia, seguridad), siempre que fuera astuta y cautelosa.

Cerró las manos sobre las piedras tras tomar la decisión. No acudiría a la Sociedad con sus tesoros hasta comprenderlos mejor, pero una vez lo hiciera, ¡ah, sí! Aprendería a emplearlos para lograr lo que deseaba, y todo lo que deseaba se hallaba en la bulliciosa metrópolis, de la que

tantas historias asombrosas había oído relatar a las muchachas.

Podría conseguirlo todo en Londres. Al fin y al cabo, si el primo de Emmy Villiers era tan tonto como para casarse con la hija de un vendedor,

¿por qué no iba a haber más lores susceptibles en Londres lo bastante ricos para darse a los placeres y lo bastante dispuestos a dejarse complacer por alguien como Prunella Gentleman?

CAPÍTULO 7

El silencio reinaba en el carruaje mientras regresaba al Blue Boar, donde Zacharias pasaría la noche antes de viajar a Fobdown Purlieu al día siguiente. Sir Stephen lo rompió con un alentador:

—Te habrás quitado un peso de encima, ¿no? No he envidiado tu cena. Si esa carne procedía por casualidad de una cabra, la criatura debía ser tan vieja como yo cuando expiró.

—¿Sí? No me he fijado —respondió Zacharias.

Sir Stephen le veía abatido, y no sin razón. El día no había sido un éxito y la cena con la que concluyó había sido dolorosa. El entusiasmo de la señora Daubeney por complacerle no ocultaba su angustia privada, y la mente de Zacharias se hallaba claramente en otro lugar. Como no recibió una respuesta mejor a sus comentarios ingeniosos que «Ah, sí. No. Lo siento»,

la directora había cejado en su empeño y aguardado a que la cena terminara en un silencio glacial.

Sir Stephen miró a su alrededor por si encontraba una forma de levantarle el ánimo a Zacharias. Este debía sentir que no había hecho nada a derechas en todo el día, pero el trabajo de su vida anterior no le había preparado para la ocasión.

—Bien mirado, creo que lo has hecho muy bien. Es difícil saber cómo tratar a las féminas cuando uno no tiene experiencia con esas criaturas —

comentó sir Stephen—. Pero la práctica pulirá tus modales de forma aceptable. Ese es el problema, Zacharias, que no te involucras demasiado en la sociedad. Maria quiere que cortejes a alguna dama, ¿verdad? Quizá seas joven para casarte, pero te haría bien empezar algún flirteo inocente. ¿Por qué no le sacas partido al baile de

primavera y te las ingenias para que te presenten a algunas mujeres aceptables?

Esta sugerencia sacó a Zacharias de sus ensoñaciones. Miró a sir Stephen con asombro.

—¿Empezar a flirtear en un momento como este? —exclamó—.

Imposible. Estaré demasiado ocupado para comparecer en sociedad. Una reforma general requiere mucho tiempo y energía.

Fue el turno de sir Stephen de mirarlo fijamente.

—¿Reforma general? ¿De qué diantres estás hablando?

—¡De reformar la educación mágica de las mujeres, por supuesto! —

clamó Zacharias—. ¿Hace falta preguntarlo? No hay duda de que una reforma así es necesaria. ¡La toma de Pobjoy! ¡Nunca he oído nada igual!

Claramente, afecta a los siete centros de magia en el cuerpo. Tendría que haberlo sabido por el nombre que le dieron. Pero nunca pensé que la

emplearían con ese fin. ¡Tienen suerte de no haber matado aún a ninguna de sus alumnas!

Zacharias no se permitía a menudo perder la compostura, pero era un hombre joven, como poca gente recordaba, excepto sir Stephen y lady Wythe, y todo lo que había visto en la escuela de la señora Daubeney le había afectado profundamente. Cuanto más cavilaba sobre los hechos del día (y había dispuesto de tiempo suficiente durante la cena, ya que no se había molestado en trabar conversación), más se convencía de que se había equivocado sobre la cuestión de la magia femenina. Todo el mundo se equivocaba. Pero eso iba a cambiar.

Llevaba toda la tarde ensimismado con sus planes de mejora. En su fantasía, había refutado antiguos artículos de fe, convencido a un reacia Sociedad y construido amplios palacios de aprendizaje habitados por taumaturgas sanas y útiles. Eso no lo preparó demasiado bien para la respuesta de sir Stephen:

—Quizá sea un poco imprudente que esas mujeres empleen a Pobjoy, pero no parece que les cause ningún mal. Es muy inteligente lo que han hecho, pues canalizan la magia de vuelta al éter. Si pudiéramos

persuadir a más de nuestras mujeres a practicar este ejercicio, nos iría mejor. Por mi parte, no veo por qué te has alarmado tanto.

—No, claro que no. ¿Por qué debería alarmarme que pidamos a las mujeres que supriman sus poderes e ignoren su instinto? —repuso Zacharias

—. ¿Por qué debería angustiarme que castiguemos cualquier transgresión con tanta crueldad?

A sir Stephen le sorprendió aquello, aunque estaba muy familiarizado con el fervor en pro de reformas que se escondía, insospechado, en el interior de Zacharias. Había hecho lo que estuvo en su mano para dominar esos instintos y, cuando el joven Zacharias había protestado («Pero, señor,

¡si usted también es un reformista!»), él había respondido con placidez: «Y, sin embargo, tú no posees mis ventajas. Además, conozco mis límites, mi

querido amigo… ¡Conozco mis límites!».

Pero ese era el problema con los niños, reflexionó sir Stephen. Eran condenadamente propensos a imitar las conductas de uno, aunque uno prefiriese que solo hicieran lo que se les decía. Zacharias ya no era un niño, por supuesto, pero los años no habían disminuido su fervor. Siempre situaba lo que creía correcto por encima de lo político.

—Siempre has tenido buen corazón, y supongo que esa chica te perturbó.

Pero considera las privaciones que un taumaturgo debe soportar, Zacharias.

Conoces mejor que nadie el precio de la hechicería —dijo bajando la voz—.

Piensa en tu situación… En Leofric, en todo lo que has sufrido por su culpa y por la mía. ¿Harías a las mujeres pasar por eso?

Zacharias dudó por primera vez.

—No propongo que las mujeres alcancen el nivel de hechiceras —dijo despacio—. De hecho, ojalá la nación no necesitara hechiceros. Sin

embargo, no me inquieta el efecto que la magia ordinaria pueda tener en las mujeres. Usted mismo ha conocido a muchas brujas del hogar y del cerco.

En general, viven muchos años.

—Ya, ese tipo de cosas está muy bien para las criadas y las doncellas —

respondió Sir Stephen con impaciencia—. Pero su uso de la magia para aligerar sus cargas no es un argumento válido para imponer esa atrocidad a las mujeres de clases superiores.

—Algo que debe reprimirse recitando un día tras otro un maleficio se puede describir como una imposición —replicó Zacharias—. No estoy seguro de creer esos cuentos sobre los peligros peculiares de la magia en las mujeres.

Al fin y al cabo, ¿acaso la Sociedad no dijo lo mismo sobre mí?

¿Que mi cuerpo no podía soportar ni mi mente comprender las sutilezas del arte? Usted defendió mis habilidades a pesar de su oposición. ¿De verdad está diciendo que no debería hacer por las mujeres lo mismo que usted hizo por mí?

Zacharias no siempre había agradecido la forma en que sir Stephen había defendido su habilidad en el pasado. Aunque nunca había dudado del afecto de su guardián, a menudo ser el protegido de sir Stephen implicaba que se sintiera como una atracción turística, como un oso bailarín siguiendo a su amo. Pero Zacharias sabía que no podía decir algo tan deliberado para silenciar a sir Stephen.

El caballero no parecía saber si sentirse complacido o consternado.

Adquirió un semblante arisco y, resollando, soltó:

—¡No escribieron panfletos sobre mí para que me ahorcaran por fracasos inventados! Pero supongo que seguirás adelante con estos subterfugios diga lo que diga. Ya eres mayor y, si no valoras tu propia seguridad, no hay nada que yo pueda hacer para evitar que corras riesgos.

Pero me lavo las manos en el asunto. ¡De hecho, me desentiendo de ti por completo! Cuando todo acabe en desastre, ¡recuerda que te dije que no quería saber nada de esto!

—Deberías incluir un capítulo sobre necromancia —sugirió sir Stephen.

Como Zacharias solo podía ir a Fobdown Purlieu por la mañana, había comenzado a trazar su plan para reformar la educación mágica de las mujeres y aprovechar bien la tarde. Dejó la pluma y echó un vistazo al reloj.

Eran las once y cuarto, y él, la única persona en la salita, ya que la posada le había ofrecido toda la estancia. Ansiaba masajearse la frente, pero no quería recordarle a sir Stephen su enfermedad, porque insistiría en que se acostara.

Zacharias sabía que sufriría un ataque de su dolencia esa noche; el mareo y las alucinaciones de extrañas formas, luces y sonidos lo presagiaban, como siempre. Pero solo le sobrevendría a medianoche, y se sentía reacio a detener su trabajo antes. Si lo posponía, no sabía cuándo podría volver a él.

Sir Stephen se cernía sobre su hombro, murmurando imprecaciones, pero el trabajo lo absorbió enseguida, muy a su pesar. La tarea de idear un plan de estudios apto era demasiado interesante y no podía evitar ofrecer sus comentarios, aunque dudase de su utilidad.

—No creo que la necromancia sea una materia apropiada para mujeres

—dijo Zacharias.

—Eso es lo que pasa por conocer solo a las mujeres melindrosas de Londres

—repuso sir Stephen, el cual, no hacía ni una hora, había vituperado la enseñanza de cualquier magia a las mujeres por temor a que fuera demasiado para ellas—. El parto no es un proceso delicado y son las mujeres quienes disponen a los muertos, así que incluye el estudio de la necromancia y no discutamos más. Si insistes en instruir a las féminas, su educación debe ser integral, y ninguna educación mágica estará completa si no se imparte una comprensión apropiada de las artes oscuras.

—Me pregunto si, aparte de la necromancia, no deberíamos incluir el estudio de la magia del hogar —meditó Zacharias—. Así equilibraría el trato con espíritus.

—Pensé que querías educar a profesionales serias —exclamó sir

Stephen—.

Si solo te interesa crear una tropa de cocineras mágicas, no hace falta ninguna reforma. Tus mujeres mágicas pueden ser aprendices de cualquier bruja campesina o de una mujer sabia. Existen muchas, por más que la Sociedad intente fingir que no es así. Pero no entiendo por qué quieres dar importancia a sus saberes populares en la educación taumatúrgica.

—Respecto a eso, la magia menor puede producir hechizos tan intrincados y rigurosos como cualquiera ideado en el nombre de la taumaturgia —

replicó Zacharias—. Una bruja, una tal señora Hudson, me enseñó un hechizo con el que nunca se le quemaba la comida, cuyo principio

era tan filosófico como cualquier taumaturgo pudiera desear. El hechizo unía el tiempo con el resultado ideal y los apremiaba a encontrarse en el punto deseado. Una receta de lo más ingeniosa que aprendió en el regazo de su abuela. Hice una copia.

Se levantó para buscarla en sus diarios, pero no se hallaba entre los libros que había dispersado sobre la mesa y por el suelo. Zacharias fue a agarrar su equipaje, que yacía en una esquina oscura de la salita, pero al hacerlo tropezó con un obstáculo que no había percibido antes.

—Por favor, no pise mi maletín —dijo una voz con claridad.

Zacharias se dio cuenta de tres cosas:

Que sir Stephen había desaparecido.

Que a sus pies había un viejo maletín desgastado que no le pertenecía.

Que en el suelo había una joven sentada. Esta se levantó, moviéndose con cierta rigidez, como si llevara allí un tiempo considerable.

La habitación, iluminada por el escaso fuego de la chimenea, estaba repleta de sombras oscuras y la lámpara en el escritorio de Zacharias solo proyectaba un pequeño círculo de luz. Pero su visitante no había confiado en la penumbra para ocultar su presencia. Aún llevaba los restos de un hechizo de invisibilidad que el mismo Zacharias había roto al pisarlo.

Se trataba de un encantamiento bien trabajado, sorprendentemente

original en su diseño, pero no habría afectado a los sentidos de Zacharias de no encontrarse este tan cansado ni absorto en sus pensamientos. No esperaba ver nada aparte de sombras en las esquinas de la salita, y por eso no había visto nada más.

Aun así, se sintió horrorizado por su lapsus. Miró boquiabierto a la joven y fue entonces cuando se dio cuenta de una cuarta cosa: era la señorita Gentleman, a quien había visto esa mañana defendiéndose de maleficios.

—Ahora que me ha visto, ¿podría dormir en el sillón, por favor? —dijo ella. Parecía tranquila, como si irrumpiera todos los días en los aposentos del mago más notable de su generación—. Es tarde y me gustaría descansar para el viaje de mañana.

Zacharias estaba tan perplejo por la situación que obvió sus palabras sin comentar nada.

—¿Cómo ha conseguido entrar en esta habitación?

—He girado a la izquierda antes de las escaleras y abierto la segunda puerta

—contestó Prunella—. Las instrucciones de la doncella fueron bastante claras, y no hay tantas salas para que alguien se pierda.

Durante un instante, Zacharias se preguntó si la joven hablaba en un idioma extranjero y él no se había dado cuenta. No entendía en absoluto el significado de sus palabras.

—Esto debe de ser un error —dijo—. ¿Cómo ha convencido al patrón de que la dejara entrar?

—Ah, eso no ha sido difícil. Los Headey tienen una nueva criada que no conoce el pueblo. Le he dicho que era una cortesana del Mundo de las Hadas disfrazada de hembra mortal y que tenía una cita con el hechicero real. Es supersticiosa y me ha dejado entrar directamente. Y luego subí aquí a esperarle.

—¿Cuánto tiempo llevaba sentada aquí en la oscuridad? —preguntó Zacharias.

Revisó con rapidez su anterior conversación. Tenía suerte de que sir Stephen y él hubiesen estado enzarzados en una discusión sobre la reforma educativa. Por muy sensacionales que considerase la Sociedad sus planes, no eran tan secretos como las negociaciones del Gobierno

con Janda Baik o las estratagemas de la corte mágica.

—Vine cuando todo el mundo estaba cenando. He dormido un rato, así que no me he aburrido. Sin embargo, el suelo es incómodo en extremo.

Preferiría el sillón, si no le importa.

Otro hombre, sorprendido por una fémina que había abandonado cualquier consideración de decoro hasta el punto de pasearse sin invitación por sus aposentos y exigir el uso de su sillón, habría olvidado sus modales para echarla sin más preámbulo o para intentar familiarizarse con ella de un modo ofensivo. Pero Zacharias no. La última opción no se le habría ocurrido nunca y, si la primera presentaba algún atractivo, este fue ahuyentado por el castañeteo de los dientes de Prunella mientras hablaba y el temblor de sus manos.

El instinto de hospitalidad que lady Wythe había inculcado en Zacharias salió a la palestra. La chica debía regresar a la escuela, eso era evidente, pero antes debía atenderla.

—Siéntese, por favor —dijo, ofreciéndole una silla junto al fuego—.

Llamaré al patrón para pedir té. ¿Le puedo preguntar a qué debo el honor de su visita?

Prunella se sentó y apoyó el maltrecho maletín en su regazo.

—Por supuesto —respondió—. Voy a ir con usted a Londres.

CAPÍTULO 8

La idea original de Prunella había sido subirse a la diligencia de Londres en el Blue Boar, pero las dificultades propias de ese plan enseguida resultaron obvias. La principal era el precio: se había llevado dinero suficiente para cubrir sus necesidades durante una temporada, pero cuanto más tiempo permaneciera sin tocarlo, mejor.

¡Ojalá la señora Daubeney fuera a Londres! Aunque tampoco permitiría que Prunella la acompañase, ahora que había caído en desgracia. Pero si tuviera un amigo que partiera hacia allí, quizá él sí que aceptaría llevarla.

Ojalá conociera a alguien que viajase en esa dirección…

Cuando Prunella recordó que el hechicero real partía al día siguiente,

sintió que el destino le concedía una oportunidad que no debía desperdiciar.

Seguro que el hechicero real viajaba en su propio carruaje, lo que le ahorraría los gastos de la diligencia y, además, sería mucho más cómodo.

¿Acaso Henrietta no había hablado de su bondad? Prunella creía poseer una historia tan lastimera que persuadiría a cualquier persona que no tuviera un corazón de piedra para ayudarla.

Cuando llegó a la posada, su intención fue aprovechar el tiempo hasta que el señor Wythe regresara para pensar un plan que le indujera a llevarla a Londres, pero no tardó en traicionarse a sí misma. Nada más acomodarse en el suelo de la salita y conjurar el hechizo de invisibilidad a su alrededor, se quedó dormida, agotada tras las desgracias del día.

Se despertó de repente cuando el señor Wythe entró en la habitación, pero antes de que pudiera decidir qué hacer, el hechicero se puso a hablar.

Tras un momento de confusión, Prunella se dio cuenta de que no se dirigía a ella. De hecho, no parecía dirigirse a nadie que pudiera ver.

Qué amable de su parte. Prunella se abstuvo de anunciar su presencia para seguir el monólogo. No hay nada que revele más sobre el carácter de una persona que el modo en el que se comporta con sus conocidos más cercanos. Su lenguaje, los gestos y las posturas, lo que dice y no dice; todo sirve para captar una imagen más completa de quién y qué es.

Prunella no sabía que escuchaba esta clase tan útil de discurso. Pero enseguida resultó evidente que el hechicero real era como esperaba: el tipo de caballero indulgente de quien una joven sin escrúpulos se podía aprovechar.

—Discúlpeme —dijo el señor Wythe cuando Prunella expresó su intención

—. Creo que no la he oído bien.

—Suena extraño, lo sé —añadió la joven, intentando parecer trágica.

Seguro que se le daba bien, pues contaba con el ejemplo constante de la señora D.—. Debe parecerle inconcebible que una mujer con una

educación honrada se rebaje de este modo. Pero mi desesperación es mi mejor defensa, pues… ¡Oh, señor, es usted mi única esperanza!

Estalló en un llanto ruidoso, pero, como no se le daba demasiado bien actuar, Prunella se vio forzada a emplear un gran pañuelo blanco, que había cogido de los aposentos de la señora Daubeney, para ocultar la ausencia de lágrimas. Por suerte, el señor Wythe se hallaba tan desconcertado que no se percató del artificio.

—¡Mi querida señorita! —Esa manera de dirigirse a ella podría haber sonado impertinente en otro caballero tan joven y atractivo como el señor Wythe. Pero sus modales poseían una inconsciencia tan espléndida (hablaba como alguien que se creyera mayor y estuviera por encima de los flirteos), que a Prunella le sobrevino una acometida irresistible de risa. Consiguió ocultarla a toda prisa tras unos sollozos falsos—. Le ruego se tranquilice.

Seguro que no es tan malo como parece, sea cual sea el problema. ¿Le pido al patrón que llame a la señora Daubeney?

—¡No, no llame a nadie! Usted es la única persona en el mundo que puede ayudarme, si accede —declaró Prunella, refugiada tras su pañuelo—.

En cuanto le vi, supe que lo entendería. Algo me dijo que usted no apoyaría a

aquellos que oprimen a una mujer, ¡ni le negaría el derecho natural a la magia!

Por encima del ribete de encaje, la mirada astuta de Prunella percibió que Zacharias se tensaba.

—Sabía que usted entendería el secreto que me he visto obligada a ocultar durante tantos años —prosiguió, infundiendo a su voz una intensidad apasionada—. Debe saber, señor, ¡que ansío estudiar taumaturgia! No he soñado con otra cosa en toda mi vida. No poseo los medios para conseguir mi sueño, pero he aprendido lo poco que podía de nuestra biblioteca mal

abastecida y de nuestras profesoras sin formación. Me contenté con recoger migajas y fragmentos de sabiduría. Pero todo eso ha terminado. Hasta la más mínima oportunidad que tenía de adquirir una educación mágica ha quedado fuera de mi alcance… ¡a menos que usted se digne a ayudarme!

La defensa del señor Wythe ante su interlocutor invisible sobre la necesidad de educar a las mujeres mágicas le había proporcionado a Prunella un modo de preparar su petición. Al fin y al cabo, solo era una exageración de la verdad. Prunella sí que había aprendido magia a partir de libros y de las clases impartidas con indiferencia. Había aprendido incluso más de las alumnas, tanto para hacer travesuras con ellas de niña como para contener su ingeniosa maldad de mayor; pero no pensaba confesárselo al señor Wythe.

La única mentira residía en ese deseo de estudiar taumaturgia. Prunella no sentía más interés hacia la ciencia mágica que un pez hacia las propiedades filosóficas del agua. La magia como sustancia, como fuerza vital, era el aire que respiraba y el suelo bajo sus pies: no renunciaría a ella, igual que no pensaba renunciar por voluntad propia a la vista o al habla. La vieja taumaturgia aburrida, sin embargo (que, para Prunella, equivalía a la magia en los libros, sobre todo los tomos mortíferos a los que las alumnas de la señora Daubeney tenían acceso), era muy diferente.

Pero el hechicero real era un erudito y ella había formulado su pequeño discurso con ese dato en mente. Aun así, le encantó el efecto que tuvo. El señor Wythe le prestaba una atención compasiva y observaba su rostro con una mirada reluciente de interés.

—Pero esto es extraordinario —exclamó—. El destino la habrá traído hasta aquí. No cabe duda de que debería ayudarla en la medida de lo posible.

La buena disposición que mostró para comprender sus sentimientos sorprendió a Prunella. No había tenido en cuenta el hecho de que un anhelo apasionado por imbuirse de los principios de la filosofía antinatural le parecería de lo más natural a un joven educado para ser hechicero real. Para Zacharias, no se requería más explicación que un amor profeso hacia la magia y un deseo de saber más sobre ella.

Sin embargo, no fue tan fácil persuadirlo sobre la prudencia de incitar a una doncella sin acompañante a perpetrar su propio secuestro. Aunque Prunella empezó a animarse y a considerar que el asunto de la huida era sencillo, él añadió:

—Puede que tardemos un tiempo en convencer a la señora Daubeney sobre la utilidad de enseñar taumaturgia a las mujeres, pero sé que usted será paciente, señorita Gentleman. Mi puesto me ofrece cierta autoridad, y cabe esperar que esa autoridad aporte peso a mi apelación. El cambio parecerá lento para alguien con una ambición

tan encomiable como la suya, pero, con el tiempo, ocurrirá. El sistema actual, tan absurdo e injusto, no sobrevivirá ante una resistencia decidida. Y, mientras tanto, ¡siempre nos quedarán los libros!

—¿Libros? —preguntó Prunella, sin comprender.

—Sí, pues ni siquiera la señora Daubeney objetará que abastezca su biblioteca con libros —asintió el señor Wythe—. Aunque no apruebe su contenido, tampoco creo que rechace ese tipo de atención por parte del hechicero real. ¡No se desanime, señorita Gentleman! Se aprende mucho con el estudio en solitario. Un buen tutor convierte el aprendizaje en un proceso más ameno y rápido, por supuesto, pero muchos de nuestros mejores taumaturgos no tuvieron más maestro que los libros.

—Se lo agradezco, pero los libros no me servirán de nada —replicó Prunella con firmeza—. No puedo quedarme en la escuela. Por eso debo acompañarle a Londres. ¡Aquí no me queda nada!

Zacharias ya había empezado a preparar una lista de lecturas apropiadas, pero aquello lo devolvió a la tierra con un golpe tan fuerte que le quitó todos los títulos de la cabeza.

—Pero ¿cuál es el problema? —inquirió, mirándola preocupado—. ¿Ha discutido con la señora Daubeney? ¿Podría ayudarles a resolver el conflicto?

Prunella no esperaba una reacción tan solícita. Para su sorpresa, sintió que las lágrimas le ardían en los ojos. Parpadeó con furia, apartando la mirada;

carecía de escrúpulos para lanzarse en un espectáculo de llanto falso, pero su orgullo le impedía verter lágrimas reales delante de un desconocido.

«Podría hablarle de los tesoros», pensó de repente. El señor Wythe era amable y parecía honesto; él sabría, mejor que nadie, qué hacer con los siete huevos de familiares sellados por un hechizo. La mera revelación de su secreto le garantizaría su más ansiado deseo: un acompañante hasta Londres.

Pero el recuerdo de la perfidia de la señora Daubeney la detuvo. Si Prunella no podía confiar en la única persona del mundo que conocía desde su niñez, la única alma que recordaba a su padre, ¿qué motivos tenía para confiar en un desconocido?

—¡Me he separado de la señora Daubeney para siempre! —exclamó, sin molestarse en ocultar el temblor de su voz, ya que le servía para reforzar la impresión que deseaba dar—. Piensa que soy demasiado mágica y me ha ordenado que renuncie a los hechizos. ¡Ni siquiera podría conjurar ilusiones para entretener a las niñas ni calmarlas hasta que se duerman con un encantamiento! No soportaría una vida así. Señor, usted es amigo de la magia. Si me rechaza, no sé a dónde podría ir.

El señor Wythe la miraba con lástima. En tono gentil, pero demostrando una resolución inamovible, contestó:

—Está usted alterada, señorita Gentleman, y no sin motivo; pero, si reflexionase sobre su petición con un ánimo más tranquilo, estoy convencido de que no verá su utilidad. Además, mañana no me dirijo a Londres, sino a Fobdown Purlieu. Le aconsejo que regrese a la escuela. Con su habilidad, sé que le resultará un entorno bastante restrictivo, pero incluso el sistema de la

señora Daubeney le ofrecerá una mayor exposición a la teoría de la magia que cualquier otro lugar.

—¡No más que si estuviera en Londres! —respondió Prunella con amargura.

Había esperado influenciar los sentimientos de Zacharias mostrándose como una criatura llorona, dependiente y temblorosa necesitada de ayuda.

La señora Daubeney siempre enfatizaba lo poco que a los caballeros les gustaban las mujeres que los presionaban, esas que no podían mantener la lengua quieta y tenían agallas para cualquier cosa.

Pero su escaso éxito la volvió imprudente. Con una franqueza real, soltó:

—Le ruego se ponga en mi situación. Usted perteneció a una familia.

Hubo personas que se interesaron por sus éxitos. Pero si fuera yo (sin familia, sin nadie de cuya caridad o afecto depender), ¿no le parecería que no existe lugar en el mundo para alguien como usted?

Zacharias la miró sorprendido, pero ciertamente comprendía lo que quería decir. Prunella no tenía la piel tan oscura como él (quizá al sultán Ahmad le habría parecido europea), pero para Zacharias y, lo que era más importante, para cualquier persona inglesa, saltaba a la

vista que no era ni podía ser de Inglaterra.

—Sí que pertenecí a alguien, en efecto —dijo despacio. No era una afirmación inexacta, aunque hacía tiempo que lo habían liberado. Sir Stephen había firmado los papeles necesarios cuando Zacharias cumplió los trece; un regalo de cumpleaños curioso para un chico de trece años—. Me gustaría ayudarla, señorita Gentleman, pero piénselo, ¿estaría mejor en Londres?

¿Cómo viviría? La ciudad no es más amable que el campo para aquellas personas sin un lugar en el mundo. Aquí, al menos, dispone de comida y casa, aunque haya discutido con su señora.

Prunella se ruborizó al recordar su último encuentro con la señora Daubeney. ¡Complacerla durante más tiempo era intolerable!

—¡Creo que prefiero buscar algo mejor que depender de ella por comida y alojamiento!

Pero el hechicero real no la escuchaba.

Aunque no dijo nada, su semblante había cambiado de repente. Se llevó una mano a la frente y estiró la otra, como si buscara apoyo. Pero, de hecho, solo tanteaba en pos del reloj en la repisa de la chimenea.

—Señor Wythe, ¿se encuentra bien?

—¡Qué tarde! —dijo Zacharias con tono áspero, tan diferente que Prunella se lo quedó mirando—. ¡Casi medianoche! ¿Cómo he podido permitir que se quedara hasta tan tarde?

Se tambaleó cuando devolvió el reloj a la repisa y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla.

Prunella no entendía por qué la hora le había asustado tanto, pero no era el momento de cavilar sobre las excentricidades del hechicero real. El señor Wythe estaba gris, con el semblante tenso y lleno de pavor.

—Estoy segura de que no se encuentra bien —dijo la joven.

—No es nada —respondió el hechicero con un tono extraño y distraído

—. Dolor de cabeza, nada más. Usted debería regresar a la escuela.

Pero Prunella no se dejó intimidar. La mirada del señor Wythe al

apartarse de la chimenea le había llegado al corazón. Fue fugaz y desapareció en un momento, pues su calma habitual retornó enseguida a su rostro, pero el dolor y el miedo eran indiscutibles.

—Siéntese, por favor. No tiene buen aspecto. La señora Daubeney era una mártir de sus dolores de cabeza, hasta que la cocinera les puso fin con…

Bueno, dijo que fue una tisana, ¡pero estoy segura de que se trataba de un hechizo!

Años de apurar a las niñas pequeñas para que se bañaran y se acabaran la cena le habían otorgado a Prunella el don de hacer que los recalcitrantes acataran su voluntad. Sentó a Zacharias sin miramientos en una silla, y fue eso lo que le salvó, pues la primera llamarada que salió de la chimenea

apuntaba precisamente al punto donde su cabeza había estado un segundo antes.

Prunella retrocedió con un alarido.

—¡Santo cielo! —gritó Zacharias.

El fuego se propagó fuera de la chimenea; creció a una rapidez inconcebible, devoró la alfombra y se alzó hacia el techo. Un humo negro asfixiante llenó la habitación. No era un fuego común, pues contaba con un halo de un verde sobrenatural y un olor acre a magia. Ese olor a metal caliente, azufre y hierbas llenó las fosas nasales de Prunella.

—¡Cuidado! —gritó justo cuando otra llamarada brotó de la chimenea.

El señor Wythe seguía en la silla con el rostro ceniciento. Consiguió evadir las llamas desplomándose a un lado, pero parecía incapaz de hacer nada más, aunque se agarraba a los brazos de la silla e intentaba enderezarse.

Resultaba evidente que no se hallaba en condiciones de defenderse a sí mismo y mucho menos a Prunella. La joven debía cuidar de los dos.

Agarró la mano del hechicero y juntó los bordes del hechizo roto de invisibilidad. No había tiempo para pensar. Por instinto, unió los desgarros y las roturas de su conjuro y los envolvió a los dos con él mientras pensaba con furia en que se volviera sólido. Debía ser un muro, un muro frío, un muro gélido…

En el fuego había unas caras inhumanas extrañas, con jirones de llamas por pelo y las bocas abiertas en gritos mudos de rabia. Prunella levantó su defensa en el momento justo. Los espíritus de fuego salieron de la chimenea y se lanzaron físicamente contra su muro.

Resistió. El fuego siseó al encontrarse con la protección («Frío como el hielo, frío como noviembre»). Los espíritus rugieron, sus rostros se derritieron y se volvieron a formar en el muro de llamas que rodeaba a Prunella y Zacharias. Unas veces los espíritus parecían personas, aunque

otras eran muy diferentes, con demasiadas extremidades y demasiados dientes.

Prunella sentía tanto frío que le castañeaban los dientes, pero la burbuja que los protegía se iluminó con una luz naranja como surgida del infierno. El fuego devorador los envolvía. No podría aguantar mucho más.

Justo cuando el agotamiento la venció, un tentáculo de fuego atravesó la barrera y se abalanzó hacia Zacharias. Si Prunella hubiera pensado con claridad, quizá habría permitido que las llamas obtuvieran su objetivo. Sin embargo, no estaba pensando y estiró la mano para detenerlas.

La llama se enroscó alrededor de su muñeca. Sentía tanto frío que al principio no notó el calor, pero luego sí.

Zacharias oyó el grito de la muchacha y eso fue lo que le hizo volver en sí a través de la neblina del dolor. Agarró a Prunella, aunque se sentía débil, peligrosamente débil. Nunca debería haber permitido que se quedara tan cerca de la medianoche.

—¡Leofric! —exclamó—. ¡Leofric, maldita sea, recuerda nuestro trato!

La debilidad lo abandonó. El poder le recorrió el brazo como una corriente fría.

Prunella no sabía lo que estaba ocurriendo, pero el dolor desapareció de repente y el fuego retrocedió. El señor Wythe se puso en pie.

La joven tuvo la confusa impresión de que su muro se ponía al revés, como un paraguas en una tormenta. Pero ya no era el hechizo que había urdido con frenesí: lo habían transformado en algo más grande

y mucho más poderoso. Envolvió el resplandor, lo enfrió en un instante y apagó el fuego hasta que la habitación se sumió en la oscuridad y no quedó nada de las llamas o de los espíritus.

En la mano del señor Wythe palpitaba una bola de luz carmesí que lanzó hacia la chimenea. La bola golpeó la pared y estalló con un grito hueco compuesto por múltiples voces. Prunella vio que los espíritus del fuego escapaban por la chimenea, siseando con enojo. El núcleo restante de llamas cayó en los troncos, donde brilló durante un momento antes de apagarse.

El último pensamiento de Prunella fue que si, después de todo, el señor Wythe no se sentía mal, ella podría haberse ahorrado el esfuerzo. Le dolía mucho la muñeca, aunque ya no sentía el dolor. Una misericordiosa oscuridad la engulló entera.

No había ni rastro del fuego cuando Prunella se despertó. Estaba tumbada en el sillón, con el hechicero real en una butaca frente a ella, enfrascado en sus pensamientos.

Prunella examinó la habitación; esperaba ver las paredes ennegrecidas y el mobiliario reducido a yesca, pero fue como si el incendio no hubiera ocurrido nunca. La única prueba que persistía era el dolor punzante en su muñeca izquierda.

Un pensamiento atroz la asaltó.

—¡Mi maletín! —gritó.

—Está a salvo junto a sus pies —dijo el señor Wythe. No parecía enfermo en absoluto. Se inclinó hacia ella con una mirada de preocupación

—. Me alegro de que se haya despertado. ¿Cómo se siente?

—¿Que cómo me siento? —repitió Prunella.

Su reacción inmediata había sido de alivio ante el hecho de que el señor Wythe no hubiera tocado el maletín mientras ella permanecía inconsciente; pero ahora que tenía ocasión de reflexionar, descubrió que se sentía extremadamente enojada.

—¡Esa no es la cuestión! —espetó—. Si era capaz de luchar contra el fuego desde el principio, ¿por qué no lo hizo? ¡Debería sentirse avergonzado por tomarse su tiempo y permitir que me hiriera!

Se sentó con dificultad para extender el brazo, donde la llama había dejado impresa una lívida quemadura.

De sentirse menos enfadada, quizá hubiera caído en la cuenta de que sus reproches no eran la mejor forma de persuadir al hechicero real de que la llevara a Londres. Sin embargo, estaba bastante descompuesta y el aparente hundimiento de su plan la había dejado sin motivos para controlar su lengua.

El señor Wythe parecía lleno de culpa y miseria.

—Sí que estoy avergonzado. Lamento en extremo que la hayan herido en un ataque dirigido hacia mi persona. Si de mí dependiera, no habría sufrido daño alguno.

Esa pronta aceptación de su error consiguió apaciguar a Prunella.

Además, se sentía intrigada ante la alusión a la conflagración como un ataque. Resultaba evidente que el fuego procedía de una fuente mágica, pero no había considerado el propósito de dicha magia.

—Entonces, ¿iba dirigido a usted? —inquirió, la curiosidad reemplazando al rencor—. ¿Lo atacan a menudo? ¡Vaya, es como las viejas historias de hechiceros arremetiendo unos contra otros sin cesar! No sabía que los taumaturgos siguieran siendo tan homicidas.

—Yo tampoco —respondió Zacharias con tono lúgubre—. Las cenizas de la chimenea aún acarrean la huella del maleficio. Lo diseñaron para causar daño a un mago sin dejar rastro de su presencia. Por eso no afectó al mobiliario. Mi enemigo, sea quien sea, esperaba dejar un cadáver carbonizado… para que me encontraran sentado en el escritorio, con mis pertenencias intactas.

—¡Qué espantoso! —exclamó Prunella, entusiasmada.

—No cabe duda de que el maleficio iba dirigido a mí. Ningún otro mago se aloja en esta posada. Por desgracia para usted, señorita Gentleman, mi enemigo no tuvo en cuenta su presencia. Si hubiera sido una silla, se habría librado del peligro. El fuego la quemó porque la confundió con un mago, y por eso lo lamento mucho.

—¡Como debería! —dijo Prunella, pero el reproche fue superficial. Le resultaba demasiado interesante haber estado presente en un atentado contra la vida del hechicero real, por lo que no pudo reunir mucha indignación por su papel en lo sucedido—. Supongo que el hechizo le dejó impedido y por eso no pudo defenderse. Una medida muy

inteligente.

Zacharias parecía azorado.

—No, sí que enfermé, como se dio cuenta, pero eso solo fue una circunstancia desafortunada, sin relación con el ataque. —Dudó un momento antes de proseguir con incomodidad—. Sufro una dolencia recurrente cuyos síntomas se manifiestan tras el anochecer, sobre todo a medianoche. Fue una desgracia que mi atacante actuara justo a esa hora. Me alegro de haber reunido fuerzas antes de que fuera demasiado tarde, aunque no a tiempo para evitar que saliera herida.

La herida no era mucho peor que los cortes y las quemaduras que Prunella había recibido en la cocina de la escuela, pero no pensaba admitirlo. Se levantó y, con aire altivo, declaró:

—¡Es una desgracia! Me duele mucho la muñeca y creo que necesitaré bastante tiempo y cuidados hasta que se cure. Pero supongo que no disfrutaré

de nada de ello, ya que debo regresar con la señora Daubeney, ¡a quien le da igual si vivo o muero!

Fue una jugada arriesgada por parte de Prunella, ya que había renunciado a conseguir lo que quería del señor Wythe. Por eso la dejó completamente desarmada cuando él respondió:

—Pues claro que no puede regresar a esa escuela para señoritas. Allí desperdiciaría su talento. La llevaré a Londres. Si voy a reformar la educación mágica de las mujeres, ¿por qué la reforma no puede empezar por usted?

—¡Ah! —exclamó Prunella. Al cabo de un momento, se recuperó e intentó aparentar que era justo lo que esperaba—. ¡Sí! Eso es lo que intentaba decirle desde el principio.

El señor Wythe asintió, pero sin mirarla.

—Además, estoy en deuda con usted y haré lo que pueda para devolverle el favor. Habría muerto de no ser por su ayuda. Me salvó la vida.

—Vaya que si lo he hecho —concluyó Prunella, encantada.

CAPÍTULO 9

Zacharias consiguió convencer a la señorita Gentleman de que regresara a la escuela a la mañana siguiente. No importaba lo que hubiese pasado con la señora Daubeney; aún le debía una despedida y, si volvía, nadie descubriría que había pasado la noche en la posada.

Pensaba tanto en su propia reputación como en la de la señorita Gentleman.

No deseaba que se rumorease que el hechicero real tenía por costumbre secuestrar doncellas de escuelas femeninas y entretenerlas en sus aposentos.

«¡Ya tengo suficiente con que me llamen asesino e ingrato, sin necesidad de añadir el rapto de inocentes a mis infracciones!».

Pero Zacharias casi se arrepintió de su decisión cuando, por la mañana, lo condujeron a la salita de la señora Daubeney. La dama yacía en una otomana y lloraba ruidosamente en un pañuelo. Prunella revoloteaba cerca con una botella de sales. Mostraba la actitud de quien está acostumbrada a esos espectáculos, pero la aprensión en sus ojos desmentía su aparente compostura.

—Siento interrumpir —dijo Zacharias—. ¿Quiere que vuelva en un momento más oportuno?

La señora Daubeney se secó los ojos y se enderezó.

—¿Qué momento puede ser más oportuno, ahora que mi pobre Prunella ha sido desgraciada?

—Me encontré con la señora Daubeney cuando regresaba a mi habitación

—explicó la joven.

La directora había tenido la intención de desairar al señor Wythe cuando lo viera de nuevo. Creía que se había comportado de una forma muy pobre al no sentirse impresionado por los Siete Grilletes, que ella consideraba su mayor éxito. Y había sido un compañero de cena espantoso; solo hablaba una vez cada diez minutos. No, el hechicero real estaba acabado a ojos de la señora Daubeney. ¡No le sorprendería nada que al final hubiese asesinado al pobre sir Stephen y a su fiel dragón!

Sin embargo, olvidó su plan de tratarlo con una dignidad muda ante la angustia que sentía por Prunella. El afecto de la señora Daubeney

podía decaer hasta el punto de degradarla a conveniencia, pero la desgracia de la joven era una catástrofe que la directora no había previsto ni deseado, y su consternación crecía al sentir que ella tenía parte de culpa. Prunella nunca habría sido tan imprudente de no haber estado afligida por la pequeña regañina de la señora Daubeney. Había huido, claramente, en un ataque de furia, y así halló su perdición.

Pero el señor Wythe era el culpable y no debía pensar que podría irse de rositas. La señora Daubeney expulsó de su mente la dignidad silenciosa y sermoneó a Zacharias como si fuera un viejo conocido.

—¡Si tuviera usted corazón, habría considerado mis sentimientos al ver que Prunella no había dormido en su cama! ¡Mi propia hija, a quien he criado desde que su pobre padre se adentró en el río! No digo que mis cuidados sustituyeran el afecto de sus padres. No me atrevo a decirlo, ¡pero le reto a que nombre a alguien que hubiera mostrado tanta devoción como yo hacia una muchacha sin un penique!

—Ha sido usted muy buena, señora Daubeney —concedió Prunella—.

¡Con esta simple mujer pobre!

Hubo cierto retintín en su voz que provocó que Zacharias la mirara con cautela, pero Prunella conocía a su audiencia. La señora Daubeney estaba tan nerviosa que no se fijó en su inciso.

—¡Y luego descubrí que había cambiado mi techo por el suyo! —se lamentó la directora—. El mundo le considerará un gran hombre, señor Wythe, ¡pero para mí es un canalla de mucho cuidado que caza mujeres jóvenes que se han criado aisladas y no conocen el mundo!

—No se altere, señora Daubeney. Aunque hubiera ocurrido algo inapropiado (y el señor Wythe confirmará que no ha sido así), mi reputación carece de valor, como bien sabe —intervino Prunella con ojos relucientes

—.

Después de todo, no es como si yo fuese una de las jóvenes damas.

La señora Daubeney se alzó cuan alta era, la misma imagen de la soberbia vejada.

—Prunella, te olvidas de quién eres. ¡Acuérdate de que tu padre era

un caballero!

—Pero si se ahogó y dejó a su niña con la patrona, muy respetable tampoco sería —arguyó Prunella.

—¡Ah, pobre Gentleman! —exhaló la directora, tapándose los ojos como si observara los caminos iluminados por el sol de su pasado más remoto—.

Sí que vivió momentos difíciles.

Zacharias vio su oportunidad.

—¿Deduzco, pues, que el señor Gentleman acabó con su propia vida?

—Dejó una nota —aclaró la directora—. Si no, nunca me lo habría creído.

¡Y qué bien escrita estaba! «Miranda…», éramos tan buenos amigos que dejábamos de lado las ceremonias, «Miranda, sé que tu generosidad perdonará esta última ofensa, a pesar de los problemas que te he causado».

¡Incluso con tanto dolor, fue muy considerado!

Zacharias asintió con sobriedad.

—Muy propio de él.

La señora Daubeney abrió mucho los ojos.

—¿Lo conocía?

—Le debo una disculpa, señora. Debí contárselo ayer, pero no quise decir nada hasta confirmar que la señorita Gentleman era el objeto de mis pesquisas —dijo Zacharias. Se sentó frente a la señora Daubeney, aunque ella no lo había invitado a tomar asiento. Debía comportarse con la máxima confianza o se habría acabado el juego—. El señor Gentleman fue un amigo especial de mi guardián, sir Stephen Wythe. Lo veía a menudo.

—Vaya, pues no sería usted muy mayor. Gentleman vino aquí en cuanto regresó de la India. Me dijo que no tenía parientes ni amigos que quisiera ver en Inglaterra. Si lo conoció antes de su partida a la India, sería usted muy joven.

—En efecto, era joven, pero sir Stephen me habló tanto sobre él, que

era como si lo conociera —dijo Zacharias, improvisando con frenesí—. No…

¡No era un hombre del que uno se olvide fácilmente!

En el señor Gentleman, Zacharias había encontrado un tema sobre el que la señora Daubeney se creería casi cualquier cosa. La mirada de la mujer se ensombreció.

—Sí. ¡Veo que lo conoció!

—Por desgracia, sir Stephen no supo nada de él durante muchos años después de su despedida —dijo Zacharias, suprimiendo una punzada de culpabilidad—. Más tarde descubrió que el destino del señor Gentleman había dado un giro desfavorable, que había fallecido y dejado a una hija en circunstancias adversas. Mi guardián no tuvo tiempo de averiguar mucho más antes de su muerte y no pudo ayudar a la hija de su amigo como habría deseado. Fue su deseo que yo la localizara y le ofreciera toda la ayuda que estuviera en mi mano. Acudí a su escuela siguiendo ese deseo.

—¡Eso explica por qué el sobrino de Georgiana no vino! —exclamó la señora Daubeney.

Zacharias hizo una pausa para dedicar un pensamiento furioso a Rollo Threlfall, quien, sin duda alguna, estaría paseando por Bond Street en ese mismo momento, felizmente ignorante del aprieto en el que había metido a su amigo.

—Sí, le propuse ocupar su lugar —asintió—. Había oído el rumor de que el señor Gentleman pasó sus últimos días en esta zona y me pregunté si su hija no estaría entre las gentilbrujas de la escuela.

—¡Ya decía yo! El hechicero real nunca se había preocupado por la educación de las gentilbrujas —dijo la señora Daubeney. Le maravillaba esa idea de que su querido Gentleman hubiese sido íntimo del hechicero real, de que sir Stephen lo recordase con afecto incluso en su lecho de muerte y de que ella, por su carácter noble, hubiera evitado que su hija acabara en el hospicio—. ¡Esto lo explica todo!

Zacharias asintió, aunque se sentía incómodo en extremo. Pero ya había metido las manos en la masa y debía terminar de amasar el pan.

—Enseguida me percaté de que la señorita Gentleman era la joven que buscaba, pero solo tuve tiempo de comentarle la relación de mi guardián con su padre. Como ansiaba más información, vino ayer a mi

posada para hablar conmigo. Debería haberlo consultado con usted antes de emprender esa visita a solas, pero seguro que podemos perdonarle a la señorita Gentleman su ansia por entender más sus orígenes.

—Fuiste muy impulsiva, Prunella —la regañó la señora Daubeney—.

Pero supongo que es comprensible. ¡Sabe Dios que siempre he deseado saber más sobre la historia de Gentleman! Nunca me dijo nada sobre lo que había sufrido. No tenía por costumbre quejarse.

—Para cuando terminé de responder las preguntas de la señorita Gentleman, era tan tarde que no quise despertar al cochero para traerla de vuelta —dijo Zacharias—. Por suerte, la señora Headey pudo prepararle una cama en la posada.

—Bueno, la señora Headey es madre y sabrá lo que es apropiado —

respondió la directora—. Pero mal asunto… No puede negar que parecía un mal asunto, señor Wythe. Un hombre de mundo entenderá de estas cosas.

Recuerde que Prunella no tiene ni un alma en el mundo en la que confiar,

¡solo yo!

Se le inundaron los ojos de lágrimas. Zacharias miró a Prunella desesperado, pero ese despliegue de sensiblería no pareció afectarla ni una pizca.

—Se olvida, señora, de que me tengo a mí misma —dijo—. ¿Quiere ahora las sales?

—Le aseguro que me preocupo tanto por la seguridad de la señorita Gentleman como el que más —añadió Zacharias—. Solo quiero ayudarla y, si usted lo permite, la acompañaré a la ciudad. Lady Wythe estará encantada de recibirla allí, y podemos planear los preparativos que sir Stephen hubiera deseado.

Zacharias había decidido tomar ese rumbo la noche anterior, cuando Prunella y él inventaron la historia sobre la relación de sir Stephen con su padre. No podía informar a una mujer que tanto se oponía a la magia femenina de que se llevaba a su protegida para que aprendiera precisamente ese arte. Además, su plan de reformar la educación de las mujeres mágicas debía permanecer en secreto por el momento,

hasta que su posición se fortaleciera y hubiera recabado el apoyo de sus colegas. En cuanto a lo que lady Wythe pudiera pensar sobre su parte en la trama, esa era una complicación que Zacharias dejaba para el futuro.

—¡Lady Wythe! —exclamó la señora Daubeney—. ¡Pero si es la hija de un baronet!

Aunque, en su fantasía, ella misma había ascendido a ser íntima del actual y del anterior hechicero real, la directora no podía adaptar con la misma rapidez su opinión sobre Prunella. Después de todo, solo el día anterior había decidido echarla de su dormitorio en el ala este, pues algunas alumnas dormían allí y Prunella encajaría mejor en las habitaciones de los criados.

Absorber ahora la imagen de Prunella como invitada de honor de lady Maria Wythe requirió un rápido reajuste de su percepción. Sin embargo, para ser justos con el corazón de la señora Daubeney (un objeto auténtico, que palpitaba y vivía, aunque a menudo su cabeza lo acallara), no pasaron ni dos minutos antes de que hubiera asimilado la idea y comenzara a pensar que era un suceso maravilloso para la querida Prunella. No cabía duda de que había ocurrido gracias a la señora Daubeney, por lo que la joven debía estarle agradecida por su ascenso repentino.

Aunque la directora no lo admitió ni para sí misma, fue consciente de una furtiva sensación de alivio, pues era cierto que Prunella se había vuelto demasiado mágica para la escuela. Para ella no suponía ningún inconveniente que se marchara aprovechando aquella coyuntura, y resultaba ideal que pudiera hacerlo de tal forma que le permitiera a la señora Daubeney pretender que mantenía cierta relación con el hechicero real.

—Lo es —confirmó Zacharias—. Y, de hecho, también es muy amable y hará lo posible para que la señorita Gentleman esté cómoda.

—Bueno, Prunella, no quiero que se diga que me he interpuesto en tu promoción —dijo la señora Daubeney—. Siempre supe que estabas destinada a algo mejor. Una no suele conocer a hombres como tu querido padre.

—Mi deseo es que nos marchemos hoy, señora, si no es mucha molestia

—dijo Zacharias—. Ya me he retrasado más de lo que me gustaría y debo partir lo antes posible.

La señora Daubeney parecía aturdida.

—Claro… Aunque Prunella necesitará tiempo para hacer el equipaje.

—No tardaré —respondió esta—. Lo que tengo basta para llenar una maleta pequeña.

—Supongo que una criada deberá acompañarte —dijo la directora, recuperando la compostura y asumiendo el semblante severo de una

protectora—. Me temo que no puedo renunciar a ninguna con tan poco margen.

Zacharias abrió la boca y la volvió a cerrar, sintiéndose estúpido. La señora Daubeney había sobreestimado su experiencia: apenas había tratado con mujeres en general y no se le había ocurrido que la directora esperase una carabina para Prunella.

La joven, sin embargo, no parecía desconcertada. Se incorporó con el semblante reluciente.

—Por supuesto —dijo—. Lady Wythe ha enviado a su criada. Creo que espera fuera, ¿no, señor Wythe?

—¿Ah, sí? —dejó escapar Zacharias, muy confundido.

—Cawley —llamó Prunella, alzando la voz—. Entra, por favor.

Dando tumbos, entró en la sala una visión de pesadilla con forma humana, pero sin ser humana ni estar viva.

Zacharias parpadeó. No, solo era una mujer de unos cuarenta años, fuerte y de aspecto sensato. Cualquier doña preocupada se habría tranquilizado al tener a una mujer así como acompañante de su protegida. Su cabello era castaño… No, gris… No, estampado…

—Buenos días, señora —saludó la mujer, pero carecía de voz. Las palabras aparecieron sin más en la cabeza de Zacharias.

El hechicero cerró los ojos a propósito. Cuando los abrió de nuevo, su mente se concentró en el acto de ver, y observó lo que se estaba perdiendo.

Prunella había construido una carabina a partir de tela. El cuerpo estaba hecho de sábanas de lino enrolladas y atadas entre sí. La cabeza

era de tela estampada y tenía la forma aproximada de una esfera. En la parte baja de la figura, que oscilaba y se bamboleaba, había un par de zapatos de hombre.

Resultaba muy complicado mantener esa imagen clara. La mente de Zacharias deseaba con urgencia regresar a lo que parecía verdad: que, delante de él, había una mujer de carne y hueso, la cual se mecía y respondía a las preguntas de la señora Daubeney con voz propia, no con la de Prunella.

Aquello superaba con creces el hechizo de invisibilidad que Prunella había conjurado la noche anterior. Su sutileza resultaba incluso más impresionante que la protección que había alzado contra el fuego. Zacharias no había podido engañar así a un mago hasta que casi hubo completado su formación, tras años de estudio y práctica.

—Gracias, Cawley —dijo la señora Daubeney. Cuando la mujer hizo una reverencia y se excusó, la directora añadió—: Es una buena mujer. Lady Wythe juzga bien el carácter de las personas, de eso estoy segura. Me sentiré bastante cómoda si te dejo a su cuidado, Prunella. Quizá… —La voz le falló

—. Quizá esto sea lo mejor. Usted sabrá lo que más le conviene, señor Wythe, pues yo nunca lo he sabido.

—Zacharias —le siseó sir Stephen al oído—, ¡esa muchacha es una farsante!

Solo los estrictos hábitos de autodisciplina permitieron a Zacharias seguir andando hacia la puerta como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo común. La señora Daubeney y Prunella habían desaparecido en las plantas superiores del edificio para empacar lo poco que la joven pensaba llevarse, pero se acercaba el mediodía y nada le aseguraba a Zacharias que no iba a cruzarse con alguna criada o alumna por el camino. Sir Stephen solía ser más discreto.

No obstante, el inoportuno espectro siguió flotando junto al hombro de Zacharias, por lo que el hechicero tuvo que esconderse en el huerto de la cocina, con la esperanza de que, si alguien lo veía, dedujera que hablaba con un céfiro.

—Señor, aunque sus visitas me honran…

—¡Llámalas apariciones, más bien! Porque sé que así las consideras —

replicó sir Stephen con vigor—. No puedo contenerme cuando una

palabra oportuna podría evitar que cometieras una locura. Sé mejor que nadie que, cuando algo se te mete en la cabeza, seguirás adelante a pesar de todo; pero hasta para ti debería ser obvio, Zacharias, que esa mocosa no tiene más interés en estudiar taumaturgia del que tengo yo en ser coronado reina del Mundo de las Hadas.

Zacharias se tensó.

—¿Eso cree? ¿Y qué motivo piensa usted que tendría para abordar a un caballero desconocido en sus aposentos y abandonar todo lo que conoce?

—No niego que sea una sinvergüenza descarada. —Sir Stephen habló con bastante admiración—. No fingiré que conozco sus motivos. Pero no es difícil ver que una bruja bella e ingeniosa como ella ansía ir a la ciudad por muchas razones, ninguna de las cuales incluye convertirse en taumaturga.

—La señorita Gentleman me parece una joven agradable y sencilla —

dijo Zacharias con dignidad—. En cualquier caso, puede decir lo que quiera de sus modales o su moral, pero es imposible poner en duda sus reflejos.

Estoy en deuda con ella y he accedido a instruirla. Ahora no puedo faltar a mi palabra.

—Por cómo te comportas, nadie diría que el fuego de tu chimenea estuvo a punto de asesinarte —refunfuñó sir Stephen, irritado—. ¿No tienes nada mejor que hacer que pensar en la educación de las gentilbrujas?

—Un hechicero real debe tomarse los intentos de asesinato con calma.

Supe que pasaría algo así desde que le sucedí. Los dos sabíamos lo que el malestar por mi nombramiento podría provocar. ¿Acaso no es natural que alguien quiera acortar mi mandato?

Su observación no mejoró el ánimo de sir Stephen. Fulminó con la mirada a una alcachofa como si le hubiera ofendido personalmente.

—¿Leofric te ha dicho si tu enemigo es un taumaturgo?

—No creo que fuera un mago que pasara por allí o un brujo —dijo

Zacharias, obviando la pregunta—. ¿Quién más, excepto un miembro de la Sociedad, iba a desear mi muerte?

—Pensaba que, por lo menos, tus colegas se someterían a las restricciones de los estatutos de la Sociedad.

—¿De verdad? Yo no fui tan optimista. Me parece bien que hayan actuado, aunque menuda desgracia que atacaran con la señorita Gentleman presente.

Pero ¿quién lo iba a decir? Ella reaccionó primero, antes de que yo percibiera el peligro. Quizá no estaríamos hablando ahora mismo de no ser por ella.

—Esa es otra cuestión —exclamó sir Stephen—. Que tu dolencia te haya incapacitado en un momento crucial es espantoso. ¿Cómo te vas a defender de los asesinos si te agotas y te echas a temblar con asiduidad? Va en contra del mismo principio del Intercambio.

Zacharias odiaba cualquier referencia a su enfermedad, como sir Stephen debería saber.

—Te ruego le digas a Leofric que se contenga… —empezó este, pero Zacharias se dio la vuelta.

—El carruaje estará esperando. Voy a hablar con Turrill.

—¡Zacharias!

—No volverá a ocurrir —zanjó el joven, con la voz recubierta de escarcha

—. De eso puede estar seguro.

Mientras Zacharias se acercaba a su carruaje, empezó a comprender la magnitud del pacto al que había accedido.

El coche que debía llevarlos a Prunella y a él a Fobdown Purlieu los aguardaba. Pero no creía que pudiera hacer nada más.

Turrill era un hombre jovial en líneas generales; su nerviosismo por transportar al hechicero real se había apaciguado al comprobar que el señor Wythe era un hombre agradable y tan generoso como cualquier caballero («Aunque sea negro como el carbón, estoy seguro de que no es culpa suya; el mundo sería muy aburrido si Dios nos hubiera cortado a todos por el mismo patrón»). Sin embargo, no era de

extrañar que no estuviera acostumbrado a

situaciones como aquella, y a Zacharias no le sorprendió que se dirigiera a él con tono de reproche.

—No debería haberlo hecho, señor —dijo el cochero—. Aunque me arriesgue a que me convierta en rana, debo decirle lo que pienso, y es que no debería haberlo hecho. Si no he cumplido en algo, solo tiene que decirlo y me habría puesto manos a la obra, pues no deseo ofender a un caballero de talante tan liberal como usted, y además habría que ser tonto para querer disgustar a un hechicero. Pero no había necesidad de encantar el carruaje. Y

encima no sé de dónde ha sacado las calabazas, ya que no es temporada.

—Yo tampoco lo sé —admitió Zacharias, agachándose para examinar lo que antes fuera una rueda y, ahora, una calabaza enorme.

Las cuatro ruedas del carruaje habían sufrido el mismo curioso destino.

El cuerpo del vehículo descansaba con precariedad sobre sus nuevos soportes.

—¡Santo cielo! —exclamó Prunella detrás de él, con una voz peculiar, como vibrante—. ¿Eso es lo que ha pasado?

El rostro de la joven se contorsionaba, y Zacharias percibió que en cualquier momento rompería a reír. Miró al iracundo Turrill, que no estaba de humor para soportar las risitas femeninas, y llevó a Prunella aparte para hablar con ella.

—¿Puedo preguntarle qué la impulsó a causar tamaña destrucción a mi carruaje? —preguntó en un susurro indignado—. No sé cómo cree que voy llevarla a Londres en un vehículo sin ruedas.

Prunella intentó parecer solemne, pero el deleite seguía reflejándose en su rostro. Su semblante era tan alegre que Zacharias se sorprendió a punto de sonreír. Compensó el lapsus componiendo un gesto de desaprobación.

—¡Lo siento! —dijo Prunella—. ¡No era mi intención! Pero es que pensé que debía evitar que se marchara corriendo sin mí, así que lancé un conjuro para amarrar el carruaje hasta que yo subiera a él. No sabía que el efecto sería tan llamativo. Me pregunto de dónde habrán

salido las calabazas, ¡si no es temporada!

Estaba a punto de echarse a reír, pero Zacharias la fulminó con una mirada penetrante hasta que recuperó la sobriedad.

—¡No se enfade tanto, por favor! —le suplicó ella—. ¿No le hace ni un poco de gracia? ¡Nunca había visto nada tan ridículo en toda mi vida! Me alegro de que el hechizo surtiera efecto antes de que nos marcháramos, porque habría sido una desgracia si se hubiera apropiado del carruaje a mitad de camino, ¿no cree?

—No creo que nuestra situación sea más ventajosa cuando el vehículo está inutilizado antes de partir —dijo Zacharias.

Ignoraba cómo interpretar esa conducta tan caprichosa. La advertencia de sir Stephen pareció adquirir en ese momento un significado siniestro. ¿De verdad su anhelo por aprender era la motivación de todos los esfuerzos de la señorita Gentleman?

—Pues claro que sí. De haber ocurrido más tarde, nos habríamos alterado, y los caballos habrían escapado, y unos bandidos se habrían abalanzado sobre nosotros, y estaríamos muy incómodos —alegó Prunella

—. Mientras que ahora podemos tomarnos un momento para revertirlo.

Estaba decidida a no mostrar ni un ápice de incertidumbre cuando se acercó al carruaje. De hecho, Prunella no sabía si el conjuro cumpliría las restricciones que le había impuesto. Su idea había sido congelar el vehículo en el sitio por un tiempo, como precaución. No creía de verdad que el señor Wythe la fuera a abandonar, pero Prunella había perdido gran parte de su fe en la humanidad en los últimos días y no pensaba dejar nada en manos del azar.

Las calabazas eran un elemento absurdo que no había previsto. La magia nunca había sido tan obstinada. Para ella siempre fue dócil y, en cualquier caso, nunca se habría imaginado que poseyera la suficiente para transformar la materia de un modo tan dramático. Mientras subía al carruaje, ayudada por un hosco Turrill, se le ocurrió preguntarse si ese derrotero tan extraño tendría algo que ver con las siete piedras azules alojadas en el fondo de su maletín.

—¡Bueno! Si se solucionaba con tanta facilidad, no sé por qué el hechicero real no me lo ha dicho en vez de dejar que me ponga de morros —

gruñó Turrill junto a la puerta—. Supongo que los hechiceros son tan bromistas como el resto del mundo. No me ha hecho gracia, pero tampoco es

mi carruaje. —Alzó la voz para dirigirse a Zacharias—: Parece que las ruedas ya están bien, señor, así que podemos partir cuando quiera.

Prunella sacó la cabeza por la ventanilla. Se sintió casi tan aliviada como el cochero al ver que no quedaba ni rastro de vegetal en las ruedas.

Zacharias subió al carruaje en un silencio agorero, pero por suerte no hubo tiempo para que se volviera incómodo. La señora Daubeney salió del edificio y se acercó corriendo al vehículo.

—¿Pensabas irte sin despedirte? —gritó.

—El señor Wythe tiene muchísima prisa —dijo Prunella. Zacharias, que estaba abriendo la boca para decir algo cortés, le lanzó una mirada cargada

de indignación—. Hemos esperado todo lo que podíamos. ¿Ha convencido a la cocinera de que no dimita?

—¡Ah, está insoportable! Estoy segura de que las chimeneas de la cocina lo intentan, pero no es posible arreglar el problema del humo, porque no podemos gastar más después… —Después de los gastos de la visita del hechicero real, quiso decir la señora Daubeney, pero se detuvo justo a tiempo—. Será un milagro si no nos envenenamos con la cena. ¿Qué voy a hacer sin ti, Prunella? La cocinera nunca me presta atención y la cosa empeorará, porque sabe que dependeré por completo de ella cuando tú no estés.

—Todo irá a las mil maravillas —dijo Prunella con amabilidad.

Podía permitirse ser generosa ahora que se hallaba tan cerca de marcharse.

Las injusticias empezaban a retraerse a lo lejos, con la perspectiva de su cómoda e inminente huida.

Para su sorpresa, Prunella descubrió que aún sentía apego por la señora Daubeney. Nunca volvería a confiar en ella, ¡no! Pero, sin embargo, una podía sentir aprecio por una persona que ya no se merecía su confianza.

—Igual de bien que antes de que tuviera que cargar conmigo —añadió —.

O con mi padre.

Miró con melancolía el rostro de la señora Daubeney, preguntándose si al fin la directora le transmitiría algún dato sobre su padre (quizá confesase una vieja ternura o revelase un parentesco oculto), algo que le diera a Prunella alguna pista sobre sus orígenes.

Pero la señora Daubeney solo dijo:

—¡Nunca me ha importado en lo más mínimo, querida! Recuerda que debes escribirme todos los días y, por favor, dale recuerdos a la querida lady Wythe y agradécele que cuide de ti. Y, si es posible, envíame las últimas modas, Prunella, por si tengo tiempo de echarles un vistazo. No suelo engalanarme mucho, pero tampoco debo ser el hazmerreír de los padres.

Vemos madres muy elegantes en la escuela, ¿lo sabía usted, señor Wythe?

¡Ah! ¿Os habéis olvidado a Cawley?

Prunella se hundió en el asiento. Dio gracias a las ganas de conversación de la señora Daubeney, pues le ofreció el espacio necesario para apartar su decepción. Aun así, no sonó demasiado natural al hablar.

—¡No, claro! —respondió, con un temblor en la voz. Se aclaró la garganta

—. ¿Cómo nos íbamos a olvidar de ella? Ya sale.

Y, en efecto, Cawley salió del vestíbulo, donde Prunella había dejado preparadas unas telas viejas. El andar de Cawley era imperfecto, pero se volvió más firme según caminaba, y subió el peldaño del carruaje sin apenas bambolearse. Para cuando llegaran a Londres, pensó Prunella, nadie distinguiría lo que fue con anterioridad.

CAPÍTULO 10

La frontera con el Mundo de las Hadas no era gran cosa, pues lo único que señalizaba su existencia era un seto a las afueras de Fobdown Purlieu. El pueblo había sido famoso en el pasado por su peculiar cualidad mágica: las apariciones de cazadores y perros negros, las lluvias de ranas y la suma regular a su población de niños intercambiados que crecían para convertirse en clarividentes y desaparecían de diversas formas estrambóticas.

Sin embargo, estas rarezas habían disminuido en los últimos tiempos.

Ahora no había demasiado que distinguiera Fobdown Purlieu de cualquier otro pueblo de Inglaterra, excepto las curiosas y hermosas costumbres que se llevaban a cabo en bautizos y entierros para evitar que las hadas robaran las almas de los recién nacidos y de los recién fallecidos.

La propia frontera se había reducido de forma proporcional al afecto que la corte mágica sentía por los británicos. Así pues, aunque el seto se extendía a lo largo de toda la pradera en la que se hallaba Zacharias, la linde solo ocupaba una sección de unos tres metros y medio de ancho. Para aquellas personas que poseían la capacidad de verla, esta se mostraba como un

resplandor de color verde bilioso sobre el seto, ondeando con suavidad como una sábana en la brisa.

—Claro que Fairclough calculó que había trescientos diecisiete caminos al Mundo de las Hadas —comentó sir Stephen—. Pero no creo que se pueda confiar en la aritmética de Fairclough. Un buen hombre, pero si era capaz de decirte que tenía diez dedos en las manos y diez dedos en los pies, ya era todo un logro.

—Sus métodos fueron defectuosos, pero yo mismo intenté calcularlo y creo que no hay menos que doscientos cincuenta caminos al Otro Reino —

dijo Zacharias. Se hizo sombra en los ojos cuando alzó la mirada; la luz de la frontera imbuía al joven de un brillo verde inquietante, por lo que parecía un espectro tanto como sir Stephen—. Es una lástima que no hayamos descubierto más.

Esos tres metros de luz fluctuante eran la única frontera oficial entre Gran Bretaña y el Mundo de las Hadas y uno de los pocos portales a ese reino que la taumaturgia inglesa había descubierto. En el pasado, hubo un tráfico considerable a través de ella: aldeanos aventureros y

taumaturgos ambiciosos visitaban de forma regular el Mundo de las Hadas, mientras que un flujo continuo de familiares llegaba desde la dirección opuesta, buscando novedad y emoción en el mundo mortal.

Los magos que buscaban ascender solo necesitaban cruzar la frontera y embaucar a una criatura mágica para que entrara a su servicio. Y así regresaban convertidos en hechiceros y cubiertos de gloria. Al leer esas hazañas en su juventud, Zacharias había admirado su audacia, pero sir Stephen había despreciado todo aquello: «Sí, se creían muy listos, ¡eso no lo dudo! Pensarían que sus familiares los acompañaban por pura bondad, pero te aseguro que pronto se desengañaron. Por eso los hechiceros tienen un aspecto tan triste en sus retratos. Y no fueron los únicos en recibir un castigo por su insensatez. ¡Es como si alguien le robara a su vecino una y otra vez y aún esperase que lo invitaran a cenar! Al final, todo el mundo sufrió por su avaricia».

Los días en los que un taumaturgo podía labrarse su carrera con una sola visita habían acabado; y eso explicaba, en parte, el resentimiento nocivo que los colegas de Zacharias sentían hacia él. La reina y el rey del Mundo de las Hadas descubrieron que sus filas se habían reducido tanto (muchos de sus cortesanos más complacientes habían sido raptados, pues siempre son los más amigables quienes sucumben a las porfías de los taumaturgos) que establecieron una prohibición para que los mortales no cruzaran la frontera de Inglaterra, a menos que recibieran una invitación especial de la corte.

Estas invitaciones no eran infrecuentes: unos pocos jóvenes sobresalientes las recibían en cada generación, pues a la reina le gustaba contar con un par de atractivos mortales en su séquito. Pero no eran un honor inmaculado.

Una invitación de la soberana del Reino de los Elfos no podía rechazarse, y la perspectiva de que alguien volviera a su hogar resultaba poco prometedora. Geoffrey Midsomer era un caso poco habitual al haber regresado.

Los súbditos de la corte también tenían prohibido cruzar a Inglaterra.

Cuando los hechiceros morían, los familiares se marchaban al Mundo de las Hadas para no volver. No había habido un nuevo familiar en Inglaterra en medio siglo.

Aun así, a pesar de las relaciones difíciles entre los dos reinos, la frontera permanecía porosa y el flujo de magia, abierto, aunque no permitiera el paso de mortales o hadas. Desde la frontera, la magia

fluía al resto de Gran Bretaña.

Un entorno así no permitiría ningún error. Una fórmula torpe o un verso mal expresado podrían causar la grave consecuencia de cerrar la frontera.

Zacharias se entretuvo un rato preparando el terreno para sus encantamientos, lanzando hechizos de ocultación y confusión.

Sir Stephen guardó un silencio noble durante media hora, pero, cuando la luz empezó a cambiar y las sombras se alargaron en la hierba, su paciencia se agotó.

—¿Qué pretendes, Zacharias? Se hace tarde, y sabes que no deberías practicar esta peligrosa magia nueva en la frontera del Mundo de las Hadas al anochecer.

—Sería imprudente poner en marcha mi plan sin tomar las medidas necesarias para ocultarlo. No creo que la corte mágica se tome bien mis esfuerzos.

—Tu plan ya es imprudente de por sí —replicó sir Stephen con brusquedad

—. Ojalá tuvieras tiempo para refinar la fórmula. No me gusta cómo has vinculado de forma tan improvisada la reducción de Bascombe con el bucle de Gascoyne. Sin embargo, como te has visto forzado a ello, es mejor acabar de una vez. No debes permanecer aquí cuando oscurezca.

Todo el mundo sabía que un día contenía momentos más mágicos que otros: las profundidades de la noche y las transiciones, el amanecer y el anochecer. Veinte años atrás, los taumaturgos evitaban conjurar sus hechizos en la hora mágica de la noche, pues el exceso de magia propio de ese momento y la atención de los fantasmas y espíritus proporcionaban a cualquier encantamiento una volatilidad inquietante.

No obstante, esa preocupación ya no existía. En la actualidad, los magos que querían asegurarse el éxito bien podían despertarse después de la medianoche para aprovechar el debilitamiento de la frontera entre los mundos. El anochecer no era un momento tan peligroso; pero cerca del Mundo de las Hadas y con hechizos sin probar, Zacharias debía actuar con cautela.

—Supongo que debería echar un vistazo al otro lado antes de empezar

—

dijo con un suspiro.

—¡Ah, conque por eso te has retrasado! —dijo sir Stephen—. No seas aprensivo. Deberías saber que la prohibición no se aplica a nosotros.

—Solo en principio.

Zacharias nunca había averiguado por qué se aplicaba una exención al hechicero real. Si la corte desaprobaba la taumaturgia inglesa hasta el punto de prohibir la entrada a los taumaturgos ingleses en sus dominios, ¿por qué solo daban la bienvenida al principal representante de ese organismo tan aborrecido? Lo más cerca que había estado Zacharias de descubrir la verdad fue una ocasión en la que lady Wythe bromeó sobre cómo sir Stephen se había congraciado con la reina de las hadas, a lo que este respondió con un sonrojo poco habitual. Y esa explicación se le antojaba demasiado absurda.

Zacharias conocía suficiente historia taumatúrgica como para sentir recelo del Mundo de las Hadas; habría renunciado a hacer la comprobación de no ser porque resultaría temerario conjurar sus encantamientos sin examinar primero el otro lado de la frontera. Cualquier elemento inesperado (un hada que pasara por allí, cuya presencia aumentaría la magia atmosférica, o condiciones meteorológicas adversas, que en el Mundo de las Hadas adquirían formas estrambóticas) podía echar por tierra sus cálculos y añadir toda la inestabilidad que Zacharias tanto temía.

Se acercó a la frontera con cautela y atravesó la capa de luz, agarrándose con firmeza al seto.

Después de tantas reflexiones, la frontera no opuso resistencia. Al otro lado, Zacharias vio praderas verdes, no muy diferentes a las que rodeaban Fobdown Purlieu. Un cielo gris brillaba sobre su cabeza. A lo lejos volaba una harpía solitaria, con la resolución firme y hastiada de un londinense que regresa a su casa del banco.

Todo eso fue lo que vio antes de que la magia se precipitara hacia él y se estampara en su cara. La fuerza del golpe le lanzó de espaldas y aterrizó con pesadez en la hierba húmeda de Inglaterra.

—¡Cielo santo! —exclamó sir Stephen—. ¿Qué ha pasado?

Ayudar a Zacharias a ponerse en pie requería una solidez que sir Stephen ya no poseía, y su impotencia fue evidente. Aturdido por la

expulsión tan abrupta del Mundo de las Hadas, Zacharias no pudo responder de inmediato; pero en cuanto el semblante inquieto de sir Stephen penetró en su consciencia, se levantó con dificultad, limpiándose la tierra de encima.

—No he sufrido ningún daño. No se preocupe, por favor.

El rostro ajado de sir Stephen, translúcido bajo la luz menguante del día, le llegó al corazón. Apartó la mirada, a sabiendas de que su guardián preferiría la indiferencia antes que la lástima. Pero a sir Stephen no le faltaba arrojo.

—¡Menuda mamá osa estoy hecho! —dijo con seriedad—. Si fuera mi antiguo yo, no me asustaría con cada sombra ni me alarmaría cuando tropiezas, pero la angustia crece de forma proporcional a la incapacidad de uno para actuar al respecto. Nunca prolongues más de lo debido tu tiempo en este mundo, Zacharias. Estoy más familiarizado ahora con mis debilidades de lo que jamás hubiese deseado.

Zacharias no sabía dónde mirar ni qué decir. Siempre había existido afecto entre ellos, a pesar de sus discrepancias; y de esas hubo más de las que Zacharias dio a conocer a sir Stephen. Pero su relación nunca había sido una entre iguales en vida de su mentor. La riqueza, la influencia, la edad y las obligaciones los habían separado y, aunque nunca pretendió reclamar los derechos de un hijo, Zacharias había considerado a sir Stephen con todo el respeto merecido por un padre, un profesor y el líder de su profesión.

Sin embargo, tras su muerte, esa brecha entre ellos se había cerrado imperceptiblemente. He ahí la vergüenza de contar con la asistencia del espectro de su guardián: que había empezado a percibir en su fantasma la fragilidad del hombre.

—No tenía usted forma de saber lo que había pasado —dijo Zacharias al fin. Sir Stephen no podía adentrarse en la frontera; bajo la influencia del Mundo de las Hadas, para un fantasma resultaba demasiado sencillo creerse un duende, con consecuencias nocivas para su salvación—. No es nada que suponga un peligro inmediato.

No obstante, una certeza inquietante se cristalizaba en su interior, por lo que regresó a la capa flexible de luz que flotaba sobre el seto. Esa vez procedió con más cautela y solo introdujo la mano en el Mundo de las Hadas. Gritó y la retiró al momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó sir Stephen.

—Magia. Hay una acumulación al otro lado.

Solo era magia atmosférica, muy parecida a la sustancia débil que impregnaba el éter de Gran Bretaña y hacía estornudar a lady Wythe. Sin embargo, la magia al otro lado difería en un aspecto clave: su concentración.

Cabía esperar que el aire del Mundo de las Hadas tuviera un sabor potente, pero esa fuerza superaba con creces las expectativas de Zacharias.

—Extraordinario —dijo sir Stephen. Aún no se había recuperado de su arrebato maternal—. ¿Crees prudente proseguir con los hechizos, cuando con solo meter la cabeza ya produce esa respuesta? Quizá sea mejor esperar a que sea por la mañana. De hecho, será mejor que no hagas nada antes del mediodía.

Zacharias conjuró un hechizo de levitación. No podía alcanzar la parte superior de la frontera sin ayuda y deseaba examinar toda su anchura.

—Me temo que ese plan está descartado —dijo con tono lúgubre—.

Creo que no debería lanzar ningún hechizo en absoluto.

Sir Stephen no contaba con la ventaja de percibir la magia del otro lado y estaba demasiado nervioso para seguir la sucesión de pensamientos que se habían desplegado en la mente de su protegido. Fue en ese momento, tras tranquilizarse, cuando empezó a plantearse las preguntas que Zacharias, para su propia satisfacción, había resuelto hacía casi cinco minutos.

—¿Cómo se las arreglan con ese exceso de magia? —se preguntó sir Stephen. Una demasía en el Mundo de las Hadas acostumbraba a desembocar en desastre. Ofrecía un estímulo demasiado potente a las gentes excitables de ese reino, lo que provocaba innumerables disputas, robos, amoríos y otras desventuras. Antiguamente, la corte había preferido aprobar el tráfico a Inglaterra, porque así se mermaba el exceso de magia y

mantenían dóciles a sus habitantes. Solo cuando el equilibrio se escoró a favor de Gran Bretaña, como resultado de los estragos que causaron los magos ávidos de gloria, fue cuando la corte empezó a poner reparos—. Es curioso que sufran un problema opuesto al nuestro.

—No tanto —dijo Zacharias—. ¡Ja! ¡Lo tengo!

Sir Stephen flotó hacia arriba para examinar el objeto que había descubierto. Estaba fijo en una posición visible en medio de la capa de luz que marcaba la frontera y lo habían pasado por alto por su diminuto tamaño.

—En el Mundo de las Hadas les gustan las bromas poco sutiles —dijo sir Stephen tras una pausa—. Leofric hacía unos juegos de palabras de lo más vulgares.

—En efecto —asintió Zacharias.

Tiró del objeto, aunque sin muchas esperanzas de extraerlo. Era un corcho, alojado con firmeza en la nada.

—Así que el Mundo de las Hadas ha detenido el flujo de magia a Inglaterra.

Y de esta guisa nos informa la corte. Eso lo explica todo.

—Pero también deja muchas cosas sin explicación —objetó Zacharias.

El hechicero suspiró. Los encantamientos que había preparado estaban diseñados para confrontar el declive natural de la magia de Inglaterra, no esa obstrucción antinatural. En el primer caso, sus hechizos habrían sido arriesgados, pero en el segundo resultaban inútiles. Bien podría haberse quedado en Londres, para lo que le había servido ese viaje. Y el baile de primavera se celebraba dentro de dos días.

—Pues es inevitable —dijo sir Stephen—. Tendrás que pedir audiencia con la reina de las hadas.

En la única posada de Fobdown Purlieu, Prunella tenía sus propios problemas. El posadero y su esposa no parecían atender en condiciones su negocio, aunque le habían dado una cálida bienvenida a Zacharias cuando distinguieron la estrella plateada de hechicero en su abrigo. El señor Lale había conducido a Prunella y a Cawley a una habitación, donde la abandonó con las pertenencias de Zacharias. Solo consiguió una pequeña habitación para sí misma cuando salió a recordarles a sus anfitriones que no le habían preparado ninguna.

—¿Los Lale no te parecen un poco excéntricos, Cawley? —preguntó Prunella mientras deshacía el equipaje. Cawley, por supuesto, no respondió; Prunella no había averiguado el secreto para imbuirle la chispa de la vida a su creación—. Ella parecía distraída, ¡y él no ha

sido nada cortés! En esta zona la gente es muy hostil.

Prunella nunca había viajado tan lejos en su vida, al menos por lo que podía recordar, y disfrutaba de la novedad de ser una visitante en tierras inexploradas.

—¡Supongo que será peor en Londres! —prosiguió—. La gente es más agradable en el campo que en la ciudad, o eso dice Henrietta. Y, aun así, ella ansía estar en Londres y no habla de nada más. La metrópolis debe conceder un encanto peculiar hasta al vecino más rudo. Bueno, vamos a recogerte, Cawley. Aquí no cabemos las dos.

Lo cierto era que el esfuerzo de mantener a Cawley durante el viaje le había quitado más fuerzas de las que esperaba. Nunca había tenido motivos para mantener semejante flujo constante de magia, por lo que se alegró de dejar el montón de telas plegadas sobre la cama cuando se escabulló en busca de su cena.

No había nadie en el comedor, ni siquiera estaba encendido el fuego.

Aunque Prunella tocó la campanilla varias veces, le pareció que esperaba mucho tiempo, temblando en la sala a oscuras, hasta que apareció la mesonera. Y, acto seguido, la señora Lale la miró y frunció el ceño, como si el simple hecho de ver a Prunella la ofendiera.

—¡Ah! —dijo. La señora Lale era una mujer rolliza, de apariencia tranquila; una sonrisa encajaría mejor en su rostro que aquella mirada afilada de desaprobación—. Pensé que el señor Wythe había regresado.

—No, solo soy yo —respondió Prunella con amabilidad—. Pero siento el mismo frío que el señor Wythe, por lo que agradecería si mandara buscar a alguien para encender el fuego. También está la cuestión de la cena. Me gustaría cenar. Supongo que el señor Wythe querrá una comida abundante cuando regrese, ya que la magia es un trabajo agotador.

Le ofreció a la señora Lale su mejor sonrisa, pero no tuvo el éxito al que estaba acostumbrada. De hecho, a la mesonera pareció contrariarla que Prunella se atreviera a sonreírle.

—Y la mujer con la que ha venido, ¿también querrá cenar? —preguntó.

—Ah, no —contestó Prunella, decidida a ser amable. Eran los únicos huéspedes en la posada. Quizá la señora Lale había esperado disfrutar

de una noche de tranquilidad y le molestaba tener clientes a los que atender—.

Cawley se siente un poco indispuesta y se ha retirado. No querrá cenar.

—Bueno, señorita, si su acompañante se ha retirado ya, creo que lo mejor será que imite su ejemplo. La cena del señor Wythe estará preparada para cuando regrese. Pero será mejor, y todos nos quedaremos más tranquilos, si usted no le espera. Me aseguraré de comunicarle al señor Wythe lo que acabo de decir.

La señora Lale salió de la habitación, dejando a Prunella anonadada. Sin embargo, la puerta se quedó entreabierta y su voz resonó por el pasillo cuando le dijo a una criada que encendiera el fuego del comedor.

—Pero, Mary, no hables con la muchacha. ¡Y pensar que el señor Wythe la ha traído aquí! Eso no habría ocurrido nunca en la época de sir Stephen.

Dicen que los moros se excitan más que los hombres normales, y supongo que preferirá aprovecharse de chicas inocentes. Pero no es lo que a una le

gusta ver en un establecimiento decente. Si fuera cualquier otro caballero, en

lugar del señor Wythe, no lo toleraría, pero Lale me ha pedido que aguante por sir Stephen.

Mary era compasiva. Prunella la oyó sugerir que era descortés negarle la cena. Al fin y al cabo, la pobre criatura tenía madre.

—¡Una que no puede ser decente o se avergonzaría de verla ahora! —

replicó la señora Lale—. No, no harás que sienta lástima por ella, Mary.

Nunca me convencerás de que a las de su calaña no les gusta vivir así, pues si fueran mujeres decentes, jamás habrían permitido que su situación llegara a ese extremo.

A la protesta ininteligible de Mary siguió una respuesta brusca de la señora Lale:

—Aunque los nativos entiendan este asunto de forma diferente, debería haber aprendido a comportarse como es debido en Inglaterra. No pienso molestarme por ella, eso te lo aseguro. ¡Veremos si el señor Wythe se atreve a quejarse en nombre de su ramera!

Al entrar en el comedor, Mary encontró a Prunella sentada como si la hubieran convertido en piedra. La criada no era tonta (la puerta había cedido con demasiada facilidad como para estar cerrada) y encendió el fuego en un silencio que ocultaba la agitación de su ánimo.

¡Qué joven era la señorita! ¡Y qué lástima si una criatura tan hermosa era de verdad tan malvada como afirmaba la señora Lale! A Mary le pareció ver que a la pobre chica le temblaba el labio. Seguro que lo había oído todo.

Mary no debía preocuparse. Para Prunella, criada en lo más parecido a un convento que podía existir, la idea de que pudieran confundirla con una mujerzuela resultaba tan extraordinaria que casi ni la había ofendido. Con respecto a esas cuestiones, era casi tan inocente como afirmaba la señora

Daubeney, y la pérdida de su reputación como mujer virtuosa (un asunto serio para cualquier fémina que formase parte de la sociedad) se le antojaba tan irreal que no le ocasionó, al principio, ninguna preocupación.

Tras su primera exclamación interna («¡Cómo osa pensar que soy una especie de Jezabel!»), se vio afectada por la gracia de la situación. Mientras Mary se arrodillaba junto a la chimenea con la yesca, compadeciéndose de la pobre señorita, Prunella intentó ahogar sus carcajadas. «Si me quedo aquí riéndome con ganas, pensarán que, en vez de una mujerzuela, soy una lunática ¡y acabaré durmiendo en los establos!».

Sin embargo, después de que Mary se marchara, el hambre empezó a surtir efecto y le devolvió la sobriedad. Pasado el momento de diversión inicial, empezó a considerar la escandalosa posición en la que estaba. Lo que una mesonera en una posada de pueblo pensara sobre ella carecía de importancia, pero Prunella no podía permitirse ese tipo de malentendido en Londres. Eso sí que estropearía todo lo que tenía planeado.

No se le había ocurrido hasta ese momento que su piel aceitunada y sus ojos negros fueran interpretados por mucha gente como sinónimo de una moral laxa. De haberlo sabido, se habría parado a considerar

con seriedad lo raro que parecería viajar sola con el señor Wythe, incluso acompañada por Cawley.

«Es una lástima que no nos parezcamos más, podríamos decir que somos hermanos a quienes separaron hace tiempo, y nadie se habría quejado de la indecencia —reflexionó Prunella—. ¡Qué absurdo es todo! Nadie me difamaría así si fuera un hombre. Podría ir a cualquier lugar y practicar la magia que se me antojara si fuera Peter y no Prunella. El señor Wythe podría presentarme al mundo como su aprendiz sin levantar ningún comentario.

¡Vaya, es que nadie me impediría a mí convertirme en hechicero, una vez consiga eclosionar los huevos!».

Dedicó medio minuto a considerar si debería hacerse pasar por hombre.

¡Qué conveniente resultaría! Pero renunció a la idea con un suspiro.

«Me vendría bien durante un tiempo, pero no podría mantenerlo; de hecho, tampoco lo desearía. Debo aprovechar que soy mujer en la medida que pueda y afianzar mi posición mediante los medios que se le permiten a mi sexo. ¿Qué no podría conseguir con el apoyo de un marido indulgente y rico? Me gustaría patrocinar una escuela de chicas. Podría ser la rival de la señora D. y contratar a la pobre señorita Liddiard y a las demás, y permitir que las jóvenes conjuraran todos los encantamientos que quisieran».

La idea le hacía gracia, pero la apartó de su mente para regresar a la pregunta crucial: «¿Cómo voy a conseguir ese tipo de marido si todo el mundo cree que soy una ramera?». Una mujer huérfana y pobre (una nativa, además, y, para colmo, demasiado mágica) tenía pocas esperanzas de alcanzar su objetivo, aunque lograra preservar su reputación.

Prunella permaneció por un tiempo en el comedor, por si podía aprovechar la aparición del señor Wythe para hacerse con una pata de cordero o un queso de cerdo frío. Pero cuando quedó claro que él no regresaría pronto de su recado misterioso, se retiró a su dormitorio. Ahora entendía el retraso de los Lale a la hora de darle una habitación.

«¡Supongo que pensaron que compartiría la suya! —Prunella se alegró de que no hubiera nadie allí para ver cómo se sonrojaba—. Debería haber montado en cólera cuando no me dieron mi habitación; así los habría convencido de mi virtud. Pero el hecho de ser dócil y creer lo

mejor de la gente les ha llevado a pensar que soy una prostituta vulgar. ¡No caeré en el mismo error de nuevo!».

Rebuscó en su maletín y sacó los tesoros, esparciéndolos sobre la cama.

Casi había oscurecido y la luz irregular de la vela ofrecía una iluminación inestable al cuarto, pero las piedras azules brillaban como gemas. También poseían esa misma dureza y no se parecían en absoluto a un cascarón.

Debía convencer al señor Wythe de que le hablara sobre huevos de familiares cuanto antes. Su interés en el tema no podía suscitar sospechas,

pues ¿quién creería el disparate de que ella tuviera en su poder siete huevos?

Debía ir con cuidado de que nadie sospechara; sin duda alguna, a las Jezabel no se les permitía tener huevos de familiares, aunque estos fueran de su padre según el ancestral derecho de los cazadores de tesoros.

—Supongo que debo resucitar a Cawley para que me dé crédito —dijo Prunella a los huevos—. Pero es agotadora, ¡y cuánto me drena la magia!

Mantenerla durante un solo día me ha agotado las fuerzas y me hará falta una carabina para muchos días más.

Le parecía natural hablarles a los huevos. Prunella tenía la vaga idea de que los espíritus encerrados dentro de los huevos pensaban y sentían; aunque parecieran aletargados, en cierto modo estaban despiertos a todo lo que pasaba en el mundo exterior. Estaba segura de que las calabazas fueron obra suya.

¡Ojalá pudiera descifrar el maldito hechizo que los mantenía en esa duermevela! Era cierto que Prunella aún no tenía claro qué haría con los huevos si conseguía eclosionarlos, pero no le cabía la menor duda de que eran la clave de todos sus deseos. Sabía que podría aprovecharlos cuando descubriera su secreto.

—¿Qué puedo hacer para despertaros? ¿Le podría preguntar al señor Wythe cuando regrese de la frontera? A lo mejor finjo que he leído sobre una circunstancia parecida en un libro.

Pero, incluso mientras hablaba, la idea se le presentó tan sencilla y obvia que no supo cómo no se le había ocurrido antes.

Los huevos y los familiares en su interior procedían del Mundo de las Hadas… y la frontera con ese mundo se hallaba casi en la puerta de la taberna. ¿Por qué no llevaba los huevos allí a ver cómo respondían a la proximidad de su lugar de origen? A lo mejor mataba dos pájaros de un tiro, pues ¿acaso había otro lugar mejor para encontrar magia que la frontera, la

fuente definitiva de la magia de Inglaterra? Seguro que allí había recursos suficientes para animar a mil Cawley.

Al señor Wythe no le gustaría, por supuesto. Zacharias había disertado largo y tendido sobre la inestabilidad de la frontera y lo delicado del experimento que se proponía llevar a cabo, a modo de explicación de por qué no creía apropiado llevar a su nueva alumna con él en este encargo. Pero si la escuela de la señora Daubeney le había enseñado algo a Prunella era que los asuntos mágicos debían realizarse en secreto. No había ningún motivo para que el señor Wythe se enterase de su excursión. Iría esa noche, sin decírselo a nadie, y llevaría los tesoros consigo.

Se ató la bolsa de terciopelo que contenía los huevos debajo de la falda.

Y luego, en un impulso, sacó del maletín la cadena que la señora Daubeney le había dado cuando era niña y la bola labrada de plata, la otra única herencia de sus padres. Llevaría el orbe colgado del cuello, decidió, como recuerdo de su pobre padre.

CAPÍTULO 11

Zacharias sufrió otro ataque de su dolencia esa noche; una crisis grave, aún más intensa debido al hecho de que la anterior había sido interrumpida por el intento de asesinato en el Blue Boar. Era tarde cuando los espasmos lo liberaron y le permitieron dormir. Le pareció una crueldad inaceptable por parte de aquel mundo insensible que lo despertaran dos horas después.

—Lo siento, Zacharias. Si pudiera evitarlo, no te habría despertado —

dijo sir Stephen—. Pero cuando acoges huérfanas fugitivas no debes esperar ni un momento de descanso.

El tono humorístico de las palabras de sir Stephen contradecía la

angustia de su rostro.

—¿Qué pasa?

—La señorita Gentleman se dirige a la frontera. Y, si no la alcanzamos antes, creo que cometerá una diablura.

A la luz de la luna, las praderas irradiaban una quietud siniestra. Ningún habitante de Fobdown Purlieu saldría a esas horas ni por amor ni por dinero.

La hora de las brujas podía carecer de significado en cualquier otro lugar, pero, tan cerca del Mundo de las Hadas, solo un idiota no se andaría con cuidado en el momento más mágico de la noche.

—Salió de la posada con ese condenado maletín bajo el brazo —le informó sir Stephen—. No pretenderá huir al Mundo de las Hadas, ¿verdad?

Parece una joven demasiado moderna para ese anhelo tan anticuado.

Esa ansia funesta era una aflicción propia de un mago; no se conocía a ninguna mujer que la sufriera. Incluso entre los taumaturgos era una pasión obsoleta. Para el taumaturgo moderno, la magia era demasiado prosaica como para dejarse llevar por algo tan irracional.

—No me sorprendería de una joven que ha aprendido magia de libros antiguos —dijo Zacharias y concluyó que organizaría definitivamente una donación para la biblioteca de la señora Daubeney.

—¡Ahí está! —gritó sir Stephen.

La reluciente luz de la frontera se divisaba sobre la masa oscura del seto.

Delante de ella, se distinguía la silueta de una joven mujer. Sir Stephen desapareció en la noche y Zacharias corrió hacia ella.

—¡Señorita Gentleman!

Prunella empezaba a arrepentirse de haber ido a la frontera.

No había sido difícil encontrar el Mundo de las Hadas. Nada más salir de la posada, la magia se había acumulado como una picazón sobre el puente de su nariz, incrementándose cuanto más se acercaba a la

fuente de la magia inglesa.

Cuando vio el brillo inconfundible sobre el cerco, las piedras que llevaba en la bolsa atada bajo la falda adquirieron un peso extraordinario, como si fueran a arrastrarla hasta el suelo.

Sin embargo, tras esa prometedora respuesta inicial, el encuentro con la frontera la dejó decepcionada. Dispuso los huevos sobre la hierba para que recibieran la luz del Mundo de las Hadas, por si provocaba alguna reacción, pero no tuvo ningún efecto. Conjuró un par de hechizos, uno de crecimiento que las chicas usaban en secreto en el jardín (una competición discreta pero feroz que se daba entre ellas para ver quién cultivaba las mejores zanahorias) y luego un hechizo de despertar que empleaba a menudo con las alumnas perezosas de la escuela. Pero a los huevos no les importó en absoluto.

Notaba la presencia de magia a su alrededor; cada brizna de hierba, cada terrón de tierra, había absorbido una cantidad prodigiosa a lo largo de los años. Y, sin embargo, de algún modo, no podía aferrarla.

Se dispuso a presionar, uno a uno, los huevos de los familiares contra la frontera. La luz poseía una solidez sorprendente; cuando rozó con un huevo la linde, sintió que un escalofrío recorría la piedra y su propio brazo, y entonces la frontera se hundió, como si el muro de luz cediera ante la presión. Pero esa distensión no fue a más y los huevos no cambiaron de aspecto.

A Prunella casi se le había acabado la paciencia cuando llegó Zacharias y se vio obligada a devolver a toda prisa las piedras a la bolsa.

—¿Qué hace aquí? —preguntó con descortesía.

—¿Que qué hago…? —balbuceó Zacharias—. ¿Le importaría decirme qué hace usted aquí? ¿Sabe el riesgo al que se enfrenta al salir a esta hora?

No sería el primer mortal incauto al que recogiera un rocho o secuestrara un *pooka* tan cerca del Mundo de las Hadas.

—Creo que no ha pasado por aquí ningún rocho o *pooka* en un siglo —

dijo Prunella—. ¡Vaya, es que por no haber no hay nada! Nos dicen que la magia de Inglaterra fluye de esta fuente, pero no queda casi nada.

—¿No ha visto el corcho?

Fue complicado encontrarlo en el brillo de la linde, pero Zacharias lo localizó y guio la mano de Prunella hasta el corcho alojado en el aire. La joven parecía desconcertada.

—¿Qué es?

—Una broma —contestó Zacharias con acritud—. La corte mágica ha bloqueado el flujo de magia de su reino hacia el nuestro y han tenido la amabilidad de dejar una tarjeta de visita. Hay una acumulación considerable de magia al otro lado, como habrá percibido. ¡Me pregunto cómo se las apañan!

—¡Ah! —exclamó Prunella sin querer—. ¿Así que aquí no hay magia ni nada parecido?

Zacharias se la quedó mirando.

—Señorita Gentleman, le ruego me diga qué la ha traído aquí. Y le aconsejo que sea honesta, si aún quiere que la lleve a Londres.

Prunella no pensaba contarle a Zacharias lo de los huevos. Se quedaría indefensa para enfrentarse a él si el hechicero decidía arrebatárselos, dado que se hallaba en un pueblo remoto y lejos de cualquier persona que pudiera ponerse de su parte. Pero no se le ocurría ninguna mentira convincente para explicar sus acciones, por lo que la verdad, o parte de ella, tendría que valer.

Celebró que la oscuridad de la noche ocultara el color de sus mejillas y dijo:

—¡Mire, es Cawley! A usted ni se le habrá pasado por la cabeza, pero requiere una inmensa cantidad de energía y mantenerla durante el viaje me supera. Pensé que podría retirarla en cuanto nos alejáramos de la escuela, pero…

Dudó. Prunella podía ser una sinvergüenza descarada, como le había dicho la amargada cocinera en muchas ocasiones, pero no era tan poco delicada como para desear informar a un caballero joven y atractivo de que la habían confundido con su amante. Sin embargo, como no parecía haber otra alternativa, le contó lo que había ocurrido en la posada.

—Y por eso pensé en extraer magia de la frontera —concluyó—. ¡No se enfade demasiado conmigo, por favor! Seguro que sabe lo molesta

que resulta la carencia de energía cuando una quiere conjurar hasta el encantamiento más sencillo.

—Lamento que la hayan insultado de esa forma —respondió Zacharias con cautela. Sintió, con una punzada de culpabilidad, que no había considerado seriamente cómo proteger a Prunella de las ofensas. La vulnerabilidad de su posición les quedó clara a ambos—. Tiene razón en que debemos resucitar a su carabina, y yo me encargaré de ello. Ojalá me hubiera comunicado sus inquietudes en vez de venir corriendo a la frontera en mitad de la noche. —

Alzó la mano cuando Prunella abrió la boca y añadió—: Comprendo por qué no confía en mí. Pero, si voy a ser su instructor y usted mi aprendiz, debe haber una confianza completa entre nosotros. Ya nos encontraremos con bastante resistencia por parte del mundo. Si queremos que su educación concluya en éxito, debemos ser aliados y confiar el uno en la otra. Vamos,

¿podemos llegar a ese acuerdo?

Extendió la mano con una pequeña sonrisa.

Si el aire melancólico de Zacharias incrementaba su encanto para con las jóvenes susceptibles, una atenuación de esa melancolía tampoco lo dañaba.

Su sonrisa y la calidez y la delicadeza de su carácter resultaban más atractivas en contraste con su reserva habitual. Prunella bajó la mirada, sintiéndose tonta, pero le estrechó la mano y le dio las gracias en un susurro, asegurándole que se esforzaría al máximo.

—Gracias —respondió Zacharias con gravedad—. ¿Puedo acompañarla a la posada, señorita Gentleman? Hemos tenido la suerte de evitar cualquier incidente, pero no creo que sea prudente permanecer aquí a estas horas.

Mientras hablaba, una sombra apareció detrás de Prunella. Comenzó como una mancha de negra oscuridad sobre la luz de la frontera y fue creciendo.

—¿Señor Wythe? —inquirió Prunella. Al ver su mirada fija, se dio la vuelta para echar un vistazo y ahogó un grito—. ¿Qué es eso?

—Una criatura del otro lado.

La llamaban la hora mágica por una razón: era el momento en que las

criaturas fantásticas se volvían más impredecibles. Se sabía de magos que habían desaparecido para siempre en la oscuridad por ser tan temerarios como para visitar de noche la frontera.

Zacharias agarró a Prunella del brazo y la empujó detrás de él, maldiciéndose para sus adentros. La noche anterior había aprendido que tenía enemigos cuya noción de la justicia no les impediría asesinarle. Al menos uno de ellos conocía lo bastante bien sus movimientos para seguirlo desde Londres a Hampshire y casi había conseguido atravesar sus defensas.

Era imposible saber qué otras estratagemas habrían ideado para perturbarle.

—¿Quién va? —gritó, pero ya se estaba preparando para atacar cuando una voz habló con un tono atronador de descontento:

— *Mana pintu ni?*

La voz le resultaba familiar, aunque Zacharias no recordó de inmediato dónde la había oído. Al otro lado de la frontera, apareció la sombra negra de una mano como una garra. Dio tres golpes a la barrera. La capa de luz se abrió como una puerta y una mujer mayor atravesó el seto.

—¡Vaya, pero si solo es una ancianita! —exclamó Prunella.

Que la recién llegada era extranjera saltaba a la vista por su piel marrón y su forma de vestir. Llevaba una túnica atada con broches que relucían a la

luz de la frontera; por debajo, una tela envolvía su cuerpo a modo de falda.

Sin embargo, su atuendo parecía demasiado ligero para el fresco de una noche de primavera. La mujer se estremeció. Al instante apareció una capa de la nada y se la envolvió alrededor de los hombros.

Al ver a Zacharias, se envaró.

—En eso se equivoca —dijo débilmente—. No es ninguna ancianita. —

Dio un paso al frente—. Creo que ya nos conocemos, señora.

La mujer abrió la boca, frunció el ceño y pronunció un hechizo rápido.

No era una noche demasiado fría, pero su aliento formó bocanadas de

bruma verde. Cuando desaparecieron, hablaba en un inglés fluido.

—Habéis hecho algo terrible para enfurecer a la gente bella —dijo Mak Genggang—. En mi país, con solo adentrarte en la jungla ya encuentras el reino espiritual, pero en Gran Bretaña los espíritus han erigido todo un bosque de protecciones. ¿Cómo os las apañáis con tan poca magia? Aunque seguro que el castigo no es menos del que os merecéis por vuestra maldad.

—Siento que piense así —replicó Zacharias, tras lo cual calló un momento

—. ¿Se lo ha dicho la reina de las hadas?

—¿Así la llamáis? Nunca la he visto —dijo Mak Genggang—. Solo atravesé su reino a modo de atajo. Se tarda mucho en viajar hasta Gran Bretaña. Tenía que venir, claro está, visto que ese ridículo rajá anda por aquí pidiendo las sobras de la mesa de los extranjeros. ¡No pienso permitir que ese joven *ciku* me la juegue! Ha sido conveniente que nos hayamos encontrado, así podrás ayudarme.

Seguro que había habido una época en la que los caprichos y proyectos de mujeres impertinentes no le hostigaban por todos los flancos, reflexionó Zacharias con melancolía, pero ese periodo feliz se le antojaba muy lejano.

—¿Ah, sí? —dijo evasivo.

—Quiero hablar con vuestro rey —anunció Mak Genggang—. Será mejor que me lleves con él directamente. Y no perdamos tiempo, si no te importa,

¡porque el destino de la nación depende de ello!

—Santo cielo —dijo Prunella, sin apartar la mirada—. ¿Qué es eso tan terrible que nos va a pasar?

—Yo soy lo que os va a pasar —respondió Mak Genggang—. Aunque no me refería a Gran Bretaña. Hablaba de algo mucho más importante: el destino de mi nación, ¡de la cual vuestro rey quiere abusar!

—Si me lo permite, señora, creo que ha habido un malentendido —

intervino Zacharias—. Nuestro rey no quiere ganarse su antipatía, y estoy seguro de que se arrepentirá de cualquier ofensa involuntaria.

—¡Si no quería ofendernos, no debería escuchar al rajá Ahmad! Un soberano debería juzgar mejor el carácter de las personas. Cualquiera con dos dedos de frente percibirá que el rajá es un necio. Pero supongo —dijo, con los ojos relucientes— que a vuestro rey le conviene tratar con necios.

Zacharias decidió que se mantendría al margen del ámbito diplomático.

Si quería evitar enturbiar las relaciones de Gran Bretaña con Janda Baik sin remedio, lo mejor era mantener la boca cerrada y confiar a la recién llegada a los entendidos en política.

—Para mí será un placer llevarla a la ciudad, señora. Aunque no le puedo prometer una audiencia con el rey, sí que puedo presentarle a sus representantes.

A Edgeworth no le emocionaría ver a Mak Genggang, y era probable que Zacharias perdiera la poca credibilidad que aún poseía ante ese hombre si la llevaba a Londres. Pero, al fin y al cabo, no podía dejar a la mujer suelta por el campo, pues seguro que hallaría una solución mágica para irrumpir en Windsor.

—Esperemos que el Gobierno encuentre el modo de resolver sus agravios

—dijo Zacharias, aunque no lo creía probable.

Pero Mak Genggang se mostró más optimista.

—Sospecho que lo harán —repuso, con tan buen humor que resultó alarmante—. ¡Si saben lo que les conviene!

CAPÍTULO 12

Zacharias regresó a Londres sin ánimo de asistir al baile de primavera.

Nunca había sido muy aficionado a las fiestas, y esa prometía ser una ocasión aún más deprimente de lo habitual si el Gobierno llevaba a cabo su plan de orquestar una revisión pública y humillante de los niveles de magia atmosférica en Inglaterra.

Lady Wythe estaba visitando a unos amigos en el campo, si no, Zacharias habría llevado a Mak Genggang y Prunella con ella. Como no podía, siguió el ejemplo de Prunella y le dijo a su ama de llaves que había sido honrado con la visita de una princesa del Mundo de las

Hadas y su aya y debía mantenerlo en secreto.

Por suerte, la llegada de Mak Genggang había resuelto una dificultad, aunque crease otras. Pudieron prescindir de Cawley, pues, como bien dijo Prunella: «Mak Genggang es tan vieja que debe ser respetable, aunque sea extranjera». La anciana y ella trabaron amistad enseguida; Zacharias se habría preocupado por el contenido de sus cuchicheos durante todo el largo camino hasta Londres, de no ser porque cavilaba sobre lo que había descubierto en la frontera.

Debía obtener una explicación sobre el bloqueo de la magia lo antes posible, y la forma más directa de conseguirla era mediante una entrevista con la corte mágica. La corte esperaría una petición de esa naturaleza, pero Zacharias dudaba de que fueran a acoger bien el conflicto. Él, sin duda, no lo haría.

Aunque, por supuesto, tenía la opción de presentarse a la asamblea del rey de las hadas, que se celebraba cada luna de sangre en los Límites Orientales de las Provincias Draconianas. Zacharias había considerado la ocasión como un factor potencial que podía afectar a los altibajos de la magia en Gran Bretaña y, por tanto, a los encantamientos que había planeado para incrementarla. No había tenido intención de acudir a la celebración; el hechicero real no había asistido a una asamblea desde que sir Stephen salió huyendo perseguido por una furia que blandía una maceta (una historia que sir Stephen solía contar para su detrimento, aunque nunca la explicaba por completo). Pero, en teoría, aceptaban la solicitud de cualquier embajador extranjero para una audiencia con el rey en esa asamblea. El representante de Gran Bretaña no tenía por qué ser una excepción, aunque la relación actual entre ambos fuera frágil.

¿Cuándo habían taponado el flujo de magia? No hasta después de que Geoffrey Midsomer hubiera cruzado la frontera para regresar a Inglaterra, pues seguro que él la habría detectado; la corte no había intentado ocultar lo que había hecho. Los magos eran una raza chismosa y cualquier taumaturgo que se preciase habría difundido ese dato por doquier. Por tanto, Zacharias debía ser el único que conocía el bloqueo.

Debía evitar que la noticia llegara a oídos de la Sociedad hasta que tuviera una noción más clara de lo que había conducido a la corte mágica a comportarse de esa forma. Su posición ya era tan precaria que no podría sobrevivir a una noticia tan terrible, a menos que fuera capaz de ofrecerles una solución. Aunque aún desconocía qué forma cobraría dicha solución.

Con todas esas preocupaciones en mente, Zacharias llegó a la Sociedad vestido con sus mejores medias de seda y muy poco preparado para disfrutar del baile. Pero no era el único. En la congregación reinaba un aire de inquietud que no encajaba con la alegría y el bullicio.

La Sociedad había organizado el primer baile de primavera en sus nuevos edificios en 1376, para conmemorar la concesión de su arrendamiento por parte de la corona. Tras más de cuatrocientos años, seguía siendo la principal oportunidad del año para que los magos y los ministros se

codearan, aunque la actitud de cada grupo de hombres había sufrido un cambio considerable a lo largo de ese periodo.

Cuando se inauguró la tradición del baile, se consideró toda una hazaña por parte de la corona que hubiesen conseguido convencer a los intransigentes hechiceros para aceptar su generosidad. Ahora la situación se había invertido: había pocos magos ingleses que pudieran reclamar el título de hechicero y la Sociedad no tenía su estatus tan asegurado como en épocas anteriores.

Zacharias percibió esa incertidumbre en los rostros tensos de sus colegas vestidos de azul y en las risas pacientes de sus esposas. Aunque contentos, nadie se sentía cómodo. No cabía duda de que la noticia del plan del Gobierno se había filtrado. Pero la vergüenza inminente que iba a sufrir la Sociedad parecía disminuir en importancia si se comparaba con su descubrimiento en la frontera.

—¿Qué haces aquí? —dijo una voz a su espalda, en un tono de indignación indescriptible.

—No podía mantenerme lejos para siempre —respondió Zacharias con suavidad.

—¡Si crees que una semana es suficiente para que tus enemigos te olviden…! —exclamó Damerell—. Sir Stephen nunca tuvo en cuenta su propia seguridad, y veo que te ha transmitido la misma imprudencia.

—Consideré apropiado regresar, visto que Hampshire no parecía más seguro que Londres.

Damerell examinó a Zacharias a través de su monóculo y replicó:

—Demos un paseo. En el vestíbulo hay un buen lugar para compartir confidencias.

Se detuvieron junto a un nicho en el que colgaba un cuadro pintado por la hermana de un antiguo hechicero real. Eliza Hamersham debió poseer algo

más que un *soupçon* del don que tanto aprovechó su hermano durante su carrera, pues el retrato de su querida sobrina y su terrier tenía un efecto desproporcionado para tratarse de un tema tan inocuo. La forma que tuvo Eliza de representar los ojos de sus modelos, un poco más grandes que en la vida real, y de conferir a su piel un tinte azulado cadavérico hacía sentir tan incómoda a cualquier persona sensible que pocos decidían quedarse por la zona. Los otros invitados se mantenían a una buena distancia del cuadro.

—¿Qué te ha hecho Hampshire que no te haya hecho Londres? —

preguntó Damerell.

Zacharias le ofreció un breve resumen del ataque en el Blue Boar, aunque no dijo nada sobre la participación de Prunella.

—Como huir no parece haber mejorado mi situación, pensé en probar a mantenerme firme. ¿Qué tal por aquí? ¿Se ha hablado de lo que planea el Gobierno para esta noche?

Zacharias había compartido con Damerell su encuentro con Edgeworth; confiaba en él como en cualquier colega taumaturgo y necesitaba un par de ojos y oídos que prestaran atención a lo que ocurría durante su viaje.

Damerell negó con la cabeza y fingió examinar la obra de la señorita Hamersham de cerca.

—No he oído ni pío por parte del Gobierno, aunque la Sociedad ha sido un hervidero de actividad en tu ausencia. El objetivo es destituirte. Por suerte, como bien sabes, conseguir que los taumaturgos se pongan de acuerdo requiere un esfuerzo hercúleo. Han elegido por consenso a tu sucesor, pero aún discutirán mucho más para decidir la forma de destituirte y nombrarlo a él.

Zacharias observó aliviado que parecía haber un límite a cuánta preocupación podía sentir un hombre ante el peso que cargaban sobre él. Su órgano de la ansiedad estaba ya tan ejercitado que esa nueva complicación solo le causó irritación.

—Espero que eso no interfiera con mi reforma —dijo con aire ausente

—. Aunque supongo que sí… Supongo que interferirá con todo. ¡Porras!

¿Quién será mi sucesor?

—Me alegro de que mantengas la cabeza fría —comentó Damerell—. Tu sucesor será el hijo pródigo, por supuesto. ¿Quién si no? El regreso de Geoffrey Midsomer ha sido tan maravillosamente oportuno que sería un enorme desperdicio por su parte no aprovecharlo.

Zacharias no se sorprendió al escuchar aquello. El joven Midsomer era, como Damerell había dicho, una elección natural para aquellos miembros de la Sociedad a quienes les desagradaba que un simple africano empuñara el báculo del hechicero real. Midsomer padre era más mago por nacimiento y conexiones que por cualquier habilidad nata, pero no cabía duda de que su hijo poseía el don. Geoffrey Midsomer había inventado diversos hechizos ingeniosos en su juventud y, por supuesto, gozaba de la infrecuente distinción de haber viajado al Mundo de las Hadas.

Era una jugada audaz pretender el báculo del hechicero real, pero ¿por qué Geoffrey Midsomer no iba a ser ambicioso? Disfrutaba de la gloria de haber escapado de la corte mágica; su tío era lord Burrow, presidente del comité directivo, y solo podía beneficiarse de tener un rival como Zacharias.

Proporcionaba un foco conveniente para las esperanzas que la investidura de Zacharias había frustrado y no le faltaría apoyo.

Solo se le ocurrió una cosa que Midsomer no tenía:

—No es un hechicero.

Damerell asintió con la cabeza.

—Pero tú tampoco lo eras antes de aceptar el báculo.

—Ah, pero sí soy un hechicero —respondió Zacharias con desaliento —.

¡Cómo voy a olvidarlo!

El silencio que siguió a esas palabras podría haber sido muy incómodo, pues Damerell no sabía nada, al igual que el resto del

mundo, sobre la noche en la que Zacharias se había convertido en hechicero real. El comité directivo se había reunido durante largas horas en secreto cuando Zacharias apareció como amo del báculo, pues solo el hechicero real podía usarlo.

El báculo, famoso por ser exigente, se reconocía como el juez definitivo sobre la cuestión de quién debía ser nombrado hechicero real. Aun así, era bastante irregular que un hechicero real no tuviera un familiar. La muerte de sir Stephen afectó tanto a Zacharias (o fingió que le afectaba, según sus enemigos), que no fue capaz de ofrecer ninguna explicación para esa circunstancia. Se rumoreaba que el comité se había visto obligado a consultar a la corte mágica a través de una bola de cristal para tomar una decisión. Pero la decisión se tomó: Zacharias fue declarado auténtico hechicero real y sucesor reconocido de sir Stephen.

Damerell no solo era amigo íntimo de Zacharias, sino también de sir Stephen, y sería justo que esperase más información. Pero Zacharias no se lo había confiado a nadie. Asumió sus nuevas responsabilidades con discreción, como si los insultos y las sospechas que se acumulaban sobre él no existieran. Damerell no podía preguntar, puesto que Zacharias no se había

ofrecido a explicárselo, y era demasiado considerado para presionarle. Así pues, dijo con serenidad:

—¡Como es natural, claro! Sentiría lo mismo de estar en tu situación.

Aunque tampoco envidio demasiado a tus adversarios. Dejando a un lado tu color, saben que eres todo un caballero. Por supuesto, no se puede dejar de lado esa cuestión, pero será más vergonzoso para tus perseguidores.

—No puedo decir que los compadezca —repuso Zacharias.

—Pensándolo bien, estás en peores condiciones —concedió Damerell. A pesar de la ligereza de su voz, la mirada que le dirigió estaba cargada de preocupación y, con una seriedad insólita, añadió de golpe —: ¿En qué problema te has metido? ¿Qué te propones hacer?

Zacharias había vislumbrado a John Edgeworth entre la multitud.

—Poco más de lo que he intentado hacer hasta ahora —dijo—. Mi deber.

Discúlpame un momento.

Zacharias pensaba que debía dar la noticia sobre la llegada de Mak Genggang cuanto antes. Resultaba bastante incómodo hacerlo en una fiesta, pero el baile de primavera siempre había sido una ocasión para la intriga.

No podía predecir cómo afectaría la presencia de Mak Genggang a los planes del Gobierno sobre Janda Baik. Si Zacharias fuese un burócrata del Ministerio de Relaciones Exteriores, pensaría que valía la pena ponerse de parte de la anciana y no del inquieto sultán. Sus encuentros con cada uno habían sido breves, pero bastaban para determinar su opinión sobre quién tenía más probabilidades de triunfar en una lucha por el poder.

Por suerte, su opinión carecía de importancia. Se contentaría con que el encargado de tomar la decisión le quitara a Mak Genggang de encima.

Sin embargo, la suerte no estaba de su parte ese día. Edgeworth se hallaba en el extremo opuesto de la sala, pero, con la multitud, parecía estar a una legua de distancia. No había conseguido cubrir ni la mitad de la distancia cuando le bloqueó el paso una desconocida que hablaba animada con alguien.

Zacharias murmuró unas palabras de cortesía, con la intención de rodear a la mujer, pero algo en su voz le llamó la atención.

—¡Debo verle! Conocer el rostro de tu enemigo alimenta el odio de una forma inigualable. ¡Me sorprende que quieras prohibírmelo!

—Ni soñaría en prohibírtelo, Laura —replicó su acompañante a modo de protesta—. Solo te ruego tengas paciencia. Habrá tiempo de sobra para ver… ¡Wythe, diantres! ¿Cómo es que ha venido?

Zacharias ya había reconocido la voz del acompañante y se sintió tentado de escabullirse antes de que lo viera, pero fue derrotado por la aglomeración. Se giró para enfrentarse a la única persona que hubiese preferido evitar.

—Buenas noches, Midsomer.

—Pensaba que no tendríamos el placer de verle en el baile —dijo Geoffrey Midsomer—. ¿No estaba por Hampshire?

Midsomer esbozó una sonrisa incómoda, como si el encuentro le desconcertara tanto como a Zacharias. Se conocían desde la niñez, pero nunca se habían relacionado demasiado. Zacharias no podía ser

amigable con el hijo del hombre que había hecho campaña en su contra desde que era un niño, y el hecho de que ahora Midsomer deseara suplantarlo tampoco le alentaba a ello. Le dedicó una inclinación y su respuesta, aunque educada, fue breve.

—He regresado hoy a la ciudad.

—No quiero retenerle, pero mi esposa me ha suplicado que la presente

—dijo Midsomer. La mujer que se había interpuesto en su camino acudió al lado de Midsomer y lo tomó del brazo, mirando a Zacharias a la cara con una franqueza poco frecuente—. Laura, mi amor, este es el señor Zacharias Wythe, el hechicero real.

—¿Cómo está usted? —saludó Zacharias.

La señora de Geoffrey Midsomer iba vestida a la moda, con los rizos apilados por un turbante de satén amarillo; pero ni su rostro ni su figura poseían una belleza o una distinción especial, excepto sus ojos. Eran grandes, protuberantes y de un color tan pálido que casi parecían plateados.

Se quedó mirándolo sin tapujos.

—¡Así que este es el hechicero real! —exclamó. Tenía una voz aguda y musical, con la ligera entonación de un acento extranjero; uno que le resultaba familiar, aunque Zacharias no pudo identificarlo. Era ese acento el que le había llamado la atención cuando había oído a la señora Midsomer hablando con su marido—. No es como me lo esperaba en absoluto, Geoffrey.

Zacharias miró a Midsomer, sorprendido, pero, aunque este se ruborizó y pareció consciente de la descortesía de su esposa, no respondió. Tampoco parecía conveniente que Zacharias respondiera, pues no se habían dirigido a él. Tras un instante de vacilación, le dijo a Midsomer:

—Espero que no sufra ningún efecto adverso a causa de su estancia en el Mundo de las Hadas. Ha transcurrido un tiempo considerable desde que un taumaturgo se expusiera tanto al otro mundo y pudiera regresar. Creo que el último fue Loveday, ¿no? Leí sus diarios con interés, pero sus observaciones son de hace cincuenta años y cualquier dato nuevo será bienvenido.

—Estoy preparando un artículo para la Sociedad —respondió Midsomer.

Parecía incómodo y echaba vistazos a la sala como si buscara una forma de librarse de la conversación que él mismo había iniciado.

Zacharias sentía un interés auténtico por lo que Midsomer pudiera decir sobre la corte mágica y se hubiera olvidado de su propia incomodidad a favor de este tema de no ser porque John Edgeworth salió de la multitud y se acercó a ellos.

El sultán Ahmad y su intérprete acompañaban a Edgeworth, aunque la sultana se hallaba ausente. Zacharias tendría que encontrar un modo de despachar a los invitados extranjeros de Edgeworth mientras hablaban.

Seguro que este no querría que el sultán supiera de la llegada de Mak Genggang antes de que pudiera asimilar la noticia.

—¡Edgeworth! Esperaba verte por aquí —dijo Zacharias.

Quizá habló con más simpatía de la que sentía, tras recordar el tono hostil con el que se habían despedido la última vez. Se preparó para un Edgeworth que siguiera ofendido, aunque lo escondiera tras la cortesía política de un estadista; pero no para la respuesta que le dispensó.

—Sí, ¿qué tal todo? —dijo Edgeworth, sin apenas mirarlo—. Ha ido al campo, por lo que me han dicho. Espero que le haya sentado bien. No hay nada como un retiro a la naturaleza para animar a un hombre. —Y, sin esperar respuesta, se volvió hacia Midsomer—. Geoffrey, casi me desespero buscándote en esta multitud. No sabía que el Parlamento alimentara a tantos burros ruidosos… ministros y magos por igual. ¿Me llevas a ver la colección de artefactos mágicos de la Sociedad, por favor? Creo que el fémur del tío Augustine se encuentra entre ellos. Hay una vieja leyenda familiar sobre cómo se descubrió que lo habían intercambiado de niño después de su muerte y me gustaría verlo.

—Será un placer —asintió Midsomer, aliviado de que se le ofreciera la oportunidad de marcharse.

—Quizá el señor Wythe sea tan amable de entretener al sultán Ahmad mientras tanto, para no aburrir a Su Alteza. Soy consciente de que estas reliquias familiares solo resultan interesantes para un Edgeworth.

Con un asentimiento hacia Zacharias y el sultán, se marchó con Midsomer y su esposa. Mientras desaparecían entre la multitud, aún se

pudo oír a Edgeworth decir:

—Bueno, Geoffrey, sobre ese hechizo que prometiste…

La situación era peor de lo que Zacharias se había imaginado. Se esperaba cierta frialdad por parte de Edgeworth, pero no esa disposición a despreciarle en público.

Que Edgeworth tuviera tanta confianza con Midsomer incluso para tutearlo no resultaba sorprendente: seguramente hubiesen ido juntos al colegio. Lo que más preocupaba a Zacharias era la promesa de Midsomer.

—¡Debo decir que esto es muy irregular! —exclamó el señor Othman.

El sultán Ahmad corroboró dicha afirmación con una queja entre susurros.

Iba suntuosamente ataviado con un traje bordado de oro, un turbante y una daga a la cintura, enfundada en una elegante vaina. Su esplendor atraía las miradas de asombro del resto de invitados, pero ningún deseo de presentación sobrevivía al ceño fruncido del sultán.

Zacharias salió de su ensimismamiento. Ya reflexionaría sobre su situación en otro momento. Por ahora, debía encargarse de un dignatario extranjero ofendido.

—Comuníquele, por favor, mis disculpas por lo sucedido en nuestro encuentro anterior —le dijo al traductor—. No sabía que nos interrumpirían de esa forma. No habría ofendido a Su Alteza por nada del mundo.

—El señor Edgeworth lo ha explicado todo —contestó el señor Othman a regañadientes—. Fue una torpeza de lo más vergonzosa, pero Su Alteza está dispuesto a pasarlo por alto. Sin embargo, se siente muy insatisfecho porque aún no ha recibido un compromiso por parte de su Gobierno.

Zacharias cayó en la cuenta de que a Edgeworth podía haberle convenido no ofrecer al sultán una explicación apropiada sobre la posición del hechicero real. El mismo Edgeworth sabía, o debería saber, que Zacharias no tenía ninguna obligación para con la corona, ni siquiera servía a la Sociedad. Su lealtad se debía a la causa de la propia magia y cómo aprovecharla para beneficio de la nación.

—Su Alteza sabe, por supuesto, que no es correcto llamarlo mi

Gobierno

—empezó a decir Zacharias.

—¡Al sultán no le sorprende! Le extrañó que un hombre negro fuera el representante del rey británico —dijo el señor Othman—. Le complace entender la verdad de la situación.

El sultán Ahmad añadió un torrente de comentarios lúgubres que el señor Othman tradujo como una particularización de agravios, para desasosiego de Zacharias.

—Como usted también es extranjero aquí, seguro que comprende los sentimientos del sultán. Teme que los británicos sean tan poco fiables como siempre hemos oído. Sospecha que no tienen ninguna intención de darnos barcos o armas. Al sultán le gustaría no haber sido tan imprudente como para abandonar su isla. Inglaterra le parece un país demasiado frío e incómodo; su comida es desagradable y la gente, poco considerada. Es una desgracia, además, que el país sea tan inhóspito, con la reina en un estado tan delicado.

No permitió que el sultán la abandonara durante tanto tiempo e insistió en acompañarnos. Ahora ni siquiera podemos marcharnos, pues es impensable viajar hasta que la reina esté a salvo. ¡Y pensar que el príncipe nacerá bajo cielos extranjeros y no en la tierra de su propio reino!

Zacharias intentó interrumpir ese flujo de confidencias, pero fue en vano.

Cuando el señor Othman se detuvo al fin para respirar, dijo:

—Me compadezco en extremo de la angustia del sultán y siento que esté tan descontento con este país, pero me temo que ha habido un malentendido.

Pero el señor Othman no le escuchaba. Tanto él como el sultán miraban por encima del hombro de Zacharias, paralizados por una visión que parecía horrorizarlos. El traductor abrió la boca, la cerró de nuevo y extendió un dedo tembloroso.

—¡Bruja! —gritó, y le lanzó a Zacharias una mirada furibunda—. La ha traído hasta nosotros. ¡Nos ha traicionado!

Zacharias se dio la vuelta y vio algo aún más terrible que Mak Genggang de pie al otro extremo de la sala con los brazos en jarras y

los ojos encendidos con un brillo de guerra. A su lado, engalanada con un vestido rosa espectacular y mirando a su alrededor con intensa curiosidad, se encontraba Prunella.

CAPÍTULO 13

Prunella no había comenzado el día con la intención de hacer acto de presencia en el baile de primavera. Zacharias se había marchado a mediodía, dejándolas tanto a ella como a Mak Genggang en su casa, lo cual le vino que ni pintado, pues tenía sus propios planes para ese día.

Mak Genggang se despachó a sí misma, declarando que quería examinar el cielo inglés.

—No creo que sea muy diferente al cielo de su país —comentó Prunella.

Mak Genggang la miró con lástima.

—Eso demuestra que no has viajado al extranjero, niña. Se puede leer mucho en un cielo forastero. Es una tarea que requiere soledad, así que no vengas conmigo.

Y, de ese modo, Prunella se quedó sola, una coyuntura que le convenía.

Cuanto más tiempo pasaba en posesión de los huevos, más sentía una extraña simpatía hacia ellos, pero carecía de un lenguaje con el que comunicarse con sus tesoros. Si iba a despertar los huevos, debía aprender más sobre ellos, y la biblioteca del hechicero real contendría todo lo que necesitaba saber.

La casa formaba parte de una propiedad de la corona; el arrendamiento era un lujo otorgado a la Sociedad y, durante siglos, los hechiceros reales habían vivido en ella, conscientes de que, a más habitaciones, mayor número de escondrijos y recovecos en los que sus enemigos podían esconderse. A Prunella solo le hizo falta una breve búsqueda para encontrar el estudio de Zacharias.

No era una persona muy imaginativa, y los símbolos alquímicos del suelo y el cráneo en el alféizar le causaron más gracia que espanto.

—¡Qué divertido y qué taumatúrgico! —exclamó—. Me pregunto qué significan los símbolos y qué pasaría si se incorporasen a un hechizo. Pero, si ocurriera algo como lo de las calabazas aquí, el señor Wythe se enojaría mucho y me enviaría directa a la escuela. Debo ser

prudente.

Refrenó la tentación de rebuscar en el escritorio del señor Wythe, descifrar los símbolos del suelo o examinar de cerca al poco llorado señor Longmire.

En su lugar, subió al escalón que Zacharias guardaba en el estudio para alcanzar los estantes más elevados (aunque a Prunella solo la alzó hasta una altura media) y examinó los libros.

Zacharias poseía una mente ordenada, pero esta no se organizaba a partir de razonamientos completamente predecibles. Al principio, Prunella no pudo discernir si había ordenado los libros de acuerdo a un sistema con sentido.

Descartó un pesado tomo tras otro sobre saberes taumatúrgicos (todos prodigiosamente interesantes y filosóficos, sin duda, pero no para su objetivo). Y, tras sacar y desechar seis bestiarios medievales seguidos, le llegó la respuesta.

«Los ha ordenado por temática, claro».

Enseguida adivinó que había una secuencia alfabética subyacente de acuerdo con el orden de los libros, pues encontró una serie de tratados sobre besugos parlantes (un tema que había suscitado una cantidad sorprendente de interés académico) inmediatamente después de los bestiarios medievales.

Aun así, Prunella tuvo dificultades para trazar las rutas tomadas por los pensamientos de Zacharias. Los libros que deseaba no se hallaban en *familiares* (aunque había mucho material sobre *hadas*, lo cual la distrajo durante toda una hora), sino que comprendían cinco baldas entre *objetos, mágico* y *pellars, Cornualles*. Una fina monografía sobre *Paredros, familiares con aspecto vulgar* explicaba su posición.

Empezó a leer la monografía, jugueteando con la bola de plata que llevaba en el cuello. Ahí Prunella se encontró con más dificultades. No era una gran lectora y su elección estaba escrita en un estilo tan farragoso que acabó releyendo la misma página varias veces sin absorber nada de su contenido.

«Tampoco es que tenga mucho sentido, pues creo que este hombre dice que los familiares proceden del cielo y no del Mundo de las Hadas —pensó Prunella—. Diría que eso debe ser una blasfemia, ¡y sé que es una tontería!».

Empezaba a cansarse de tener que estar estirándose para coger libros de unos estantes construidos para alguien con extremidades más largas que las suyas, y a desanimarse por las filas de libros en las que todos (o ninguno) podían contener lo que deseaba. Por ello no le desagradó que Mak Genggang la interrumpiera.

Prunella apartó el libro, pero no intentó ocultar que había examinado las pertenencias del hechicero real. A Mak Genggang no le importaría.

—¿Qué tienes ahí? ¿Un libro? —inquirió la mujer. Le pareció inteligente por parte de Prunella leer, aunque dudaba de su utilidad—. No sé si leer es una actividad natural para una muchacha. En mi época, las mujeres se centraban en la magia y la agricultura, en comerciar en el mercado y en cuidar a los hijos, y con eso teníamos suficiente. —Examinó los estantes con ojo escéptico—. ¿Y todos estos libros pertenecen al joven caballero?

¡Poca estima les tendré a vuestros hechiceros si deben confiar en el papel para sus conjuros! Mis hechiceras guardan todos sus encantamientos aquí.

Se llevó la mano a un punto debajo del pecho, pero encima del ombligo.

—¿Hay hechiceras en su país? —preguntó Prunella, sorprendida.

Mak Genggang era un enigma. En cuanto a modales y apariencias, a Prunella no le parecía muy diferente a una bruja inglesa de pueblo, del tipo que engatusaba a los aldeanos con filtros de amor y amuletos de la suerte, muy lejos de la mirada reprobatoria de la Sociedad. Aun así, había atravesado el Mundo de las Hadas hasta Inglaterra, el hechicero real la trataba como a una igual y poseía una convicción tan serena y persuasiva de su propio poder que ninguno de estos hechos parecía extraordinario.

—A la mayoría creo que las llamaríais magas —concedió Mak Genggang

—. Hay un par de mujeres que han establecido pactos con espíritus familiares, pero no comparto esa irreligiosidad.

—Pero ¿sus mujeres magas son capaces de mantener la conexión con sus familiares? ¿No sufren efectos negativos por sus pactos?

—No es peor que para los hombres —respondió Mak Genggang con tono sombrío—. Convivir con espíritus es una cosa. A diferencia del

rajá Ahmad, yo no tengo ningún prejuicio en contra de las lamias. ¡Pobres mujeres, la mayoría de ellas, maltratadas en vida y abandonadas en muerte!

Ni tampoco contra los otros espíritus que habitan en nuestro país. Pero no podría tolerar el vínculo impío al que se someten los taumaturgos ingleses.

Prunella solo entendió a medias sus palabras, pero lo que comprendió resultaba novedoso y para nada desagradable. Guardó esa información para meditarla más adelante y murmuró:

—¡Es terrible, desde luego!

Se levantó para devolver la monografía a la biblioteca; la conversación con Mak Genggang parecía mucho más atractiva que las frases torturadas del autor. Al moverse, la bola plateada se escurrió fuera del cuello de su vestido.

—No sabía que los británicos tuvierais orbes cantores —señaló Mak Genggang—. Espero que no hayas pagado mucho por él. Los mercaderes extranjeros siempre intentan vendérselos a mis mujeres. Dicen que son tan únicos como las lágrimas de Saktimuna y muy poderosos, pero yo siempre digo que mis mujeres poseen tanta magia en una uña como la que puede contener cualquier baratija… o cualquier libro.

—Fue un regalo —dijo Prunella, tras una pausa. Tocó la bola plateada que pendía de su garganta—. ¿En su país se llaman orbes cantores?

—Se llaman así en cualquier país donde los encuentres —replicó Mak Genggang, sin dejarse engañar por su indiferencia—. ¿No sabes cómo usarlo? Dámelo y te lo mostraré.

Prunella se desató la pequeña bola plateada del cuello. Mak Genggang poseía tal fuerza de carácter que resultaba complicado negarle lo que pedía y, además, Prunella sentía curiosidad por lo que pudiera sonsacarle a su oropel.

Los primeros resultados de los experimentos de la bruja fueron poco prometedores. Mak Genggang giró la bola con sus dedos fuertes y huesudos, pero no ocurrió nada de lo que esperaba. Suspiró indignada y murmuró un hechizo, pero sin resultado. Se llevó el orbe al ojo, penetrándolo con la

mirada, y luego lo golpeó contra el precioso escritorio de nogal de

Zacharias.

—¡Eh! —soltó Prunella, sobresaltándose ante el crujido.

—¡No ha tenido ningún efecto! —exclamó Mak Genggang, inspeccionando la bola. Por suerte, el escritorio también parecía intacto.

Prunella pensó que una cosa era leer los libros del señor Wythe, pero romperle los muebles sería terrible—. ¡Qué raro que te dieran un orbe cerrado! O quizá no tanto. ¿Te lo dio algún sujeto sospechoso?

—Era de mis padres —contestó Prunella, sorprendiéndose a sí misma con la verdad—. Murieron cuando era niña.

Mak Genggang parecía complacida.

—Eso lo explica todo. Es un uso habitual de un orbe cantor, contener secretos familiares y transmitir legados. Los secretos estarán unidos a tu sangre, por supuesto. Dame la mano, niña.

Prunella dudó… y con razón, como no tardó en comprobar. Sin esperar respuesta, Mak Genggang le agarró la mano, cogió un cortaplumas del escritorio y le hizo un corte en el pulgar con él. Prunella soltó un gritito, tanto de sorpresa como de dolor.

—¡Venga, no seas infantil! —dijo Mak Genggang—. Estoy segura de que eres demasiado valiente para llorar por un cortecito de nada que te curaré enseguida.

La señora Daubeney había reñido muchas veces a Prunella por su perversa obstinación y su lengua imprudente. ¡Cómo se maravillaría la señora D. si

la viera ahora, mansa como un cordero! Pero Mak Genggang haría callar a cualquiera. Prunella solo profirió un quejido minúsculo cuando la mujer alzó el pulgar herido sobre el orbe y lo apretó.

Una gota de sangre se acumuló en una hendidura del orbe. La sangre recorrió los surcos de los grabados, llenando los trazos y los bucles y las florituras. Allá por donde pasaba, la esfera se iluminaba.

Mak Genggang lanzó la bola al aire. Esta describió un arco plateado, brillando a la luz del sol, pero en vez de caer al suelo, se detuvo y flotó en el aire.

—¡Oh! —exclamó Prunella, tan encantada que se olvidó del pulgar.

La luz que procedía del orbe proporcionaba a los grabados de la superficie la apariencia de estar trazados con fuego. Las flores y los animales minúsculos, los tirabuzones y espirales; todo brillaba con fuerza.

El orbe empezó a cantar con una voz de mujer: una contralto temblorosa, grave, gutural y áspera, como si esta se hubiera quedado afónica gritando.

Las palabras resultaban desconocidas. Prunella no entendía el idioma, pero de repente pensó: «Está muy enojada, ¿por qué?».

Notó que las piedras se agitaban en la bolsa que llevaba atada bajo la falda.

Prunella la apretó con la mano, pensando que se equivocaba, pero no: los huevos, que tan inmóviles habían permanecido incluso en la frontera del Mundo de las Hadas, se retorcían. Era como si tuviera una bolsa llena de escarabajos.

—¡Oh! —repitió, ahora con consternación.

—Ahí lo tienes —dijo Mak Genggang—. Es la sangre la que lo abre.

¿Entiendes algo de lo que canta? La canción es un hechizo, eso está claro, pero ya podría haber incluido un conjuro de traducción. Oye, muchacha,

¿qué haces?

Prunella había cogido el orbe del aire. Lo frotó contra la falda y se alegró de ver que la sangre se quitaba. La canción comenzó a flaquear.

Cuando terminó de limpiarlo, la voz se calló por completo y los tesoros se quedaron inmóviles en la bolsa.

Había descubierto el secreto para despertarlos.

—No quiero asustar a los criados —se apresuró a decir—. ¡Qué pensarían si entraran y se encontraran con un orbe flotante!

—Deduzco que no pensarían demasiado. Me parecen unas criaturas estúpidas. Ninguno me entendió cuando les pedí que me llevaran a la Sociedad de Filósofos Antinaturales. —Sin embargo, si Prunella pensaba que su subterfugio había funcionado, se equivocaba. Mak

Genggang añadió

—: Es natural que quieras guardar el secreto. Bueno, ahora que sabes cómo invocarlo, puedes escuchar la voz de tu madre a tu antojo.

—¿Mi madre?

—¿No la has oído? Fue muy poco previsor por su parte no hablarte sobre el orbe cantor. Si se tomó la molestia de hechizarlo para que solo tu sangre pudiera abrirlo, debería haber cifrado un mensaje en tus venas mientras lo hacía, para que supieras cómo usar el orbe cuando fueras mayor.

Es el deber de una madre enseñar a sus hijas los usos de la sangre, sobre todo a una hija mágica.

—Pero ¿por qué cree que es mi madre? —preguntó Prunella. No recordaba si había algo familiar en esa voz cansada que cantaba en una lengua desconocida.

—Pues porque solo una madre puede guardar secretos en la sangre de sus hijos. Bueno, todo sea dicho, una bruja sin escrúpulos puede hacer lo que le plazca con la sangre de una persona, pero es magia muy perversa y provoca toda clase de consecuencias nefastas. ¿No dijiste que tus padres te dieron el orbe?

—Sí. Pero fue mi padre.

—¿Un hombre, conjurando magia de sangre? —se mofó Mak Genggang

—. ¡Es como decir que el rey inglés ama Janda Baik y solo desea nuestro bien! A los hombres les da miedo la magia de sangre, sobre todo la magia en la sangre de una mujer. Porque ¿acaso hay algo más potente que la sangre de una mujer? ¡Te aseguro que la mía me ha salvado en muchas ocasiones al lidiar con los espíritus!

Prunella solo escuchaba a medias. La idea de que el orbe perteneció a su madre, de que había escuchado la voz de su madre y no la de una desconocida, resultaba tan novedosa que le costó un gran esfuerzo apartar esos pensamientos. Mak Genggang repetía su nombre.

—Disculpe, ¿cómo dice?

—He dicho que, ya que los criados no parecen saber si tienen la cabeza en el aire y los pies en el suelo, o más bien al revés, tú tendrás

que llevarme a ver a esos taumaturgos. Eso es lo que había venido a decirte antes de que tu orbe nos distrajera.

—¿Por qué quiere ir a ver a los filósofos antinaturales? —preguntó Prunella, desconcertada.

—Ellos me importan un bledo. Es al presunto sultán a quien quiero ver y, según los cielos, está con los taumaturgos. ¡En una fiesta, ni más ni menos!

Sé lo que trama: les está suplicando a los ingleses y piensa que regresará cargado de suficientes cañones para enviarnos a mis mujeres y a mí al paraíso. ¡Pero descubrirá que no es tan fácil derrotar a Mak Genggang! Me gustaría ver si le quedan ganas de festejos cuando sepa que he venido.

Prunella había empezado a decir que no sabía dónde estaba la Real Sociedad de Filósofos Antinaturales, pero la mención de una fiesta despertó su interés.

—¿Una fiesta, en la Sociedad? Pero, según Henrietta, los taumaturgos son unos bailarines nefastos.

Mientras hablaba, sin embargo, recordó el motivo por el que Henrietta pudo ver a los taumaturgos bailar. Había sido un gran evento, el gran evento del año en la Sociedad. Henrietta había asistido durante su primera temporada y había pasado semanas hablando de ello tras su regreso a la escuela.

—¡El baile de primavera! —exclamó.

—Así lo ha llamado el cielo —confirmó Mak Genggang.

Aliviada, Prunella apartó de su mente los problemáticos misterios de su herencia. Más tarde se centraría en el orbe y en sus tesoros; en ese momento tenía asuntos más urgentes en los que pensar.

—¡Quiero ver el baile de primavera! Según Henrietta, fue lo más bonito que había visto en su vida, y eso que ha acudido a docenas de fiestas. ¿Usted va a ir? ¿Qué va a ponerse?

—Iré con lo que llevo puesto —replicó Mak Genggang—. El atuendo de una bruja siempre es apropiado, sea cual sea. Sin embargo, para una jovencita es diferente. Le preguntaremos al cielo qué es lo más

adecuado para la ocasión.

—¿El cielo no puede decirle dónde está la Sociedad?

—Sé dónde está, pero esa no es la cuestión. Sería muy atrevido por mi parte asistir sola a una fiesta repleta de caballeros extranjeros. No obstante, si vienes conmigo, no ocurrirá ninguna indecencia, pues cuidaremos la una de la otra. ¿Vendrás? No podemos retrasarnos más o todos se irán a sus casas y deberé interrogar de nuevo al cielo.

—Sí —respondió Prunella. Se levantó y guardó el orbe plateado bajo el cuello de su vestido. Se alojó en su esternón, con un peso frío cargado de secretos—. Por supuesto que voy.

Lo primero que impresionó a Prunella del baile de primavera fueron las luces. En las salas de la Sociedad había auténticos bosques de velas; su resplandor se reflejaba en innumerables espejos hasta dar la sensación de que las habitaciones estaban en llamas.

El efecto se había conseguido solo mediante artes mortales. La Sociedad, compuesta en gran medida por caballeros aficionados a la comida, había elegido concentrar sus refuerzos mágicos en el refrigerio. Pero, para Prunella, el cambio en contraste con la noche oscura del exterior resultó casi mágico en sí mismo. Sintió que había entrado en otro mundo.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, miró a su alrededor, lista para disfrutar de todo. Pero se le encogió el corazón al ver lo que la rodeaba.

Su intención había sido evitar a Zacharias en la medida de lo posible, pues imaginaba que había acudido al baile, pero lo cierto fue que, cuando le divisó, la catástrofe la consumía tanto que se apresuró hacia él, agradecida de encontrar un rostro familiar.

—Señor Wythe, ¿qué hacemos? —exclamó—. Mak Genggang me aseguró que el cielo sabía de estas cosas, pero es evidente que el cielo no sabe nada sobre la alta sociedad. ¡Ojalá no hubiera venido! Fue muy imprudente. De hecho, ¡es un desastre!

—No puedo sino estar de acuerdo con usted —repuso Zacharias—.

Pero, si eso es lo que piensa, ¿por qué ha venido?

Prunella estaba demasiado preocupada para prestarle atención.

—¡Mire mi vestido! ¡Llevo un miriñaque y tafetán de seda cuando las otras damas jóvenes visten muselina blanca! No sé si el cielo quería contrariarme o simplemente es ignorante. Seguro que vio que esto no estaba de moda.

¡Estoy ridícula!

—No me refería a eso.

El corte del vestido de Prunella era absurdamente anticuado, cierto, pero el color resultaba muy favorecedor y el vestido no podía sino beneficiarse de que lo llevase puesto la dueña de unos ojos oscuros tan vivaces y de un rostro tan pequeño y mordaz. El cielo no había llegado al extremo de sugerirle que se empolvara el cabello, y los rizos oscuros caían por la parte posterior del vestido, solo retenidos por una preciosa cinta. En conjunto, el efecto era encantador: Prunella parecía una pastorcilla de porcelana, modelada en bronce.

Para su propio asombro, Zacharias se oyó decir:

—De hecho, en mi opinión, tiene usted muy buen aspecto.

No se le daban bien las galanterías y se sintió como un petimetre en cuanto pronunció la frase.

Prunella estaba casi igual de avergonzada. ¡Cómo le habría gustado contestar con la coquetería elegante de sus ensoñaciones! Sin embargo, se sonrojó, bajó la mirada y soltó con brusquedad:

—¡Ah, solo lo dice para ser cortés!

Resultaba imposible concebir una respuesta menos coqueta. Pero era más sencillo imaginar respuestas ingeniosas en los sueños cuando el caballero al que una se dirigía era ficticio: sin nombre, sin rostro y no tan atractivo como cierto hechicero real.

Por suerte, no disfrutaron demasiado tiempo del lujo de sentirse incómodos.

Un lacayo le había bloqueado el paso a Mak Genggang para impedir que se aproximara al sultán, y la mujer se puso a sermonearle por su impertinencia, en un tono de voz que llamó la atención fascinada de todas las personas de la sala.

—Wythe —resolló John Edgeworth, saliendo de la multitud—, en nombre de todos los cielos, ¿qué hace esa vieja gruñona aquí? ¿No le

bastó con invocarla en su bola de cristal para insultar al sultán? ¿Qué le está diciendo a Morton?

Mak Genggang reprendía al lacayo con viveza y fluidez. Su hechizo de traducción seguía en vigor y sus palabras resultaban bastante comprensibles.

—Le está diciendo al señor Morton que todo el mundo sabe que el ulular de una lechuza siempre presagia la muerte —intervino Prunella, con ánimo de ayudar—. ¡Me pregunto por qué ha mencionado las lechuzas en un baile!

Ah, ya veo. Dice que esta noche no ha oído ninguna, pero si el señor Morton insiste en su impertinencia, quizá lo haga. ¡Con cuánto ingenio lo ha formulado!

Mak Genggang alzó el brazo. No era más que una extremidad huesuda como un palo, pero concentró tanta fuerza en su mirada y en su voz que el lacayo retrocedió un paso. La anciana aprovechó la oportunidad para sortearlo y lanzarse directa hacia el espantado sultán.

—Veo que la esposa real de Su Alteza no está presente — profirió—.

Espero que esté descansando. ¡Me impactó saber que la habías arrastrado a través de los mares en su estado! ¡Pero es una buena muestra de tu prudencia y consideración! Estoy segura de que la pobre chica lamenta el día en que la obligaron a marcharse de Achin para casarse contigo.

El sultán Ahmad respondió con desafío. Por desgracia, su réplica se perdió para la multitud de espectadores, pues carecía de un hechizo de traducción y tuvo que defenderse en su propio idioma. Sin embargo, tampoco se le permitió terminar. Mak Genggang lo interrumpió, gritando:

—¡Que no lo sabía, dice! Cualquiera diría que incluso un zoquete pensaría en las consecuencias de traer a su esposa en un viaje como este.

Tendrías que haberte controlado, pero nunca pudiste gobernar las bajas pasiones, ni siquiera de niño. ¡Cuánto le desgraciaste la vida a tu pobre nodriza! Esperaban que mejorases con la edad, pero los achinenses se te llevaron y todo se fue al traste. Celebramos que los extranjeros te enviasen de vuelta, pero deberíamos haber llorado, ¡porque se llevaron a nuestro

príncipe y nos devolvieron un tirano! Ah, tu padre fue muy *syaitan* en su juventud, pero nunca habría hecho lo que tú estás haciendo ahora. ¡Dios tuvo misericordia en decretar su muerte antes de que pudiera presenciar cómo su hijo, la marioneta del reino achinense, se humilla delante de los británicos como un perro!

La sangre desapareció del rostro del sultán. Se quedó plantado mirándola fijamente, con los ojos ardiendo en su semblante rígido. Luego desenvainó la daga y la sostuvo frente a él. La multitud ahogó un grito y se apartó. La hoja negra del kris relucía como agua ondulante tocada por la luz de la luna.

—¡Te arrepentirás de tu insubordinación, mujer! —gruñó el señor Othman.

—¿Ah, sí? —replicó Mak Genggang.

Agitó la mano como si espantara una mosca. El kris escapó del agarre del sultán y salió volando a través de la sala. Los de pensamiento rápido y los de instinto agudo se agacharon o se apartaron de su camino, pero no todo el mundo estaba tan pendiente del peligro. El arma atravesó un turbante de satén amarillo que coronaba el semblante perplejo de la señora de Geoffrey Midsomer.

Las damas a su alrededor chillaron como una única mujer.

—Por el amor de Poseidón, ¿qué…? —dijo la señora Midsomer.

—¡Ay, Laura! ¡Dime que no te han matado! —gritó una amiga.

Otra amiga se desmayó y varias mujeres más siguieron su ejemplo en rápida sucesión. La señora Midsomer las miró como si se preguntase de qué iba todo aquello, pero de repente pareció cobrar consciencia del peligro que había corrido. El cambio fue cómicamente abrupto, casi como si se hubiera dado cuenta de pronto de lo inapropiado que era tomarse un ataque contra su persona con tanta calma.

Puso los ojos en blanco y se desplomó en brazos de su marido.

—¡Cielo santo! —gritó Geoffrey Midsomer—. ¡Apártese, señor! —

Zacharias se había aproximado a toda prisa para ayudar—. Si se acerca más, no me haré cargo de las consecuencias.

—¿La señora Midsomer está herida? —preguntó Zacharias.

—¡Cuánto jaleo por nada! —exclamó Mak Genggang. Parecía más avergonzada de lo que sus palabras sugerían, pero añadió con terca ferocidad—: El único herido es el turbante. ¿O acaso la cabeza de esa fea mujer es así de alta?

Para alivio de Zacharias, el peso de la cabeza caída de la señora Midsomer, combinado con el del kris, provocó que el turbante cayera al suelo y revelase su cabellera rizada e ilesa.

—Gracias a Dios —dijo Zacharias—. Midsomer, no sabe usted cuánto lamento este accidente.

—¿Que lo lamenta? —repitió el interpelado. Se puso en pie, levantando a su esposa inconsciente de una forma muy poco cuidadosa—. Ah, aún no ha empezado a arrepentirse de esta noche, señor. Pero lo hará, vaya que sí. ¡Yo me encargaré de ello!

—¡Cómo se atreven! —gritó Prunella desde el otro extremo de la sala —.

¡Suéltenla ahora mismo, pedazo de brutos!

Zacharias alzó la mirada para ver a sus colegas abalanzándose sobre Mak Genggang. Unos pocos ya desenvainaban sus varitas, pero eso le preocupó menos que la forma en que la mujer levantó las manos. Se acercó a zancadas, sosteniendo el báculo con laxitud, pero a la vista de todos.

—¿Qué significa esto?

Zacharias seguía siendo el hechicero real, aunque sus colegas cuestionasen su derecho al título. Los magos dudaron, e incluso los más beligerantes bajaron las varitas, pero uno de los más atrevidos exclamó:

—Ya ha visto lo que le ha hecho a esa daga. ¡Era magia! ¡Esta mujer ha contaminado los salones de la Sociedad con brujería repugnante! Debe sufrir el castigo tradicional.

Aquello tuvo una cálida acogida entre los magos, pero Zacharias replicó con frialdad:

—Aclaremos cualquier duda sobre su propuesta. ¿Dice que quiere quemar a esta mujer en la hoguera? ¿A una anciana, una extranjera, cuyo único crimen ha sido armar un escándalo?

El taumaturgo que había hablado dudó.

—¿Sí? —dijo, pero otro respondió al mismo tiempo:

—¿Acaso dice que el ataque a la señora Midsomer no ha sido nada?

Zacharias vio que debía atajar la discusión o los hombres se exaltarían en una furia moral y le sería complicado controlarlos.

—Debemos juzgarla, eso sin duda —concedió—. Pero de un modo pacífico, por el comité directivo. Este no es el momento ni el lugar.

Echó una mirada afilada a los restos del arruinado baile de primavera.

Los invitados no mágicos de la Sociedad podían haber disfrutado el dramático enfrentamiento de Mak Genggang con el sultán, pero habían desaparecido ante las primeras señales de una pelea mágica.

—Me sorprende que el hechicero real muestre tanta indulgencia por una extranjera e ignore el insulto contra una mujer inglesa —intervino uno de los magos que aún sostenían sus varitas—. Pero quizá no debería sorprenderme tanto. Si tuviéramos un hechicero real que pensara primero en su país, esta noche habría concluido de un modo muy diferente.

—Si cree que a Gran Bretaña le interesa enemistarse con la nación de Mak Genggang, le ruego lleve esta cuestión al Gobierno —repuso Zacharias, impasible—. Me han dicho que el Gobierno ansía mantener una buena

relación con su gente y me veo obligado a actuar en consecuencia. Aunque pueda parecer una simple anciana, en su país Mak Genggang es una archibruja de gran reputación y tratarla con rudeza puede generar hostilidades.

—¿La riña de la bruja no era con su propio soberano? —inquirió un taumaturgo—. No sé cómo manejan estos forasteros sus asuntos, pero en Inglaterra la colgaríamos por alta traición.

—El sultán no la aprecia demasiado, pero no creo que le complazca que ejecutemos a su súbdita sin pensárnoslo dos veces —contestó Zacharias—.

Quizá considere que su opinión sobre este asunto debe ser consultada. No puedo consentir una acción con la que nos arriesguemos a ofenderle.

Zacharias sospechaba en secreto que al sultán Ahmad le complacería oír que la Sociedad se había encargado de Mak Genggang después de que se marchara del baile. Cualquier resentimiento que pudiera sentir desaparecería pronto ante el beneficio incalculable de no volver a lidiar jamás con la anciana.

Pero la Sociedad no tenía el privilegio de conocer al sultán Ahmad y carecía de motivos para refutar la versión de Zacharias sobre los sentimientos de este. Había presentado las dudas suficientes para que sus colegas vacilaran.

Mientras titubeaban, agarró a Mak Genggang del brazo y declaró que esa noche la encerrarían en las dependencias de la Sociedad.

—Mañana habrá tiempo suficiente para llevar a cabo una investigación completa sobre su ofensa.

—¡No me vas a encarcelar, hechicero! —siseó Mak Genggang.

—¿Prefiere entonces que diez magos le lancen maldiciones a la vez? —

murmuró, apartándola de la multitud. La resistencia en su brazo nervudo y viejo se aflojó—. Tenga paciencia, por favor. Me encargaré de liberarla tan pronto como pueda. Todo irá bien, se lo aseguro.

Habló con más seguridad de la que sentía. Zacharias sospechaba que Midsomer había dicho la verdad. Pronto tendría motivos para desear no haber asistido al baile.

CAPÍTULO 14

Zacharias escoltó a Prunella de vuelta a su casa después de la clausura del baile, ordenándole con seriedad que no se marchara a ninguna parte ni hiciera nada en absoluto mientras él intentaba resolver los inconvenientes en los que Mak Genggang los había involucrado.

Era tarde y Prunella se sentía cansada, pero no podía evitar el orbe por más tiempo. Una parte de sí misma ansiaba saber más, incluso si la otra se encogía con un miedo incierto a indagar sobre su historia. Sola en su dormitorio, sacó el orbe de la cadena y lo examinó, reluciente en su mano.

—Pero ¿qué debería temer? —dijo en voz alta.

A pesar de los intentos de la señora Daubeney de embellecer sus

recuerdos, su padre fue un suicida que murió en un olvido miserable y no consiguió nada de lo que deseaba. Seguro que no podía descubrir nada peor que eso.

Sacó los huevos de la bolsa y los extendió sobre un *directoire* tan bien situado que podía observarlos mientras trabajaba en el orbe.

Prunella cerró los ojos con fuerza y se mordió el labio hasta que el sabor metálico de su propia sangre le llenó la boca. Tanteó en busca del orbe y se lo apretó contra los labios. Abrió los ojos y lanzó la bola plateada al aire.

La esfera se quedó suspendida, brillando como antes, y la voz de la mujer surgió de ella; temblorosa al principio, pero con más fuerza a medida que cantaba.

Por lo que Prunella entendía, bien podía estar cantando en griego, pero la escuchó, medio embelesada, como si prestando atención pudiera descifrar el significado de la canción y adivinar cierta característica de la voz que indicara una relación con la suya propia.

Estaba tan absorta que, durante un instante, se olvidó de los tesoros y solo se acordó de ellos cuando una de las piedras traqueteó hasta caer del mueble al suelo. Prunella se levantó de un salto y la recogió.

El huevo parecía más duro que nunca, y pensó que no se diferenciaba en nada de una piedra común… pero entonces sintió que algo se movía en su interior.

Prunella se levantó para examinar los tesoros. Algunas de las piedras vibraban, aunque el mueble permanecía inmóvil. Con una mezcla de alegría y alarma, vio que uno de los huevos empezaba a resquebrajarse. En su superficie distinguió una grieta finísima que creció mientras la observaba.

La magia impregnaba el aire; una bruma verde envolvía cada uno de sus hálitos. A Prunella le pareció hallarse al borde de un mar de magia, observando cómo el creciente oleaje cogía fuerza antes de estrellarse contra la costa.

Las mismas paredes parecieron volverse finas e insustanciales, apenas capaces de soportar el temible mundo exterior. Las sombras oscuras de las esquinas de la habitación cobraron vida propia; se desprendieron del suelo y bailaron alrededor de Prunella, agarrándose de las manos. Los objetos ordinarios (la chimenea, la cama, el *directoire*, las cortinas) adquirieron una envergadura siniestra.

A Prunella le dolía la cabeza de un modo terrible. La luz del fuego era demasiado intensa. Le costaba moverse, pues a cada paso que daba se sentía como si tuviera que empujar una gran carga… una auténtica roca de magia.

Pero se estiró hacia el orbe y, de algún modo, consiguió agarrarlo.

Por suerte, había una palangana con agua no muy lejos. Soltó el orbe en ella, oyó un chapoteo (Prunella apenas podía ver; las luces y los colores vibrantes le nublaban la visión) y lo frotó con los dedos hasta dejarlo limpio. El violento temblor de sus manos entorpeció la tarea, pero la canción empezó a desvanecerse, hasta que la voz se silenció.

El huevo en su mano ya no era nada más que piedra. Lo colocó con cuidado sobre el mueble y comprobó el estado de sus tesoros. Solo uno lucía una grieta, que parecía un simple defecto en la piedra, aunque apenas un minuto antes Prunella había visto una luz verde a través de ella y supo que lo que había dentro de la piedra empezaba a salir.

Una frase de la monografía que había leído esa mañana, la única referencia a los huevos de los familiares, regresó a su mente: Es evidente que los familiares que nacen de un huevo no tienen nada que ver con los auténticos paredrus angelicales. De hecho, por los efectos de las eclosiones que hemos presenciado, cabe afirmar que las primeras son criaturas diabólicas, pero, aunque dicho argumento presenta una línea que merece una mayor investigación, se aleja del ámbito de esta obra.

Prunella había desestimado ese fragmento antes, tachándolo de disparatado.

Pero ahora comprendía la intención del autor. Decía que los huevos de los familiares eran peligrosos, y más aún cuando eclosionaban.

Prunella lo sabía con una certeza absoluta. Lo había sabido cuando vio que el huevo empezaba a resquebrajarse: ella no sería capaz de controlar al espíritu de su interior ni predecir la furia que podría desatar.

Sin embargo, sabía que haría eclosionar los huevos; debía hacerlo, sin ninguna duda. El dolor de cabeza había desaparecido casi por completo, pero habría aguantado uno mucho peor con tal de volver a probar esa… ¡esa sensación de gloria infinita! No soportaba la idea de no visitar nunca de nuevo esa costa ni contemplar ese extenso océano de maravilla. Si así se sentían los taumaturgos, ¡no le extrañaba que

fueran tan celosos de su magia y desaprobasen que las mujeres conjurasen los hechizos más triviales! Ella también acapararía magia si hubiera experimentado esa sensación y temiera perderla.

«Aun así, es muy injusto por su parte —pensó—. Si Mak Genggang tiene razón, no hay ningún motivo por el que una mujer no pueda controlar los poderes de un familiar igual que un hombre. ¡Es muy desconsiderado que los hombres nos nieguen la magia que nos corresponde!».

Si Zacharias hubiera oído sus pensamientos, le habría aconsejado que actuara con precaución. La magia potente se asemejaba al vino en lo referente a cómo afectaba a la cabeza de las personas poco acostumbradas a ella, y la embriaguez del primer encuentro con los poderes de un familiar había enloquecido a más de un taumaturgo. Zacharias le habría dicho que, dado a lo que uno renunciaba en el Intercambio, nadie en su sano juicio se habría convertido en hechicero de no ser por esa euforia… a menos que tuviera otro incentivo más fuerte.

Sin embargo, Zacharias no estaba presente para impartir una lección que Prunella habría considerado aburrida. No había decidido convertirse en hechicera, aunque ansiaba probar de nuevo los huevos solo para experimentar otra vez el embriagador sabor de ese poder.

No obstante, incluso si poseía el secreto para despertar a los huevos (incluso si su madre, si es que era ella, le había dejado su canción para desentrañar el hechizo), no podía usarlo hasta descubrir lo necesario para apaciguar a los familiares.

«Al fin y al cabo, haga lo que haga con ellos, debo saber cómo conseguir que eclosionen con seguridad. ¡No puedo vender unos huevos de familiares que no hagan nada, excepto provocar dolor de cabeza a sus propietarios!

Quizá… —Un pensamiento alarmante le atravesó la mente—. Quizá lo que dice la Sociedad sea cierto y solo he sufrido porque soy demasiado débil para soportar la magia de los familiares, al ser una simple fémina. Pero hay una persona que sabrá si eso es cierto y que me dirá lo que necesito saber para controlar los tesoros, si es que soy capaz de hacerlo».

Iría en ese mismo momento, antes de que ocurriera algo que le impidiera plantear las preguntas sobre las que tanto ansiaba una

respuesta. Los aposentos del señor Wythe se hallaban cerca de la Sociedad y sería un paseo corto, más corto del que había emprendido desde la escuela para sorprender al hechicero en el Blue Boar.

Si Prunella buscaba un conocimiento antiguo y secreto, debía consultar a la maestra de los secretos, la reveladora de misterios, la bruja incomparable, la mujer que desafiaba a hechiceros y sultanes por igual: a la mismísima Mak Genggang.

El amanecer empezaba a desplegar su luz plateada sobre los jardines de la Sociedad cuando Zacharias atravesó el portón. No le sorprendió ver una figura esperándole junto a las puertas, aunque no había compartido con nadie sus intenciones.

—Pensé que le vería aquí —dijo Midsomer.

Zacharias se inclinó, aunque el desastre que intuía le dejó frío. No señaló la curiosa circunstancia de que tanto Midsomer como él estuvieran en la calle tan temprano. Midsomer sabía que Zacharias se había desplazado hasta allí bajo el amparo de la oscuridad con la esperanza de hablar con Mak Genggang sin que los molestaran. Zacharias sabía que Midsomer esperaba sorprenderle. Se trataba de una situación tan forzada que no requería comentario alguno.

—Espero que la señora Midsomer se haya recuperado de la conmoción de ayer —dijo Zacharias—. Me alegro de que no sufriera ningún daño permanente por el altercado.

—Quiera Dios que ese sea el caso. Para cualquiera que se preocupe de corazón por el bienestar de mi esposa, es demasiado pronto para saber si de verdad no ha sufrido ningún daño —respondió Midsomer con frialdad—.

Sin embargo, no he venido aquí a discutir sobre mi mujer. Esperaba tener la oportunidad de hablar con usted en privado.

—Me temo que no dispongo de mucho tiempo. Pero si viene a mis aposentos más tarde…

—No es necesario. Lo que debo decirle no requiere demasiado tiempo.

Hoy planeo proponerle al comité que la Sociedad tome medidas para subyugar a las brujas de Janda Baik, de donde procede la perversa Mak

Genggang. ¿Apoyará esta moción o no?

El mal presentimiento de Zacharias se hizo más fuerte.

—¿Qué medidas va a proponer?

—Las que sean necesarias para asegurarnos de que no prosigan practicando su malvada magia —replicó Midsomer, sonriendo sin humor—.

Admito que aún no he trazado un plan de ataque, pero estoy seguro de que su imaginación cubrirá cualquier laguna.

—Habla de acción militar. ¿Se ha olvidado de nuestro acuerdo con los franceses, señor? Las *sorcières* vigilan muy de cerca todos nuestros movimientos y no pasarían por alto una infracción tan flagrante.

A Midsomer pareció complacerle esta respuesta, aunque intentó ocultarlo frunciendo el ceño.

—Tal y como pensaba. Está tan ansioso de tratar con nuestros enemigos que aguantará cualquier ultraje, pero le aseguro que esa mansedumbre no es general. Creo que la taumaturgia inglesa posee un temperamento más audaz y no tolerará insultos hacia sus mujeres. Hoy mismo pretendo demostrar mi hipótesis.

—Creo que la Sociedad conoce su deber —repuso Zacharias, aunque con poca convicción—. Debería saber que carecemos de los recursos mágicos para enfrentarnos con las *sorcières* de Francia si acabamos en el campo de batalla. La suma de la magia al arsenal de Bonaparte podría volver las tornas a su favor. Considere, señor, los horrores que aguardarían a todas las mujeres de Gran Bretaña como consecuencia. Sería imprudente en extremo arriesgar tanto por un accidente que solo le ha provocado a la señora Midsomer un susto pasajero.

Pero Midsomer no le escuchaba. Había oído lo que quería de Zacharias y no tenía ningún interés en proseguir con la discusión, así que se apresuró a abordar la cuestión principal:

—Entonces, ¿planea oponerse a mi moción?

A Zacharias nunca le había caído en gracia Midsomer, pero no creía que estuviera tan ansioso por supeditar todo (el bien de su país, los dictámenes del sentido común) a su ambición.

—Consideraría que es mi deber hacerlo.

—Entonces, señor —contestó triunfal Midsomer—, le aconsejo que

dimita de su puesto como hechicero real y entregue el báculo. —Zacharias lo miró desconcertado y él añadió—: Piense en cuántos problemas nos ahorraríamos con su dimisión. Evitaría que exigiera un castigo por su fracaso a la hora de prevenir los hechos vergonzosos de anoche y podría apartarse de las represalias contra Janda Baik, ya que ha trabado tanta amistad con esa bruja.

—No pienso dimitir y me sorprende que me lo pida —dijo Zacharias, tragándose la furia con dificultad.

¿Acaso Midsomer habría tratado con tanta prepotencia a un hechicero real que fuera inglés? No era necesario plantear la pregunta. La respuesta le había quedado clara de muchas formas a lo largo de toda su vida.

Midsomer se encogió de hombros.

—No esperaba que accediera —admitió resignado—. Sabía que nos veríamos obligados a arrebatarle el báculo a la fuerza, pero tenía la esperanza de que pudiéramos resolver el asunto de forma pacífica, por el bien de todo el mundo.

—¿Y debo aceptar que es por mi bien que usted me reemplace? —

replicó Zacharias con desprecio.

Midsomer parpadeó. A Zacharias le había parecido obvio que su cortesía era una ficción educada que escondía sentimientos muy diferentes, pero vio que Midsomer no la había reconocido como tal. El mago creía que solo iba a recibir respuestas diplomáticas por parte de un hechicero real al que no

había dejado de insultar. No había esperado una réplica tan directa de Zacharias, del mismo modo que nunca habría aceptado una insolencia de su lacayo negro.

—¡Es por el bien común! —exclamó, sonrojándose—. ¿Qué ha hecho para defender a las mujeres inglesas de esa bruja? ¡Lo mismo que ha hecho para evitar que el Gobierno nos humille públicamente y nos arrebate nuestros privilegios!

»Sí —añadió al ver que el semblante de Zacharias se alteraba—, ¡creía que lo había ocultado! Es una suerte que yo descubriera las intenciones del Gobierno antes del baile de primavera e hiciera lo

poco que se requería para apaciguarlos. Que usted ni siquiera lo intentara dice mucho de su proclamada habilidad.

—Nunca he afirmado poseer ninguna habilidad extraordinaria —

respondió Zacharias, temblando de rabia—. Pero el hecho de que me niegue a rebajarme al soborno o a ceder ante presiones ilegítimas creo que habla por sí solo.

Midsomer retrocedió un paso, con una mueca en los labios.

—Lo retaría por eso si fuera usted inglés. Pero no me rebajaré a pelear con alguien de su calaña. Le he dado un aviso justo. Si no renuncia al báculo, tendrá que lidiar con las consecuencias de su terquedad.

—No sé a qué se refiere, señor —dijo Zacharias, con un tono tranquilo que resultaba peligroso—. Le ruego que se explique.

Midsomer lo miró a los ojos con descaro.

—Recuerde que a Cecil Hallett se le pidió que entregara el báculo y se negó.

A Zacharias se le erizó el vello de la nuca. Todos los taumaturgos conocían cómo había fallecido Cecil Hallett. Era difícil olvidar semejante muerte.

—Los estatutos prohíben ese procedimiento.

—Los estatutos pueden modificarse —dijo Midsomer—. Que tenga un buen día, señor. Yo de usted pensaría en lo que le he dicho.

Zacharias subió las escaleras hacia la habitación de Mak Genggang con el ánimo agitado. Estaba tan distraído que no se habría fijado en la criada que se apresuraba en dirección contraria si esta no lo hubiera rozado en sus prisas por bajar.

Casi había llegado a la puerta de la habitación cuando recordó que la Sociedad no empleaba mujeres.

Alcanzó a Prunella saliendo del edificio. La muchacha caminaba con premura hacia el portón con una cesta bajo el brazo, como si se dirigiera al mercado a comprar pescado.

El ánimo de Prunella era alegre, aunque había dormido poco la noche anterior. Le había bastado con un encantamiento menor para llegar a la habitación donde habían encerrado a Mak Genggang en la

Sociedad.

Aunque el comité había rodeado la estancia con protecciones para evitar que la bruja saliera, a nadie se le había ocurrido establecer medidas para prevenir que otras personas entraran.

Se habían pasado media noche hablando y la conversación había sido muy provechosa. Incluso después de que Mak Genggang se durmiera, a mitad de una historia confusa sobre una mujer tigre que conocía, Prunella se había sentido demasiado emocionada para dormir. Paseó por la habitación, trazando planes grandiosos, hasta que la luz pálida del amanecer brilló a través de la ventana.

Habían acordado escapar en cuanto se hiciera de día: «O me tropezaré con cosas y no quiero que me devore una lechuza», dijo Mak Genggang.

Prunella sintió que todo había salido a pedir de boca, hasta que vio a Zacharias en la escalera.

Aún cabía la posibilidad de que lograran huir, pues resultaba evidente que la atención del hechicero estaba en otra parte. Cuando oyó unos pasos decididos a su espalda, Prunella aceleró el ritmo.

—Si espera que olvide que la he visto solo con caminar más deprisa, me temo que se llevará una decepción —dijo el señor Wythe. La diversión y la irritación se mezclaban a partes iguales en su voz—. ¿De verdad piensa que podrá escapar con tanta facilidad?

Prunella se resignó a que la descubriera. Aun así, el señor Wythe no tenía por qué saberlo todo todavía.

—Posee una ventaja injusta, porque con esas piernas tan largas, usted da un paso cuando yo debo dar dos —replicó, tirando de la tela a cuadros que cubría la parte superior de la cesta.

Por desgracia, su residente poseía menos discreción.

—Tiene razón, sabes —intervino una vocecilla—. Deberíamos haberte disfrazado con un hechizo. No sé por qué no lo he pensado antes. Aún debo tener la cabeza embotada tras el alboroto de anoche.

Zacharias abrió mucho los ojos. Antes de que Prunella pudiera detenerle, apartó la tela, revelando lo que había escondido dentro de la cesta.

La cesta misma era producto de la magia. En un principio había sido el chal de Mak Genggang; lo habían transformado porque Prunella pensó que una cesta parecía lo más apropiado para una criada. Alojada en su interior estaba Mak Genggang, con el mismo aspecto de siempre, excepto por el hecho de que no era más grande que un ratón; un gato se la podría comer, si era tan tonto como para intentarlo. Estaba sentada con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en la base de la cesta.

—Buenos días, hechicero. Los magos tenéis una casa muy bonita, pero demasiado fría. Deberíais emplear menos magia en protegeros de pobres

ancianas y más en calentaros los pies. ¡Los míos están tan fríos como el corazón del sultán!

—¿Qué está haciendo? —jadeó Zacharias.

—Se esconde —respondió Prunella con fastidio—. ¡Ya hemos hablado sobre la importancia de la discreción, Mak Genggang! —Bajó la tela—. No me mire así. Es un escándalo que la Sociedad sea tan irrespetuosa como para encerrar a Mak Genggang por un malentendido, cuando esa estúpida criatura del turbante ni siquiera salió herida.

—Sé que parece desmesurado —concedió Zacharias, luchando por mantener la calma—. ¡Pero no puede sacar a escondidas a una prisionera de la Sociedad!

—Ah, pero si ya lo he hecho. Fue de lo más sencillo, y debía hacerse, porque Mak Genggang no podía huir por sí misma. ¡En mi vida había visto semejante despilfarro de magia, y todo para evitar que escapara! Ahora que he presenciado el derroche de la Sociedad, no me sorprende que la nación sufra escasez de recursos mágicos. Me pregunto cómo es que queda magia siquiera.

—¿De verdad ignora lo delicado de la situación? —inquirió Zacharias

—. La Sociedad pretendía infligir un castigo inmediato. Lo único que pude hacer fue persuadir a mis colegas de que esperasen a una investigación formal. Han demostrado poseer una paciencia poco habitual, desde su punto de vista, pero cualquier movimiento en falso podría causar una explosión.

Debe devolverla a su habitación.

—¡Ni hablar!

—¡Que lo intente! —añadió Mak Genggang desde debajo de la tela.

Prunella cuadró los hombros y echó a andar por la calle. No pensaba entregar a Mak Genggang a la Sociedad ahora que la bruja le había enseñado tanto. Apoyaría a la mujer sin mirar atrás.

Y Prunella se habría aferrado a su determinación si no hubiera oído un fuerte golpe sordo a su espalda y si Zacharias no hubiera proferido un grito tan terrible.

Zacharias no pretendía ganarse la compasión de Prunella con una gran jugada. Había resbalado y caído; había llovido la noche anterior y el suelo seguía mojado. No le dio mayor importancia, pero, cuando intentó levantarse, descubrió que no podía.

Estiró el brazo para recuperar el equilibro y metió la mano en un charco.

Eso tampoco le importó, hasta que unas garras se hundieron en su mano.

Zacharias gritó. El dolor era atroz y, cuando intentó apartar la mano, sintió que antes se dislocaría el brazo. El charco creció y se transformó.

Vio unas fauces abiertas hechas de agua marrón, con colmillos transparentes y hojas arremolinándose en su garganta. Respiró hondo a pesar del hormigueo de la magia en la nariz, consciente de que esa inhalación tendría que durarle un tiempo. Y entonces el monstruo lo engulló.

Prunella se dio la vuelta a regañadientes y vio cómo una masa de agua se tragaba a Zacharias. Chilló.

—¿Qué ocurre? —gritó Mak Genggang.

—¡Están matando al señor Wythe! —exclamó Prunella. Se acordó del fuego en el Blue Boar y apretó los puños—. ¡Ah, el muy villano! ¿Qué hacemos?

Mak Genggang echó un vistazo por encima del borde de la cesta.

Zacharias se tanteaba a ciegas el abrigo, quizás en busca del báculo, pero parecía estar luchando contra una gran fuerza para moverse

siquiera.

Cerraba con firmeza los ojos y la boca, y su rostro lucía un gesto de lúgubre determinación.

—Si el agua no lo ahoga, lo envenenará —observó Mak Genggang, con el criterio de una experta—. Mira cómo se le contrae la cara… El agua es ácida y le corroe la piel. Es un maleficio ingenioso. ¿De verdad debemos salvarlo?

—¡Mak Genggang! Convenció a esos magos malvados de que le perdonaran la vida.

—¡Y me metió en la cárcel! Muy bien, niña, lo haré, no hace falta que me pongas esa cara. Es un joven muy bien educado, después de todo. Me gustan

los jóvenes que respetan a sus mayores.

Alzó los brazos, y se pudo percibir que Mak Genggang no era una mera réplica en miniatura de su antigua persona, pues había en ella un nuevo añadido singular: le crecían un par de alas de la espalda. La mujer las había creado para facilitar su huida. Eran de una piel fina y curtida que recubría un cartílago delicado y adquirieron un aspecto traslúcido cuando Mak Genggang echó a volar.

Planeó durante un momento sobre la devoradora masa de agua y luego se zambulló en ella, situándose en el hombro de Zacharias.

El hechicero notó que un peso minúsculo se posaba sobre él. Movió el hombro para quitárselo de encima, pero entonces, por primera vez desde que lo habían devorado, el dolor le dio una tregua. Una refrescante protección le recorrió el brazo, protegiéndole la piel del escozor ácido del agua… ¡Qué bendición más extraordinaria!

Oyó un zumbido junto a su oreja, distorsionado por el agua, y distinguió las palabras:

—Escucha el conjuro, hechicero. Soy demasiado pequeña para cubrirte por completo, pero, si prestas atención, podrás hacerlo tú mismo.

El alivio del dolor pareció devolverle a Zacharias la capacidad de pensar. Se centró en la voz de Mak Genggang y, aunque el sonido se amortiguaba bajo

el agua, discernió las sílabas de un conjuro, repetido una y otra vez. Las palabras estaban en un idioma extranjero, claro, pero no siempre había necesidad de entenderlas para lanzar un hechizo: de joven, Zacharias se entretenía conjurando encantamientos en sánscrito hasta conseguir un efecto pasable, aunque solo había estudiado brevemente el idioma.

Requería cierta fuerza de voluntad abrir la boca para hablar, pues sabía que debía tragar el agua abrasadora. Pero lo hizo.

Mientras murmuraba el encantamiento, hablando despacio a pesar de la ardiente agonía del agua deslizándose por su garganta, el alivio comenzó a envolverlo. Se extendió desde el brazo por el costado izquierdo, por la pierna, y luego el efecto empezó a traspasarse hacia el lado derecho de su cuerpo. Si seguía repitiendo el conjuro, podría evitar ese dolor que tanto le distraía, pero ¿cómo saldría de ese apuro? Ningún esfuerzo meramente físico lo liberaría de las garras del agua. Además, ya empezaba a sentirse débil por la falta de aire.

—Mak Genggang —dijo, o pensó (no supo cuál)—, si puede hacer un agujero en el agua y si la señorita Gentleman me ayuda…

Mak Genggang no respondió, pero se abrió una brecha en el agua y Zacharias sacó una mano mojada. Prunella la agarró enseguida, aunque hizo una mueca de dolor al sentir el escozor del agua envenenada.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó.

—Deme su magia —jadeó Zacharias.

Tragó demasiada agua. Tosió, buscando aire con desesperación, pero la mano pequeña de Prunella era sólida y cálida en la suya. Extendió su consciencia como una red y extrajo magia de la muchacha.

Prunella jamás había experimentado una sensación tan peculiar. El mundo brillaba con color y luz, y todo parecía extraño, pero más auténtico que nunca. La masa monstruosa de agua se convirtió en una mujer furiosa, con el cabello verde ondeando, una cola de serpiente agitando el agua y unos

dedos de uñas largas estrangulando a Zacharias. El mismo Zacharias era un salmón plateado que se agitaba entre sus garras. Mak Genggang, revoloteando sobre la pelea, tenía el mismo aspecto de siempre.

Vio todo eso en un destello. Y luego no hubo más Prunella: era una más entre los duendecillos efímeros del aire. La magia la atravesaba, como el agua a través de una tubería, hacia la mano de Zacharias.

Por el rabillo del ojo, vio que el salmón se liberaba de la mujer. De repente, sus huesos y músculos se convirtieron en gelatina. Se desplomó, y Zacharias cayó de rodillas a su lado, mientras el agua marrón los empapaba.

Se había liberado.

—Un hechizo de desenredo —resolló él—. El agua me había atrapado con un hechizo de ligaduras. La contrafórmula no es más complicada que deshacer un nudo, pero requiere fuerza. No podría haberlo hecho sin su ayuda.

—Me siento muy rara —respondió Prunella.

Ya no veía el salmón ni la mujer acuática, pero el mundo había adquirido una fea pátina. Los árboles parecían demasiado cerca, las ramas se alzaban amenazadoras y el agua del camino brillaba como aceite.

—Es una reacción al hechizo —dijo Zacharias, mirándola con nerviosismo

—. La absorción y la descarga de tanta magia resulta desagradable para cualquier mortal que no esté acostumbrado a trabajar con un familiar. Sin embargo, los efectos no son duraderos…

—Voy a vomitar —anunció Prunella.

Y lo hizo, durante mucho rato. Cuando terminó, se apartó del resultado y miró el cielo, sintiendo que la vida era demasiado lúgubre para aguantarla.

Unas voces hablaban sobre ella, pero no le importaban.

—No te quedes ahí mirando, hombre —espetó Mak Genggang—.

¡Ayúdala a levantarse y llévala a casa! Prunella, siento mucho abandonarte cuando te encuentras tan mal, ¡mi pobre niña! Pero mis mujeres me necesitan, y tú tienes al señor Wythe, mientras que ellas solo tienen a esta pobre anciana. Recuerda lo que te he dicho.

Los pensamientos de Prunella eran difusos, pero recordaba la esencia

de lo que Mak Genggang le había enseñado. Era tan sencillo que resultaba imposible de olvidar.

—Todo se reduce a la sangre —susurró.

—¿Ha dicho algo, señorita Gentleman? —preguntó Zacharias. Su semblante cargado de preocupación apareció ante ella—. Me temo que Mak Genggang se ha marchado volando. La habrían atrapado de haberse quedado, pues pronto llegarán los miembros de la Sociedad. Sin embargo, he mandado a un céfiro en busca de un coche de alquiler y nos marcharemos antes de que nos vean. Habría dispuesto de un transporte mágico, pero no debería relacionarse demasiado con la magia hasta que se recupere. ¿Cómo se siente?

—Escuece un poco —dijo Prunella. Era un eufemismo, apenas capaz de describir la abrumadora desilusión que la había embargado cuando la magia desapareció—. ¿Está herido?

—No se preocupe por mí —respondió Zacharias con una sonrisa.

Mientras permanecía tumbada en la calle, furiosa, impotente y muy poco elegante, Prunella descubrió dos cosas sobre sí misma.

Le gustaba mucho, pero que mucho, Zacharias; quizás más de lo que le había gustado nadie en toda su vida.

Odiaba con pasión sentirse débil. Siempre había sabido que no soportaría a un idiota, pero no fue hasta ese momento cuando Prunella se dio cuenta de que sentir la debilidad en carne propia le gustaba todavía menos.

Pensó que no era justo que Zacharias fuera tan bueno y lo persiguieran tanto. Y no soportaba que la expusieran a ella a ese peligro y esa

incomodidad. Pero ¿por qué debería la propietaria de siete huevos de familiares sufrir tanta inquietud sobre defenderse a sí misma y a aquellas personas que… le gustaban mucho?

Esa situación no podía prolongarse más. Había que hacer algo. ¿Y quién mejor que Prunella Gentleman para hacerlo?

CAPÍTULO 15

Una extraña canción se adentró en los sueños de Zacharias esa noche.

Había albergado ciertas dudas sobre si era decente que Prunella se quedara en su casa, ahora que Mak Genggang había emprendido el vuelo. Pero no había otra opción, pues lady Wythe no regresaba hasta la mañana siguiente.

—No obstante, mañana se la presentaré, de eso no le quepa duda —le dijo a Prunella—. Hasta entonces, debemos confiar en la discreción de mis criados.

Antiguamente, los criados del hechicero real habían estado obligados por un geis a no divulgar ningún detalle sobre los asuntos del hogar; una violación de ese tabú recibía una venganza de lo más terrible. Sir Stephen había suspendido esa práctica tiránica, pero el código estricto de confidencialidad seguía aplicándose. El ama de llaves aún insistía en enviar a un lacayo disfrazado al carnicero a recoger la carne para la casa, para que nadie pudiera saber si el hechicero real había comido ave cocida o asado en la cena.

Zacharias creyó que Prunella protestaría al recordar su encuentro con la decencia ultrajada en Fobdown Purlieu, pero lo cierto fue que no hubo ninguna queja. Parecía distraída, y Zacharias acababa de embarcarse en una explicación sobre el mecanismo del geis (una fórmula muy innovadora para su época), cuando Prunella dijo que estaba cansada y que debía retirarse.

Zacharias no sufrió ningún achaque de su dolencia esa noche y durmió bastante bien, en vista de las tensiones del día. Se levantó a regañadientes cuando la canción se tornó difícil de ignorar. Había algo en ella que le

impelía a estar consciente. La música contenía una promesa excitante, le colmaba de una sensación de…

Magia.

Zacharias se sentó de golpe en la cama. La canción era un hechizo.

Alguien practicaba magia bajo su techo, y no era una magia menor. Su primer pensamiento fue que le estarían atacando de nuevo. El segundo, cuando comprobó que ese no era el caso, fue que Prunella corría peligro.

El aroma a magia se intensificó cuando llegó corriendo al dormitorio donde la había alojado, a una distancia decorosa del suyo. Con el

asalto de la mañana aún reciente en su memoria, casi ni dudó en abrir la puerta, aunque Zacharias en general no era dado a entrar en los dormitorios de jóvenes damas.

Tras irrumpir en la habitación, encontró a Prunella agachada en el suelo, con una mano sobre el pecho. La canción parecía proceder de ella, aunque tenía la boca cerrada y miraba hacia abajo concentrada. En un pequeño círculo a la luz de las velas yacían los objetos que contemplaba: tres piedras azules sobre una tela negra.

Un lego se habría preguntado a qué se debía esa fascinación por unos guijarros. Pero Zacharias vio las piedras con ojos de hechicero y supo lo que eran. Huevos de familiares: recipientes que contenían los espíritus de criaturas mágicas que, hartas de sus vidas en el Mundo de las Hadas, se habían ofrecido voluntarias para servir en el mundo mortal y se habían encerrado en piedra para renacer en el reino terrestre.

Un huevo equivalía a una riqueza que superaba los sueños más disparatados de un mago. Tres huevos eran más de lo que la Cristiandad había visto a la vez en un siglo.

Esa conmoción superó a cualquier otra, en una semana llena de sorpresas.

—Eso son huevos de familiares —dijo.

Prunella estaba tan concentrada que ni siquiera alzó la mirada.

—Y están a punto de eclosionar —respondió.

Prunella le había hablado a Mak Genggang sobre sus tesoros la noche anterior, aunque tuvo que superar cierto titubeo persistente. Poseer unos tesoros de esa índole era muy agotador, reflexionó, pues hacía que desconfiase de todo el mundo… y no podía olvidar la deslealtad de la señora Daubeney.

Pero Mak Genggang era extranjera y pronto regresaría a su país; había ayudado a Prunella a abrir su orbe cantor, sin pedir nada a cambio, y no había nadie más que pudiera darle el consejo que necesitaba. Le entregaría un huevo a Mak Genggang por sus servicios y su discreción: esa sería una recompensa suficiente, si lo que Prunella había oído sobre el valor de los huevos era cierto.

Al final, la recompensa resultó innecesaria.

—¡Así que has heredado los espíritus de tu padre! —exclamó Mak Genggang al terminar la explicación—. ¡Pobre muchacha! Menuda desgracia.

Sin embargo, no todo está perdido. ¿Dices que están encerrados en piedra?

Esperemos que ninguno se haya ocultado dentro de ti; los espíritus son criaturas malvadas e ingeniosas que suelen seleccionar las mejores partes desde donde poder atormentarte. ¿Cómo de lejos estamos del mar? Yo de tú las lanzaría a las olas con la esperanza de no volverlas a ver.

—Pero no quiero deshacerme de ellas —protestó Prunella—. Quiero que eclosionen para aprovecharlas. Eso es lo que los taumaturgos ingleses hacen cuando tienen la buena suerte de encontrarse con el huevo de un familiar. Y

se los admira mucho por ello.

—Eso me han contado, pero no deberías imitar a esos depravados —

replicó Mak Genggang con el ceño fruncido—. ¿No sabes que es pecado usar djinns y espíritus? Solo deberíamos depender de la gracia de Dios, tanto en la magia como en la vida.

Prunella se mostró alarmada. Podía imaginar con demasiada facilidad a Mak Genggang obligándola a deshacerse de los huevos por su propio bien moral y espiritual.

—Pero Dios creó a los espíritus y a los djinns —sugirió—, y no es mucho más cruel usar sus servicios que montar a caballo o comer carne. Y

usted sabe, querida Mak Genggang, que no podemos esperar un suministro estable de magia aquí, no como el que usted tiene en su país.

—Y con razón. Es un castigo por vuestra intromisión inoportuna en los asuntos de otra gente.

—Pero, como consecuencia de esa escasez de magia, no podemos hacer mucho bien —razonó Prunella—. A lo mejor no soy capaz de rescatarla, por ejemplo.

Ese argumento tuvo cierto peso para Mak Genggang, encarcelada

como estaba por la Sociedad. A pesar de su protesta piadosa, quedó claro que no desconocía los entresijos de esa dependencia sacrílega con los espíritus, pues, tras argumentar un poco más, declaró:

—Si insistes, será mejor que te enseñe yo a que te equivoques y acabes devorada. El uso de familiares está bien para los infieles, supongo, y tú eres una criatura bastante impía, Prunella.

La muchacha aceptó con alegría esa descripción de sí misma.

—No tuve a nadie que me enseñara mejor, ya ve.

—¡Y por eso has encontrado a alguien que te enseñe peor! —exclamó Mak Genggang—. Bueno, eres una joven atractiva y malintencionada, y no me cabe la menor duda de que acabarás mal.

Pero lo decía con una aprobación reticente. Mak Genggang podía condenar las formas de Prunella todo lo que quisiera, pero ese desprecio hacia el orden y la autoridad que poseía la joven alentaba el corazón de la propia Mak Genggang. Aunque luciera un aire reprobatorio por su edad y estatus, disfrutaba de cierta desobediencia.

—Advertí a Abdullah de la misma forma cuando acudió a mí con su *bajang*. No me escuchó, claro, ¿y cómo acabó? Desapareció y nunca lo volvimos a ver. ¡Y su mujer tuvo que proveer para sus siete hijos! Salima se volvió a casar casi enseguida, y espero que le guste más su nuevo marido, ya que este no le pega. Pero las perspectivas para Abdullah no eran buenas.

Al menos tú estás mejor dotada que cualquier hombre para manejar a los espíritus.

—¿Lo estoy? —inquirió Prunella, complacida—. ¿Por qué?

—Pues porque la mayor magia procede de la sangre —respondió Mak Genggang—. ¿Y quién sabe más de sangre que una mujer?

Lo que Mak Genggang le contó a Prunella había afianzado su resolución de despertar a los familiares. No podía permitirse esperar y dejar que Zacharias pasara otro mes expuesto a los ataques de cualquier chimenea o charco con los que se encontrara. Esas interrupciones constantes solo interferirían con sus planes… ¿y qué sería de ella si alguno de esos ataques tenía éxito?

Pero Prunella descubrió que no le gustaba considerar la posibilidad de que Zacharias sufriera ningún daño o algo peor. Podía cuidar de sí mismo, por supuesto; al fin y al cabo, era el hechicero real. Sin embargo, resultaba evidente que ella necesitaba magia. Londres era demasiado peligroso para ir por la vida sin ella. Con un argumento tan irrefutable para probar de nuevo el poder embriagador de los tesoros, Prunella no encontró ninguna razón por la que retrasar la prueba.

Envalentonada por la seguridad de estar haciendo no solo lo correcto, sino lo necesario, sostuvo la mirada estupefacta de Zacharias con serenidad.

—Siento haberle despertado. Sin embargo, no debe preocuparse. Todo marcha como es debido.

—¡Que marcha como…! —gritó Zacharias—. ¿Acaso esa escuela no le enseñó los peligros de invocar a un familiar a partir del huevo?

Era posible adquirir un familiar de distintas formas: uno podía heredarlo tras la muerte de su antiguo propietario, podía persuadir a un habitante del Mundo de las Hadas para que se estableciera en el reino mortal o podía controlar la lealtad de un familiar a partir del huevo.

El último método era el más peligroso. Los familiares salían del huevo con el intelecto de un infante y sin recuerdos de sus vidas pasadas. Se debían eclosionar con mucho cuidado, rodeados de hechizos protectores y otras medidas de contención, que podían ser requeridas por el estado de ánimo que presentara el familiar una vez saliera del huevo.

Si no se le podía dominar, había que matarlo. Zacharias recordaba historias de familiares que, al eclosionar, habían dejado ciudades y pueblos reducidos a cenizas, terrenos devastados y, a los magos que intentaron contenerlos, muertos.

No se podía predecir lo que surgiría del huevo. Podía ser cualquier cosa.

Podía ser una criatura enojada.

Los tres huevos vibraban, con la superficie cubierta de líneas que se ramificaban, y un rostro minúsculo y húmedo emergió a través de un hueco en la cáscara. La visión impulsó a Zacharias a agarrar a Prunella por el brazo y apartarla de los huevos.

—Váyase —la apremió—. Despierte a los criados y salgan del edificio.

Yo los contendré.

No sabía cómo lo haría, pero al menos podría tratar de limitar el daño, aunque muriera en el intento.

Sin embargo, Prunella no agradeció esa muestra de nobleza.

—¡No sea ridículo! —exclamó enojada—. ¿Por qué no se marcha usted y se lleva a los criados? —Se soltó y se arrodilló junto a los huevos—. No hay nada por lo que alarmarse. Ojalá regresara a la cama y no se entrometiera en mis asuntos. No puedo tratar con los tesoros en su presencia.

¡Eso sería muy inapropiado!

El familiar que más había avanzado en su nacimiento se arrastró entre los fragmentos del huevo. Era un homúnculo diminuto y desnudo, sin pelo ni sexo, con la piel pálida y los ojos brillantes. Zacharias nunca había visto un hada tan joven en carne y hueso, pero se correspondía con los dibujos que había estudiado. El rostro extraño e inhumano se arrugó, la boca se abrió y profirió el lamento de protesta de un infante. Prunella tomó a la criatura en sus manos.

—Márchese de la habitación, por favor —exclamó—. ¡No me obligue a hacer algo que no deseo!

Zacharias dio un paso adelante para ayudar. Intentaba recordar todo lo que había aprendido sobre hadas, y su atención estaba tan centrada en el elfo que el maleficio lo tomó desprevenido. Era un simple sortilegio para confundir (las chicas traviesas de la escuela lo habían usado para engañar a las profesoras en sus rondas nocturnas por los dormitorios), pero le dio a Zacharias en toda la cara.

Tropezó con una silla y cayó al suelo, dándose cuenta al mismo tiempo del diseño tan astuto del hechizo. Estaba creado para conseguir no solo una confusión de las extremidades, sino también una desorientación de los sentidos, y los suyos se habían enmarañado con éxito. Se le nubló la vista.

El llanto del elfo se acalló de repente. Oyó unos pasos minúsculos sobre la alfombra y un «¡Oh!» de Prunella… y entonces pudo ver de nuevo.

Prunella se levantó, acunando al elfo, con el rostro sonrojado y el

vestido revuelto. Había cáscaras de huevo esparcidas por el suelo. La luz febril de la magia, que había distorsionado la apariencia de la habitación, se desvaneció.

Los otros dos familiares infantes se estiraron y bostezaron. Uno era un garuda, o un *simurg* malayo, con la cabeza de un bebé de cabello oscuro rizado y el cuerpo de una gallina; tenía las plumas mojadas y pegadas al cuerpo. El otro era un potro de piernas temblorosas con un amplio rostro leonino y el inicio diminuto de unas astas: un unicornio oriental, al cual los chinos llamaban *ch'i-lin* y los japoneses, *kirin*.

El elfo le canturreaba en una voz suave y dulce a Prunella y los otros se acercaron a ella. Parecían contentos, bien alimentados… Pero solo se podía domar a un familiar recién nacido con la aplicación generosa de sangre fresca, la sangre del mago que deseara ser su amo. Era eso lo que hacía tan arriesgado intentar controlar a los familiares nacidos del huevo, pues el hechicero quedaba vulnerable en el momento en el que más fuerza necesitaba.

—¿Está herida? —preguntó Zacharias. Prunella debía estarlo, aunque no lo pareciera; no había otra explicación—. Iré a buscar a un médico… No, eso no nos servirá. Debemos actuar con rapidez. Permítame que examine la herida.

Prunella se había vuelto de un escarlata brillante.

—No hay ninguna herida —gruñó malhumorada—. Le ruego no monte un escándalo por nada. Está todo resuelto.

—Si no es lo más apropiado que la examine yo, seguro que el ama de llaves puede ayudarnos —insistió Zacharias con inquietud—. Por favor, no quiero que su reserva la exponga a ningún riesgo.

—Señor Wythe —dijo Prunella, con una altivez indescriptible—. ¡Le ruego que no se ofenda cuando le digo que un caballero no insistiría con este interrogatorio!

Apartó el rostro, pero sus mejillas seguían encendidas con un color intenso.

Aunque Zacharias había tratado poco con mujeres, sir Stephen (con la creencia de que no se debía ocultar ningún ámbito del saber a un filósofo antinatural) se había encargado de instruirle a conciencia sobre el funcionamiento del cuerpo mortal, tanto masculino como femenino. Le

resultó evidente entonces cuál debía ser el origen del dominio de Prunella sobre los familiares.

—Ah —musitó Zacharias, avergonzado.

Prunella no se dignó a responder, pero se mantuvo ocupada con sus nuevos familiares. El elfo seguía acurrucado entre sus brazos, así que tapó a la gallina con un rebozo y se arrodilló junto al unicornio, canturreando:

—¡Qué criatura más bonita eres! Y crecerás para convertirte en un gran caballo, ¿verdad?

Era una escena encantadora. Y también sin precedentes en la historia de Gran Bretaña. De un solo golpe, Prunella se había convertido en la hechicera más poderosa de toda la historia.

CAPÍTULO 16

Gracias a todas sus tribulaciones, Zacharias descubrió en su interior un núcleo insospechado de imperturbabilidad. Pasó casi de inmediato de la conmoción a lo práctico.

—Debemos contárselo a lady Wythe —dijo—. Así será todo más fácil, pues ella podrá preparar un espacio para nuestras lecciones y apartar a los criados de nuestro camino. Debemos ser discretos. No puede saberlo nadie más. La Sociedad no siente mayor predisposición hacia la magia femenina que la señora Daubeney, y necesito tiempo para que cambien de opinión sobre su educación.

Prunella no prestaba atención, pues se hallaba felizmente absorta en sus familiares. Alzó la mirada con el sobresalto de quien despierta de un dulce sueño.

—¿Mi educación? —preguntó—. ¿Acaso necesito ahora formación?

Seguro que mis familiares me enseñan todo lo que necesito saber.

—Sus familiares no saben mucho más que usted sobre el funcionamiento de la magia y, desde luego, no saben nada sobre los principios de la

taumaturgia mortal —repuso Zacharias—. Le recuerdo que son recién nacidos y habrán olvidado gran parte de sus vidas en el Mundo de las Hadas.

Confiarán en usted para que los guíe y los controle, y pagará caro cualquier error. Incluso bajo el sistema de formación de la señora Daubeney, habrá oído hablar sobre los peligros de un exceso de magia sin el control de una educación.

—Diga mejor que lo sé gracias al sistema de formación de la señora Daubeney —replicó Prunella. La infusión de magia potente había afectado a su ánimo del mismo modo que una botella de champán, y la sobriedad de Zacharias no podía desanimarla—. Si se hubiese salido con la suya, las chicas no habrían aprendido nada más. La señorita Jellicoe solía verse obligada a fingir que las sermoneaba sobre los males de la magia, cuando solo estaban estudiando números. ¡Pobre criatura! Creo que solo pensaba en álgebra.

Zacharias no prestó atención a esta distracción. Era de esperar cierto aturdimiento en una nueva hechicera.

—No hay tiempo que perder —insistió—. Sus familiares son jóvenes y tardarán un tiempo en llegar a la cúspide de sus poderes. Mientras tanto, serán dóciles. Debemos empezar de inmediato.

Esperaba que la perspectiva de empezar sus estudios complaciera a Prunella, pero, para su asombro, la muchacha respondió con vacilación:

—¡Ah, si usted lo considera apropiado! No me gustaría apartarle de su trabajo. Seguro que tiene muchas cosas que hacer, ahora que Mak Genggang ha escapado y que esa malvada Sociedad rabia exigiendo su cabeza en bandeja. No creo que deba preocuparse por mi formación cuando hay asuntos de tanta importancia que requieren su atención.

—Su formación es un asunto de gran importancia —dijo Zacharias con severidad—. Aunque la educación de la señorita Prunella Gentleman solo le concerniera a ella en el pasado, ahora que ha adquirido tres familiares, su

educación es motivo de preocupación para todo el país, ¡aunque el país no lo sepa!

—¿Y por qué debería serlo? —preguntó Prunella, perpleja.

—Señorita Gentleman, usted representa lo que la magia inglesa lleva medio siglo buscando. Con tres familiares, para beneficiar al reino solo necesita aprender lo suficiente para evitar destruirlos o que ellos la destruyan a usted. Tres familiares traerán consigo magia suficiente para abastecer a una generación de taumaturgos. Cuanto más los

entienda, mejor para todos.

—Santo cielo —dijo Prunella. Un brillo de pura ambición iluminó sus ojos

—. ¡Pero eso significa que soy muy importante!

—Y, como consecuencia, tendrá mucho trabajo que hacer. Empezaremos mañana, en cuanto se haya acomodado en casa de lady Wythe. Supongo que las presentaciones durarán toda la mañana, ella necesitará buscarle una habitación e instruir a los criados… Pero podemos comenzar por la tarde.

No debería haber ningún impedimento para que dedique todos sus días al estudio.

Aunque a Zacharias le preocupaban muchas cosas, no contemplaba con indiferencia la perspectiva de dedicar semanas al estudio de la filosofía antinatural. A pesar de que él mismo carecía de tiempo para involucrarse en una labor tan placentera, supervisar los estudios de otra persona era igual de agradable y lo anhelaba con el mismo deleite.

Si no hubiera estado tan complacido, se habría fijado en cómo se alargaba de modo perceptible la cara de Prunella. Y por eso le desconcertó su respuesta.

—Suena muy edificante, no me cabe la menor duda, y le agradezco las molestias que se toma —empezó con incomodidad—. Pero no sé si tendré tiempo para unos estudios tan exhaustivos. ¿Cómo voy a conseguir nada si estoy siempre rodeada de libros?

—¿Qué más quiere conseguir? ¡Es usted una hechicera por partida triple!

Es un logro que ninguna otra mujer en la historia puede igualar.

—Lo cual es maravilloso, seguro, y pretendo aprovecharlo al máximo —

dijo Prunella con entusiasmo—. Ahora podemos tranquilizarnos, porque Nidget, Youko y Tjandra se encargarán de frustrar cualquier nuevo atentado contra su vida por parte de ese malvado asesino. Pero verá, señor Wythe, los eclosioné para ahorrarnos problemas, no para crearlos. ¡No podré establecerme si me paso el día corriendo detrás de mis familiares!

—Pero ¿qué más necesita para establecerse? —preguntó Zacharias, turbado

—. Cualquiera de mis colegas diría que no es posible hacer más si hubiesen logrado lo mismo que usted.

—Pero todos sus colegas son hombres y tienen formas de ganarse la vida

—repuso Prunella. Le parecía que estaba siendo obtuso—. ¿Cómo voy a vivir mientras educo a mis familiares como usted quiere?

Esa cuestión ya se le había ocurrido a Zacharias.

—Mientras sea mi aprendiz, no necesita preocuparse sobre cómo ganarse la vida. No podemos solicitar las becas que le corresponderían a un caballero en sus circunstancias, por supuesto. Sin embargo, mi buena posición nos permitirá seguir adelante con comodidad.

Sir Stephen casi había amasado una fortuna gracias a su iniciativa habitual y, por suerte, no tenía familiares más cercanos que disputasen el testamento en el que le había legado una porción considerable de dicha fortuna a Zacharias.

—¿Y qué ocurrirá cuando haya terminado con mi aprendizaje? —

preguntó Prunella.

Zacharias dudó. Un caballero taumaturgo con necesidad de fondos podía dar clase a los hijos de los adinerados, servir a la Sociedad o aconsejar al Gobierno en asuntos mágicos. Un caballero hechicero casi ni necesitaría buscar oportunidades, pues podría esperar a su antojo a que le buscaran a él.

Sin embargo, resultaba todo un enigma saber qué haría una mujer en esa misma situación, puesto que la historia no ofrecía ningún precedente.

—Comprende las dificultades —dijo Prunella—. No puedo estar en deuda con su caridad para siempre. ¡Eso no serviría de nada! Como no tengo parientes ni dinero, la única forma de adquirir ambos es casándome. —Hizo una pausa, pero no podía seguir engañando a Zacharias si pensaba recurrir a su ayuda para alcanzar su propósito—. Lo cierto es que ese era mi principal objetivo al venir a Londres. Nunca habría conocido a nadie si me hubiera quedado en la escuela.

La afirmación de Prunella no habría escandalizado ni a la señora Daubeney ni a lady Wythe, aunque la hubieran considerado una atrevida por exponer su objetivo con tanta claridad. Zacharias no estaba acostumbrado a pensar en el matrimonio en términos tan mercenarios y aquello le impactó.

—¿De verdad no pensaba contarme que su propósito al venir a Londres era casarse con un lord adinerado?

—¡Ay, no! ¿Qué le hace pensar eso? —exclamó Prunella—. Me contentaría con un comerciante, siempre y cuando tuviera una solvencia respetable.

Aunque, claro, una fortuna sería mucho mejor y, verá, ¡soy tan hermosa que no creo que deba conformarme con menos! Pero entenderá por qué no puedo dedicarme a los estudios que propone. Si me voy a casar, y a casarme bien, tendré que presentarme en sociedad y dedicar una parte de mis días a relacionarme con caballeros, y bailar con ellos, y fingir que me interesa mucho lo que dicen, y ese tipo de cosas.

—¿Y qué me dice de sus familiares? ¿Van a languidecer aquí? ¿La magia significa tan poco para usted?

Prunella enrojeció de indignación.

—¡Por supuesto que no! Claro que les daré todos los cuidados que necesiten. Pero ni ellos ni la magia pueden darme de comer. ¿Qué ha hecho la magia por cualquier persona en la escuela de la señora Daubeney, excepto cuando es suprimida?

—No puede sentir más preocupación que yo por las injusticias perpetradas contra sus compañeras —empezó a decir Zacharias, pero Prunella, sintiendo que su franqueza no había recibido los frutos que esperaba, replicó de golpe:

—¡Pues sí que puedo! ¿Cuánto bien haría por la magia femenina con dinero y una buena posición? Pero no puedo hacer nada útil hasta que me haya asentado. ¡Si no, bien podría ser una hechicera por partida séptuple, que mi única esperanza seguiría siendo la de ser institutriz de alguna muchacha afligida, encargada de regañarla por usar su magia!

A Zacharias le resultó imposible refutarlo. Su propio ejemplo demostraba lo poco que el talento mágico por sí solo podía garantizar la posición de un hombre en la sociedad. Sus colegas podían negar su

habilidad y, de hecho, lo hacían a menudo, pero la influencia de sir Stephen, su riqueza y su posición eran más complicadas de ignorar, incluso después de su muerte.

Aunque a Zacharias no le gustara, sabía de primera mano que esos eran los argumentos de civismo más convincentes entre sus iguales, y con frecuencia habían moderado el trato que le dispensaban a él.

—Si de verdad se preocupara por la señorita Liddiard y Henrietta y el resto de muchachas, me ayudaría —continuó Prunella, ante su tenso silencio

—. Lo único que necesito es que me presenten en sociedad con una base respetable. Lo demás puedo conseguirlo yo sola.

Zacharias suspiró.

—Señorita Gentleman —dijo—. Le ruego mire aquí.

Se subió la manga y extendió el brazo.

—Es su brazo —observó Prunella, tras contemplarlo perpleja durante un momento.

—Estoy seguro de que se habrá fijado en su color —dijo Zacharias. Se bajó la manga de nuevo, consciente de los ojos oscuros y atentos de Prunella que aguardaban una conclusión—. La sociedad se ha fijado en él, eso sin duda.

Mis colegas se ven obligados a tratar conmigo, por mucho que les disguste.

Pero en los círculos a los que aspira usted, yo carezco de importancia. Un africano que practica magia puede ser un entretenimiento en la alta sociedad, pero no más que eso. La sociedad nunca consentirá la influencia de alguien como yo.

—Pero usted es el hechicero real —objetó Prunella. Con las mejillas sonrojadas sin razón aparente, añadió—: Si quisiera casarse con alguien, nunca le rechazarían por su color.

Zacharias se quedó un momento mirándose las manos. No podía decir que coincidiera con ella. Lady Wythe habría desestimado sus dudas, incluso aunque aceptara que no todas las familias estarían encantadas de tener un yerno así: «¡Pero no deberías relacionarte con personas tan intolerantes!

Hay mucha gente razonable que sabrá valorarte como te mereces. No te cierres al mundo por miedo a los pocos que puedan ser tan cerrados de mente».

Pero el mundo le había dado a Zacharias pocos motivos para creer que la gente razonable, como la había llamado lady Wythe, superase en número a los cerrados de mente, aunque no hubiese buscado oportunidades para demostrar la verdad de su afirmación. No necesitaba más recordatorios de la peculiar soledad que implicaba su posición; del hecho de que, de no ser por la intercesión del destino, quizá nunca hubiera conocido la comodidad de la que disfrutaba ahora, quizá nunca hubiera tenido los pocos amigos que poseía ahora.

—A lo mejor no —dijo—. Nunca lo he intentado. No está en mi poder convertirla en una mujer respetable. Ni siquiera puedo hacerlo por mí mismo.

—Pero lady Wythe sí. Cualquier persona que ella favorezca no podría ser sino respetable —respondió Prunella, entrelazando las manos. Zacharias nunca la había visto tan seria—. Usted sabe lo que es estar en los márgenes de todo, ver que otras personas tienen lo que a usted le falta solo por un accidente de nacimiento. Supongo que mi plan le sonará a locura, y quizá nadie se case conmigo después de todo, por miedo a lo que mi color pueda significar. Pero debo intentarlo o me pasaré el resto de mi vida como la doncella de una dama, haciendo magia menor para mis superiores… ¡y eso no lo consentiré!

Zacharias miró las elegantes manos unidas, la cabeza coronada con una nube de cabello oscuro.

—No creo que deba preocuparse por eso —dijo, sintiendo que la sangre le subía a las mejillas, aunque habló con el tono más seco que pudo articular.

—No si usted me ayuda —replicó Prunella. Estaba tan ensimismada en lo próximo que iba a decir que no se fijó en la vergüenza de Zacharias —. Y, si me ayuda, como sé que hará, estudiaré todos los tomos que me pida, y lo que es más… —Echó hacia atrás los hombros y alzó la cabeza—. ¡Puede tener un huevo!

Zacharias no entendió al principio a qué se refería. Luego se quedó inmóvil.

—¿Tiene otro?

—Tengo cuatro más, aparte de los que he eclosionado — confesó

Prunella

—. Pero creo que con uno bastará para pagar los gastos de mi presentación en sociedad, ¿no cree?

Zacharias supo que la joven no sentía ni de cerca la confianza que aparentaba, pero Prunella no se equivocaba. Se le ocurrían varios taumaturgos que pagarían mucho más por el huevo de un familiar de lo que ella se gastaría en un año y lo considerarían una ganga.

—¿Cómo ha adquirido siete huevos de familiares? —preguntó.

—Pues los encontré mientras rebuscaba en el ático.

—Hable con seriedad, por favor —dijo Zacharias, con el ceño fruncido

—. Es más importante de lo que cree.

—No importa de dónde procedan, pues no hay más en ese lugar —

contestó Prunella con firmeza—. Lo único que debe saber es que son míos para hacer lo que me plazca con ellos. ¿Qué opina de mi oferta?

Zacharias dudó, sin saber qué pensar o qué hacer.

—No sé si es mi deber quitárselos, aunque solo sea por protección.

—¡Como si se atreviera! —dijo Prunella. Lo miró y su ceño se arrugó.

La duda, y una pizca de miedo, penetraron en su mirada.

Durante un momento, Zacharias vio cuán consciente era Prunella de lo vulnerable de su situación. Incluso con tres familiares, una mujer sin formación, sola en el mundo, no podría oponerse al hechicero real si este elegía obligarla a obedecer. Pero el desafío le iluminó la mirada: cuadró los hombros y sacudió la cabeza, como si se deshiciera de cualquier duda.

—Aunque me los quitara, los huevos no le servirían de nada. Están ligados a un encantamiento, uno muy potente, y nunca serán más que cuatro piedras muertas a menos que se retire el hechizo. Yo poseo el secreto para hacerlo, pero nadie más lo sabe.

—¡Ya veo por qué no quiere educarse, si posee tantos secretos mágicos!

—replicó Zacharias con frialdad.

Prunella no sonrió. Tenía el rostro compuesto y su boca formaba una línea decidida, pero no podía esconder por completo su incertidumbre.

Zacharias recordó la mirada de alarma que había pasado fugaz por sus ojos.

—Vamos —cedió con amabilidad—, ¿no somos amigos? No creo que seamos tan diferentes. Querrá aprender todo lo que pueda para controlar a sus familiares, y yo entiendo que necesite cierta garantía sobre su futuro.

No digo que me haya convencido de que la temporada en Londres sea la mejor forma de conseguirlo…

—¡No ha propuesto ninguna alternativa! —exclamó Prunella.

—Pero —prosiguió Zacharias— no puedo afirmar que sea un experto en ese asunto. Lady Wythe sabrá más. ¿Y si le preguntamos si está dispuesta a hacer lo que le pide y vemos lo que responde?

Prunella parpadeó, sorprendida. Luego se recuperó y, con aire profesional, respondió:

—Entonces, ¿quiere decir que acepta mi oferta de un huevo?

—Si usted accede a formarse. Y me gustaría ver los huevos restantes, si no tiene ninguna objeción.

—A lo mejor se los enseño —dijo Prunella—, ahora que somos amigos.

Antes de que pudieran preguntarle nada a lady Wythe, Zacharias debía rendir cuentas sobre Prunella ante ella y encontró la tarea tan difícil como había temido. En la sala de estar de lady Wythe al día siguiente, intentó explicar que la joven allí presente no era su amante, sin caer en la indecencia de decir esa palabra.

—Sé lo que parece —dijo—. Pero le aseguro que nunca querría… nunca la implicaría en ningún tipo de… Espero que me crea cuando le digo que nunca le pediría que aprobara nada remotamente indecente.

—Zacharias —terció lady Wythe—. No soy una colegiala y no deberías tartamudear como si lo fuera. Estuve casada treinta años y mi vida no es que estuviera muy protegida. Dime, por favor, cuál es tu problema.

—Es usted muy amable —dijo Zacharias, pero aún parecía preocupado

—. No sé ni por dónde empezar.

Aunque Prunella había jurado que le dejaría a Zacharias manejar el asunto, se había inquietado bastante y, ante aquello, no pudo contenerse. Así que intervino.

—Lo que el señor Wythe quiere decir, señora, es que no soy una cortesana, sino algo peor… ¡Una bruja!

Y con eso se ganó una mirada severa de Zacharias.

—Es más correcto decir taumaturga —repuso—. O quizá *magicienne*.

Las brujas practican un tipo de magia trivial o popular, muy diferente a nuestra taumaturgia. Además, una bruja de pueblo puede ser tanto un hombre como una mujer. Es muy vago describir como bruja a toda mujer que practica magia, incluso denunciable.

—El señor Wythe ha sido muy amable al ofrecerse a enseñarme, señora

—continuó Prunella, sin hacerle caso al hechicero—. Iba a una escuela para gentilbrujas, donde no enseñan taumaturgia, claro. Pero me parece vergonzoso ser mágica y que solo te enseñen a reprimir tu magia.

Lady Wythe parecía perpleja.

—La edad me está pasando factura —dijo, mirando a Zacharias—.

Pensaba que precisamente había que enseñar contención a las mujeres afectadas por la magia. No me refiero, como sabes, a la magia hogareña que practican las criadas. No hay nada de malo en encantar una cazuela para evitar que se salga el agua hirviendo o una escoba para barrer el suelo, pero

¿la filosofía antinatural no es un asunto muy diferente? Tenía entendido que estaba prohibida para nuestro sexo.

—Y lo está —confirmó Zacharias—. Pero, si hubiera visto lo mismo que yo en esa escuela, coincidiría en que se causa mucho más daño cuando se

prohíbe a las mujeres el ejercicio natural de sus habilidades que si las educásemos como taumaturgas. Creo que es necesaria una reforma exhaustiva. —Ladeó la cabeza hacia Prunella—. La señorita

Gentleman ha tenido la amabilidad de acceder a que demuestre este principio con ella. Si todo va como espero, la señorita Gentleman se convertirá en un ejemplo exitoso que presentaré ante la Sociedad cuando proponga mi reforma. Pero mi plan requiere de su participación, señora. La señorita Gentleman no conoce a nadie en Londres. Le estaría muy agradecido si la acogiera en su casa. Yo pagaría sus gastos, y su estancia no debería alargarse demasiado.

La mirada de lady Wythe pasó de Zacharias a Prunella. Ese quijotismo por parte de Zacharias no era tan inesperado, puesto que estaba acostumbrada a sus vaivenes, pero era evidente que la joven desconocida la preocupaba. Se inclinó hacia Prunella y le cogió la mano, para sorpresa de la joven.

—Espero que me perdone, señorita Gentleman, pero ¿comprende la magnitud de lo que ha accedido a hacer? La magia es una práctica peligrosa, como bien sabe. Fatiga a los hombres, pero seguro que tiene consecuencias aún más graves en el cuerpo de una mujer.

—La señorita Gentleman es… —empezó a decir Zacharias, pero lady Wythe se le adelantó.

—Mi pregunta iba dirigida a la joven dama —atajó con firmeza—. No tengas miedo de decir la verdad, querida. Di lo que quieras sobre ti misma y me encargaré de que tus deseos sean respetados.

Prunella vaciló, mirando a Zacharias, pero este se había retirado a su silla tras el reproche de lady Wythe y lucía un semblante de ignorancia altiva.

—Agradezco su preocupación, señora —dijo Prunella despacio—. Pero llevo ideando hechizos y encantamientos desde pequeña y nunca me sentí mal por ello. No formaba parte de mi plan convertirme en taumaturga, pero… —

Se detuvo y miró a Zacharias de nuevo.

Lady Wythe parecía inquieta.

—No dejes que te persuada de hacer algo que no quieras.

El sufrido Zacharias emitió un sonido extraordinario.

—¿Yo, obligar a la señorita Gentleman a que haga algo que no quiera?

—Es usted muy amable, señora —siguió Prunella con sinceridad—.

Pero estoy contenta de someterme a la educación del señor Wythe. Creo que nos entendemos muy bien.

—Bueno, es una situación extraordinaria —contestó lady Wythe, guardándose su opinión—. Pero no dudo del criterio de Zacharias en lo relativo a asuntos taumatúrgicos y estaré encantada de que te quedes conmigo.

—Se lo agradezco —dijo Zacharias—. Eso nos facilitará mucho el camino.

—Tosió y, más incómodo que nunca, añadió—: Debo pedirle otro favor. La señorita Gentleman ha viajado a Londres porque desea… Creo que la expresión es «ser presentada». —Lady Wythe lo miró fijamente—. En sociedad.

A Prunella le pareció correcto intervenir.

—Como ya he dicho, nunca pensé en ser taumaturga hasta que conocí al señor Wythe. Pero me gustaría mucho presentarme en sociedad.

—Cielos —dijo lady Wythe, sin comprender—. Pero ¿por qué…?

—Porque me gustaría conseguir marido —respondió la señorita Gentleman, sorprendida por tener que explicar lo obvio.

—Entiendo que la señorita Gentleman emprenderá ella misma la búsqueda de un marido y solo desea ayuda para acceder a la mejor sociedad, para que pueda dedicar sus esfuerzos al nivel más alto —explicó Zacharias.

La señorita Gentleman asintió con aprobación—. Si fuera tan amable de presentarla en sociedad, ha accedido a someterse a un régimen moderado de educación taumatúrgica.

—Ah, eso es indiscutible —exclamó Prunella—. Leeré mil grimorios si hace falta.

Un terrible silencio descendió sobre ellos.

—Creo que no comprendo la situación a pesar de tus explicaciones, Zacharias —dijo lady Wythe al fin—. No sé por qué es necesario que la señorita Gentleman acceda a recibir una educación. Por supuesto, querida

—

añadió hacia la joven dama—, debes casarte, si es lo que quieres. Pero me parece que la mejor forma de conseguirlo sería regresando a tu escuela.

Estaré encantada de ejercer mi influencia con la directora para que ocupes un buen lugar y, con el tiempo, estoy segura de que una joven tan encantadora como tú conseguirá un marido apropiado.

—Pero un marido apropiado no es en absoluto lo que busco — exclamó la señorita Gentleman.

—Con todo el respeto, señora, aún no se lo hemos contado todo —

intervino Zacharias—. La señorita Gentleman adquirió hace poco tres familiares. Han consentido viajar en su maletín para evitar que los detecten.

Lady Wythe no se había fijado en el maletín. De repente, este se erguía enorme a sus ojos: un estuche pequeño y marrón, muy desgastado, apoyado sobre el regazo de la señorita Gentleman.

Era imposible no creer a Zacharias. Su autoridad en asuntos así no se podía contradecir y hablaba con una convicción absoluta.

—Entiende la situación —dijo Zacharias—. No hay otra alternativa.

Debo formar a la señorita Gentleman.

—Por supuesto —respondió débilmente lady Wythe.

Lady Wythe insistió en que Zacharias pasara la noche en su casa. Era tan tarde y aún hacía tanto frío por las noches, que no debía aventurarse fuera de nuevo y lo más fácil sería prepararle una cama.

Ella sospechaba, y con razón, que, a pesar de la hora tardía, Zacharias intentaría ir de su casa al estudio, pues se le había acumulado mucho trabajo tras ausentarse durante una quincena. Sin embargo, cuando empezó a sufrir los síntomas que presagiaban uno de sus ataques, pensó que sería prudente obedecer al acordarse del percance en el Blue Boar.

No le sorprendió encontrar a sir Stephen esperándolo en la habitación de invitados.

—Deberías informar a la Sociedad —dijo este.

Mientras se sentaba para quitarse las botas, a Zacharias le sobrevino una sensación de alivio. Aunque acabaran peleándose por ese tema, al menos podía ser sincero con su antiguo tutor. Resultaba imposible confiar en nadie más, pues Prunella lo había obligado a mantener en secreto sus tesoros restantes.

—Si se refiere a que debería contarle a la Sociedad lo de los huevos de los familiares, son propiedad de la señorita Gentleman y solo ha accedido a darme uno en cuanto consiga contraer matrimonio.

Sir Stephen pasó por alto ese comentario.

—¡Están las criaturas que ya han eclosionado! —exclamó—. Es un asunto terrible… Porque, si llevas los huevos a la Sociedad, te preguntarán de dónde han salido, y si se descubre todo el asunto de los familiares de la muchacha, no podrías sobrevivir al escándalo. Tu posición ya es precaria, y las payasadas de esa vieja bruja no han sido de gran ayuda.

Los dos sabían que una noticia así agitaría los salones de la Sociedad.

Cada vez que se había descubierto el huevo de un nuevo familiar, la concesión de dicho huevo había sido objeto de extensas negociaciones, de competiciones furiosas entre hombres con talento y de alcurnia, de maniobras políticas maquiavélicas… Incluso, en los años menos ilustrados, de guerra.

Para los taumaturgos que juzgarían a Zacharias, no significaría nada que Prunella poseyera un talento que el hechicero real no había visto nunca en un mago sin formación. Tampoco significaría nada que él no hubiese podido evitar que ella se uniera a los familiares tras su eclosión. Con su nacimiento, los familiares podrían haber destruido la casa de no ser por las medidas rápidas que tomó Prunella, y ningún taumaturgo (ningún taumaturgo varón) podría haber predicho lo que la muchacha haría para apaciguarlos. Pocos taumaturgos se habían encontrado con un familiar recién salido del cascarón,

y lo que Prunella había hecho iba en contra de cada ápice de la sabiduría que Zacharias había recibido a lo largo de su excelente educación.

Pero él era el hechicero real y se había quedado de brazos cruzados mientras la mitad de la cosecha más grande de familiares que el reino había presenciado jamás se desperdiciaba en un mago sin familia ni educación.

Un mago que, para más inri, era una mujer.

—Y, aun así, ¿los huevos no compensarían el error? —argumentó sir Stephen—. ¡Un regalo nunca visto por este país en siglos! Podemos encargarnos de la muchacha. No supondrá ninguna dificultad. Pero debes confesar, Zacharias.

—Los huevos no serán un regalo muy útil sin la cooperación de la señorita Gentleman —repuso este, masajeándose las sienes—. Me ha permitido examinarlos. Están vinculados a un encantamiento que los mantiene en estasis, un hechizo del cual desconozco su funcionamiento. La señorita Gentleman conoce el contrahechizo y, sin él, los huevos no nos sirven.

—¿No puedes obligarla a revelar el secreto? No me mires así. ¿De qué te sirven los escrúpulos frente a los intereses del país? Debes contárselo a la Sociedad y entregar los huevos. Es tu deber.

—No coincidimos en lo que implica mi deber.

Cualquier alivio que hubiera sentido por hablar sobre ese problema se había disipado. Le dolía la cabeza, se le entrecortaba la respiración y el aire se había llenado de luz y color.

—Zacharias —dijo sir Stephen. Su voz vibraba de frustración; era evidente que quería alzarla, pero se esforzó por controlarse—. Escúchame, Zacharias. Me consideras desaprensivo, eso sin duda. Me consideras despiadado. Sientes lástima por la muchacha. Y, sin embargo, sabes que lo que digo es cierto. Todo conspira para echarte de tu puesto y, si lo consiguen, ¿quién sabe cuál sería el resultado? Recuerda tu pacto —dijo, bajando la voz—. ¡Tu pacto con Leofric!

—La señorita Gentleman ha confiado en mí —replicó Zacharias con dificultad.

—¡Te ha engañado! Se ha aprovechado de ti para su provecho y ahora cargas con una doña nadie descarada, sin familia, sin recursos…

—Y con tres familiares —dijo Zacharias—. Usted sabe que, si la entrego a la Sociedad, no se contentarán con los cuatro huevos. Querrán quitarle sus familiares.

No necesitaba detallar las consecuencias de ese supuesto. Había ocurrido con frecuencia en siglos pasados, cuando Inglaterra aún poseía suficientes hechiceros para pelear entre sí, hasta que alguno le arrebataba a la fuerza su familiar a otro. Los efectos variaban, pero eran, sin excepción, terribles.

Algunos de los antiguos hechiceros se volvían locos. Otros perdían toda su magia, lo que para muchos magos parecía un destino peor. Unos cuantos proseguían días o semanas como si nada hubiera pasado, hasta que morían de repente. Sus cuerpos se marchitaban y se volvían grises enseguida, hasta convertirse en polvo al tacto.

—Eso sería espantoso —coincidió sir Stephen a regañadientes—. Aun así, estoy seguro de que podrás persuadir a la Sociedad de que se controlen.

—¿Por qué iban a hacerlo, si es una mujer sin importancia? Está usted en lo cierto. La señorita Gentleman no tiene nada, ni principios, ni parientes ni dinero. Nada excepto su magia y un descaro absoluto. —Zacharias esbozó una media sonrisa, a pesar de que ese descaro lo había enojado a menudo—.

Solo puede confiar en mi buena voluntad, y yo… yo le debo la vida. No podría traicionarla. Cumpliré con nuestro pacto.

Tuvo que detenerse, pues la vieja agonía empezó a desgarrarle las entrañas.

Fue tambaleándose hasta la cama y cayó con pesadez en ella, mientras unas siluetas infernales le nublaban la visión. Tenía ante él una larga y dura noche, pues su preocupación por sus órganos vitales no le permitiría dormir.

—Ay, Zacharias —dijo sir Stephen. Su voz parecía proceder de muy lejos, cargada de pena y reproche—. ¿Cuándo dejarás de hacer estos tratos tan mal avenidos?

Zacharias no respondió y sir Stephen no dijo más. Su mano fría e insustancial le acarició la cabeza y su tacto trajo alivio.

Sir Stephen dibujó un hechizo sobre sus sienes, llenándole la mente atribulada de nubes y sombras. Zacharias olió la lluvia. Su visión se aclaró y vio la amplia extensión del cielo nocturno, liso y sin estrellas. Y al fin se durmió, olvidando el dolor.

CAPÍTULO 17

Rollo Threlfall estaba teniendo un día magnífico. Acostumbraba a tener días magníficos. Como el hijo más joven de un padre indulgente, nunca le encargaban ninguna responsabilidad más grande que hacer acto de presencia en las cenas de anfitrionas ambiciosas o decidir si comprar un buen trozo de carne de caballo. Los cielos despejados de ese día en concreto se volvieron más azules mientras reflexionaba que, de no ser por la nobleza de sus amigos, en ese momento se hallaría en la casa de su tía Georgiana relatándole el discurso que habría dado en la escuela de su amiga.

Como, después de todo, no había dado dicho discurso, su tía no lo había mandado llamar, pues el afecto de Georgiana por su sobrino era tan

moderado como profundo era el miedo que Rollo sentía hacia ella. En cambio, Rollo había pasado la noche anterior en el Teúrgo, disfrutando de una excelente cena con vino y cumplidos, y se había despertado esa mañana con un dolor de cabeza del tamaño aproximado de la Piedra del Destino.

Sin embargo, para el mediodía Rollo había salido de la cama, tan animado como el día de su nacimiento, y se puso un pañuelo cuya puntilla no criticarían ni los hombres más exigentes que seguían la moda. Estaba de buen humor mientras salía para encontrarse con Damerell en el Teúrgo y su ánimo solo mejoró al ver a Zacharias Wythe sentado con su amigo en su mesa habitual.

—¡Hola, hola! ¡Qué buena suerte la mía! —exclamó Rollo—. No pensé que te vería tan pronto, Zacharias. Debo felicitarte por tu éxito. Recibí una carta de mi tía la semana pasada y al parecer causaste furor. La señora Daubeney estaba muy complacida. Dijo cosas estupendas sobre tu discurso.

—Me alegro de que quedara satisfecha —dijo Zacharias. Claramente, reflexionó, la carta de la señora Daubeney ocultaba más información de la que revelaba.

—Ni la mitad de feliz que yo —le aseguró Rollo—. Para un tipo tan inteligente como tú no fue nada dar un discurso a un grupo de colegialas salvajes, pero, si hubiese tenido que hacerlo yo, sospecho que habría saltado al río antes de que terminase la semana.

—Será una fuente de gratificación infinita haber sido indispensable para evitarte ese destino —replicó Zacharias con seriedad. Examinó su

taza de café, perdido en sus pensamientos—. Sin embargo, no fue una visita improductiva. Encontré algunas personas interesantes en la escuela.

—¿Ah, sí? —inquirió Rollo—. Pensaba que solo había chicas.

—Sí. Pero hasta las chicas pueden ser interesantes, ¿sabes? Aun así, no puedo decir que disfrutase de la experiencia. Casi doy media vuelta cuando subí al escenario ante tantas miradas. ¿Qué es la reina de los elfos comparada con un conjunto de colegialas? Al menos ella no es propensa a las risitas.

Rollo se estremeció.

—¡Risitas!

—Creo que esa devoción por mi parte se merece una recompensa.

—Eso sin duda —dijo Rollo con vehemencia—. Si puedo prestarte algún servicio, Zacharias, ¡solo tienes que decirlo!

Él asintió, como si eso fuera lo que esperaba oír.

—Muy bien. Te complacerá saber que he dado con algo. —Su actitud cambió por completo: se enderezó, juntó las yemas de los dedos y, con la voz nítida de un profesor, añadió—: Me devolverás el favor convenciendo a tu tía Georgiana (y, de hecho, a todas las mujeres respetables que conozcas) para que le presenten a la señorita Prunella Gentleman los caballeros solteros más cotizados, y que así pueda encontrar marido.

Rollo se quedó atónito. A Damerell, al parecer, le dio un ataque de tos, pero cuando un lacayo se acercó corriendo para ayudarle, lo despidió con un ademán.

—¡Ten un poco de sensatez, hombre! —jadeó—. ¡No interrumpas!

—¿A qué te refieres? —preguntó Rollo.

—Di un discurso en una escuela de señoritas en tu lugar y, como consecuencia, tengo que cargar con una nueva aprendiz, una mujer con una ambición desmesurada —explicó Zacharias—. Hemos acordado que yo le facilitaré su presentación en sociedad a cambio de que ella se aplique en el estudio de la magia. No me relaciono con el *beau monde*, pero tú sí. Me parece justo que te encargues de esta tarea.

Rollo lo observó con una sospecha terrible, antes de volver su mirada lastimera hacia Damerell.

—Vaya, Robert, está más claro que el agua —dijo este—. Una muchacha ha seguido a Zacharias hasta Londres y quiere encontrar marido. Zacharias

desea que te encargues del asunto. Y debo decir que lo más caballeroso sería ofrecerte, visto lo que ha hecho él por ti.

—Pero, rayos…

—No quiero que te cases con ella —le aseguró Zacharias—. Deduzco que espera conseguir algo mejor que un hijo menor, aunque confieso que no tengo ni idea de los ingresos que busca. Sin embargo, deberías hablar con ella sobre sus requisitos.

—Es mejor dejar claros estos detalles —coincidió Damerell.

—Rayos, Zacharias —espetó Rollo—. ¡Me sorprendes! Nunca lo habría dicho de ti. No puedo presentar en sociedad a la mujer de tus debilidades.

Vaya, es que es poco razonable, es… ¡No sé lo que es! —Calló, ahogado por la emoción.

—Lo que Rollo quiere decir es que esta forma de proceder le parece cínica en extremo —le tradujo Damerell.

Rollo asintió. Tras recuperar el aliento, añadió:

—Y, lo que es más, ¡no está de moda!

—No existe ninguna relación de ese tipo entre la señorita Gentleman y yo

—dijo Zacharias con firmeza—. Me propongo darle clases y nada más.

Lady Wythe ha accedido a acoger a la señorita Gentleman, para darle prestigio.

Pero, como sabéis, lady Wythe no ha frecuentado la sociedad últimamente y me gustaría ahorrarle ese trabajo. Nunca le han gustado las multitudes.

—¿Se aloja con lady Wythe? —preguntó Rollo—. Debo decir que me parece un tejemaneje endemoniado. ¡Lady Wythe siempre ha sido la

decencia personificada!

—¿Cuántas veces te tengo que decir que la señorita Gentleman es una joven dama de lo más respetable? —replicó Zacharias en un tono terrible—.

¿Lo harás o no, Rollo?

—Mi querido amigo, haría cualquier cosa por complacerte, pero… ¡pero cualquier cosa decente! —suplicó Rollo—. ¡Cualquier cosa plausible!

—No veo qué tiene mi petición de indecente o implausible —repuso Zacharias con frialdad.

—¡Zacharias, con toda mi buena voluntad…!

Damerell se secó los ojos con un pañuelo y lo guardó. Pareció decidir que Rollo ya había sufrido suficiente.

—No es buena idea, amigo mío —le dijo a Zacharias—. La tía de Rollo no es de la buena sociedad. No es una tía maternal. Está emparentada con el otro lado de la familia. ¿No la conoces?

Zacharias, aún bastante rígido, contestó:

—No. Pero tenía entendido que la recibían las mejores familias.

—Ah, eso sí. Cuando la tía Georgiana llama a la puerta, uno no la atranca y espera a que se marche —dijo Damerell.

—No sirve de nada —refunfuñó Rollo, con la convicción de quien ya lo ha intentado.

—Exacto. Rollo es de las mejores familias por parte de madre, pero sus parientes paternos son otro asunto —dijo Damerell—. Debes buscar influencias de verdad en otra parte. Yo conozco gente así… y me deben un par de favores. Pero antes debo saber qué mentiras tendré que contarles.

¿Quién es esta muchacha? Cuéntaselo al tío Damerell.

Zacharias explicó parte de la historia de Prunella y la posición que había ocupado en la escuela de la señora Daubeney.

—Me imagino que su padre era un caballero, aunque parece un personaje escurridizo. La señora Daubeney no sabía nada de su madre.

El señor Gentleman pasó tiempo en la India y es posible que su madre fuera nativa de ese país. Sin embargo, nada sugiere que hubiera irregularidades en esa relación. La señorita Gentleman habla con la misma finura que cualquier muchacha de buena cuna y ha recibido la misma educación que las gentilbrujas de la señora Daubeney.

—Bueno, espero que la madre no sea un obstáculo insuperable —dijo Damerell, considerando todo el asunto—. ¿No tiene más familia en Inglaterra? Mejor que mejor. Así no debemos temer que aparezca algún familiar de mala reputación. ¿Es hermosa?

Zacharias derramó el café y estuvo demasiado ocupado limpiando el resultado como para encontrarse con la mirada de Damerell.

—Bastante, sí.

Damerell controló su expresión con su compostura habitual, pero su regocijo resultaba palpable para cualquiera que lo conociera tanto como Zacharias. Este pensó que lo más detestable sobre su amigo era que siempre atinaba a percibir lo que pretendías ocultarle.

—Muy bien —continuó Damerell—. ¿Por qué es necesario ayudar a la señorita Gentleman a encontrar marido?

—Mi intención es enseñarle taumaturgia y me ha prometido esmerarse si consigo presentarla en sociedad. Parece segura de que podrá obtener un marido con bienes si logra tener acceso a las personas adecuadas.

—Parece una mujer con recursos considerables. Ya la admiro. Pero hemos llegado a la cuestión esencial: ¿por qué debe aprender taumaturgia?

Zacharias se había preparado para ello.

—Me ha quedado claro que es necesario una reforma de la educación taumatúrgica de las mujeres. El sistema que se aplica en la actualidad es

perjudicial para las mujeres y las jóvenes, pues deben violentar su propia naturaleza para ajustarse a estas normas. La escuela de la señora Daubeney me ha proporcionado suficientes pruebas de ello. También demostró que hay un gran acervo de habilidad mágica entre las mujeres, y seríamos unos necios si lo ignoráramos. Algunas de sus alumnas poseen un talento evidente, talento que, de otro modo, se desperdiciaría en encantamientos clandestinos en los salones y las

cocinas, en hechizos para embellecer una mesa o entretener a un bebé.

—Entonces la señorita Gentleman será tu primer ejemplo de lo que puede hacerse con la magia femenina —concluyó Damerell.

Zacharias inclinó la cabeza.

—Incluso sin formación, sus habilidades son formidables. Con formación,

¿qué no podría conseguir?

Sabía que era una explicación pobre. Si su propósito era demostrar la conveniencia de reformar la educación de las mujeres entrenando a una con talento, ¿por qué no seleccionaba a otra que no tuviera exigencias tan extrañas? Pero Zacharias no se atrevió a dar más detalles. Debía ocultar la existencia de los familiares de Prunella todo lo que pudiera.

—Quién soy yo para criticar un plan tan noble —meditó Damerell—.

Zacharias, perdona la impertinencia de tu amigo… Pero ¿has considerado cómo la recibirá la Sociedad, cuando hace poco contemplamos una lección tan alarmante de lo que puede hacer la magia femenina? Me refiero, ya sabes, a la vampira malaya que casi mató a la señora de Geoffrey Midsomer.

—Era una bruja, no una vampira —recalcó Zacharias—. ¡Si me dices que a la señora Midsomer le salió un cardenal, será lo único que he oído que sufrió a modo de herida! Y si debo esperar a que a la Sociedad le guste la idea de enseñar magia a las mujeres, mi reforma nunca llegaría a buen puerto.

—Aun así, ¿no puedes esperar a que tu posición sea más firme antes de hacer añicos todos los queridos prejuicios de la Sociedad?

Zacharias sacudió la cabeza.

—¿Quién sabe cuánto duraré como hechicero real? A lo mejor mi posición nunca mejora lo suficiente para hacer algún bien.

—Pero eso es justo lo que no me gusta. Es un mal momento para anunciar un plan que está destinado a ser impopular, con Geoffrey Midsomer cortejando a la mitad de la Sociedad y sobornando a la otra

mitad, y con la Tesorería examinando con lupa nuestras arcas, y, sobre todo, con la sequía de magia.

—Ese, al menos, es un problema que la Sociedad ya no podrá seguir echándome en cara —dijo Zacharias, aliviado de poder aportar buenas noticias, para variar—. Estoy seguro de que veremos una mejora considerable cuando se publiquen en la *Gaceta* los resultados de la próxima inspección de los niveles de magia atmosférica.

El nacimiento de los tres familiares de Prunella produciría un aumento de la magia, al menos.

Damerell parpadeó.

—Pero ¡eso es excelente! Entonces, ¿tuviste éxito en la frontera, Zacharias?

—En cierto modo —respondió con cautela.

El bloqueo de la magia en Inglaterra era otra cuestión que debía mantener en secreto por el momento. La asamblea del rey de las hadas se celebraba esa misma noche, y pronto Zacharias entendería mejor el motivo del bloqueo.

Damerell permaneció en silencio durante un rato, sin duda dándole vueltas a los agujeros que distinguía en su relato.

—Te has convertido en todo un hechicero, Zacharias —dijo al fin—.

Antes no solías ser tan misterioso. Pero veré lo que puedo hacer por tu aprendiz. Debemos vestir a la muchacha de forma apropiada, por supuesto.

Deduzco que lady Wythe le conseguirá la admisión a Almack's.

—Sí —asintió Zacharias—. Hemos acordado que la señorita Gentleman tenga todo lo oportuno. Recurre a mis banqueros para cualquier gasto.

—Entonces creo que puedo hacer que tu señorita Gentleman cause sensación. Pero, y me vas a permitir que lo diga una vez, ¡has hecho un trato de lo más singular, Zacharias! Cualquiera pensaría que es un honor ser aprendiz del hechicero real.

—Por desgracia, la señorita Gentleman no es cualquiera —respondió Zacharias con aire sombrío.

Cuando Zacharias regresó a su estudio, había una pequeña hoja marrón sobre su escritorio. Aunque parecía haber entrado volando por la ventana, supo lo que era enseguida.

Una inspección más minuciosa demostró que no era una hoja ordinaria: las vetas brillaban doradas y el borde estaba recubierto de oro. La firma del rey de las hadas aparecía al otro lado: una pezuña estampada en tinta, impregnada con el aroma a tierra y humo.

Habían aceptado su solicitud para una audiencia. Se guardó la hoja en el bolsillo con un nerviosismo insólito. Era lo que había deseado, pero debía proceder con cuidado en el encuentro si quería resultados.

Esa noche, depositó la hoja en el suelo de su estudio y caminó a su alrededor en sentido contrario a las agujas del reloj. La hoja produciría su propia magia. Lo único que debía hacer Zacharias era dar vueltas hasta que el camino se abriera.

Mientras paseaba por el círculo delimitado, se descubrió murmurando una cancioncilla que su nodriza solía cantarle cuando era pequeño: *Don*

Federico perdió su chistera, Para casarse con una hechicera;

La hechicera perdió su cetro,

Para casarse con un hombre negro…

—No, me he confundido. ¿Cómo seguía?

Don Federico perdió su ogro,

Para casarse con un piojo;

El piojo perdió sus patas,

Para casarse con una salamandra.

Pero esa tampoco parecía la versión correcta.

Zacharias detuvo su deambular para desentrañar el misterio y vio que las vetas doradas de la hoja se habían extendido y multiplicado, hasta el punto en el que la luz dorada formaba unas líneas entrecruzadas sobre el suelo.

Cuando pisó una, se amplió para convertirse en un camino reluciente. Lo siguió y atravesó las paredes del estudio como si no existieran.

Tendría que estar en el aire, pues su estudio se hallaba en la primera planta, pero, en cambio, caminaba por un túnel oscuro. Le daba la sensación de estar dormido y soñando, aunque mantuviera los ojos abiertos. La única luz procedía del brillo dorado del camino a sus pies; el único sonido era el de su propia voz mientras buscaba la letra:

La salamandra perdió su cola,

Para casarse con una solterona;

La solterona perdió su bravura,

Para casarse con una vieja bruja.

—¡Pero eso no tiene sentido!

»Las canciones infantiles —reflexionó— contienen muchos mensajes.

Me pregunto si alguien las ha estudiado como es debido. Debo proponérselo al comité.

—El señor Zacharias Wythe —anunció la anguila con librea que esperaba en la puerta—. ¡Hechicero real y embajador del reino mortal de Gran Bretaña!

Zacharias llegó a un gran salón dorado, iluminado con una profusión de velas y lleno de gente, si acaso se les podía llamar así. Durante el momento que se quedó parpadeando bajo la deslumbrante luz, los invitados lo observaron. Un breve silencio se apoderó de la sala.

Luego el sonido se abrió paso de nuevo, las conversaciones tan animadas como siempre. Habían transcurrido varias décadas desde que un hechicero real apareciese por el Mundo de las Hadas, pero el tiempo poseía un significado distinto para los habitantes de dicho mundo y, dadas las predilecciones de la reina, los mortales no eran tan poco habituales como para provocar asombro duradero.

Zacharias era solo uno de los muchos embajadores que esperaban a ser conducidos a la antecámara en la que el rey celebraba la audiencia.

Atravesó la sala, aún maravillado por la potente magia que lo había traído allí, mientras sorteaba los pies, las aletas y las colas del resto de invitados.

Su nerviosismo por la inminente audiencia se vio suspendido por el

momento, olvidado ante la gloria del Mundo de las Hadas. Siempre había esperado verlo algún día, y esa era una oportunidad que no volvería a disfrutar nunca más.

En el reino mortal, «Mundo de las Hadas» se usaba con holgura para describir una serie de naciones mágicas que se sometían al mandato de la reina y el rey del Reino de los Elfos. Los no taumaturgos podían ser incluso

más imprecisos y usar el término para describir todos los reinos mágicos, estuvieran relacionados con dicha corte o no. Pero, por supuesto, estrictamente hablando, solo se podía denominar «hada» a una criatura del Reino de los Elfos: un ser capaz de cambiar de forma, pero que en realidad era un homúnculo sin sexo, de ojos claros y lampiño.

Dragones, grifos, fénix, cocatrices, unicornios y similares no eran nativos del Mundo de las Hadas. Era un hecho curioso que, en el pasado, fuera más habitual para un familiar encontrar criaturas mágicas de otras especies en Inglaterra, al servicio de los compañeros de su amo, que en el Mundo de las Hadas, pues en este se podían distinguir todas las divisiones de país y clase que subsistían en la sociedad mortal.

Aunque, al menos, los prejuicios del Mundo de las Hadas no reflejaban los de la sociedad inglesa, y allí Zacharias no llamaba más la atención que cualquier otro embajador extranjero. Ni siquiera era la única persona en el salón con la apariencia de un hombre de piel oscura, un suceso novedoso para él, aunque también de lo más extraño, porque sabía que no podía confiar en su vista mortal para distinguir el aspecto auténtico de las cosas en la tierra de ilusiones. Los diversos seres que llenaban la sala bien podrían lucir una forma muy diferente en sus hogares y a sus propios ojos.

No obstante, algunos iban menos disfrazados que otros. Zacharias retrocedió de un salto cuando una fuente de dulces cayó con estruendo al suelo delante de él, derribada por el amplio movimiento de la cola de una dragona. Un grupo de lacayos con forma de pez se apresuró a limpiar el desastre, pero la infractora no se alteró.

—¡La corte podría acomodar mejor a sus invitados! —exclamó—.

¡Confirmo que esta sala empequeñece cada año! ¿No le parece, caballero?

A Zacharias le desconcertó que le exigieran una crítica de su anfitrión

real con tanta audacia. Con cierta turbación, respondió que era su primera visita y no podía juzgar.

—¿Su primera visita? —dijo la dragona. Con dos espolones imponentes, alzó un monóculo del tamaño de un plato y examinó a Zacharias—. Vaya, si

es un mortal… ¡Un taumaturgo mortal inglés! ¿No es usted la criatura que vino y se marchó? Pensé que regresaría, pero no tan pronto.

—Creo que me ha confundido con otro, señora —dijo Zacharias. No resultaba sorprendente, quizás, que un hombre negro y uno blanco parecieran más o menos lo mismo para un dragón—. El taumaturgo en el que está pensando se ha asentado en Inglaterra y creo que no tiene ninguna intención de regresar a este mundo. Yo soy un hombre diferente.

—¡Ah! —El topacio brillante que era el ojo de la dragona se acercó más a Zacharias. La pupila era una estrecha raya negra, como la de los gatos—.

¡Vaya, pero si es usted el nuevo hechicero real! ¡Qué gracia! Debo decir que es más apuesto de lo que imaginaba. A algunos de los hechiceros reales que he visto me los habría comido en el huevo. —Soltó un rebuzno inesperado a modo de carcajada.

—La habilidad mágica no siempre se corresponde con la perfección física en los mortales —explicó Zacharias—. Diferimos en ese aspecto de la raza draconiana.

Por razones incomprensibles para Zacharias, en su mente apareció una imagen de Prunella arrodillándose en el suelo para jugar con sus familiares, con un mechón de cabello oscuro suelto enrollándose en su oreja. Apartó la imagen, sintiéndose incómodo sin motivo.

—¡Ah, eso es quedarse corto! —declaró la dragona—. Nunca he entendido por qué los taumaturgos mortales son tan feos. Son criaturas enclenques y pálidas, sin casi bigotes ni nada parecido a escamas. Y, por si no bastara con un aspecto tan desagradable, su comportamiento es terrible.

Será mejor que se esfuerce más en controlar a sus taumaturgos, caballero.

—Lamento oírlo —dijo Zacharias con cautela. La dragona solo podía referirse a Geoffrey Midsomer, pues hacía demasiado tiempo que

ningún taumaturgo entraba en el Mundo de las Hadas para que esta se quejara de alguno de ellos. Pero no había oído que Midsomer causase ninguna ofensa a

la corte mágica—. No he recibido ninguna queja respecto a la conducta de mis colegas.

—Supongo que no podemos culpar solo a su gente —concedió la dragona

—. Él no debería habérselo pedido, pero, claro, Lorelei tampoco debería haber acudido. Si a mí me invocara al mundo mortal un mago advenedizo, tenga por seguro que me molestaría. Sin embargo, ella es una criatura calculadora y no sé qué planes habrá dispuesto. Estuvo prometida antes, ¿lo sabía?, y sus lágrimas y suspiros por el otro tipo fueron muy exagerados. ¡Y

luego va y huye con un mortal! ¡Ah, qué enigmática es!

—Ruego me disculpe —terció Zacharias. Su voz permanecía tranquila, sin revelar (o eso esperaba) su consternación, pues no podía permitirse mostrar nada que se interpretase como admisión de una culpa mortal —.

¿Insinúa que un taumaturgo invocó a una criatura mágica a Inglaterra para que le sirviera como familiar?

—¿Insinuar? Pero si es la verdad —replicó la dragona—. ¡Todo el mundo lo sabe!

Los hechizos para invocar familiares eran ilegales desde que la corte había cerrado la frontera al tráfico desde Inglaterra. Eso formaba parte del contrato entre ambas naciones, gracias al cual se había evitado un conflicto abierto, y era un compromiso por el que los ingleses deberían sentirse más agradecidos de lo que estaban. Lo primero que habían propuesto desde el Mundo de las Hadas era resolver sus diferencias con una guerra.

—Pero ¿no juzgaron al taumaturgo? —preguntó Zacharias.

Seguro que se habría enterado si la corte hubiera castigado al invocador ilícito. Las relaciones no se habían deteriorado hasta el punto de que no mencionaran esa infracción al hechicero real… ¿verdad?

—Bueno, a nadie le ha parecido oportuno decidir qué hacer —

respondió la dragona—. Con la reina de viaje por sus reinos súbditos, creo que el rey planea hacer la vista gorda mientras pueda. Lorelei es una de las favoritas

de Su Majestad la reina. Dicen que había decidido desde el principio seguir al mortal y que lo planearon todo entre los dos.

—¿Ah, sí? —dijo Zacharias.

Eso significaba que había un hechicero más suelto por Inglaterra: uno tan consumido por la ambición como para no preocuparse por la posibilidad de iniciar una guerra con el Mundo de las Hadas. Solo podía tratarse de un hombre. Nadie más habría tenido la oportunidad de conocer a las amistades de la reina y sobrevivir para que una le siguiera al reino mortal.

Por supuesto, Midsomer habría ocultado la existencia de su familiar, puesto que lo había obtenido incumpliendo el tratado con la corte. Habría necesitado considerables recursos mágicos para conjurar un hechizo de invocación lo bastante potente para atraer a una súbdita del Reino de las Hadas a pesar de la prohibición de la corte, y eso habría ocultado la primera afluencia de magia fresca asociada con el nuevo familiar.

Con el tiempo, el familiar de Midsomer se volvería más poderoso, a medida que mejorara su conocimiento sobre su nuevo maestro. La magia atmosférica de Inglaterra ya debía haber aumentado de forma perceptible, gracias a ese familiar. Midsomer no podría esconderlo para siempre, pero esperaría llevarse el mérito de ese aumento como parte de su campaña contra Zacharias.

—¿Se acuerda del nombre del caballero en cuestión, señora? —preguntó Zacharias en su tono más monótono y oficial—. Sin duda debería recibir un castigo, si lo que dice es cierto.

—Pues ¿sabe qué? —contestó la dragona con inocencia—. El nombre se me fue de la cabeza. Intentaría recordarlo, pero empezaré a aburrirlo con tanto chismorreo. —Un destello de astucia le iluminó los ojos—. Estoy segura de que, en cualquier caso, usted ya lo sabrá todo. Leofric se encuentra bien, ¿verdad?

Zacharias se puso rígido.

—Hablamos, pero rara vez —replicó con frialdad.

Los grandes salones donde los invitados se mezclaban sugerían que la propia sala del rey sería igual de grandiosa. Aun así, los túneles oscuros de tierra por los que condujeron a Zacharias encajaban más con la antigua tradición arquitectónica del Mundo de las Hadas. Antes de construir, las hadas habían excavado. Cuando atravesó con dificultad la estrecha abertura de la antecámara del rey, casi esperaba aparecer en una madriguera.

Pero, de hecho, podría hallarse en cualquier casa distinguida de Londres.

La antecámara del rey de las hadas estaba decorada con cortinajes de seda colgados sobre altas ventanas, alfombras elegantes y muebles de estilo moderno. Sin embargo, solo había tierra compacta detrás de las ventanas y eso, junto con el penetrante olor a tierra recién removida y humo de leña, le dio la desconcertante sensación de hallarse en una casa mortal cualquiera enterrada por un terremoto.

Flanqueado por guardias con cara de pez, el rey de las hadas descansaba en su trono, maquillado de un modo maravilloso y vestido con un chaleco rosa de muaré que habría hecho empalidecer a Damerell. Su Majestad era un dandi de la cabeza a los pies, como cualquier caballero elegante que paseaba con su carro de caballos por Hyde Park o se entretenía en White's, excepto porque su atuendo llevaba diez años de desfase respecto a la moda actual. Su perfume tampoco ahogaba por completo su olor nativo: el aroma de la noche, de lo salvaje y de la caza.

Zacharias hizo una genuflexión, contento de que la reverencia le excusara de hablar por el momento. Ya había distinguido el brillo de inteligencia en los ojos de pestañas espesas detrás del monóculo. El rey podía ser una criatura extraña y caprichosa, y la reina la soberana reconocida de la corte mágica, pero resultaba evidente que solo un necio desdeñaría al rey.

—Esperamos que no venga con la intención de hablar sobre familiares, señor Wythe —empezó este, arrastrando las palabras—. Eso es de lo único que hablaba el último hombre. Cualquiera pensaría que en Inglaterra no se

preocupan por nada más. De hecho, ahora que lo pienso, ¿los ingleses no acaban de recibir un familiar nuestro? Ese tipo se la llevó. ¿Cómo se llamaba…? ¿Otoño, invierno?

El rey miró expectante a Zacharias.

—Me temo que desconozco su nombre —respondió el hechicero. Casi deseaba no haber descubierto el crimen de Midsomer. Era un dato incómodo para su primer encuentro con el rey de las hadas. No podía, por supuesto, acusar a un compañero taumaturgo de invocar a un familiar delante de la corte mágica, por mucho que lo detestara—. De hecho, hasta hoy no era consciente de que habíamos recibido un nuevo familiar.

Antes de que el rey pudiera responder, un cortesano con cabeza de langosta se inclinó para susurrarle algo al oído. Los ojos del rey se abrieron de par en par y tosió.

—¡Bueno! Eso no importa. En cualquier caso, Inglaterra no recibirá más familiares de nuestra parte. Les irá bien sin ellos.

—Por supuesto —se arriesgó a decir Zacharias—. Me alegro de que la corte haya relajado su política hasta el punto de permitir que un nuevo familiar cruce a nuestro reino. ¿Puedo preguntarle si…?

—¡No puede preguntar nada! —espetó Su Majestad, en uno de esos cambios de humor alarmantes que caracterizaban a las hadas. Su mirada se ensombreció. Una pequeña nube gris de lluvia, que retumbaba con truenos, apareció sobre su cabeza—. Me parece una impertinencia espantosa, ¿a ti no? —Eso iba dirigido al cortesano langosta, que asintió con solemnidad y contrajo las antenas con desaprobación—. ¿No ha quedado claro que no queremos hablar de familiares? Si insiste con sus tediosas preguntas, nos veremos obligados a despacharle. ¡Ya hay suficiente gente aburrida por estos lares!

—Le ruego me disculpe, señor —replicó Zacharias, alarmado—. No sabe cuánto lamento haberle ofendido. Es lo último que deseo.

Su Majestad se recostó de nuevo en el trono, aún bastante enojado, pero a medida que Zacharias enumeraba a conciencia sus arrepentimientos y remordimientos, la nube de tormenta sobre la cabeza de Su Majestad se fue aclarando. Al fin, se redujo hasta convertirse en una voluta blanca y un cortesano la disipó de un soplo. El rey indicó por señas a sus cortesanos que le pasaran una caja de rapé y ladeó la cabeza para indicarle a Zacharias que podía parar.

—Lo dejaremos pasar —dijo con amabilidad—. ¿De qué quiere hablar?

Deduzco que ha venido a pedir un favor, ¿no?

No era el momento más propicio para sacar a colación ante el rey el tema del bloqueo de la magia de Gran Bretaña, pero Zacharias no vio otra alternativa. Quizá no se le volviera a presentar la oportunidad.

—Solo quería informar a Su Majestad sobre una irregularidad que ha llegado a mis oídos.

A Zacharias no le cabía la menor duda de que la corte era la responsable del bloqueo. La obstrucción no se podría haber erigido ni mantenido sin las artimañas de la reina y el rey, y el corcho era tan válido como un sello real.

Pero no podía acusar a las hadas directamente de conspirar contra los intereses de Gran Bretaña. La única forma de sacar el tema y evitar provocar un berrinche real era fingir una inocencia sincera.

—Al parecer hay una obstrucción que impide el flujo habitual de magia a través de la frontera entre nuestros reinos —prosiguió—. He solicitado esta audiencia para informar a Su Majestad, a sabiendas del efecto nocivo que este obstáculo supone para la circulación natural de la magia en su país, al igual que en el mío.

El rey se hallaba en proceso de coger una pizca de tabaco cuando Zacharias empezó a hablar y su discurso concluyó con un estornudo atronador de Su Majestad. A ello le siguió un silencio prolongado, mientras el rey enterraba la cara en un pañuelo enorme.

Pasaron cinco minutos enteros antes de que el rey surgiera de detrás del pañuelo; cinco minutos tensos para Zacharias, pues no sabía cómo respondería el monarca, aunque resultaba evidente qué tramaba el rey. Uno tras otro, los cortesanos con cara de pez fueron llamados detrás de la cortina formada por su pañuelo para conferenciar en susurros. El semblante de Su Majestad lucía un aspecto bastante sombrío cuando al fin reapareció.

—No vemos que tenga motivos para quejarse —anunció el rey sin preámbulos—. Para ustedes no supone ninguna diferencia que el flujo de magia se haya desviado. La magia lleva tanto tiempo disminuyendo en Inglaterra que ya se tendrían que haber acostumbrado.

—¿Desviado? —inquirió Zacharias—. Tenía entendido que la magia permanecía en el Mundo de las Hadas.

—Al principio lo hizo, pero la acumulación lo volvió todo tan extraño que nos vimos en la obligación de bombearla hacia otro lugar. No ponga esa cara. El exceso no fue a Francia (los franceses no nos caen

mejor que los ingleses), pues en cuanto a codicia y sed de sangre los dos países son tal para cual. No, enviamos el exceso a otros reinos mortales más dóciles y están muy agradecidos. Fue muy gratificante hacerles ese favor.

Zacharias sabía que era vital proceder con cuidado; no deseaba provocar al rey de nuevo, pero la idea de que la magia de Gran Bretaña se encauzara hacia otras naciones era algo que tampoco podía soportar en silencio.

—Su Majestad, debo protestar. Seguro que esto contradice la política del Mundo de las Hadas de no favorecer a un reino mortal por encima de otro.

Una política antigua y también sensata.

—Y una a la que nos gustaría ceñirnos, si pudiéramos. Pero la realidad del gobierno no siempre permite una aplicación sin obstáculos de este principio. Además, les resultaría bastante fácil resolver el problema. El poder para eliminar el bloqueo reside en las manos de su soberano. Lo único que debe hacer su país es poner fin al maltrato tan vergonzoso que sufren las vampiras de Janda Baik.

Zacharias se quedó boquiabierto. Ante su expresión, Su Majestad añadió:

—¿Acaso esas malditas lamias no se lo han contado? ¡Son las criaturas más zopencas que jamás han muerto! ¿Cómo esperan que la amenaza de quitarles la magia cambie su conducta si ustedes ni siquiera lo saben?

Zacharias se puso a recordar todo lo que pudo de Mak Genggang, deseando haberse tomado la molestia de prestar más atención a sus diálogos entre susurros con Prunella. Era cierto que Mak Genggang había señalado el bloqueo de la magia al llegar a Fobdown Purlieu, pero al parecer no conocía el motivo. ¿O sí que lo sabía y había tratado de informar a Zacharias con un lenguaje enrevesado? Quizá él no la había entendido, envuelta como estaba en su hermetismo oriental.

«No creo que sea eso», pensó Zacharias. Mak Genggang no había sido hermética sobre nada. Había expresado sus sentimientos hacia el sultán Ahmad con una claridad y una franqueza adaptadas al entendimiento más básico.

—No —respondió Zacharias al fin—. No sabíamos que eran las lamias

de Janda Baik quienes ansiaban detener nuestra magia. —Dudó un momento.

No sabía qué decir sin poner a prueba la paciencia del rey. Pero seguro que le permitía plantear la pregunta—. ¿Puedo preguntar, señor, por qué accedieron a su petición?

—Toda la culpa la tiene ese condenado sultán, a quien su soberano tanto aprecia —dijo el rey—. Se lo estaba poniendo tan difícil a las vampiras que amenazaron con regresar al Mundo de las Hadas a menos que hiciéramos lo que pedían. ¡Justo cuando pensábamos que nos habíamos librado de ellas para siempre! Son primas lejanas de la reina (la reina tiene muchos parientes fastidiosos), así que no podíamos negarnos. No se hace una idea de lo terribles y molestas que son las lamias orientales como vecinas.

Rastros de sangre por todas partes, siempre huele a vinagre, no tienen la decencia de llevar los pies rectos ni de guardar sus entrañas, en vez de dejarlas colgando a la vista de todo el mundo. —Su Majestad se detuvo para cavilar sobre la maldad de las parientes de su esposa—. No habría paz si regresaran —

añadió con un suspiro—. Les daríamos nuestro primogénito si eso las mantuviera bien lejos. De hecho, les planteamos esta oferta, pero no quisieron ni mirar al pobre Cuthbert. No, tendrán que apañárselas sin magia nueva, señor Wythe, a menos que pueda persuadir a su soberano para que no interfiera con las lamias. Deberá correr el riesgo si pretende continuar con este asunto incierto de crear un imperio. Nunca se sabe lo que puede conllevar o al primo tercero de quién puedes ofender. —Eso último fue una clara despedida. El rey se dirigió a un cortesano—: Haz pasar al siguiente.

Tenga usted un buen día, señor Wythe.

Zacharias hizo una reverencia. No dijo lo que todos los taumaturgos de Gran Bretaña sabían: que la palabra del hechicero real tenía poco peso para su soberano en la actualidad. Él carecía de la influencia necesaria incluso para disuadir a su Gobierno de exigirle a la Sociedad el pago de un arrendamiento, mucho menos para desalentarlo de actuar conforme quisiera respecto a otros países.

La realeza del Mundo de las Hadas tenía la costumbre de adoptar distintos disfraces y cabía suponer que una nimiedad como el color de la piel no les pareciese importante. Pero quizá conocieran las peculiaridades de los mortales en ese aspecto y supieran lo fácil que

podía ser arrebatarle el báculo a Zacharias. ¿Por qué iba el rey de las hadas a acceder a la petición de un hechicero real temporal? Su Majestad podría creer que lo reemplazarían dentro de poco. Al pensar en las fuerzas que actuaban en su contra, Zacharias no pudo más que darle la razón.

CAPÍTULO 18

¿Y has visto a la tal señorita Prunella Gentleman, de quien tanto se habla?

—dijo lady Throgmorton, mientras sorbía una taza de bohea negro con su amiga Alethea Gray.

Solo eran íntimas desde hacía dos meses, pero lo auténtico de su amistad se reflejaba en el entusiasmo con el que cada una hablaba de la otra:

«¡Una mujer de lo más fascinante! —decía la señora Gray sobre su amiga

—. ¡Y muy hermosa! ¡Y cortés!».

«Una persona magnífica, en efecto», decía lady Throgmorton sobre la suya.

—¿La señorita Gentleman? Ah, no la he visto más que media docena de veces —replicó la señora Gray con desenfado.

La señora Gray ni habría soñado con omitir su encuentro con la señorita Gentleman un día antes de que todo el mundo descubriera un deseo desesperado de verla. Su esposo había amasado su considerable fortuna mediante el comercio y sus padres no habían sido personas de importancia.

Era consciente de que su intimidad con las líderes de la alta sociedad dependía de su capacidad para estar en el lugar adecuado en el momento adecuado, para adivinar siempre la noticia que todo el mundo ansiaba oír y para conocer a toda persona que valía la pena conocer.

—Una muchacha encantadora —contestó—. ¡Y muy original! Sus modales son tan agrestes y naturales y, aun así, ¡tan agradables!

—Es hermosa, ¿verdad?

—Sí, bastante. No admiro tanto a las mujeres morenas como a las rubias

—dijo la señora Gray. Lady Throgmorton y sus tres hijas tenían el cabello dorado como pastorcillas de porcelana—. Pero tiene ventaja entre las debutantes de la temporada. Hoy en día parece imposible encontrar muchachas que sean hermosas de verdad. Hace que hasta alguien de piel oscura como la señorita Gentleman parezca un fénix. Sus hijas son una excepción, por supuesto. ¡Qué ganas de que se presenten en sociedad! ¡Qué gran acontecimiento será ese!

—Mis hijas nunca han necesitado magia para mejorarse la piel o rizarse el cabello —repuso lady Throgmorton con aspereza—. Lo que vemos en los salones de baile no es tanto un descenso del nivel general de belleza, Alethea, sino un desengaño… O, mejor dicho, un desencanto de un público que se ha acostumbrado a las ilusiones de las muchachas vanidosas.

La señora Gray tenía noticias más intrigantes que compartir sobre la señorita Gentleman y no se tomó a bien que se desviaran del tema por los engaños que practicaban las jóvenes damas.

—No creo que la señorita Gentleman participe en esas sofisticaciones.

Al parecer, la criaron en un pueblecito apartado. Nunca vino a la ciudad y desconocía su identidad. La acompaña lady Wythe como un favor a su padre.

La señora Gray pronunció esas últimas palabras con un aire tan misterioso que lady Throgmorton alzó las cejas.

—¿Su padre? —preguntó.

—Usted ya habrá adivinado su identidad, por supuesto —susurró la señora Gray con complicidad—. Es un gran secreto, pero resulta obvio para cualquiera que haya hablado con la joven. No porque se parezcan, la verdad.

Ha salido a su madre. Pero se ve en su forma de alzar la cabeza y de usar las manos y de decir cosas graciosas que… Bueno, en resumen, ¡una solo se pregunta cómo la familia consiguió esconder el parentesco durante tanto tiempo! La sangre sale a relucir, después de todo.

—En efecto —coincidió lady Throgmorton.

No tenía ni la más remota idea de a quién se refería la señora Gray, pero como esta asintió y le guiñó un ojo, sería demasiado vergonzoso admitir su ignorancia ante tanto conocimiento. Resolvió que le sonsacaría la verdad a su doncella.

—Es su hija natural, por supuesto —prosiguió la señora Gray—. Pero son muy reservados sobre quién fue la madre. Aunque, claro, lo que fue se puede ver en la piel de la muchacha. ¡Pero él no es el primer caballero en establecer una relación indeseable con una nativa! La indiscreción ocurrió hace años y no desea que un escándalo tan antiguo se desentierre de nuevo.

—Claro —dijo lady Throgmorton; su mente repasaba veloz la lista de caballeros nobles a los que podían hacer referencia las alusiones misteriosas de la señora Gray.

—¡Pobre niña! ¡Mi corazón se aflige por ella! —suspiró su amiga—. ¡No saber nada sobre su propia madre! Y, en estas circunstancias, seguro que no ansía saber más. Sin embargo, su padre ha sido generoso. Me han dicho que le ha dado…

Dijo una cifra tan elevada a lady Throgmorton que la respetable mujer casi escupió el té.

—¡Muy generoso, sí, señor! No tiene más hijos, ¿verdad?

—¡Bueno, para alguien como él, esa cifra sería una nimiedad! —exclamó la señora Gray.

Lo cierto era que no podría haber dicho si el padre de la señorita Gentleman tenía un hijo o cinco; al igual que lady Throgmorton, ella tampoco conocía su identidad. Sin embargo, gracias a sus pesquisas, estaba segura de que nadie más la sabía. El riesgo de que descubrieran su ignorancia era tan bajo como altas las recompensas de aparentar que conocía la verdad; al fin y al cabo, reflexionó la señora Gray, acabaría descubriendo la verdad tarde o temprano. Siempre lo hacía.

—¡No me extraña que los hombres estén todos perdidamente enamorados de ella! Podría ser negra como el cabrón y, aun así, tendría a sus pies a todos los caballeros de Londres por esa fortuna —comentó lady Throgmorton, quien cultivaba una franqueza que sus amigos describían como estimulante y sus detractores, como una falta de tacto vulgar—.

¿Dirías que es una buena muchacha, aparte del tema de su madre?

—Bastante impecable —le aseguró la señora Gray—. No creo que sea tan morena… A la luz de las velas, nadie diría que no es inglesa. Y sus modales son intachables. Me prestó toda su atención y apenas hizo caso a los caballeros, aunque muchos de ellos estaban desesperados por hacerse notar.

—No sabía que se comportaba así —dijo lady Throgmorton, sorbiéndose la nariz—. La muchacha ha determinado que la mejor forma de captar la atención de un caballero es fingir que no le importa, eso tenlo por seguro.

A pesar de su escepticismo, lady Throgmorton no se sentía reacia a interesarse por la señorita Gentleman. Tenía un sobrino cercano a la edad de casarse; un sobrino cuya conducta se podría controlar si tuviera una esposa y cuyos numerosos prestamistas se calmarían con la suma que la señora Gray había mencionado como abultado patrimonio de la señorita Gentleman.

—Aun así, si es una joven bienhablada, a lo mejor le gusta a Percy —

añadió—. Tienes que presentármela, Alethea. Catherine quiere que Percy siente la cabeza. No busca una fortuna, por supuesto, pero una muchacha hermosa, modesta y obediente sería la esposa ideal para él.

—Pues claro que se la presentaré. ¡Sería excelente para esa muchacha!

—exclamó la señora Gray, aunque sin dejar de observar para sí que las antiguas enamoradas de Percy no habían destacado por su modestia ni su obediencia—. Seguro que le parece encantadora.

—Con todo Londres extasiado, difícilmente podría opinar lo contrario

—admitió lady Throgmorton con aspereza.

Damerell había cumplido su palabra y presentó a Prunella en sociedad con un *éclat*. Lo mejor de los rumores que había diseminado por ahí, según él, era lo fácil que se podían negar.

—Es posible que haya sugerido que su noble padre no la haya dejado con ninguna necesidad, pero no he dicho ni una palabra sobre quién podría ser o cuánto le ha dejado —le comentó a un crítico Zacharias —. Cada detalle es una añadidura vulgar, creada después de que la historia abandonase mis manos. Sin embargo, como nadie ha nombrado a sus padres, será difícil que desmientan la historia y,

aunque la desacrediten, la señorita Gentleman siempre podrá afirmar que no sabía nada al respecto.

A Zacharias aquello no le gustaba.

—Seguro que solo le causa vergüenza en cuanto se descubra que esa historia no contiene ni una pizca de verdad.

Pero Prunella pensó que el plan de Damerell era magnífico.

—Lo único que necesito es que un caballero o una persona similar con medios independientes se enamore muchísimo de mí —declaró—. Luego no le importará ni un rábano si mi padre es duque o si no tengo padre. Y no veo por qué no voy a persuadir al menos a un caballero para enamorarse de mí.

De hecho, ¡espero que se enamoren varios!

Su opinión era muy similar a la de Damerell. Prunella entró en los salones de baile de Londres con la determinación implacable propia de un general que llega al campo de batalla. En una semana, había identificado a las ladies Jersey y las condesas Esterházy del mundo, las que poseían la mayor influencia en la alta sociedad, y se había puesto manos a la obra para ganarse su favor. No se fijó en los numerosos caballeros que enseguida perdieron su corazón por ella.

—No es que vaya a dejar de ser hermosa y descarada de la noche a la mañana —explicó—, así que no me preocupa perder el interés de los caballeros. Pero debo ganarme la buena opinión de las mujeres, pues su palabra es el único capital que poseo y estaré perdida si se empeñan en reprobarme.

Zacharias podía quejarse y lady Wythe parecía nerviosa, pero Prunella se hallaba en su elemento. Tuvo un éxito rotundo y nunca había disfrutado tanto. Como dijo Damerell, complacido, le pagaban por vestirla: los sosos vestidos de sarga y el absurdo satén rosa del pasado habían desaparecido, y Prunella ahora vestía muselinas diáfanas y sedas con los colores de las gemas. Su forma sencilla de vestir causaba admiración y su piel oscura soportaba los tonos más vívidos. Había una pelliza carmesí de terciopelo en particular, adornada con una estola blanca y a conjunto con un sombrero de

piel de castor blanco coronado con plumas de avestruz, que llenaba a Damerell de un orgullo solemne.

—Moriré feliz aunque solo me recuerden por esto —le dijo a Zacharias

—. Diría que la señorita Gentleman va camino de conseguir una comprensión apropiada del vestir, excepto porque su ojo no es infalible. Le ha cogido un cariño inexplicable a un sombrero verde terrible en particular que la hace parecer como si se estuviera muriendo de fiebre amarilla. Ojalá pudieras aconsejarla que lo quemara.

—Si creyera que la señorita Gentleman presta atención a algo de lo que digo, no le hablaría de sombreros —respondió Zacharias—. Debería prestar menos atención a las frivolidades y más a sus estudios.

A Zacharias no le complacía en absoluto todo aquel asunto. Aunque estaba más ocupado que nunca con sus obligaciones, reservaba un momento del día para visitar la casa de lady Wythe y sentarse con Prunella para sus lecciones. La joven recordaba todo lo que le enseñaba y él no tenía ninguna queja sobre sus habilidades prácticas. Aun así, no podía dejar de ofenderse cada vez que empezaba a cabecear sobre los libros y casi se enojó cuando ocurrió por segunda vez en una de sus clases.

—Aunque no soy quién para aconsejarte sobre cómo debes comportarte en sociedad, me gustaría que no salieras hasta tan tarde —le dijo—. No creo que tus perspectivas de matrimonio se vean afectadas si abandonas un baile a las diez en vez de a la una y media, ¿verdad?

Prunella se despertó con un sobresalto.

—¡Ay, cuánto lo siento! ¿Me he vuelto a quedar dormida? —replicó, reprimiendo un bostezo—. Qué descortés por mi parte. Pero, si me marcho de una fiesta tan temprano, tampoco sería cortés, ¿sabes? Es muy posible que ofendiera a la anfitriona y tampoco podría asegurarme de conocer a todos los caballeros solteros, porque muchos llegan tarde. El señor Damerell dice que él nunca llega a un baile antes de las once.

—No te recomiendo que sigas el ejemplo de Damerell —repuso Zacharias con el ceño fruncido—. Es un amigo excelente, pero nunca he conocido a un hechicero que practique tan poca magia. De hecho, Prunella, ni tus familiares ni tus estudios reciben la atención que se merecen. Aún debes aprender mucho para saber la mejor forma de ayudar a tus familiares y a ti misma y, con todas estas distracciones, corres el peligro de desatenderlos.

—Estoy seguras de que ellos no lo ven así —protestó Prunella con

indignación—. ¿Verdad que no, queridos míos? —Los familiares dormían apilados a sus pies y no parecieron oírla—. Están conmigo todo el tiempo y me entienden a la perfección. Después de todo, es de escasa utilidad abandonar los bailes por los libros si debo esconder mis habilidades y fingir que no sé nada sobre magia y que nunca me han enseñado la diferencia entre una botella de bruja y una piedra de bruja. Si después de todo no voy a hacer más que casarme, bien puedo dedicar todas mis energías a bailar la mejor cuadrilla en cada baile.

Zacharias se fijó en su reproche y dijo con gravedad:

—Entiendo que no le encuentres sentido a tu educación, pues debes mantenerla en secreto por ahora. Sin embargo, eso no quiere decir que no vayas a usarla nunca y, de hecho, mi intención es que la pongas en uso, para tu propio provecho y para el de los demás. Los magos son unas criaturas obstinadas, pero podemos persuadirlos, ya que valoran el poder por encima de todo lo demás. Tres familiares serán el argumento más efectivo que hayan oído nunca a favor de la magia femenina.

—Tú tienes el báculo del hechicero real, que también es un buen argumento, y aun así no te aceptan —señaló Prunella.

Zacharias se sintió cansado de repente. Su dolencia le alteraba el sueño y estaba tan ocupado con su trabajo que casi no había tenido tiempo para pensar sobre qué hacer con las confabulaciones de Midsomer y el bloqueo mágico del Mundo de las Hadas. Le había propuesto una reunión a John Edgeworth para hablar sobre el asunto de Janda Baik, pero Edgeworth había presentado una excusa tras otra para evitarlo. Zacharias dudaba que ofreciera las mismas excusas a Geoffrey Midsomer.

Los criados de lady Wythe habían encendido un fuego muy intenso, y la pesadez y el bochorno de la habitación le impedían pensar. Zacharias se levantó para abrir una ventana y, mirando el exterior, vio Londres bien delineado en una ligera luz dorada. Era un día de cielos azules despejados y aire fresco que combinaba el invierno y la primavera a partes iguales.

—¿Qué te parece si damos un paseo? —sugirió de repente—. Más adelante tendremos que practicar algunos hechizos al aire libre y he preparado un espacio en el parque para ese propósito. Un encantamiento lo mantiene escondido a la vista de los demás y solo yo

puedo abrirlo. Vamos a ver si puedes encontrarlo. Será una prueba útil para mi magia y una lección práctica para ti.

El semblante de Prunella se iluminó.

—¡Por supuesto! Deja que esconda a mis familiares. —Habían acordado que los familiares debían ocultarse en su maletín cuando ella salía a la calle, para evitar que los detectaran—. Enseguida estaré contigo.

Era demasiado temprano para visitar Hyde Park, según la moda imperante, y por ello no había nadie. Mientras Zacharias y Prunella paseaban por el sendero, era como si fueran las únicas personas en el mundo.

—Veo que tienes un nuevo sombrero —comentó Zacharias.

Hasta para su vista no versada, el vestido de Prunella era una mejora respecto al atuendo sencillo con el que había aparecido ante él por primera vez. Sin embargo, ese sombrero en concreto resultaba curiosamente poco favorecedor: era de un verde guisante vivo y parecía restarles cierto brillo a sus mejillas oscuras.

—Es mi sombrero favorito —contestó Prunella—. Damerell insiste en que me favorece poco, pero a veces una siente un apego curioso a ciertas cosas,

¿verdad?

—En efecto —asintió Zacharias. Ahora que lo pensaba, ¿acaso Damerell no le había dicho algo sobre sombreros? Asimismo, había algo peculiar en ese que llevaba Prunella… Algo que no supo identificar al principio y que, cuando lo vio, no se lo pudo creer.

Estiró la mano, pero llegó un segundo demasiado tarde. El sombrero se alzó de la cabeza de Prunella, transformándose en un pájaro con plumas verdes y un rostro ojiplático: el rostro de un niño humano, excepto por el pico dorado que ocupaba el lugar de la nariz y la boca. El simurg buscó refugio en el hombro de Prunella, gorjeando alarmado.

—¡Escóndete a plena vista! —espetó Zacharias.

Cuando la ilusión cubrió al simurg, el rostro de niño desapareció, reemplazado por la cabeza de un pájaro normal. Un loro de colores vivos sobre el hombro de la popular señorita Gentleman llamaría la

atención, pero no tanto como el simurg.

—¿Cómo lo has sabido? —exclamó Prunella.

—Tu bolso es el unicornio y la pelliza es…

—Soy yo —entonó una vocecita. El elfo era el único familiar de Prunella que había aprendido a hablar en un idioma humano. El unicornio y el simurg solo hablaban en su propia lengua y se comunicaban mentalmente con Prunella.

—¿Qué haces? —siseó Zacharias. Su ánimo había empezado a mejorar en cuanto salieron al exterior, pero ahora su voz se afiló, aunque se esforzó por mantenerla modulada—. ¿Acaso no estuvimos de acuerdo sobre la importancia de mantener a los familiares escondidos?

Prunella intentó con desesperación adoptar un aire solemne, pero una sonrisa no dejaba de abrirse paso a través de su gravedad. La risa aguda del elfo se oyó en los alrededores de su pelliza.

—¡Pero por eso es tan astuto! Están escondidos por completo. Deseaban tanto ver el mundo, y a mí no se me ocurría ninguna forma de hacerlo, hasta que Nidget dio con la idea. Nidget es el que entiende sobre cambiar de forma, ya que los unicornios y los fénix no lo hacen por norma general, pero enseñó al resto a modo de favor personal. Han aprendido muy rápido, aunque el sombrero no sale del todo bien. Tjandra se niega a ser de color rojo, y eso que sería mucho más favorecedor. Sin embargo, le gusta ser un sombrero, porque le da un punto de vista ventajoso para observarlo todo por sí mismo.

—¿No es posible hacerte entender el peligro, el terrible peligro que supondría que detectaran a tus familiares? He explicado el escándalo público que causaría si se descubriera que posees tres familiares.

Dedicarían todos sus esfuerzos a separarte de ellos. Y, si no te tienes en cuenta a ti misma o a tus familiares, piensa en mí. Mi posición sería insostenible si se descubriera que sabía lo de tus familiares y no hice nada para impedir que se vincularan a ti.

El semblante de Prunella se volvió tormentoso.

—¡Como si pudieras impedirlo!

Zacharias le sostuvo la mirada hasta que el color se acentuó en las mejillas de la joven y esta bajó los ojos.

—Sé que no podría. Y eso a la Sociedad no le importará —añadió Zacharias—. Me considerarían responsable del desastre. Y sería un desastre, Prunella… Uno por el que tendría que rendir cuentas.

Prunella movió los hombros como si quisiera deshacerse de la carga que él había colocado sobre ella. Sin ninguna gentileza, dijo:

—Lo siento.

Zacharias miró la pequeña cabeza que aún se alzaba desafiante. Sintió el pinchazo de una emoción que no supo identificar: no sabía si podía ser lástima o admiración. Su rabia se disipó.

—Mi principal preocupación es que tú, que todos vosotros, estéis a salvo —

dijo con amabilidad.

Prunella asintió, aunque no lo miró a los ojos. En voz baja, sin un ápice de bravuconería, sino en un tono poco propio de ella, admitió:

—Me gusta tenerlos a mi lado. Así no me siento tan fuera de lugar.

Eso desconcertó a Zacharias.

—¿Te sientes fuera de lugar?

—Pues claro —replicó Prunella; hizo una pausa antes de añadir—: Nunca he estado con gente como yo. En la escuela de la señora Daubeney, mi lugar no estaba con las chicas y los criados no me aceptaban. Ni siquiera era hija de la señora D., aunque estaba allí porque me toleraba. Incluso ahora, cuando me reciben con tanta cordialidad y casi no puedo salir por Londres sin encontrarme con alguien conocido… es extraño saber que las personas que te saludan con tanta calidez te rechazarían si conocieran toda la verdad sobre ti.

—Ser un marginado tiene sus ventajas. Te libras de muchas preocupaciones.

No hace falta que te inquietes por lo que pensarán otras personas, cuando está claro que ya piensan lo peor de ti.

—Supongo que tú sabes lo que se siente. Pero no te beneficias demasiado de esa libertad. Damerell dice que eres el tipo más concienciado y más fiel a sus obligaciones que conoce.

Zacharias sonrió sin humor. Su principal objetivo siempre había sido

estar más allá del reproche en palabra y obra, puesto que su color parecía dar pie a cualquier acusación. Estaba satisfecho (o, al menos, resignado), pero no necesitaba que le recordaran sus limitaciones.

—Soy fiel a mis vínculos de gratitud —respondió. Las palabras sabían amargas en su boca—. Nací como esclavo y debería haber pasado el resto de mis días matándome a trabajar si sir Stephen no se hubiera fijado en mí.

Nos conocimos por la más pura de las casualidades. Él viajaba en el Minerva por las Antillas, para estudiar los niveles de magia marítima. Me compró al capitán, me trajo a Inglaterra, me liberó y me educó. Estaba convencido de que, con la debida formación, sería capaz de conseguir las categorías más elevadas del éxito taumatúrgico. De que podría, con el tiempo, incluso convertirme en hechicero real.

Había existido una curiosa solidaridad entre Zacharias y Prunella desde el día en que se conocieron, a pesar de sus diferencias de carácter y disposición; pero también hubo ciertos obstáculos. Prunella siempre estaba a la defensiva y Zacharias no se sentía por completo cómodo a su lado por más de un motivo, aunque no deseaba expresarlos todos ni ante sí mismo.

Pero ese día la energía inquieta que solía animar a Prunella se había apaciguado; la tensión en sus movimientos rápidos y su facilidad de palabra se habían mitigado. Zacharias se dio cuenta de que la había visto con anterioridad tranquila y serena, hablando sobre temeridades con compostura, pero no la había visto verdaderamente cómoda. Quizá al fin empezaba a confiar en él.

—Debías ser muy joven cuando conociste a sir Stephen, porque Lady Wythe siempre habla de cómo eras de niño —comentó Prunella.

—Era un bebé —respondió Zacharias. Y, con cierta desazón, añadió—: Viajaba con mis padres, que eran propiedad del capitán del Minerva.

Una fina línea apareció entre las cejas de Prunella.

—¿Y sir Stephen no compró también a tus padres?

—No. Al parecer, no percibió ningún potencial en ellos.

Esa afirmación resucitó la vieja rabia y turbación, seguida de la acostumbrada culpa por ser tan ingrato de resentir al hombre que lo había rescatado de la esclavitud. Y, aun así, sí que estaba resentido, incluso ahora, con sir Stephen.

—No sé por qué te sientes en deuda con él —dijo Prunella—. ¿Qué derecho tenía a separarte de tus padres cuando eras tan joven?

Sus palabras coincidían con los pensamientos de Zacharias; pensamientos que había suprimido muchas veces, para poder sentir la gratitud clara que se esperaba de él. ¿Cómo habría sido su vida con un padre y una madre? A sir Stephen no le habría resultado demasiado caro comprarlos también, no tanto como para suponer una carga para sus amplios recursos. ¿Por qué su benevolencia se había extendido hasta el punto de liberar a Zacharias, pero no más?

Sin embargo, había sido imposible plantear esas preguntas a sir Stephen o a lady Wythe, cuyo afecto por él no se podía cuestionar. No hacía falta mencionar que el propio amor que sentía Zacharias por ellos estaba salpicado de rabia; él mismo trataba de ignorarlo.

—Es muy probable que me hubieran separado de mis padres de todos modos —contestó—. ¿Quién me asegura que nadie separó a mis padres al cabo de un tiempo, en contra de su voluntad, e, indefensos como estaban, no pudieron evitarlo?

Las respuestas a estas preguntas eran demasiado dolorosas para buscar una conclusión, ni aunque fuera en su mente. Solo servían para acrecentar la complicada infelicidad que le aguardaba cada vez que pensaba en sus padres.

Prunella bajó la mirada con el rostro atribulado. El simurg se arrimó más a ella y le pellizcó la oreja.

—Es terrible no tener nada de tu madre ni de tu padre —dijo Prunella, hablando en parte para sí misma—. No tener nada… ¿Alguna vez has intentado buscarlos, Zacharias?

El hechicero la miró fijamente.

—¿Buscarlos?

—No es una idea tan descabellada. Si yo tuviera dinero como tú, iría a buscar a mis padres. O sea, ni siquiera sabes con certeza si han muerto. ¡A lo

mejor están vivos! Piénsalo, quizá pudieras conocerlos… ¡Hablar con ellos!

—Apretó los puños, pero se calló.

Caminaron en silencio durante un rato, pero, cuando Zacharias habló tras esa larga pausa, fue como si se limitara a continuar con la conversación sin más.

—No me habrían rescatado de la esclavitud de no ser por la convicción de sir Stephen de que podía hacer de mí algo extraordinario. No me informó de que debía demostrar la habilidad de los africanos para realizar taumaturgia inglesa y nunca me dijo con tantas palabras que deseaba que lo sucediera como hechicero real. Pero era evidente que me educó con esos propósitos en mente. Muchos hombres y muchas mujeres han vivido y muerto desesperados por conseguir las ventajas que a mí me concedió un destino caprichoso. ¿Cómo no voy a hacer lo que se espera de mí?

—Zacharias —musitó Prunella—. ¿No quieres ser hechicero real?

Parecía atónita, como si la alternativa nunca se le hubiera ocurrido.

—He descubierto que esta oportunidad llega con su propio juego de cadenas —replicó él tras una pausa—. Ese poder genera exigencias a las que no es fácil oponerse… como ya estás descubriendo por ti misma, me parece.

—Sí —respondió Prunella. Alzó su mirada sincera hacia él—. Sé que soy una carga para ti, Zacharias, pero desearía poder ayudar. Me gustaría ser una amiga para ti, si me lo permites.

Por algún motivo, Prunella se ruborizó. Zacharias sintió que una calidez equivalente le cubría el rostro. Le dio un ligero apretón a la mano de la muchacha y descubrió que le gustaría retenerla. Percibir esta predisposición

por su parte lo alarmó tanto que soltó su mano y adoptó el aire más formal que pudo.

—Hay algo que podrías hacer —dijo—. Tengo que hablar con Mak Genggang. ¿Sabes dónde está?

CAPÍTULO 19

La conversación de Prunella con Zacharias en el parque la había dejado pensativa. Aunque debía asistir a una partida de cartas esa noche, se alegró cuando lady Wythe declaró que estaba demasiado indispuesta.

—Siento estropearte la diversión, querida —dijo la dama, sonándose

la nariz—. ¿No podría acompañarte esa amiga tuya tan encantadora, la señora Kendle? Es demasiado voluble para ser la carabina de nadie, pero no creo que te metas en ningún problema en la casa de la señora Cornwallis.

—Creo que Sophia está ocupada esta noche. No me importa disfrutar de una velada tranquila. El señor Wythe me ha regañado por pasar tanto tiempo fuera, así que aprovecharé para avanzar en mis estudios y sorprenderlo mañana con la perfección de mis fórmulas.

—Espero que no trabajes demasiado —replicó lady Wythe—. Zacharias se esfuerza tanto que no es consciente del efecto que tiene en los demás cuando les exige lo mismo.

Prunella prometió actuar con moderación, aunque, con cierto pesar, añadió:

—¡Creo que no corro ningún peligro de excederme demasiado!

Empezó a trabajar esa tarde con la mejor de las intenciones, pero el elfo se peleó con los otros dos familiares: el unicornio y el simurg poseían temperamentos plácidos, pero Nidget era una criatura celosa y rencorosa que se quejaba por compartir el afecto de Prunella con los otros. Fue necesario separarlos y tranquilizar a Nidget. Y luego Nidget se mostró tan divertido y le contó cosas tan curiosas sobre el Mundo de las Hadas, aunque solo tuviera recuerdos fragmentados y confusos del lugar, que de algún modo,

Prunella no había pasado del segundo capítulo del libro que estaba leyendo cuando el mayordomo de lady Wythe anunció una visita.

—Vaya, Sophia —exclamó Prunella—, pensaba que habías ido a una fiesta.

Vienes en un momento extraño, me temo. Lady Wythe no se encuentra bien y se ha retirado a pasar la noche.

Sophia Kendle era una mujer joven y hermosa que sentía mucho orgullo de haberse casado en su primera temporada. Se había enamorado de Prunella nada más conocerla: «Estoy segura de que estás destinada a casarte con un duque, porque eres muy bella e inteligente. Y el hecho de no saber nada sobre tu familia es muy romántico», declaró.

Acababa de cumplir veintiún años, pero parecía más joven cuando atravesó el salón para agarrar las manos de su amiga. Contrastaba de

forma curiosa con su marido, un coetáneo de sir Stephen y un taumaturgo mediocre que poseía una fortuna considerable.

—No hemos venido a ver a lady Wythe, excepto para pedirle un favor —

dijo el señor Kendle.

—Lo que Kendle quiere decir es que es una bestia cruel y ha decretado que debemos ir a una fiesta estúpida de taumaturgos, donde no conoceré a nadie y me moriré de aburrimiento —explicó Sophia—. Le he atormentado para que parase aquí y pudiera suplicarte que vinieras conmigo. Dime que lo harás, querida.

Prunella dudó. No conocía bien al señor Kendle, pero no parecía deseoso de que Prunella se uniera a la fiesta.

—No sé si lady Wythe estará de acuerdo —dijo, pero Sophia la interrumpió con impaciencia.

—Seguro que no pone ninguna objeción, porque yo seré tu carabina, ¡y será muy divertido! La fiesta es muy respetable, pero sabes que los taumaturgos son muy tediosos, a excepción de mi querido Kendle, y no podría soportar toda una noche entre ellos sin un rostro amigo que contemplar. Pensaba ir

con Amelia, pero mi hermana se encuentra mal y no creo que para nuestros anfitriones suponga ninguna diferencia si la cambio por ti.

—La señorita Gentleman no quiere ir, Sophia. Es muy descortés insistir y no debemos mantener a los caballos esperando —terció el señor Kendle.

Sophia se encorvó, cabizbaja. El señor Kendle pareció tan satisfecho de sí mismo que a Prunella la poseyó de repente un espíritu perverso. No tenía intención de aceptar la invitación de Sophia, pero le gustaría desconcertar al señor Kendle, ya que no le gustaban los hombres que se mostraban engreídos hacia sus esposas. Además, el trato extraño del caballero le generó curiosidad. ¿Por qué le tenía aversión?

—¡En absoluto! —repuso Prunella—. Será un placer ir. Has sido muy amable de invitarme, Sofía, pues me habría aburrido aquí yo sola. Voy a ver a lady Wythe para suplicarle que me deje ir, pero estoy segura de que no le importará. No haremos esperar mucho más a los caballos.

Lady Wythe no puso ningún reparo a que Prunella acompañara a su

amiga («¡Aunque es curioso que no sepa nada sobre ningún baile de taumaturgos!», comentó) y se marcharon poco después en el carruaje de los Kendle.

El misterio sobre el comportamiento del señor Kendle se resolvió antes de lo que Prunella esperaba. Estaba oscuro cuando el carruaje se detuvo a las puertas de una casa. Las ventanas brillaban con una luz ambarina, los carruajes flanqueaban la calle y, en general, daba la sensación de ser una fiesta considerable. Prunella se alegró de haberse puesto sus sedas de amarillo pálido, aunque hubieran sido demasiado elegantes para la fiesta de la señora Cornwallis (quien tenía un primo soltero y rico que ya había declarado su debilidad por un par de ojos negros relucientes).

Prunella no había conseguido captar el nombre del anfitrión en medio de la cháchara de Sophia. Había preparado un semblante encantador y compungido según entraban en la casa. Cuando vio a la anfitriona, sin embargo, se olvidó por completo de sus preparativos y la miró boquiabierta.

—Le presento a una amiga de mi esposa, la señorita Gentleman —dijo el señor Kendle.

La señora de Geoffrey Midsomer no pareció reconocer el nombre ni recordar a Prunella del baile de primavera. Pero al baile había asistido mucha gente, y Prunella solo reconoció a la señora Midsomer por su papel en la espectacular clausura.

—Encantada —saludó la anfitriona—. ¿Cómo está, señorita Gentleman?

Gracias por venir, señor Kendle. Geoffrey valora mucho su apoyo.

El señor Kendle observaba nervioso a Prunella.

—Esperábamos con interés esta velada.

«Sin duda», pensó Prunella. No se arrepentía en absoluto de haber ido.

Era evidente que los Midsomer desconocían la relación de Prunella con los Wythe, lo que le vino de perlas a la joven. Fue un detalle que pasaron por alto con facilidad, igual que el señor Kendle. Prunella dudaba que él hubiese sabido que la amiga de su esposa tenía alguna relación con lady Maria Wythe hasta que Sophia había insistido en ir a

su casa.

Consiguió tranquilizar al señor Kendle negando cualquier trato con el hechicero real: «¡Ay, me da un miedo terrible! ¡Lady Wythe nunca sabe dónde encontrarme cuando él viene de visita!». Cuando el señor Kendle la dejó con Sophia para hablar con sus amigos, Prunella procuró perderse entre la multitud, bien lejos de sus anfitriones.

Ojalá le hubiera preguntado a Zacharias sobre Geoffrey Midsomer. Era el hombre malhumorado que había tratado con tanta descortesía a Zacharias en el baile, pero sabía por fragmentos de conversaciones entre Zacharias, Damerell y lady Wythe que eso no era todo. Cualquiera que fuera el problema, eso debía explicar por qué el señor Kendle se había mostrado tan reacio a que Prunella acompañara a Sophia.

—¡Qué fiesta tan fascinante! —le dijo a su amiga con un interés auténtico

—. Pero no es un evento oficial de la Sociedad, ¿verdad, Sophia?

Esta no estaba segura.

—¡Parece que hay muchos taumaturgos! Nunca había visto tantos en mi vida. Según Kendle, es una reunión solo para los amigos del señor Midsomer, pero parece que tiene muchos amigos. ¡Qué personaje tan curioso es la señora Midsomer! ¿A ti te parece hermosa, Prunella?

—Pues no.

—A mí tampoco. Aun así, la familia Midsomer es antigua, muy valorada en los círculos mágicos, o eso dice Kendle, aunque no son ricos. El señor Midsomer podría haberse casado con quien quisiera.

Prunella pensó en el rostro amplio como una patata de la señora Midsomer.

No poseía ni encanto ni belleza, pero esos ojos grises inquietos e inquisidores contenían un poder curioso.

—A lo mejor a él le gusta —aventuró.

—La gente tiene gustos muy extraños. ¿Qué estás mirando? La mirada de Prunella había recaído en un cuadro, una pintura ordinaria al óleo de un paisaje marrón y gris. Era imposible concebir algo menos interesante y, aun así, estaba emplazado en un marco dorado con

adornos excelentes y un ramo de flores de invernadero debajo, como una ofrenda. Se lo señaló a Sophia, que exclamó:

—¡Ese debe de ser el cuadro de las profecías! Kendle me ha hablado de él.

Es una reliquia familiar. Los Midsomer lo tienen desde la Conquista y están muy orgullosos de él.

Había un manchurrón oscuro en una esquina; al examinarlo de cerca, resultó ser una figura encapuchada que se refugiaba bajo un saliente rocoso.

—Esa debe de ser el oráculo —explicó Sophia—. Kendle dice que el cuadro es un encantamiento y que el oráculo formula profecías cuando a

ella le apetece.

—¿Es una mujer? —preguntó Prunella, mirando el manchurrón con un interés renovado.

Habría interrogado más a Sophia, de no haber visto el brillo plateado en la pequeña mesa bajo el cuadro.

Había un orbe cantor en la mesa que bien podría haber sido el gemelo del que llevaba colgado al cuello.

—¿Ocurre algo?

—No, ¿por qué lo preguntas? —replicó Prunella. Cogió el orbe y, con aire despreocupado, añadió—: ¡Qué bagatela más bonita! Pero estabas hablando de esa profetisa, Sophia. Pensaba que las mujeres no tenían permitido practicar magia.

—¡Ah, no era mortal! —respondió Sophia, riéndose—. ¡Qué idea más graciosa! No, según Kendle, era una sibila, que es un hada, ya sabes. La atrapó en el cuadro un artista, un taumaturgo que sentía afecto por ella, pero al que traicionó.

Mientras Sophia hablaba, Prunella examinó el orbe cantor. Las dos amigas aún iban agarradas del brazo, y esperaba que Sophia no se diera cuenta del latido rápido de su corazón o del temblor de su mano.

El orbe no era exactamente como el suyo. Estaba hecho de un metal diferente, más oscuro, que producía unos destellos verdes y azulados a

la luz de las velas. Los grabados también eran distintos: puntos minúsculos que formaban líneas y florituras entrelazadas a lo largo de su superficie.

—¡Qué historia más trágica! —comentó.

Se estaba planteando distraer a Sophia un momento para esconder el orbe en su bolso. Robar estaba mal, por supuesto, y Zacharias se enfadaría si lo descubriese, pero seguro que no había nada de malo en coger prestado ese

objeto durante un tiempo. Una comparación con su propio orbe le permitiría hacer toda clase de experimentos esclarecedores.

—Lo es, ¿verdad? ¡Adoro las tragedias! Kendle cuenta muchas historias espantosas sobre las uniones entre mortales y hadas, y todas acaban trágicamente, porque los caprichos de las hadas son terribles. ¡Deberías oír cómo la reina de las hadas trata a sus amantes mortales cuando se cansa de ellos! Los convierte en mantos y botines, los transforma en tritones y a saber qué más. ¡Estoy segura de que su pobre amante desearía no haberse enamorado nunca de un hada! —dijo Sophia, señalando el cuadro con un gesto.

—¿Por qué lo dice? —preguntó una nueva voz.

Prunella se apresuró a devolver el orbe a la mesa y se giró hacia la mujer que se les había unido.

—¡Señora Midsomer! —exclamó con alegría—. La señora Kendle y yo estábamos admirando su precioso cuadro.

—Es feo, pero a Geoffrey le gusta —dijo la señora Midsomer. Sus ojos extraños casi parecían brillar con luz propia—. Y la sibila cumple con su propósito. ¿Acaso usted no la admira?

Sophia estaba colorada. Le resultaba incómodo que justo la hubiese oído hablar sobre los novios descartados de la reina de las hadas la esposa de uno de ellos.

—Lo siento por el pobre hombre, ¿sabe? —tartamudeó—. ¡Traicionaron su confianza!

—Pero murió de viejo, mientras que ella está condenada a pasar el resto de su vida atrapada en un marco dorado —repuso la señora Midsomer.

Luego se giró hacia Prunella—. He visto que le ha interesado mi baratija, señorita Gentleman.

Prunella mantuvo la compostura. Estaba claro que la señora Midsomer era una persona extravagante, pero no debía pensar que podía intimidar a Prunella Gentleman.

—¡Es muy bonita! Pero, dígame, ¿para qué sirve?

La señora Midsomer le lanzó una mirada tan penetrante que Prunella casi se preguntó si podía ver su propio orbe, escondido bajo el corpiño de su vestido. Pero, en vez de responder, la anfitriona se inclinó y le dijo al cuadro:

—¿Cómo estás, sibila?

Su voz fuerte y áspera le trajo un recuerdo. ¿No había dicho Zacharias algo sobre la voz que uno debe usar al conjurar un hechizo? «La magia odia los susurros —había dicho—. Las fuerzas de lo sobrenatural responden mejor a un buen bramido».

La figura acurrucada se levantó, revelando un rostro arrugado y cansado.

La sibila había sido hermosa en el pasado, pero la edad y el aislamiento la habían desgastado. El cabello bajo la tela áspera de su capucha era plateado y el rostro parecía cubierto por surcos de tristeza.

—¿Qué quieres de mí? —espetó. Su voz surgió del lienzo clara y con un volumen curioso que contrastaba con su forma aplanada—. Cuando Ormsby me encerró aquí, pensé que al menos disfrutaría de algo de paz, pero no.

Incordio, incordio, incordio, todo el día incordiándome. «¿Cuál es mi destino, sibila? ¿Qué será de mí?». Debería quedaros claro: muerte y la ruina de todas vuestras esperanzas, lo mismo que para todos los mortales.

—No para mí —dijo la señora Midsomer.

La sibila torció el gesto.

—Yo no presumiría tanto, si fuera tú. La muerte y la desesperación no se limitan a los mortales, como descubrirás muy pronto.

—No quiero que me cuentes mi destino. Mi destino lo crearé yo. Dinos el de esta mujer —dijo, señalando a Prunella—. ¿Quién es? ¿Debo temer algo de ella?

La sibila alzó sus grandes ojos vacíos, y Prunella sintió que el brazo de Sophia temblaba en el suyo.

—La mujer mortal tiene amor, pero lo perderá y conocerá la amargura de la desazón —dijo la sibila—. Y con ello quiero decir que ahora le gusta su marido, pero eso se acabará cuando sea más sensata.

—Eso… —balbuceó Sophia, temblando de indignación—. ¡Eso es muy impertinente!

Pero la señora Midsomer ignoró su protesta y le espetó a la sibila:

—¡Me refería a la otra mujer! ¿Qué ves sobre su pasado y su futuro?

Prunella había intentado pasar desapercibida, apartándose a un lado para que Sophia la escondiera de la sibila, pero no se movió con la suficiente rapidez. La mirada de la criatura recayó en ella y sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Tú!

Era una habitación grande y concurrida, y había tanta gente hacinada en la estancia que su curioso intercambio había pasado inadvertido hasta el momento. Con ese grito, varias cabezas se giraron en su dirección y las conversaciones se interrumpieron con exclamaciones.

—No hace falta que me digas mi destino, gracias —se apresuró a decir Prunella.

—¿Qué ven mis ojos? —clamó la sibila en una voz que, para su desdicha, sonaba como una sirena—. ¡Veo a la Gran Hechicera, las palmas de sus manos adornadas como las de una novia, pero con sangre mortal! Veo a la Guardiana de los Siete Espíritus, la señora de los cuatro puntos del reino.

Veo el pasado y el futuro de la magia inglesa convergiendo en uno.

Veo a la Subsecretaria de lo Maravilloso y a la Reina de los Cinco Condados de la Magia (aunque este último es solo un título honorario, por supuesto). ¡Saludos, gran dama, que tantas visiones trae consigo! ¡Saludos y bienvenida!

—Saludos para ti también —dijo Prunella.

—¡Pero no dices nada con sentido! —protestó enfadada la señora Midsomer—. ¿Qué tiene ella que ver con mi amado?

—No tiene nada que ver con tu amado —replicó la sibila—. ¡A nadie le importa tu amado ni la mitad de lo que te importa a ti! Esta muchacha es un ser excelente, para ser mortal, y enojará tanto a la malvada Sociedad que me alegro mucho de haberla visto.

—¡Ah, si eso es todo! —bufó la señora Midsomer, perdiendo el interés

—. ¡Puedes callarte! —Y se marchó sin volver a mirarlas.

—¡Cielo santo! —dijo Sophia—. ¡Qué mujer más rara! Y en cuanto a la sibila… ¡Bueno! —Miraron a la criatura, que había regresado a su postura agazapada y solo parecía una pintura normal—. ¡No sé lo que dirá Kendle!

¡Y menuda diatriba has tenido que aguantar, querida! No he entendido ni una palabra de su discurso, ¿y tú?

—Ni una palabra —repitió Prunella—. Habrá enloquecido por el largo encarcelamiento. Siento lástima por ella, ¿tú no?

—Creo que es demasiado insolente para tenerle lástima —objetó Sophia, aún sonrosada por el enojo—. ¡Nunca me había enervado tanto!

Ojalá Kendle tuviera una profesión más prudente, como miembro del Parlamento. Ya se lo he dicho, pero no se plantearía renunciar a la magia ni por un momento.

Para alivio de Prunella, Sophia estaba tan abstraída por las groserías de la sibila que no dijo nada más sobre el discurso que le había dedicado a ella.

La sibila no había hablado tan alto y el bullicio general había sido casi tan intenso como para ahogar su voz. Sin embargo, Prunella no confiaba en que Sophia o la señora Midsomer no contaran lo suficiente del discurso para delatarla, aunque no lo entendieran por completo. La misma Prunella no lo había entendido apenas, pero todo había sonado muy mágico y dirigiría las sospechas hacia ella.

¿Se atrevía a ocultarle el incidente a Zacharias? Él se enfadaría demasiado, pero quizá pudiera explicarle el significado del discurso de

la sibila. Los Siete Espíritus eran los tesoros, por supuesto, incluidos los cuatro huevos sin eclosionar. Pero ¿quién era la Gran Hechicera y qué eran los cuatro puntos del reino? La Subsecretaria de lo Maravilloso era un título poco elegante, reflexionó Prunella, pero Reina de los Cinco Condados de la Magia sonaba bien.

—¡Ay, qué aburrimiento! —exclamó Sophia.

—¿Qué pasa?

Los invitados se habían reunido en un extremo de la sala. Sophia y ella se vieron arrastradas por la multitud, pero no había nada que ver, solo al señor Midsomer de pie en el centro, con aire de suficiencia.

—Creo que va a dar un discurso —contestó Sophia. Hizo un hermoso mohín con la boca—. Estoy segura de que estos magos son muy inteligentes, pero ¿no te parece, Prunella, que no saben nada sobre una fiesta? ¡Mira que renunciar a bailar por un discurso!

—Caballeros, me siento honrado por su presencia esta noche —empezó Midsomer con fuerza para que lo oyeran todos—. Me siento honrado por su apoyo en mi empeño para restaurar la dignidad de nuestra profesión.

Llevamos demasiado tiempo siendo obligados a guardar silencio, pero pronto hablaremos con una sola voz y nuestras palabras decidirán el destino de la taumaturgia inglesa.

—¡Ahí está Kendle! —susurró Sophia.

El señor Kendle se hallaba con un grupo de magos cerca de Midsomer.

Sus semblantes eran serios, pero sus ojos permanecían fijos en este con una mirada fiera y refulgente que inquietó a Prunella.

Midsomer alzó un pergamino.

—Tengo aquí lo que esperaban. Nuestra enmienda para los estatutos de nuestra honorable Sociedad ha sido aprobada. El procedimiento Hallett, que tanto tiempo llevaba prohibido, se ha restablecido. Ahora tenemos un modo para arrebatar el báculo del hechicero real al indigno. No debemos acatar los dictámenes de un comité que ha accedido a la usurpación del cargo más noble de nuestra profesión. ¡Nuestras manos ya no están atadas!

»Les he invitado hoy aquí como muestra de mi gratitud, pero también

para recordarles que nuestro trabajo no ha hecho más que empezar. El jueves compareceré ante la Sociedad y propondré una moción para poner en marcha el procedimiento y destituir al impostor. ¡Necesito su apoyo, compañeros, para una votación que cambiará la historia de la magia inglesa!

Su público gritó: «No temas, Midsomer, ¡lo tienes!» y «¡Eso, eso!».

Midsomer examinó la multitud con una mirada triunfal.

—Y ahora, caballeros, como veo que piensan igual que yo, hay un tercer motivo por el que he organizado esta reunión. Hace tiempo que ansiaba confiar en ustedes. He escondido mi secreto solo por miedo a que alertase a nuestro enemigo. Pero ha llegado el momento. La taumaturgia inglesa se ha reunido en su contra. Y ustedes, caballeros, son la base de la magia inglesa y no merecen nada menos que la verdad. Cuando regresé del Mundo de las Hadas, traje un regalo para Inglaterra; una perla de valor incalculable, escondida hasta hoy. ¡Regresé con un familiar!

Los invitados guardaron silencio, como si, de golpe, les hubieran arrebatado la capacidad de hablar. Pero al momento siguiente sus voces se alzaron de nuevo y toda la habitación empezó a hablar emocionada a la vez.

—Pero entonces, señor —gritó un hombre—, ¡es usted un hechicero!

Midsomer inclinó la cabeza, como si el título perteneciera a la realeza.

—No he reclamado el título antes de este día, pero espero ser un hechicero tan loable como cualquiera de los nacidos en suelo inglés.

No dijo nada más, pero no le hizo falta para evocar en sus colegas la imagen del hombre a quien él reemplazaría de forma tan natural: un hombre que no había nacido en el buen suelo inglés.

—Creo que ya sabemos a quién llamar para recibir el báculo cuando se lo arrebatemos a esa persona que tan poco se lo merece. —Fue el señor Kendle quien habló, y Prunella bajó la mirada, por si se daba cuenta de que le lanzaba dagas con los ojos.

—Esta es la guinda a todos nuestros esfuerzos —gritó otro taumaturgo —.

Un triunfo como hace décadas que no presencia la magia inglesa. ¿Nos hablará más sobre su familiar?

—Haré algo mejor —contestó Midsomer, sonriendo—. Os la enseñaré.

Le dio la espalda a su público asombrado y le dijo a su mujer, que aguardaba con recato detrás de él:

—Laura, mi amor, ¿puedes adelantarte para que te presente?

—¡Ay, Prunella, tu mano es como una tenaza! —susurró Sophia—. ¿Qué ha dicho?

Prunella aflojó la mano. Para calmarse, replicó:

—Dice que la señora Midsomer es un hada, aunque debería haberlo sabido sin necesidad de que lo contara. ¡Esos ojos lo demuestran! Y sus modales apabullantes. ¡Si sabía cómo llamar a la sibila!

Pero la emoción que se había apoderado de su voz no se debía a la revelación sobre la naturaleza de la señora Midsomer, sino a lo que significaba en relación con su esposo. Pues, si su intención era convertirse en hechicero real y buscaba aplicar ese procedimiento misterioso en Zacharias —si había llegado incluso tan lejos como para conseguir un familiar y exigir la lealtad de sus colegas—, entonces no cabía la menor duda. El señor Midsomer debía ser el asesino.

Sophia encontró en Prunella una compañera bastante distraída durante el resto de la velada: su conversación no era tan brillante y sus carcajadas carecían de la prontitud habitual; ambas damas se unieron en su deseo de retirarse temprano.

Al señor Kendle le hubiera gustado quedarse y preparar planes con sus colegas, ahora que el triunfo parecía tan al alcance de su mano. Pero su insatisfacción se moderó al pensar que no sería mala idea apartar a la señorita Gentleman del lugar. Era poco probable que hubiera entendido lo suficiente de lo que había ocurrido esa noche para andarse con chismes; aunque el señor Kendle consentía a su joven y hermosa mujer, no consideraba que poseyese demasiada inteligencia, y la señorita Gentleman no parecía diferente a las otras jóvenes frívolas a las que Sophia llamaba amigas. Aun así, se encargó de filtrar un hechizo de olvido en su mente cuando le ofreció la mano para bajar del carruaje.

Prunella se deshizo del hechizo dándoselo a Youko para que se lo comiera, ya que a Nidget y a Tjandra no les gustó el sabor. Su ánimo

se había agitado bastante y le parecía intolerable que tuviera que aguardar toda una noche antes de avisar a Zacharias.

Le gustaría saber qué era el Hallett. A pesar de escuchar con atención y disimulo durante la fiesta, no había sido capaz de aclarar ese asunto, pues todo el mundo parecía suponer que el resto sabía lo que significaba. El nombre de Hallett le resultaba familiar, pero ¿dónde lo había oído antes?

Aunque se devanó los sesos, paseándose por su dormitorio, no encontró la respuesta. No dudaba de que el Hallett representaba otro de los intentos del señor Midsomer para eliminar a su rival.

«¡Cómo pueden pensar que ese tipo sería mejor hechicero real que Zacharias! Él es tan bueno e inteligente, ¡y no le haría daño ni a una mosca!

Mientras que el señor Midsomer no es mucho mejor que un asesino. De hecho, solo su incompetencia le impide ser un asesino. Ese espantoso hombrecillo pelirrojo…».

—¡Ah!

La exclamación se le escapó en voz alta, y Tjandra se cayó de la cama del susto. Se enderezó enseguida y voló hacia la repisa de la chimenea, pero Prunella tuvo que dedicar un momento a acariciarlo antes de que la criatura accediera a ser su amigo de nuevo.

—Solo he exclamado porque me he sorprendido —le explicó—. El señor Midsomer es pariente de Clarissa, claro… Tú no la conociste, Tjandra, pero estaba en la escuela. Recuerdo que tenía un hermano y debe de ser él. Eso lo aclara todo. ¡Me creería cualquier cosa de un pariente de Clarissa Midsomer! Pellizcaba a las niñas más pequeñas cuando se enfadaba. Me pareció un hábito poco noble.

Como no podía despertar al resto de la casa con las noticias ni, en su estado de agitación, irse a la cama, Prunella resolvió que repasaría todos los hechizos bélicos que conocía. «Si el señor Midsomer pretende atacar a Zacharias, ¡más le vale no pensar que sus amigos se quedarán de brazos cruzados!».

Aunque pocas de las colegialas habían sido tan crueles como Clarissa Midsomer, una vida entre disputas y rivalidades en una escuela de señoritas había dejado a Prunella lo bastante preparada para la batalla. Descubrió que conocía seis maleficios, algunos de una perversión muy refinada, y Nidget dijo que sin duda podía inventar

otros.

—¡Siempre había peleas en el Mundo de las Hadas! Estoy seguro de que maté a decenas de mis consanguíneos y a otros enemigos.

—Te aseguro, Nidget, que a veces me asustas —dijo Prunella, mirando al elfo consternada—. Te ruego no digas esas cosas tan sanguinarias delante de Zacharias. No serían de su agrado. Pero si tu experiencia nos ayuda a defenderlo, mejor.

Nidget no sentía demasiado afecto por Zacharias, ya que sospechaba que Prunella dedicaba una parte demasiado grande de su cariño al mortal alto y reservado que la visitaba a menudo. Con cierta hosquedad, replicó:

—¿Y qué ha hecho por nosotros para que debamos defenderlo?

—Pero ¿qué crees que me pasará si sus enemigos triunfan? —repuso Prunella—. Aún no he recibido ninguna propuesta de matrimonio y, si Zacharias pierde su báculo o, peor, yo no consigo establecerme en sociedad,

¡podemos vernos en la calle! Solo estamos aquí gracias a él, Nidget, y será mejor que lo recuerdes.

Tanto Nidget como Prunella sabían que el beneficio propio no era el principal motivo por el que ella deseaba la seguridad de Zacharias, pero al menos le consolaba saber que ningún otro de sus familiares sospechaba que sintiera por él algo más que una gratitud decorosa. Estar enamorada era tan inconveniente, tan… ¡cursi! Sobre todo cuando Zacharias, y de eso estaba segura, nunca la vería de la misma forma. Solo era un flechazo pasajero, o eso se dijo, y por suerte tenía tanto en lo que pensar que no disponía de tiempo para darle vueltas a sus sentimientos.

—No corras riesgos por ese timorato —dijo Nidget, celoso, pero Prunella le espetó:

—¡Eres tonto si crees que Zacharias es un timorato! Pero sé que en realidad no eres tan tonto. Cuanto más tiempo pasemos despiertos, más nos pelearemos, así que será mejor que nos acostemos para estar de mejor ánimo mañana.

Y con eso tuvo que contentarse Nidget, porque Prunella se tumbó en la cama y se tapó la cabeza con la almohada, dando así por concluida la

conversación.

CAPÍTULO 20

Scarrow —dijo Damerell.

—No, no, ese nunca —exclamó lady Wythe.

Inclinaban las cabezas sobre un trozo de papel, pero lady Wythe se sobresaltó cuando vio a Zacharias. Un rubor se extendió por su rostro y su aire de vivo interés se transformó en reserva.

—Pero ¿qué objeción puede tener? Posee recursos sustanciales y es mucho menos estúpido que algunos de los otros —replicó Damerell. Solo alzó la mirada cuando lady Wythe no respondió. Había cambiado su monóculo habitual por un par de lentes redondos que le hacían un flaco favor a su belleza masculina al ampliarle los ojos hasta un punto alarmante—.

Hola, Zacharias, ¿ya has llegado? Estamos considerando las posibilidades de la señorita Gentleman tras dos semanas de trabajo.

—Es muy indecoroso cotillear sobre nuestra conocida —dijo lady Wythe, intentando aparentar cierta severidad—. No sé cómo me has engatusado para hacerlo, Damerell.

—¿Para qué están los conocidos, si no para proporcionarnos el placer de chismorrear? —contestó este—. Además, bien sabe usted que solo es para ayudar a la señorita Gentleman, pues si quiere conseguir un buen matrimonio, debe dirigir sus energías hacia los canales más susceptibles de conducir a un resultado satisfactorio. Seguro que no quiere que pierda el tiempo con caballeros poco apropiados.

—No, no me gustaría —admitió lady Wythe con resolución—. Con su aspecto y esos rumores desafortunados sobre su riqueza, atrae una atención excesiva que no le conviene.

—Los solteros de Londres deberían alegrarse de que lady Wythe no tenga hijas a las que proteger —le dijo Damerell a Zacharias en un aparte

confidencial—. Nunca había conocido a nadie que juzgara el carácter con tanta rigurosidad. Hemos descartado a Oliver por su falta de conducta, a Potier por su falta de sentimiento y a Sargent por su escasa conversación.

Me parece, señora, que, si se saliera con la suya, nadie se casaría en absoluto.

Zacharias estaba a punto de decirle a Damerell lo que pensaba de él cuando Prunella irrumpió en la habitación. Lucía unos círculos morados bajo los ojos, como si hubiera dormido mal, pero, con más energía de la habitual, exclamó:

—Zacharias, ¿qué te ha retenido? Llevo toda la noche y toda la mañana practicando hechizos, aunque espero que sepas un par que sean letales, porque ninguno de los míos lo es. El señor Midsomer planea hacer algo muy malvado, estoy segura, y esos tediosos taumaturgos están metidos en el ajo,

¡y debemos detenerlos!

Zacharias se quedó estupefacto, aunque no lo suficiente como para no lamentar la libertad que se tomó Prunella de usar su nombre de pila. Se habían acostumbrado a hablarse así, pero solo fue consciente de lo inusual de dicha circunstancia ahora que estaban en compañía de otras personas.

Lady Wythe y Damerell no parecieron darse cuenta, pero confiaba en que a ninguno de los dos se le había pasado por alto ese atrevimiento.

—¿Ha dicho que ha visto a Midsomer? —preguntó Damerell.

—¿Has dicho que estabas practicando? —preguntó Zacharias.

Prunella narró su historia sobre el encuentro en la casa de los Midsomer la noche anterior, aunque omitió la profecía de la sibila sobre sí misma.

—¡Y la señora Midsomer es el familiar del señor Midsomer y no su esposa!

—concluyó—. Al final de su discurso, el señor Midsomer se puso a estrechar la mano de todos los caballeros y a darles las gracias, y parece que todos están planeando votar la aplicación del Hallett en una reunión de la

Sociedad. Por suerte, el señor Midsomer no se fijó en las mujeres, y Sophia y yo eludimos a la señora Midsomer el resto de la velada. No quería que me recordara, y sé que a Sophia le pareció una mujer tediosa en extremo.

Que Midsomer tenía un familiar no era, por supuesto, una revelación para Zacharias y explicaba por qué la había escondido a plena vista como su esposa. Fue una decisión sensata por parte de Midsomer revelar a su familiar en ese momento a sus seguidores, para resaltar quién debería reemplazar a Zacharias. No tenía ningún motivo para sorprenderse por lo avanzados que estaban los planes de Midsomer; debería haberlo previsto tras su visita a la corte mágica.

—Dudo que Midsomer se hubiera preocupado mucho aunque te hubiera visto —dijo Zacharias, en un tono comedido con el que esperaba disimular su turbación interior—. No ha ocultado su deseo de destituirme de mi puesto.

Conozco sus planes desde hace un tiempo.

Lady Wythe, por su parte, no se molestó en disimular su turbación interior en absoluto.

—Zacharias —dijo con voz vacilante—, ¿quieres decir que sabes desde hace tiempo que Geoffrey Midsomer planeaba invocar el Hallett contra ti?

¿Y no se lo dijiste a nadie?

Zacharias respondió con cautela:

—Midsomer indicó que pensaba reinstaurar el procedimiento. Me pareció tan descabellado o, por lo menos, una respuesta tan desproporcionada, que no me lo creí. Fue una estupidez por mi parte, por supuesto.

—Pero ¿qué es el Hallett? —exclamó Prunella.

—Es un procedimiento oscuro y no se ha repetido desde que mataron a su homónimo con él —explicó Damerell—. Tradicionalmente, por supuesto, al hechicero real se le reemplazaba cuando su sucesor lo asesinaba. Me alegra

decir que esta barbarie ya no se practica; sino que los miembros de la Sociedad votan para elegir un nuevo candidato. Por desgracia, el báculo del hechicero real no es demócrata. No hay ninguna garantía de que se someta a otra persona mientras su portador viva y no esté de acuerdo con el cambio.

La única forma de asegurar que el báculo cumple con la votación es llevar a cabo un ritual para sacrificar a su señor. Si ungen al sucesor

con su sangre, es posible que el báculo decida que no ha habido ningún cambio sustancial.

—La capacidad de proponer este procedimiento se eliminó de los estatutos de la Sociedad después de que mataran a Cecil Hallett —añadió Zacharias

—. Pero, al parecer, la han restaurado.

—Eso es lo que me desconcierta —repuso Damerell—. Los estatutos solo los puede modificar el comité con el permiso de la corona. ¿Cómo ha conseguido Midsomer meterle prisa al Gobierno? ¿Recuerdas la solicitud que hicimos para mantener a un gato en los jardines de la Sociedad como forma de preservar los niveles de magia atmosférica? La entregamos al Gobierno el año pasado y el cachorro que elegimos para ese propósito es ahora un gato con un temperamento espantoso. Una criatura demasiado mágica. Podría pasar por un miembro de la Sociedad si fuera capaz de sujetar una pluma.

—¡Sabía que era el señor Midsomer quien intenta asesinarte! —le dijo Prunella a Zacharias—. Supongo que se ha cansado de fracasar y busca alcanzar su objetivo de esta forma.

—¿Ha intentado asesinarte? —intervino lady Wythe.

Zacharias le dirigió una mirada furiosa a Prunella, que se aplacó con gesto arrepentido, pero ya era demasiado tarde.

—Lo siento, señora. Esperaba no tener que revelárselo —dijo Zacharias

—. Ha habido ciertas tentativas… ataques mágicos…

—¿Ha habido más ataques? —inquirió Prunella—. ¡Ese señor Midsomer es una completa molestia! ¿Acaso el fuego en la posada y el maldito charco no

fueron suficientes?

Zacharias había esperado tratar el tema sin entrar en detalles, pero lady Wythe había abierto los ojos de par en par por el miedo y no pudo evitar que su respuesta incrementara su angustia.

—Sería un asesino muy miserable si no lo intentara de nuevo, puesto que es de dominio público que sigo vivo —replicó con irritación—. Sin embargo, no hay nada digno de mención: un áspid disfrazado de

salchicha en mi cena; obstáculos invisibles en la escalera, con la esperanza de que tropezara y me rompiera el cuello… —Se volvió hacia lady Wythe—. Le aseguro que no debe preocuparse. Si consideramos la tensión extrema que persiste en la Sociedad desde mi investidura, era solo cuestión de tiempo que pasara algo así. Me considero afortunado de que haya sido tan fácil lidiar con mi enemigo.

—Pero ¿de verdad es Geoffrey Midsomer quien conspira contra ti? —

preguntó lady Wythe—. Deberíamos denunciarlo al comité directivo, encerrarlo en la cárcel. Hablaré con lord Burrow y le exigiré que ponga fin a estos trucos…

—¿Y que hable con su sobrino? —la interrumpió Zacharias. Lady Wythe enmudeció y, tras un silencio abatido, el hechicero añadió—: Además, no estoy seguro de que Midsomer sea el responsable de los ataques.

—Pues me parece razonable sospechar que Midsomer tiene algo que ver con ellos —terció Damerell, examinándose las uñas con aire pensativo—.

Rollo y yo investigaremos sus tejemanejes. Está claro que debemos mantenerlo vigilado, y Rollo tiene un olfato excelente para los secretos, aunque no lo parezca.

Esa generosidad avergonzó a Zacharias, y habló con más impaciencia de la que pretendía al intentar ocultarlo.

—No veo por qué deberíais involucraros Rollo o tú en mis asuntos. ¡Es absurdo! ¡Como si necesitara emplear a un ejército de agentes secretos!

—Todo lo contrario —respondió Damerell con frialdad—. Es tradición.

Todo hechicero real que ha sobrevivido más de unos meses en el cargo ha conseguido esa longevidad gracias al uso prudente de espías.

—Soy consciente de tu bondad —dijo Zacharias, escarmentado— y sé que recibes poca compensación por ella. Pero tu amabilidad para conmigo siempre ha excedido a cualquier cosa que yo pueda hacer por ti a cambio.

—Si quieres agradecérmelo, hazlo dejando de hablar de esa forma —

contestó Damerell con enojo—. No te hagas ilusiones, que no lo hago por ti.

¿Qué menos podría hacer por una vieja amiga? —Y le dedicó una reverencia a lady Wythe.

—Es muy descortés llamar vieja a lady Wythe —comentó Prunella.

—Ay, Damerell puede tomarse las libertades que quiera. Él nunca es descortés —respondió la dama, intentando sonreír a pesar de su angustia—.

Me alivia saber que nuestro querido Robert y tú estáis de parte de Zacharias.

—Haremos lo que esté en nuestra mano —le prometió Damerell—.

Seremos incansables, a pesar de la ingratitud, los refunfuños y las quejas.

Que no se diga que a Zacharias Wythe le faltaban amigos en este mundo o en cualquier otro.

Aún quedaba trabajo por hacer, incluso con la amenaza de ser sacrificado en el altar de la ambición de un rival colgando sobre su cabeza. Zacharias

regresó a su estudio al final del día, decidido a proseguir con sus quehaceres. Pensaba empezar un informe para la Sociedad sobre su audiencia con el rey de las hadas, aunque no se sentía a la altura de la tarea.

Se sentó, mordisqueando su pluma, con varias preocupaciones dando tumbos por su mente.

Aún no sabía que debía contar y qué debía ocultar. Prunella no sabía a dónde había ido Mak Genggang, pero había prometido enviar un mensaje.

Si al menos consiguiera llegar a un acuerdo con la bruja, quizá…

No había terminado de pensarlo cuando la ventana se rompió en añicos.

Con una energía que Zacharias no sabía que aún poseía, saltó al otro lado de la habitación para coger el báculo del paragüero. Pero lo que atravesó la ventana no fue ningún monstruo o asesino. Era Mak

Genggang.

Había recuperado su tamaño normal, aunque conservaba las alas de murciélago que había creado para escapar de la Sociedad. Entró revoloteando en la habitación y aterrizó en el suelo, plegando las alas a la espalda.

—Buenos días, señora —saludó Zacharias tras una pausa.

No se decidía entre darle las gracias por venir o reprenderla por romper la ventana. Lo primero sería más diplomático, por supuesto, pero lo último satisfaría sus sentimientos. Sin embargo, ya fuera cortesía o reproche, Mak Genggang le impidió añadir nada más.

—¡De nada sirven las finas palabras del hechicero extranjero! —bramó, temblando de cólera—. No diré nada sobre ingratitud. Es el engaño, la falsedad cobarde con el objetivo de hacer bajar la guardia a una frágil anciana, lo que no puedo soportar. Sin embargo, te arrepentirás de tu error.

¡Vas a descubrir que solo un necio se aprovecha de Mak Genggang!

A Zacharias le alarmó el resentimiento furioso de su voz.

—Mak Genggang… —empezó, pero ella lo interrumpió.

—¿Acaso los británicos nos consideráis niñas que se dejan intimidar por sombras y humo? Solo queríamos vivir en paz, y habéis enviado un ejército a nuestro país. ¡Pues muy bien! Si queréis que pensemos que estáis listos para atacar, os tomaremos la palabra. No seremos expertas en guerra, pero a lo mejor no habéis oído hablar sobre el veneno de la maldición de una mujer.

Nuestra enemistad, una vez ganada, sobrevive incluso a la muerte.

Con el mismo tono amargo, la matriarca empezó a recitar un maleficio.

El idioma le resultaba desconocido, pero las sílabas que caían como veneno de sus labios estaban preñadas de un poder maligno terrible. La madera del escritorio se deformó y se volvió negra. Una miasma nociva surgió de la mujer, y los tablones del suelo temblaron bajo los pies de Zacharias.

—Señora, le ruego que no se precipite —gritó—. Le aseguro que, sea cual sea la ofensa cometida, yo no tengo constancia de ella. Me

gustaría remediar cualquier injusticia que se haya cometido contra su pueblo.

—¡Te arrepientes de tu perfidia ahora que ves el alcance de mi poder, pero deberías haberlo pensado antes de traicionar a Janda Baik! —espetó Mak Genggang.

—Se lo ruego, créame cuando le digo que no conocía esa traición. He peleado con mi Gobierno para que se mantenga alejado de los asuntos de su isla. Mi mayor deseo es evitar una guerra mágica, porque solo perjudicaría a los dos países.

—Pues claro que niegas tu iniquidad. Los británicos sois todos iguales:

¡traidores, tramposos, unos viles canallas!

Sin embargo, no parecía segura, y Zacharias trató de aprovechar esa ventaja.

—¿No la defendí de mis colegas cuando quisieron castigarla tras el baile de primavera? ¿No fue mi aprendiz quien la liberó de su encarcelamiento?

Hasta ahora no sabía de nada que pudiera poner en peligro el acuerdo entre nuestras naciones. Lamentaría mucho que algo así ocurriera.

—¿De verdad que no lo sabías? —inquirió Mak Genggang, observándolo con recelo—. Esta tarde lanzaron un ataque contra mis mujeres en Janda Baik. Miraron hacia el este y vieron filas de soldados británicos, feroces y armados hasta los dientes. Miraron hacia el oeste y vieron barcos británicos en el puerto, listos para disparar andanadas contra sus casas. Los británicos exigieron que mis mujeres se rindieran y abandonaran la isla de forma pacífica, pero me enorgullece decir que capturaron al representante británico y lo apalizaron por su impertinencia.

—¡Santo cielo! —exclamó Zacharias.

—¡Ah, sí! Las mujeres de Janda Baik no son unas blandas. Sangre, y no leche, fluye por nuestras venas. Dispararon a mis mujeres por su noble respuesta, pero eso no las detuvo. ¡No son tan apocadas! Se atrincheraron dentro de sus cabañas y lanzaron hechizos de la verdad y para encontrar objetos perdidos, hasta que al fin silenciaron las armas y salieron a ver cómo se habían disipado las ilusiones: no había ningún barco y casi ningún soldado. Mis mujeres capturaron a los diez hombres y creo que están recibiendo una lección saludable. Fue una

sandez por parte de vuestro rey enviar a tan pocos soldados contra las brujas de Janda Baik, pero no tanto como querer someter a mis mujeres con ilusiones absurdas.

—Nuestro soberano no es mago —respondió Zacharias con lentitud.

Edgeworth debía haber encontrado a un taumaturgo que le proporcionara su hechizo de ataque. Un taumaturgo que necesitaba su ayuda, quizá; uno que deseaba la pronta atención del Gobierno para una cuestión menor: el simple ajuste de una disposición en los estatutos de la Real Sociedad de Filósofos Antinaturales.

Pero Midsomer había calculado muy mal. Ni habría soñado que su jugada acabaría con súbditos de Gran Bretaña como rehenes de una potencia

extranjera; una potencia pequeña, sí, pero muy mágica y, ahora, extremadamente enfadada. ¿Por qué iban Midsomer o Edgeworth a sospechar que las brujas de Janda Baik romperían las ilusiones del hechicero? Ninguno había visto a Mak Genggang salir del Mundo de las Hadas como si estuviera dando un paseo vespertino ni había sentido la virulencia de su maleficio.

Pero ¿cómo se le había ocurrido a Midsomer hacer algo que sin duda irritaría a la corte mágica, dados sus sentimientos hacia las lamias de Janda Baik? Zacharias no dudaba ya de que Midsomer conocía el bloqueo de la magia inglesa: si su familiar no se lo había contado, lo habría descubierto él mismo durante su viaje por el Mundo de las Hadas, y debía saber el motivo por el cual la corte retenía la magia.

Aun así, Midsomer se había mostrado dispuesto a arriesgar el bienestar de la nación por su interés personal. Ya había menospreciado la prohibición de la corte de invocar familiares, aunque sabía que era muy probable que cualquier ofensa extendiera el resentimiento de las hadas a toda Inglaterra.

Lo más importante para él era la opinión de la Sociedad, pues solo la Sociedad podía ayudarle a conseguir el báculo del hechicero real.

Sería un puesto poco atrayente cuando consiguiera ocuparlo, pero ¿qué le importaba eso a Midsomer? Quizá creía que podía salirse con la suya con un chivo expiatorio a mano tan conveniente como Zacharias.

—Creo que sé quién es su enemigo, quién le ha causado tantos problemas

—dijo—. Detendré sus maquinaciones en persona… si tiene la amabilidad de hacerme un favor a cambio.

Mak Genggang se enervó.

—¿Cómo te atreves a exigir nada, cuando tu país se ha comportado de forma tan vergonzosa con mi gente? ¡Si crees que me arrastraré delante de tu soberano o que permitiré que el rajá Ahmad pisotee a mis mujeres…!

—Creo que sabe, señora, que su gente no ha sido completamente justa con nosotros.

—No sé a qué te refieres —replicó Mak Genggang.

La mentira fue tan flagrante que Zacharias casi se echó a reír.

—¿Por qué no me contó que nuestra magia estaba bloqueada por petición de sus compatriotas? Si lo hubiera sabido antes, podría haberla aconsejado sobre la mejor forma de presentar su caso a nuestro rey. Y quizá su enemigo nunca habría tenido la oportunidad de congraciarse con nuestro Gobierno, ni le hubieran dado permiso para atacar su isla.

Mak Genggang lo fulminó con la mirada. Zacharias respondió con un semblante impasible, aunque no se sentía en absoluto tan tranquilo como esperaba aparentar.

Para su alivio, Mak Genggang contestó malhumorada al cabo de un momento:

—¡De poco sirve lamentar tu ignorancia ahora! Yo tampoco sabía nada hasta que mis mujeres me relataron el ataque. Solo entonces confesaron que habían incitado a los espíritus contra los británicos. Temían haberse sobrepasado, que su ardid se hubiera descubierto y que, en vez de aceptar sus exigencias, el ataque fuera la respuesta del rey inglés. Se tranquilizaron cuando les dije que era la malvada influencia del rajá Ahmad lo que había motivado a los británicos a tomar medidas contra ellas. Aunque tal vez no sea del todo cierto. ¿Quizá el ataque sí que sea una venganza por el trato que hicieron mis mujeres con los espíritus?

Los ojos oscuros le relucían con recelo.

—Es posible —concedió Zacharias. Cuando Mak Genggang se indignó, añadió—: No lo sé a ciencia cierta. Pero el ardid de sus lamias no

habrá ayudado a incrementar la buena voluntad de mi Gobierno hacia ustedes. No entiendo por qué no se lo contaron antes para que pudiera transmitirnos el mensaje. ¿Cómo esperaban extorsionar a Gran Bretaña si no sabíamos nada sobre esta amenaza?

—Pues claro que no me lo contaron. Nunca lo habría permitido si hubiera sabido lo que planeaban. Un país tan pequeño como el nuestro no se puede permitir ofender a otros y nada podría atraer más la ira de Gran Bretaña sobre nuestras cabezas que obstruir su magia.

—Entonces, ¿no se lo contaron a nadie?

Mak Genggang examinó a Zacharias, como si se estuviera preguntando cuánto sabía el hechicero y considerando cuánto podía contarle. Al fin, dijo:

—Parece que tenían a una conocida en el mundo espiritual que se iba a trasladar a Gran Bretaña. Se marchaba a vivir con un gran mago con contactos muy poderosos. Prometió que él le entregaría el mensaje al rey.

Ese fue el error de mis mujeres, por supuesto. No deberían haber confiado en la palabra de un mago inglés.

—Hay que elegir al mago inglés adecuado para ese propósito —repuso Zacharias con pesar—. Ojalá lo hubiera sabido antes.

—Ah, no niego que mis vampiras llevaran mal el asunto. Temían que, si confesaban, les diría que volvieran con sus familias. ¡Qué absurdas! ¡Como si yo no supiera que no siempre se está de acuerdo con la familia de una y a veces deseas vivir lejos de ella! Sin embargo, son mis mujeres. Mi obligación es defenderlas, por muy tontas que sean. ¡Cualquier ofensa contra ellas la afrontaré con furia!

Mak Genggang estaba a punto de dejarse llevar por otro arrebato.

Zacharias vio que debía intervenir si quería evitar un nuevo maleficio.

—No me enorgullezco de cómo las ha tratado mi nación, si lo que cuenta es cierto. Pero mi obligación también es defenderla, igual que usted debe defender a la suya. Si el bloqueo hacia nuestra magia se pudiera eliminar, creo que podría ayudar a su gente y, quizá, no sería necesario pelear. Por

mis venas tampoco corre leche, Mak Genggang, y en Inglaterra aún poseemos suficiente magia para que mi báculo funcione.

La matriarca estaba enfadada, pero era una líder tanto como una bruja y entendía el poder. Zacharias percibió un aprecio reticente en sus ojos.

—Mis mujeres accederán con gusto a persuadir a sus primas para que los ingleses recuperen su magia si les aseguras que esa misma magia no les causará ningún daño —cedió Mak Genggang. Se levantó para acercarse a la ventana, desplegando las alas de su espalda—. Pero, si dentro de una semana no has encontrado y castigado al mago infractor ni nos has dado ninguna garantía de nuestra seguridad, regresaré. Mi ejército no será una ilusión y no podréis vencerlo con facilidad. Quizá sean simples mujeres, pero los muertos caminan con nosotras. Tienes una semana.

—No creo que disponga de tanto tiempo —dijo Zacharias con gravedad.

—Veo que no te he dejado en un cargo demasiado cómodo —comentó sir Stephen.

Acababa de aparecer junto a la chimenea, pero era probable que hubiera estado presente durante toda la conversación de Zacharias con Mak Genggang y la hubiera oído al completo.

—Al menos empiezo a ver que el rastro de todos mis problemas confluye en una única fuente —respondió Zacharias.

—¡Sí, el muchacho rubio de Midsomer! ¿Quién habría pensado que fuese capaz de tamaña iniciativa? Queda demostrado lo poco que importa la sangre. Si su padre retuvo dos pensamientos juntos en la cabeza al mismo tiempo, fue lo máximo que hizo.

—Midsomer me aventaja —suspiró Zacharias.

—Si dedicaras todo tu tiempo a planear diversas fechorías, estoy seguro de que pronto lo superarías. Pero tus deberes como hechicero real te traban.

Bueno, nunca es agradable ser el soplón, pero me parece que lo único que puedes hacer es denunciar a Midsomer ante el comité directivo. Era diferente cuando solo podías acusarle de intentar deshacerse de ti de un modo u otro (algo que los amigos y los familiares de Midsomer ignorarían con gusto), pero si interfiere con asuntos extranjeros, la

Sociedad tendrá que tomarse el asunto con seriedad, sin importar cuántos tíos tenga.

Zacharias ya había considerado y rechazado esa opción.

—Por ahora no tengo pruebas de mis acusaciones. No creo que la Sociedad considerase a Mak Genggang una testigo creíble. Y, con esta nueva denuncia, implicaría a otras personas. John Edgeworth estaría involucrado en este ataque contra Janda Baik, y a él no es fácil acusarle de nada.

Sir Stephen arrugó el ceño, de pie delante del fuego y con las manos en la espalda; se balanceaba mientras pensaba.

Zacharias sintió una inesperada punzada de dolor. La visión le resultaba tan familiar, la escena se parecía tanto a cómo eran las cosas cuando sir Stephen aún estaba vivo, que por un momento Zacharias no pudo dar crédito a cuánto había cambiado el mundo. En algunos aspectos, la relación entre ambos era más sencilla, sus respectivas posiciones más igualitarias. Y, aun así, siempre se arrepentiría del cambio que había transformado tanto la base sobre la que cada uno de ellos se apoyaba ahora.

—¿No has informado a la Sociedad sobre el bloqueo en nuestra magia?

—preguntó sir Stephen.

—Iba a hacerlo, pero me temo que la información de que las vampiras de Mak Genggang han conspirado contra Gran Bretaña puede ocasionar con total seguridad otro ataque contra Janda Baik. La situación es tan delicada que debemos evitar algo así. No podemos permitirnos un conflicto mágico.

Carecemos de los recursos necesario y debemos considerar el tratado con los franceses.

—Escucha lo que te voy a decir, Zacharias —anunció sir Stephen—. Lo que necesitas son pruebas del delito de Geoffrey Midsomer. Pruebas sólidas que ni siquiera ese viejo y miserable comité pueda negar. ¿Y quién mejor para buscarlas que yo? Puedo ir a cualquier lugar, puedo verlo todo…

—Y no puede tocar ni mover nada —le recordó Zacharias—. Le agradezco la oferta, señor, pero Damerell y Rollo ya están investigando a Midsomer.

Sir Stephen desestimó con un gesto a Damerell, Rollo y el nimio asunto de su incorporeidad.

—Paget Damerell es un buen hombre, pero no creo que llegue muy lejos con la ayuda de esa excéntrica criatura. No, es una tarea para mí y ya encontraré alguna forma de superar la inconveniencia de mi falta de carne.

En el peor de los casos, Zacharias, deberás practicar un poco de necromancia para hacerme aparecer y que pueda ofrecer las pruebas al comité en persona. No es algo que desee, por supuesto, porque a Maria no le agradaría, así que debe ser nuestro último recurso. Pero ¡cómo disfrutaría al ver qué caras ponen!

Zacharias no prosiguió con la discusión. Si sir Stephen encontraba alguna forma de superar su incapacidad de interactuar con el mundo material, sería el investigador ideal. Solo faltaba darle las gracias, pero sir Stephen resopló.

—¡Ya tendrás tiempo de agradecérmelo cuando encuentre algo! Aunque incluso así, solo estaría enmendando el terrible legado que te he dejado.

¿Sabes? Creo que lo voy a disfrutar. Nunca fui dado a guardar resentimiento, pero si se me presenta la oportunidad de hacerle pagar a Julian Midsomer los problemas que me ha causado a mí y a los míos, ¡vaya que si lo haré!

¡Aún no soy un ángel!

Y los ojos azules de sir Stephen resplandecieron con un brillo muy poco celestial.

CAPÍTULO 21

APrunella le indignó que la despertaran tan temprano a la mañana siguiente para sus lecciones.

—Seguro que tienes cosas más importantes que mi formación por las que preocuparte —protestó.

Lo mismo se le había ocurrido, cómo no, a Zacharias. No podía permitirse el tiempo y la energía que le exigía la educación de Prunella. Pero a ese pensamiento le siguió rápidamente la idea de que debía aprovechar cada oportunidad para instruirla, si quería que controlara sin peligro a sus familiares. Le parecía que cada vez le

quedaba menos tiempo para hacerlo.

Además, esa lección también requería una preparación especial. No sería práctico repetirla cualquier otro día; de hecho, un aplazamiento podría ofender a la persona implicada. De ahí la insistencia de Zacharias.

—El objetivo de hoy es completar cinco fórmulas —dijo—. Estas deben culminar en un hechizo que, creo, te complacerá. No se parece en absoluto a nada que hayamos hecho antes y es necesario que estemos al aire libre. He reservado un espacio bastante grande en el parque, pero te ruego tengas en cuenta mis hechizos de ocultación. Es temprano para que haya gente paseando, pero nunca se puede ser demasiado cuidadoso para evitar que nos vean.

—Me parece que todo esto es una estupidez y deberías dedicar tu tiempo a pensar en formas de derrotar al señor Midsomer y no a enseñarme trucos

—replicó Prunella. Sin embargo, la mención del gran hechizo le había causado interés, y añadió—: Pero, ya que estamos aquí, supongo que te obedeceré, y el ejercicio les vendrá bien a los familiares.

Prunella insistía en que los familiares acudieran a las lecciones. Juraba que no podía aprender ni la mitad de bien sin ellos y, como el propósito de su educación era permitirle entender a las criaturas, Zacharias lo permitía, a pesar del riesgo de ser descubiertos. Sin embargo, los familiares eran unos

estudiantes nefastos: eran maleducados, no prestaban atención y se peleaban.

También insistían en desmentir teorías ante el educado razonamiento de Zacharias y a veces interrumpían la lección con sus riñas.

Llegaron tan temprano al parque que no había ni un alma, pero Prunella mantuvo a los familiares dentro de su bolso hasta que llegaron al terreno oculto donde iba a impartirse la lección. Dejó el bolso en el suelo y lo abrió para que las cabezas minúsculas de los familiares (reducidos para la ocasión para que cada criatura cupiera en la palma de su mano) pudieran echar un vistazo desde el borde.

—Portaos bien. Más tarde habrá tiempo para hablar, pero, si estáis siempre interrumpiendo, nunca aprenderé todas las cosas que Zacharias dice que debo aprender —dijo Prunella—. Nidget, por favor, presta atención y no dejes de tomar notas en plena lección como

hiciste el otro día. Es muy útil tener un registro de cada clase.

—Si Youko no me hubiera distraído, la muy canalla, tendrías el registro más perfecto que hayas visto en tu vida.

—No fue culpa de nadie, estoy segura —se apresuró a replicar Prunella

—. No os peléis, por favor, ni os alejéis. Y bajo ninguna circunstancia debéis salir del bolso. Debo irme, queridos, o Zacharias se enfadará.

—Creo que hoy podríamos tratar los encantamientos de invocación —

explicó el hechicero—. Empezaremos por el ejemplo más sencillo, un conjuro para atraer magia atmosférica. La nuestra escasea, pero está bien saber cómo recurrir a ella si lo necesitas. Luego avanzaremos hacia otros hechizos mayores. Restringiremos el alcance de nuestra práctica a este reino.

A ti no te hace falta, pero invocar a un familiar del Mundo de las Hadas va contra la ley y es muy peligroso. Invocar dentro de este reino, sin embargo,

no es poco ético y, si lo acuerdas por adelantado con la persona a quien quieras traer, ni siquiera debería ser molesto.

—¿Voy a invocar a una persona?

—Sí. Puedes invocar cualquier ser al que se le pueda aplicar magia. El caballero que te pediré que invoques es un colega mío que conocí el año pasado en un consejo de magos de todo el mundo. Hemos mantenido correspondencia desde entonces a través de la bola de cristal, y ha accedido a ayudarnos. Te pido que no menciones a tus familiares, aunque él sabe que te estoy enseñando los principios de la taumaturgia. Podemos confiar en su discreción: es también un reformista, aunque un poco escéptico en lo relativo a la magia femenina, y conoce las dificultades a las que nos enfrentamos.

A Prunella no le impresionó el encantamiento para atraer magia atmosférica, pero las fórmulas de invocación supusieron un contraste agradable, más complejas que cualquier otro hechizo que hubiera aprendido antes, y enseguida se abstrajo. La cuarta fórmula fue la más difícil. Prunella quedó tan poco satisfecha con su rendimiento que lo hubiera intentado una segunda vez en el acto para corregir las carencias de la primera, pero Zacharias la detuvo.

—Ya has hecho la invocación y traerás a una persona muy enfadada si la repites —dijo Zacharias.

—Después de tanto pedirme que practique… —empezó a decir Prunella, pero entonces vio un punto negro en el horizonte que se aproximaba a toda velocidad.

Se acercó rápidamente, rozando los árboles, hasta que se definió en la figura de un caballero, vestido con un traje extranjero, que viajaba sobre una nube.

Prunella solo tuvo tiempo de exclamar un complacido «¡Ah!» antes de que el transporte insustancial se detuviera delante de ellos. El caballero se dejó caer al suelo, aterrizó de pie e hizo una reverencia.

Era de origen oriental, con una frente alta y amplia, ojos estrechos y joviales y el cabello cano recogido en una fina trenza. Vestía unas túnicas de seda de gran elegancia, en los pies calzaba unas pulcras botas y su apariencia era tan extranjera que Prunella se quedó pasmada cuando el hombre dijo, en un inglés impecable:

—Un encantamiento de lo más efectivo. Le felicito, Wythe. Sin embargo,

¿el segundo verso no ha salido torcido? Mi viaje ha sido inexplicablemente accidentado durante un tramo.

Prunella se ruborizó y dijo:

—Solo era mi primer intento.

—Señorita Gentleman —intervino Zacharias—, le presento a mi colega, el señor Hsiang Han. El señor Hsiang es un mago de renombre en su China natal por sus amplios conocimientos. Señor Hsiang, esta es la señorita Prunella Gentleman, la dama a la que estoy enseñando las artes mágicas.

—¿Ha conjurado usted ese hechizo, señorita Gentleman? —preguntó el señor Hsiang con una reverencia—. Cuando Wythe me explicó su plan para reformar la educación de las mujeres, le dije que solo era un visionario (y le dirigí varios improperios), pero ahora veo el motivo de su resolución. Una protegida así, que conjuga la belleza y la inteligencia, enciende el entusiasmo de cualquier mago por una reforma.

—Eso es muy galante por su parte, pero me gustaría que me explicara

qué he hecho mal en el segundo verso —replicó Prunella, demasiado enojada por su error para mostrarse cortés.

Zacharias le dirigió una mirada de reproche, pero el señor Hsiang se rio.

—Ha empleado demasiado poder al principio, por lo que quedaba poco para la conclusión —explicó—. En la magia, como en todo lo demás, debemos mantener un equilibrio. Voy a despachar a mi nube para que usted pueda ejecutar la fórmula de nuevo y llamarla de vuelta.

El segundo intento resultó satisfactorio.

—Le agradezco su ayuda —dijo Prunella, mirando al señor Hsiang con una simpatía sincera—. ¿Sería tan amable de decirme su hechizo de traducción?

Debe de ser uno muy astuto, pues apenas distingo que haya un conjuro en funcionamiento.

—¡Me ha descubierto! —exclamó el señor Hsiang, mirando a Zacharias.

—Yo no le he dicho nada. Lo ha descubierto sola.

—Bueno, no ha sido tan difícil —contestó Prunella—. Sus palabras suenan nuevas.

—¿Puede describir usted misma el mecanismo del hechizo, señorita Gentleman? —inquirió Zacharias—. Comprende ya lo suficiente sobre los principios básicos de la taumaturgia para deducir su funcionamiento.

—Me encantará proporcionarle una explicación —añadió el señor Hsiang

—. Tengo entendido que la dama acaba de empezar sus estudios en nuestro campo.

Prunella estaba dispuesta a demostrar su valía. Una cosa era quejarse en privado a Zacharias de que le exigía demasiado y de que sus lecciones duraban mucho tiempo. Sin embargo, la mirada irónica de un docto mago extranjero era una cuestión muy diferente. Prunella se sentía, de hecho, orgullosa de su habilidad mágica (aunque sintiera poca estima hacia los libros taumatúrgicos y la teoría pura, sí que

amaba la magia en sí) y estaba decidida a no ofrecer un pobre espectáculo ante el extranjero.

—Hay un elemento de unión, porque, de lo contrario, oiría dos voces —

dijo, pensando en voz alta—. La solución Culpeper no serviría, pues solo se aplica a objetos sólidos, así que debe de ser el lazo de Starr. Pero eso solo es el elemento de combinación. Diría que es el hechizo de Horner para la interpretación, con el lazo de Starr, unidos con el dominio de Crashaw. ¿He acertado?

—Necesito la ayuda de Wythe para entender su respuesta —respondió el señor Hsiang entre risas—. Wythe, este Horner, ese Starr y el tal Crashaw,

¿acaso son…?

Pronunció una rápida sucesión de nombres extranjeros, unos sonidos fluidos que permanecieron inalterados a pesar del hechizo de traducción.

Zacharias asintió y, en dirección a Prunella, añadió:

—El hechizo de traducción es autóctono de los chinos y hay un elemento adicional, uno para leer la mente, cuyo encantamiento le enseñaré a su debido tiempo. Pero la suya ha sido una solución ingeniosa y muy cercana a la verdad.

Prunella hizo un mohín de descontento, pero los dos taumaturgos parecían más complacidos con su éxito. La satisfacción de Zacharias resultaba obvia y la actitud del señor Hsiang cambió. La disección que había hecho Prunella de lo que en realidad era una pequeña fórmula muy bien disfrazada había mejorado su opinión de ella lo suficiente para prescindir de las galanterías y adoptó el aire de un erudito dirigiéndose a un estudiante.

—No ha sido un mal análisis —dijo—. Ya que he respondido a su llamada en mi nube, ¿le gustaría dar una vuelta en ella? Es un medio de transporte extraordinario, pues no hay nada más cómodo que una nube bien acondicionada, y cabalgar nubes es un hechizo útil para su arsenal. Más de una vez le he dado las gracias al cielo por mi nube.

—Me encantaría aprender a cabalgar —dijo Prunella—, aunque solo hemos completado cuatro fórmulas hoy, esta será la quinta, por lo que el señor Wythe no puede objetar nada.

Le dirigió una mirada insolente con la que se ganó media sonrisa de Zacharias.

—No encuentro ningún error en su aritmética. Será una lección excelente sobre cómo controlar los elementos de la naturaleza, y le agradezco al señor Hsiang que se ofrezca a enseñarle la fórmula. Me tomaré la libertad de

recordarles a ambos nuestro hechizo de ocultación. No salgan fuera de sus límites, por favor. La linde debería ofrecer cierta resistencia cuando se acerquen, pero, si consiguen salir, deben regresar de inmediato.

—Voy a llamar a una nueva nube —anunció el señor Hsiang.

Se metió dos dedos en la boca y emitió un silbido agudo, ante el cual una voluta de nube se separó del cúmulo blanco como la nieve que ocupaba el cielo y voló hacia la mano del mago.

—Y ahora, señorita Gentleman, si me lo permite, la ayudaré a subir a mi vieja nube. Es una montura firme y de buen temperamento que le ayudará a manejarla. ¿Está en equilibrio? Debe pensar que lo está. Cabalgar en nube es un acto de imaginación disciplinada. Espléndido. ¡Allá vamos!

Cabalgar en nube era, de hecho, una maravilla: la sensación de altura y de deliciosa libertad superaban cualquier cosa que Prunella hubiera experimentado nunca. En cuestión de segundos se hallaban sobre los árboles.

Prunella se habría puesto nerviosa si no hubiese estado tan absorta por el esfuerzo de controlar su montura. Era indispensable volar en círculos pequeños si no querían sobrepasar los límites del hechizo de ocultamiento de Zacharias, y dirigir la nube requería mucha atención.

Cabalgaron de pie sobre sus nubes y Prunella se dio cuenta de que necesitaba inclinarse hacia la dirección a la que deseaba ir si quería moverse. La nube era en sí misma un suave apoyo para los pies, pero la postura requerida de su cuerpo le resultaba incómoda por su novedad y muy difícil de mantener.

—Al cabo de un tiempo, la nube empezará a creerse tan sólida como usted la considere —dijo el señor Hsiang—. Una nube también es una buena almohada, porque huele a lluvia, pero no apoyamos la cabeza en la misma nube en la que ponemos los pies, por supuesto. Aun así, no debe olvidar nunca que la nube es un ser salvaje. Se necesita una

fuerza de voluntad continua y decidida para mantener la convicción y extender dicha

convicción a la nube, para que esta se crea sólida, capaz de soportar su peso y feliz de hacerlo.

—Habla como si la nube fuera un ser consciente, señor, con la capacidad de pensar y sentir.

—Pues claro que lo es. ¿Qué le ha enseñado Wythe? ¿Acaso no sabe que la magia solo puede surgir y actuar sobre aquello que contiene un espíritu inteligente o sentiente? Por suerte, esos espíritus están presentes en casi todo, incluso en lo que parece inanimado.

»Esta nube, por ejemplo —añadió, dándole unos golpecitos con el pie —, es un mechón de la barba del Emperador de Jade. No es inteligente en el sentido de que alguien la pueda considerar una conversadora brillante, por supuesto. Nunca pasará por licenciada. Pero, en cierta forma nebulosa e inhumana, se reconoce a sí misma: desea con fervor regresar a la barba de la que forma una parte pequeña, pero noble, y la concentración es la que la mantiene bajo mis talones.

—Extraordinario —dijo Prunella, mirando la nube bajo sus propios talones.

—No es menos extraordinario que el hecho de que esa idea le resulte nueva

—repuso el señor Hsiang con severidad—. Supongo que Wythe la ha educado en la estricta tradición occidental. Para ser un europeo, es bastante culto, pero aún es víctima de los curiosos prejuicios que aquejan a su gente.

—¿Un europeo? —exclamó Prunella.

Su nube corcoveó un poco, pero apretó el pie contra su superficie y pareció tranquilizarse.

—Muy bien hecho —comentó el señor Hsiang—. Como ve, hasta la más ligera perturbación de sus emociones puede alterar el progreso de la nube.

Sin embargo, está claro que posee la fuerza de voluntad necesaria para dominarla. Al final, todo se reduce a esa fuerza. Pero, volviendo a Wythe, sin duda es europeo, en cuanto a crianza, educación, forma de

pensar…

incluso, por lo que sé, en su religión. No se deje engañar por una nimiedad como el nacimiento o el color.

—No lo llamaría nimiedad si supiera cómo lo usan sus colegas europeos

—replicó Prunella en voz baja.

Aquello avergonzó al señor Hsiang. En un intento de aportar más ligereza a la conversación, dijo:

—¡Supongo que no podía esperar que usted estuviera de acuerdo en que el nacimiento no importa! No sabía por qué me resultaba tan familiar y su nombre me ha despistado, señorita Gentleman, pero está claro a qué familia pertenece. ¡Hace muchos años que no veo a la Gran Hechicera, pero ese perfil es inconfundible! ¿Está ella bien? No pensé que vería a una pariente suya en tierras tan lejanas, pero, para alguien con sus poderes, la distancia entre Inglaterra y Mysore no debe ser nada.

—¿La Gran Hechicera?

—La Guardiana de los Siete Espíritus —añadió el señor Hsiang, sorprendido—. Aquella a quien el sultán Tipu nombró la señora de los cuatro puntos cardinales del reino. Me refiero a la Gran Hechicera de Seringapatam. ¿Me he equivocado? Se le parece tanto que… Pero ha sido un error por mi parte. Mi mente divaga con la edad. Discúlpeme, señorita Gentleman.

Prunella había empalidecido. Miraba con fijeza al mago extranjero, su nube olvidada. Recordaba una voz… Una voz fatigada que cantaba las palabras de un hechizo potente. Una voz que su propia sangre liberaba. La voz de su madre.

—¡Señorita Gentleman, vaya con cuidado! —exclamó el señor Hsiang.

Mientras la atención de Prunella estaba en otro lugar, su nube había empezado a cuestionarse si se sentía, después de todo, contenta con cargar ese peso extraño. A la nube le parecía que había sido más feliz en su vida

anterior, cuando era tan ligera como el aire, tan libre como el cielo y

estaba unida a los suyos.

Para cuando la voz apremiante del señor Hsiang penetró en la conciencia de Prunella, su nube se agitaba con tanta fuerza que captó toda su atención para evitar que la echara. La nube aceleró en una línea recta hacia un banco de nubes blanco y montañoso a lo lejos.

La protección de Zacharias demostró ser un obstáculo menor, pues solo hizo falta un pequeño esfuerzo para que la nube consiguiera romper la membrana invisible del hechizo. Prunella acabó viajando bajo un cielo claro y despejado sobre Hyde Park, sin la protección de ningún hechizo de camuflaje y a plena vista de quien estuviera por allí a las diez de la mañana.

Entre esos viandantes, para desgracia de Prunella, se incluían ese día la señora Alethea Gray y la señora Sophia Kendle, que paseaban por el parque en una calesa con las cabezas juntas.

Una parte de la mente de Prunella observó que Sophia se sobresaltaba con culpabilidad cuando sus miradas se encontraron. El resto de ella estaba demasiado sumido en el terror para preguntarse por qué su amiga se sobresaltaba. Sophia podía tachar de absurdo el discurso de la sibila, pero ni ella ni la señora Gray necesitaban poseer conocimientos de taumaturgia para entender que había algo decididamente mágico en Prunella si esta estaba sobrevolando Hyde Park en una nube.

Adiós a la esperanza de pasar desapercibida. El señor Hsiang la perseguía gritando:

—¡No mire abajo, señorita Gentleman! Mirar hacia abajo será fatal. Pero no tema, que no solemos perder a más de diez alumnos cada año enseñando a montar en nube.

Prunella apartó de sus pensamientos el pasado, las palabras de la sibila, la voz de su madre y la sorpresa culpable en los rostros de las mujeres de abajo. Ya habría tiempo para descifrar todo aquello.

Solo había una cosa que pudiera enmendar la situación. Prunella lo hizo.

Zacharias supo del alboroto porque el bolso de Prunella se volcó y los familiares aterrizaron en la hierba en un montón retorcido.

—¡Prunella, Prunella! —gritaban.

Luego la tormenta descendió del cielo azul.

Fue como si un dios colérico hubiera apagado el sol. Sobrevino una oscuridad vertiginosa y la lluvia cubrió el mundo. El bramido de la tormenta era inconcebible.

Zacharias avanzó a tientas hacia los familiares, los empujó de vuelta al bolso y lo cerró a pesar de sus protestas. Bajo la luz del fogonazo de un rayo, vio a Prunella cayendo en picado desde el cielo turbio.

—¿Están mis familiares a salvo? Bien. Sube a la nube, Zacharias.

Debemos alejarnos enseguida.

El apremio de Prunella le confería una autoridad irresistible. Arrastró a Zacharias a la nube antes de que él pudiera pensar en protestar.

—He invocado a un monstruo —dijo la joven mientras se elevaban, medio gritando debido al aullido del viento y los truenos.

—¿Qué?

—No un monstruo de verdad —se apresuró a añadir Prunella—. No he olvidado lo que dijiste sobre que es terrible invocar a criaturas de otros reinos. He usado la primera fórmula que me has enseñado, la de la magia atmosférica, para atraer los truenos que se escondían en las nubes. ¿Sabías que los espíritus habitan en todas las cosas, Zacharias?

—¡Ese viejo charlatán! Le dije a Hsiang que no te llenara la cabeza con esas hipótesis desfasadas.

A Zacharias no le gustaban las alturas y, aunque la nube, de un gris tormentoso, se había expandido para acomodarlo, seguía siendo estrecha para dos personas. El frío y la humedad y el ruido de la tormenta, combinados con la vergüenza que le generaba la inevitable proximidad con Prunella, habían puesto a Zacharias de mal humor.

—Esa idea la desmintió en 1660 el filósofo antinatural Gregor Fähndrich, como Hsiang sabría si se leyera los ensayos que le envío —

protestó—. Pero ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Hsiang?

—Ah, mi nube aceleró demasiado, eso es todo —respondió Prunella, con una despreocupación para nada creíble—. Es una criatura obstinada, pero ahora nos entendemos. El señor Hsiang tiene bastante razón sobre los espíritus, ¿sabes? Lo entendí de repente cuando vi a

esas condenadas mujeres. ¡No me cabe en la cabeza en qué estaban pensando para venir a pasear por Hyde Park a una hora tan temprana! Sobre todo la señora Gray, que nunca hace nada que no haya hecho antes una duquesa. ¿Y desde cuándo Sophia es confidente de la señora Gray? ¡Qué misterio!

La tormenta los seguía, ocultándolos mientras volaban sobre los tejados y las chimeneas de Londres. El aire estaba tan cargado de lluvia que Zacharias no veía a más de un brazo de distancia.

—Preferiría que me explicaras lo del monstruo, en vez de dejarte llevar por esos chismorreos malévolos —se quejó Zacharias.

—¡Ah, ha sido de lo más sencillo! Los truenos han acudido dóciles a mis manos cuando los he llamado. Al principio pensé en lanzarle uno a la señora Grey (como Júpiter, ya sabes), pero luego recapacité, porque les habría hecho daño y solo pretendía causar una distracción. Así que convertí los truenos en un monstruo. Sin embargo, le dije con mucha firmeza que debía marcharse en cuanto se hubiera divertido, y el señor Hsiang me prometió que contendría sus excesos.

Zacharias abrió la boca, pero no parecía existir un lenguaje lo bastante fuerte para condenar la conducta de Prunella. Aún no había conseguido acertar una frase adecuada cuando empezaron a descender.

Aterrizaron en un callejón estrecho, no muy lejos de la casa de lady Wythe, que estaba vacío por la lluvia. Al apearse, Prunella le dio unas palmaditas cariñosas a la nube.

—Vete con el Emperador de Jade, nubecita —dijo—. Qué criatura más encantadora, aunque me ha causado muchos problemas. No es justo culparla, de eso estoy segura. Supongo que las nubes no poseen ningún sentido de la moralidad, ¿verdad?

—Prunella —intervino Zacharias con gran sentimiento—, me sentiría muy agradecido si me contaras qué pretendías exactamente al liberar un monstruo de rayos en Hyde Park.

—En circunstancias normales, no habría soñado con crear un monstruo así, por supuesto, pero era inevitable. La señora Gray es la más cotilla de la ciudad, y Sophia y ella me reconocieron enseguida. No podía permitir que se marcharan tras verme volando por ahí en una nube, sobre todo después de lo que dijo esa exasperante sibila.

—¿Qué sibila?

—Ay, claro, no te lo he contado —replicó Prunella, llena de culpa—.

Era mi intención hacerlo, ¡pero había tantas cosas en las que pensar! Sin embargo, ahora no hay tiempo para eso. Cuando lleguemos a casa de lady Wythe, debo subir a mi dormitorio y desmayarme en el sofá, y tú debes descubrirme y pedir sales. Cuando despierte, explicaré que un hechicero extranjero me secuestró mientras hacía mi ejercicio matutino por el parque.

—¿Que te ha secuestrado un hechicero extranjero? —inquirió Zacharias desconcertado.

—Sí, ¿a que es ingenioso? La historia es muy bonita y la pensé en un momento mientras volaba para recogerte. Me vio mientras paseaba en una nube y se enamoró apasionadamente de mí en el acto. No pensaba conformarse con nada, solo con secuestrarme y llevarme a su país natal. Sin embargo, yo protesté y, para asustarme y que le obedeciera, invocó a un

monstruo de rayos. Pero no siguió sus órdenes, pues el monstruo se volvió en su contra y, en la confusión de la batalla, pude escapar.

—¿Y qué ha dicho el señor Hsiang sobre tu extraordinaria historia?

—Bueno, es un caballero consumado, como ya sabes, y ha sido muy amable por acceder a quedarse y pelear contra el monstruo. Aunque no estoy segura de si ha entendido los detalles de la historia. Sin embargo, poco importa ya, porque regresará a China en cuanto el monstruo desaparezca y no estará por aquí para que lo interroguen. Debo decir que todo ha salido a las mil maravillas.

Zacharias la escuchaba con creciente inquietud.

—Mi querida Prunella, ¿no te das cuenta del desastre diplomático que tu historia causará si te creen? Los filósofos antinaturales no son conocidos por su caballerosidad, pero la Sociedad no podría pasar por alto semejante afrenta como la de un mago extranjero intentando huir con una joven dama.

La Sociedad ya está furiosa tras la huida de Mak Genggang y esto, para más inri, la pondrá en contra de todos los magos foráneos. No me cabe la menor duda de que la Sociedad propondrá una moción para romper el tratado que impide una guerra mágica. Lo tendré en mi mesa mañana por la mañana, con una gramática espantosa y mal escrito.

—Ah —dijo Prunella. No obstante, su ánimo solo decayó un momento.

Enseguida se emocionó de nuevo y dijo—: Entonces le diré a todo el mundo que es secreto y que no deben contárselo a nadie.

—En ese caso, toda la ciudad lo sabrá esta noche.

—Sí, pero no de forma oficial. Solo será un rumor. Se lo confiaré a todo el mundo y permitiré que crean que hay una parte del secreto que solo le he contado a esa persona, porque confío especialmente en ella. —Se detuvo un momento para reflexionar—. Quizá les sugiera a las mujeres que me gustaría mantener cierta discreción respecto a la historia porque me he enamorado un poco del señor Hsiang y casi lamento haber defendido mi

virtud. Con los hombres, por supuesto, tendré que utilizar una táctica distinta.

—Tu ingenio amoral para conseguir lo que te interesa es impactante —

replicó Zacharias con severidad.

—Lo es, ¿a que sí? —respondió Prunella, complacida.

La lluvia había disminuido hasta convertirse en una llovizna fina cuando se acercaron a la residencia de lady Wythe.

—Creo que es mejor que llegues un poco tarde y le preguntes a Lucy por mí

—le indicó Prunella, con la apariencia de alguien que lleva un tiempo reflexionando sobre el asunto—. Dejemos que ella me descubra inconsciente. Seguro que así los convencemos más.

—Es una forma excelente de poner histérica a Lucy, pero supongo que eso solo es un pequeño inconveniente.

—¡Ay, cascarrabias! Lucy no es tan pobre de ánimo. Seguro que intentará despertarme con una bofetada, ¡y seré yo quien sufra! —Compuso una expresión melancólica, pero no pudo mantenerla, porque la alegría del plan seguía reflejándose en su rostro—. Espera aquí, Zacharias, y sígueme dentro de diez minutos.

Zacharias la vio echar un vistazo a la entrada de los criados por debajo del nivel de la calle, retroceder de un salto y subir los peldaños

de la puerta principal. Acto seguido, Prunella miró por la ventana, asintió, apoyó la mano en la puerta y entró en la casa.

Su grito azotó los oídos de Zacharias como un látigo.

El hechicero atravesó la calle antes de pararse a pensar.

Subió los escalones de un salto e irrumpió en el vestíbulo. La inundación lo habría arrastrado si no se hubiera sujetado a tiempo al marco de la puerta.

El vestíbulo se había convertido en un río. Pasaba a toda velocidad junto a Zacharias, fluyendo por los peldaños hasta la calle. Prunella se debatía con determinación. El agua le cubrió la cabeza y los rizos oscuros desaparecieron. El corazón de Zacharias se detuvo, pero la joven reapareció en el otro extremo del recibidor, luchó por subir la escalera y se aferró al pasamanos, jadeando.

—Estoy bien —dijo, aunque su aspecto la contradecía. Tenía los ojos desorbitados y los labios pálidos—. ¡No soportaría ahogarme! ¡Debe de ser la peor forma de morir! —Le sobrevino un ataque de tos, pero, cuando pudo respirar, exclamó—: ¡Zacharias, abre mi bolso, por favor!

El joven casi se había olvidado de los familiares. Llevaba el bolso guardado en el abrigo. Lo buscó a tientas y los familiares salieron a toda prisa, graznando, relinchando y maldiciendo, respectivamente.

—¿Qué hago? —preguntó Prunella.

—Busca la fuente —respondió Zacharias. El agua no dejaba de subir, aunque no sabía de dónde procedía. Notó el sabor a sal en los labios —. El charco y el fuego eran pura magia, usada solo para que se pareciera a esos elementos, pero esta es agua real, traída de alguna parte. La fuente debe de estar aquí. Encuéntrala y podremos detenerla.

El unicornio había atravesado a duras penas el agua hasta alcanzar la escalera. Prunella soltó el pasamanos para subirse a su lomo. Había crecido lo suficiente para poder sostenerla, aunque Prunella parecía estar a horcajadas sobre un perro grande.

—¡Querida Youko! Nidget, Tjandra, encontrad la fuente del maleficio si podéis, queridos míos.

El simurg ya estaba sumergiéndose y saliendo del agua, lanzándose

como una gaviota en busca de peces; estornudaba y sacudía su cabeza de niño con vigor cada vez que emergía de nuevo. Nidget escaló hasta lo alto del reloj que había en el vestíbulo, una antigüedad elegante que lady Wythe

conservaba más en recuerdo de sus abuelos que porque diera la hora en condiciones. Ese incidente estropearía su belleza y arruinaría lo poco que le quedaba de precisión, porque el reloj estaba medio sumergido.

Zacharias estaba ocupado conjurando hechizos para evitar que el agua subiera más y para identificar la fuente, pero se distrajo al oír un gorjeo indignado de Tjandra.

—¡Tjandra, es muy cruel llamar cobarde a Nidget! —replicó Prunella —.

Estoy segura de que hace todo lo que puede y a nadie le gustaría que se ahogara. Tú puedes volar, pero si Nidget cayera al agua y no supiera nadar, pues… ¡Oh!

Nidget se había inclinado por el borde del reloj y había caído de repente al agua.

—¡Nidget! —gritó Prunella.

El unicornio se adentró de nuevo en el agua, aunque no parecía demasiado feliz de hacerlo. Sin embargo, no había dado ni dos pasos cuando Nidget salió de un salto, agarrándose de nuevo al reloj como si fuera un mono blanco y calvo.

—La tengo —anunció.

Sostenía una bola metálica que cambiaba de color: verde, azul, gris. Aún chorreaba agua de ella, pero Nidget la sacudió.

—¡Detente, perversa maldición!

El agua empezó a drenarse del vestíbulo. Zacharias bajó el báculo y vio a lady Wythe de pie en lo alto de las escaleras.

—Santo cielo —dijo esta.

Zacharias y Prunella acababan de acomodarse delante de un buen fuego, cada uno con una buena ración de vino caliente, cuando los interrumpió una

incursión: Damerell, por una vez con aspecto angustiado, seguido por un compungido Rollo.

—Discúlpeme, señora, pero debo irrumpir en esta escena familiar tan encantadora —dijo Damerell, inclinándose ante lady Wythe—. Hemos recibido unas noticias que, me parece, querrán oír enseguida.

Miró expectante a Rollo, que añadió:

—Siento ser el portador de unas noticias tan terribles, Zacharias, pero me he adentrado en los sueños de Midsomer y planea adelantar el Hallett a mañana. Su plan es aprobar la moción por la mañana en una votación y luego ir directamente desde la Sociedad a apresarte. Ya han llevado una mesa a la Sociedad y algunas vasijas.

—¿Vasijas? —preguntó Prunella.

—Para la sangre —explicó Zacharias. Era muy consciente de la mirada consternada de lady Wythe y se esforzó tanto en ocultar su angustia que, en consecuencia, su tono sonó bastante monótono, como si aquel tema no le concerniera.

Sabía que el momento se acercaba, por supuesto, pero pensaba que disponía de más tiempo. A lo mejor una parte de él había creído que no ocurriría de verdad; se había negado a creer, a pesar de todas las pruebas, que sus colegas acabarían por llevar a cabo semejante atrocidad. ¿Acaso, en su odio, lo veían como una amenaza tan importante? ¿O quizá era al revés?

¿Acaso lo consideraban de tan poco valor que no pensaban tratarlo mejor que a un perro? ¿Qué era, al fin y al cabo, la muerte de un hombre negro comparada con el ascenso de Midsomer?

—Será mejor que te marches de la ciudad enseguida, Zacharias —dijo lady Wythe. Se levantó, tranquila a pesar de su palidez—. De hecho, nada te impide marcharte ahora mismo. Lucy empacará la ropa que tengas aquí y puedes viajar en mi carruaje. Prewitt es la discreción en persona y te llevará tan lejos como necesites.

Su voz calmó a Zacharias; le resultaba muy serena, tan familiar y querida.

Sin embargo, no respondió de inmediato, sino que se quedó sentado con la cabeza gacha.

Podía huir, pero lo perseguirían con facilidad. Aunque se disfrazara,

para él sería imposible pasar desapercibido en cualquier lugar de Gran Bretaña. Y

no soportaba la idea de huir de Midsomer; daba igual cuántos familiares hubiera invocado, ese hombre no era ni la mitad de hechicero que él, y ni todos sus planes y conspiraciones cambiaban ese hecho.

Pero había algo más digno que el orgullo y más importante que el pragmatismo: el deber. Su deber requería que Zacharias se mantuviera firme.

Aún tenía mucho trabajo por hacer y demasiadas promesas que cumplir como para renunciar a ser hechicero real.

—Le agradezco su bondad —contestó al fin—, pero no iré a ninguna parte.

Le he asegurado a Mak Genggang que resolveré su disputa con nuestro país y dejaría demasiados asuntos pendientes si me marcho. No creo que las circunstancias sean tan desesperadas. Midsomer aún no ha conseguido deshacerse de mí y no hay ningún motivo por el que sus esfuerzos deban empezar a dar fruto ahora.

—Alabo tu valor, Zacharias, pero no seas imprudente —repuso Damerell

—. Los partidarios de Midsomer no son la Sociedad en pleno, pero son numerosos y ha elegido como aliados a los más irracionales, los más furiosos y los más firmes detractores de tu existencia. Acabarás enfrentándote a una turba.

—Creo que aún poseo suficientes recursos para enfrentarme a una turba de taumaturgos furiosos —replicó Zacharias.

Recogió su báculo y lo inspeccionó como si comprobara su robustez.

—Me parece mucho alboroto por un puesto que no te gusta —señaló Rollo

—. Midsomer es un despreciable, por supuesto, pero si tanto interés tiene en

ser hechicero real, ¿por qué no se lo permites? Pensaba que no te gustaba serlo.

Zacharias dudó, mirando a lady Wythe. Habría hablado con más franqueza con Damerell y Rollo, que conocían sus auténticos sentimientos respecto a su cargo. Pero era reticente a explicar su descontento ante lady Wythe, puesto que el mayor deseo de sir Stephen había sido que Zacharias le sucediera.

—No le entregaré el báculo a Midsomer —respondió—. Su conducta no me proporciona ninguna confianza en que sea el más apropiado para el cargo.

Yo no sería digno de mi título si le cediera con tanta presteza el báculo.

—A mí todo me parece absurdo —intervino Prunella—. ¡Pensar que tienes que soportar maleficios e inundaciones y política por un báculo, cuando tu única recompensa es trabajar sin cesar y que la Sociedad te maltrate por ello!

—¿Inundaciones? —preguntó Damerell.

—¿No se ha fijado en el estado del vestíbulo cuando ha entrado? —dijo Prunella. Dudó un momento, pero luego abrió la mano para enseñar el orbe que Nidget había encontrado—. Esto lo causó.

—Ah, no hemos entrado por el vestíbulo —contestó Rollo, pero Damerell soltó un largo silbido grave.

—¿Qué es? —inquirió lady Wythe.

—O alguien le tiene tanta estima a Zacharias que desea ahorrarle el sacrificio —dijo Damerell— o alguien le odia tanto que no puede esperar a que ejecuten el Hallett. Eso es una maldición.

—No es una maldición —repuso Prunella—. Quiero decir, creía que se usaba para transmitir mensajes… ¿No, Zacharias? —Alzó el orbe hacia Zacharias, que lo cogió.

—Nunca había visto nada igual.

—Yo solo los he visto usados para transmitir maldad —replicó Damerell—.

Son difíciles de encontrar en este país, porque aún no hemos descubierto el secreto de su producción. Los que yo he visto eran de la India.

El orbe era sorprendentemente pesado en la mano de Zacharias.

Inspeccionó los puntos de su superficie, ordenados en un patrón uniforme.

—Esto son palabras —observó.

—Las maldiciones se suelen escribir con una exaltación de su dueño o una descripción de sus intenciones —dijo Damerell; se había unido a Zacharias en el estudio del orbe—. A mí me parece un idioma de las hadas.

Las marcas de la cantinela son muy similares a las que se ven en algunos dialectos de banshee. ¿Puedes leerlo, Rollo?

Rollo lo intentó, pero fue incapaz de descifrar las palabras.

—Tuve una institutriz banshee e intentó metérmelo en el coco —explicó

—. El director la despachó en uno de sus arrebatos de furia, por desgracia.

Pero quizá sea mejor así. La maldición causó una inundación, ¿no, señorita Gentleman? Se pueden guardar varios hechizos en estos… cómo se llaman…

Nosotros, en mi familia, los llamamos guardasecretos. Leer la inscripción en voz alta revela los otros secretos, aunque es posible que los de este sean desagradables. Lo mejor sería borrar el escrito, ¿no crees, Poggs?

—Opino lo mismo, Rollo.

—No creo que debamos eliminarlo aún —terció Prunella, recuperando el orbe de la mano de Rollo—. Deberíamos aprender antes todo lo que podamos sobre sus secretos. —Se lo acercó al ojo—. De todos modos, no sé cómo podríamos quitarlo. Está grabado en el metal y seguro que es mágico.

—Ah, eso es muy sencillo —dijo Rollo—. ¡Con una llamarada de fuego de dragón bastará!

CAPÍTULO 22

Prunella había pensado que la vida en Londres estaría llena de coqueteos y bailes y vestidos; de dar golpecitos a atentos pretendientes

en el hombro con un abanico y de desayunar tarde cuencos de chocolate. Ahora suspiraba ante su ingenuidad. Poco había imaginado que la vida en Londres consistía, de hecho, en maleficios y asesinatos y política taumatúrgica… ¡y que siempre se levantaría temprano por un motivo u otro!

No pudo evitar sentir un pinchazo de culpa cuando el pestillo se cerró detrás de ella. El orbe que los había inundado estaba en su bolso, junto a los familiares, que se habían encogido para poder transportarlos mejor.

Pero ¿por qué debía sentirse culpable? Había dejado una nota explicando su objetivo. Zacharias no estaría nada contento de que hubiera ido sola, pero él no podía acompañarla. Había sufrido otro de sus ataques la noche anterior y se había retirado, con el semblante gris de sufrimiento, ante la insistencia de lady Wythe.

Prunella había reconocido el extraño artefacto enseguida. Era idéntico al que había visto en la casa de los Midsomer. Pensó que debía ser el mismo, pero sabía tan poco sobre los orbes cantores que no estaba segura. Sin embargo, no pasaría nada por acudir con discreción a esa casa y ver si el orbe que había visto antes seguía allí. Si no, esa era la prueba que Zacharias necesitaba para acusar al señor Midsomer de su crimen.

Prunella también tenía una misión personal. Había examinado su orbe cantor la noche anterior, en la soledad de su dormitorio, y ahora le resultaba evidente que lo que había tomado por simples grabados ornamentales (los bucles y espirales tallados sobre la superficie) eran palabras, aunque en un alfabeto tan desconocido que no lo había reconocido como tal.

En cuanto a ese alfabeto, su guía fue el nombre de Seringapatam, el que había mencionado el señor Hsiang. La espectacular caída de la corte del sultán Tipu en Seringapatam había sido una victoria tan importante que

nadie la olvidaría pronto: una victoria que había asegurado el vasto reino de Mysore para Gran Bretaña.

Todo encajaba. Su padre había regresado a Inglaterra de la India, y su madre… Pero Prunella pronto sabría más sobre su madre. Quizá descubriera algo de utilidad sobre su propio orbe cantor mientras investigaba el de los Midsomer. Quizá hasta tuviera oportunidad de interrogar a la sibila, ahora que entendía su misteriosa referencia a la

Gran Hechicera.

Cuando Prunella se acercó a la casa de los Midsomer, la quietud reinaba en el edificio. La fachada parecía un solemne rostro blanco.

—Como una persona infeliz —les dijo a sus familiares.

No fue complicado localizar una ventana que diera a la sala donde colgaba el cuadro de la sibila. Estaba en la primera planta, según recordaba Prunella, pero eso no suponía ningún obstáculo. Murmuró la fórmula que había aprendido el día anterior para invocar una nube, montó en ella y flotó hasta la ventana, con Nidget bajo el brazo.

Un breve examen de la sala a través del cristal le confirmó a Prunella que no había nadie. Otro minuto de hechizos abrió la ventana, y Prunella entró en la casa, con Nidget a la zaga.

—Vaya, pues ha sido bastante fácil —comentó, limpiándose el polvo de la ropa—. No sé por qué no hay más taumaturgos ladrones. Si no encuentro a un caballero rico con el que casarme, Nidget, siempre podemos recurrir a los robos para ganarnos la vida. Aunque supongo que Zacharias no lo aprobaría.

—Me temo que estoy de acuerdo con él —contestó una voz que, sin duda alguna, no pertenecía a Nidget.

Prunella dio un salto y agarró a Nidget, mirando a la mujer que se levantaba de un sofá en el otro extremo de la sala. Estaba situado en un ángulo que había ocultado a la dama de la vista de Prunella cuando examinó la habitación a través de la ventana.

—Así que eres una hechicera —dijo la señora Midsomer con amargura

—. Midsomer juró que no había ninguna en Inglaterra.

Prunella enderezó la espalda. Se hallaba en una situación extraña para que la detectaran, pero no podía hacer nada. Negarlo sería inútil. Solo podía afrontarlo con atrevimiento y agradecer que Tjandra y Youko no hubieran entrado con ella.

—Soy la primera y he elegido no revelar mis poderes a la Sociedad —

replicó, y no pudo evitar añadir—: Aunque no me sorprende que el señor Midsomer se equivoque. ¡Erra en todas las cosas!

—En eso también debo coincidir —dijo la señora Midsomer, bajándole los humos a la joven—. Si hubiera sabido que era tan estúpido, nunca me habría ido con él. Sin embargo, he jurado servirle y, como ahora estamos unidos, supongo que tengo la obligación de ofenderme ante tu insulto.

—No hay ningún insulto que le pueda dirigir al señor Midsomer que no se merezca. ¡Debería oírlos todos y defenderse en persona si puede! ¿Dónde está?

—¿No lo sabes? —inquirió la señora Midsomer con una sonrisita extraña

—. ¡Y pensar que Geoffrey se preocupó tanto cuando le dijeron que habías venido a nuestra fiesta! Le dije que no eras importante y que debía centrarse en el hechicero real. Geoffrey tiene la ingenua costumbre de ver enemigos allá donde mire.

—Tiene razón en preocuparse por mí —declaró Prunella—. Soy su enemiga y sé lo que trama. ¡Dígale que he encontrado esto!

Y extrajo el orbe con una floritura.

—¿De dónde lo has sacado? —soltó la señora Midsomer con brusquedad—.

¡No es tuyo!

—Claro que no lo es —dijo Prunella, cerrando la mano alrededor del orbe

—. Yo no tengo la costumbre de ir asesinando hechiceros reales. Pero el

señor Midsomer sí que la tiene… ¡y rendirá cuentas por ello!

La señora Midsomer abrió mucho los ojos grises y dio un paso adelante, estirando la mano para agarrar a Prunella por el brazo.

—¿Funcionó? ¿Zacharias Wythe ha muerto?

Prunella apartó el brazo, asqueada.

—No lamento decepcionarla, pero no, no ha muerto. Es mucho más difícil matarlo de lo que su amo parece creer. ¡Y debo decir que es un asesino absurdamente inútil!

—¡Mi amo! —espetó la señora Midsomer—. ¡Él no sabe nada! —Le arrebató el orbe a Prunella, moviéndose con tanta rapidez que la joven lo perdió antes de saber lo que estaba pasando—. No deberías coger lo que no te pertenece.

Siempre hablaba con un ligero acento encantador de origen indeterminado.

En ese momento se acentuó e incluso su propia voz pareció cambiar. Poseía unas inflexiones graves que no eran del todo humanas, sino que recordaban al choque de los truenos y al rugido profundo del mar. La sombra de la señora Midsomer creció, expandiéndose a tanta velocidad que llenó la habitación.

Prunella retrocedió un paso y luego otro. Nidget estaba tenso en sus brazos, listo para saltar. Notaba la presencia de los otros dos familiares en el exterior. Había tratado de retenerlos, pero, si no suprimía su miedo acuciante, no tardarían en irrumpir en la casa. Chocó con una mesa y miró a su alrededor. El cuadro de la sibila estaba detrás de ella.

—¡Has sido una tonta de remate, mocosa! —exclamó la señora Midsomer con voz grave e inhumana—. Zacharias Wythe se habrá escapado de nuevo,

¡pero no creas que tú vas a tener tanta suerte!

—Sibila —llamó Prunella, y se alegró de que su voz resonase sin apenas temblar—. Dime, por favor, ¿quién es la señora Midsomer?

—Lorelei —respondió la sibila a su espalda—. Monstruo, sirena…

Asesina en deseo, aunque no por obra. ¡Y una mujerzuela

insignificante como ninguna que haya conocido antes!

—¡Calla! —espetó la señora Midsomer y le lanzó el orbe a Prunella.

Una luz multicolor brotó de él: verde, púrpura, azul y rojo. Cada rayo de luz era una maldición y atravesaron volando la sala hacia Prunella.

—¡Nidget! ¡Youko! ¡Tjandra! —gritó—. ¡A mí!

Las sienes de Zacharias palpitaban mientras bajaba corriendo las escaleras.

Había pasado la noche en la habitación de invitados de lady Wythe y, como consecuencia, se había quedado dormido. Siempre pasaba lo mismo cuando lady Wythe estaba presente para invalidar sus órdenes de que lo despertaran a una hora u otra.

—¡Tonterías! —decía ella—. Zacharias debe descansar. Sería muy cruel despertarle. Inténtalo, Lucy, y tendrás que buscarte otra casa en la que trabajar.

No obstante, había sido Lucy quien lo había despertado al final, y por orden de lady Wythe. La dama se levantó, retorciéndose las manos, cuando Zacharias entró en la sala de estar. Damerell también estaba allí, paseando de un lado a otro hasta formar un surco en la alfombra, mientras musitaba una fórmula entre dientes.

—Ay, Zacharias —se lamentó lady Wythe—. ¡La pobre muchacha huérfana! Me siento culpable, de verdad. Nunca debería haber accedido a avalarla para que se estableciera en sociedad. Debería haberme esforzado más en explicarle que se estaba comportando de un modo disparatado. ¡Y

este es el resultado!

La nota que le entregó a Zacharias contenía unas líneas en la letra redonda y desgarbada de Prunella.

Querida lady Wythe:

Para cuando lea estas palabras, ya me habré ido. Le ruego no se alarme: volveré antes de que se dé cuenta. Pero preséntele mis más sinceras

disculpas al señor Wythe si me pierdo la lección de hoy. Cuando

regrese,

¡traeré una GRAN SORPRESA! Ahora no puedo decirle a qué me refiero, pero espere y lo verá. Dígale al señor Wythe que me he l evado mi maletín y que planeo usar lo que aprendí con su amigo, el señor Hsiang.

Su afectísima y humilde servidora, *etc.*

—¿Qué significa esto? —preguntó Zacharias.

—¡Diantres! ¿No puede estarse quieta? —exclamó Damerell—. El encantamiento no podrá localizarla si sigue revoloteando por ahí. —Cuando Zacharias lo miró, explicó—: Vine preparado para pelear en una emboscada mágica, pero he acabado envuelto en un melodrama doméstico. Y, lo que es peor, tengo problemas con el maldito localizador de Murchie, un hechizo que

nunca me ha gustado. De hecho —añadió, dirigiéndose a lady Wythe —, creo que es poco probable que la señorita Gentleman haya hecho lo que usted más teme, señora. Es demasiado sensata para huir con un hombre al que conoce desde hace un día, sin tener ninguna certeza sobre su renta.

—¿Cree que se ha fugado para casarse? —preguntó Zacharias, pero lady Wythe vaciló.

—Es terrible pensar eso de ella. Pero es la única forma de entender la nota de Prunella: que su raptor ha reaparecido y le ha repetido su oferta.

Ayer me dio la impresión, mientras me lo contaba, de que se arrepentía de haberlo rechazado. Sería imprudente por su parte aceptar, claro, pero es muy joven y le falta la guía de unos principios firmes. ¡Y, para un hombre poco honesto, es muy fácil aprovecharse de una joven atolondrada!

Zacharias,

¿conoces al caballero que quería huir con ella?

Zacharias murmuró que sí, se conocían, pero que había habido un malentendido. El señor Hsiang era muy caballeroso, nada dado a secuestrar jóvenes damas… Y, además, ya tenía tres esposas.

—Y lo atormentan tanto que a menudo ha expresado su

arrepentimiento de no haberse conformado con una —concluyó—. No, no creo que haya huido con Hsiang.

Estaba preocupado, pero por un motivo muy diferente. Zacharias no sabía por qué se había llevado Prunella a los familiares, aunque sospechaba que la joven tenía un plan. La idea lo llenó de temor.

El rostro pálido y asustado de un criado apareció por la puerta.

—Discúlpeme, señora. He dicho que no está usted en casa, pero vienen desde la Sociedad y dicen que no se marcharán hagamos lo que hagamos.

Y, por una vez, Damerell renunció a su autocontrol hasta el punto de perder visiblemente la paciencia.

—Bueno, ¿y ahora qué pasa? —gritó.

Zacharias abrió la puerta para encontrarse a un grupo de magos en el umbral de lady Wythe. Midsomer se hallaba entre ellos.

—Zacharias Wythe, se requiere su presencia ante el comité directivo de la Real Sociedad de Filósofos Antinaturales para entregar su báculo —

anunció uno de los hombres, entregándole un pergamino—. En una reunión celebrada esta mañana, se propuso que el procedimiento de Hallett se llevara a cabo hoy mismo. La votación se aprobó por mayoría.

Zacharias aceptó el pergamino en silencio.

Damerell examinó al grupo de taumaturgos con una mirada de desprecio extremo y terminó con el hombre que había hablado.

—Vaya, Cullip, menudo mago estás hecho. ¡Wythe te dio ese trabajo!

Cullip se irguió todo lo que le permitía su altura.

—El comité me eligió como secretario porque creían que podía cumplir con mi deber. Y ahora, espero, lo estoy cumpliendo.

—Así es —dijo Zacharias con serenidad—. Caballeros, enseguida los acompaño. Damerell, si tienes la amabilidad de decirle a lady Wythe…

—No pienso decirle nada a lady Wythe —atajó Damerell. No solía perder los estribos, pero nunca hacía nada a medias—. Decían que un

hombre se convertía en mago cuando era demasiado calculador para el Parlamento, demasiado sanguinario para el ejército y demasiado sodomita para la armada. Pero este no es el fin de los tiempos. Aún debemos intentar merecernos el apelativo de personas civilizadas. ¿Con qué fundamentos proponen despojar al señor Wythe de su báculo? Incluso Hallett fue destituido por un motivo, aunque fuera falso. Díganme, ¿qué cuento se han inventado ahora?

Cullip se había tornado de un rosa oscuro.

—Es de dominio público que Zacharias Wythe asesinó a sir Stephen Wythe,

¡su predecesor, su benefactor y el hombre que le dio su apellido! Y, si acaso era posible hacer algo aún peor, lo ha hecho, pues también asesinó a su familiar Leofric, que había servido a los hechiceros reales de Inglaterra desde tiempos inmemoriales. ¡Y ahora Wythe pretende robar a los ingleses honestos su magia para dársela a mujeres y extranjeros!

—Menuda retahíla tan extraordinaria de acusaciones —replicó Zacharias—.

¿En qué se basan para afirmar que he cometido esos crímenes?

Se esforzó en mantener un tono ligero, pero su corazón se encogió al ver la expresión de Midsomer. Esa era la oportunidad que su enemigo llevaba tiempo esperando.

—¿Acaso niega, señor, que la corte mágica ha retenido a propósito la magia de Gran Bretaña a petición de un grupo de vampiras malayas? —

acusó Midsomer—. ¿Y no fue usted quien recibió a su líder cuando llegó a Inglaterra para planear su venganza? ¿No fue usted quien la defendió y urdió su huida cuando la encerraron por atacar con violencia a una mujer inglesa?

—No he oído que la señora Midsomer sufriera mayor agravio que la pérdida de su turbante —terció Damerell—. De hecho, tras ver el turbante en cuestión, me inclino a pensar que la bruja le hizo un favor.

Zacharias le dirigió una mirada de advertencia. A Midsomer le contestó:

—Descubrí hace poco el bloqueo de la magia inglesa y el motivo. Si usted lo sabía de antemano, señor, me sorprende que no informara de ello antes.

Ya podríamos haber encontrado una solución si estas circunstancias se hubieran explicado a la Sociedad. Pero parece que usted prefirió fomentar la discordia entre nuestros colegas.

—He trabajado para asegurar la expulsión de un asesino, de un ladrón y de un traidor del más alto cargo de la taumaturgia inglesa —repuso Midsomer con frialdad—. A usted no le corresponde juzgar el valor de mis esfuerzos.

Sin embargo, si desea defenderse, puede hacerlo ante el comité directivo.

No me cabe duda de que el comité considerará cualquier alegato que haga a modo de mitigación.

—Sí, todo será muy legal, estoy seguro —dijo Damerell, fulminándolo con la mirada—. No va falto de perseverancia, Midsomer. No esperaba menos de usted que, tras fracasar en todos sus intentos de asesinar a Wythe, venga a llamar a su puerta para exigirle que ponga el cuello en la soga.

—¿Me está llamando asesino? —inquirió Midsomer, intentando sonreír

—. Pero el Hallett es un recurso legal, como sabrá, y uno muy antiguo.

—Ah, no —respondió Damerell. Le relucían los ojos—. Le estoy llamando incompetente y a sus comesapos les estoy llamando panda de cobardes por querer matar a un hombre a través de un comité.

El rostro de Midsomer se ensombreció. Cullip dio un paso al frente, sacando una varita de su abrigo. Detrás de él se alzó un cántico rabioso, compuesto por múltiples voces.

Damerell alzó las manos. El cielo se volvió oscuro, aunque era por la mañana. Las lámparas de la calle adquirieron un macabro brillo púrpura.

Cada hombre estaba envuelto por una luz verde, y el espeso olor a magia les inundaba la nariz cada vez que respiraban.

—Caballeros, les ruego mantengan la calma —intervino Zacharias,

pero ya había empezado a pensar en la contrafórmula.

Fue pura casualidad que alzara la mirada mientras rebuscaba las sílabas correctas en su memoria y viera a Prunella en el cielo, avanzando a toda velocidad hacia ellos sobre una nube.

Gritaba mientras se acercaba y, cuando saltó de la nube, Zacharias vio que estaba empapada, con el pelo pegado a la cabeza y el vestido ceñido al cuerpo.

—Ha huido —jadeó—. Se ha escondido en el mar, la muy cobarde, y no quiere salir por muchas cosas feas que le diga. La tenía… ¡Ay, la tenía agarrada por la cola! Llevo una eternidad buscándola, pero cuanto más tiempo pase escondida, más probable será que no la encontremos nunca. Es su reino, claro, así que conocerá los mejores recovecos para esconderse.

Debes venir enseguida a buscarla. ¡No podemos perder ni un momento!

—¡Prunella, querida, estás empapada! —gritó lady Wythe. Apareció de repente para sorpresa de los taumaturgos allí reunidos, que no la habían visto detrás de la puerta—. ¿Dónde has estado? No te expliques ahora, que debemos secarte enseguida. Ah… ¿Qué tal están, caballeros?

El siniestro cántico había enmudecido ante la aparición de lady Wythe.

Cullip se guardó la varita en el abrigo y musitó:

—Muy bien, señora, ¿y usted? ¡Ejem! Siento alterarle la mañana con asuntos de la Sociedad.

—No se preocupe —repuso lady Wythe, sonriendo—. Perdónenme que les pregunte, pero ¿los asuntos de la Sociedad no podrían tramitarse en otro lugar que no sea la puerta de mi casa? Tengo aquí a una joven dama que se resfriará si no actuamos con rapidez, y Zacharias aún no ha desayunado.

Estos contratiempos domésticos no serán de gran importancia para ustedes, caballeros, pero sé que se los consentirán a esta simple mujer.

Los taumaturgos vacilaron. Lady Wythe poseía mucha autoridad natural; la Sociedad aún la tenía en alta estima y sabía cómo manejar a los magos.

Había resistido la tentación de apresurarse a salir y armar un escándalo, mostrándose en ese preciso instante tras considerarlo, y lo habría conseguido de no ser por Prunella.

—Zacharias tendrá que retrasar su desayuno —dijo esta con firmeza —.

Debemos marcharnos a matar al hada que ha intentado asesinarle.

Midsomer había empezado a hablar, pero cerró la boca de golpe.

Zacharias miraba a Prunella, desconcertado.

—¿Qué hada?

—Lo hemos entendido todo mal, Zacharias. No es el señor Midsomer quien te puso esas terribles trampas, ¡sino su familiar! Verás, vi el orbe en la fiesta (o sea, la maldición), así que fui a su casa, pensando que podría averiguar si era el mismo. ¡Pero la señora Midsomer me atacó! Sin embargo, conseguí derrotarla y mis fa… —Prunella se interrumpió, echando un vistazo a los taumaturgos—. Quiero decir, que creo que la culpa la superó, porque se convirtió en sirena y huyó al mar. La perseguí, pero al no encontrarla, pensé en regresar a buscar ayuda.

—¿Dónde está Midsomer? —preguntó Damerell de repente.

El hombre brillaba por su ausencia. Sus cómplices parecían tan perplejos como Damerell.

—Ah, ¿estaba aquí? —inquirió Prunella, mirando a su alrededor—.

Podríais haberlo dicho. Habrá ido a ayudarla, claro. No me sorprendería que la criatura estuviera ya en mitad del canal, con su marido a la zaga.

—¿Dónde la ha dejado? —dijo Damerell.

Prunella ya estaba montando de nuevo en su nube.

—Estaba en la costa de Lyme cuando me marché. Es mucha distancia, incluso para recorrerla en nube, pero hemos… Quiero decir, yo he hecho una modificación del hechizo del señor Hsiang que reduce las leguas a una velocidad insólita.

—Te seguiremos con otro método —replicó Zacharias, porque no le gustaban las alturas—. Damerell, ¿crees que sería prudente llamar a…?

—Ya lo he hecho. Caballeros, nos despedimos.

—¡El comité ha convocado a…! —farfulló Cullip, pero, antes de que pudiera terminar su protesta, Zacharias y Damerell habían desaparecido.

—Si tanto les preocupa lo que pensará el comité directivo, ¿puedo sugerirles que convoquen un cónclave para discutir este asunto? —dijo lady Wythe. Sus ojos relucían con un brillo peligroso—. Yo misma tengo un par de cosas que decirle al comité, pues parece que ha habido muchas irregularidades en este proceso, algo que nunca se habría permitido en la época de sir Stephen.

Aunque Cullip hubiera querido respetar la sugerencia de lady Wythe, habría tenido problemas para congregar un quórum adecuado para una reunión del comité. Un grupo de taumaturgos recibió a Zacharias en el Cobb, el espigón de Lyme Regis, entre los que se encontraban lord Burrow, la mayor parte de los miembros del comité directivo… y Geoffrey Midsomer.

—Señor Wythe —dijo Midsomer con pomposidad—. El comité ha sido convocado para presenciar, en persona, las muchas infracciones que ha cometido de sus obligaciones como hechicero real.

—Esto es muy irregular —protestó Damerell—. ¿No podían esperar a celebrar un juicio como es debido en la Sociedad?

Lord Burrow miró a Midsomer. El presidente del comité era ampliamente respetado por su integridad, aunque no apreciaba demasiado a Zacharias.

—Es poco habitual —concedió—, pero nada que los estatutos no hayan previsto. Nos han informado de que aquí veremos pruebas de los supuestos delitos del señor Wythe.

—Tanto da —dijo Zacharias antes de que Damerell pudiera responder

—. Pues también quiero presentar una denuncia ante el comité.

Era evidente que no podía esperar la llegada de las pruebas que ansiaba, las que sir Stephen aún se esforzaba por descubrir. Zacharias debía exponer su caso y esperar que ese entorno público e insólito

forzara a Midsomer a confesar.

—Habría preferido discutir esto en privado antes de poner en marcha la maquinaria formal de la Sociedad —le dijo a Midsomer—. Pero no me deja otra alternativa. ¿Niega que, hace dos meses, realizó una invocación ilegal, con la que redujo la magia atmosférica de Londres, para adquirir un familiar, una sirena que, hasta hace poco, se hacía pasar por su mujer?

Midsomer abrió los ojos de par en par. La mirada de lord Burrow pasó de Zacharias a su sobrino, ensombreciéndose. Parecía que su tío no se había enterado de lo que Midsomer les había contado a sus seguidores.

—¿Es eso cierto? —le preguntó.

—Ah, ¿por qué obcecarse en esa nimiedad? —intervino Damerell con malicia—. ¿Quién no ha soñado con invocar a un familiar? Deberíamos felicitar a Midsomer por convertirse, de un plumazo, en marido y hechicero.

No lo condenemos por su indiferencia ante un detalle tan nimio como la ley.

Midsomer pareció perder los estribos al transformarse de acusador en acusado. Con los ojos desorbitados, exclamó:

—¿Va a creer a un bastardo y a un negro antes que a su propio sobrino?

—Vaya, si dicen la verdad, entonces sí —respondió lord Burrow, pero un rugido procedente del cielo ahogó su voz.

—¡Maldito seas, charlatán deleznable! No consentiré que le hables así a Poggs. ¡No eres nadie para insultarle!

Una vasta sombra cayó sobre el mar agitado. En el cielo, un dragón dorado se acercaba a ellos a toda velocidad con las alas extendidas y humo saliéndole de las fauces.

Un gruñido de reconocimiento se elevó entre el comité. Lord Burrow, a quien el temor le otorgaba un aspecto más humano, se giró hacia Damerell.

—Dígame que ese no es Robert de Threlfall.

—¿No se me permite que mi propio familiar me asista? —repuso Damerell con altivez—. Soy un hechicero, por muy bastardo que sea también. Si la Sociedad desea que lo olvide, no debería insistir en enviarme tantas circulares. —A Rollo, que daba vueltas en el cielo, le gritó—: No pierdas los estribos, Rollo. Es absurdo esperar que un Midsomer se comporte como un caballero. No se lo tengas en cuenta, pero mira a ver si puedes encontrar la sirena de la que nos habló Prunella. Se ha escondido en el agua.

—¡Ahí está! —gritó Midsomer, con un aire tan triunfal que Zacharias y Damerell se lo quedaron mirando—. Esa es la prueba que les prometí. El señor Wythe buscaba despojar a los taumaturgos británicos de su derecho a la magia y dar ese poder a los indignos. Con este propósito, en secreto, ha educado a una fémina en la ciencia antinatural de la taumaturgia. Y ahí viene… ¡la bruja que ha entrenado!

Prunella desmontó de su nube, sin notar las miradas sorprendidas del comité.

—¿Aún no la han encontrado? —preguntó con desaprobación—. De verdad, no sé cómo se apañaban antes de conocerme. Parece que no pueden hacer nada sin mí.

La enorme cabeza escamosa de Rollo surgió del agua. Chapoteaba en el mar como un perro gigantesco.

—La sirena está por aquí, puedo sentirla —jadeó—. Pero creo que se ha vuelto invisible. Ah, ¿ya ha llegado, señorita Gentleman?

—¿Cómo estás, Rollo? —contestó Prunella.

Prunella y Rollo se habían hecho amigos enseguida durante la mentoría de Damerell en la alta sociedad, pero, hasta donde Zacharias sabía, Rollo nunca se había mostrado ante ella en su forma auténtica. Él prefería la humana, pues era más apropiada para tareas como inspeccionar carne de caballo en Tattersall's y jugar al *whist* en White's. Aun así, Prunella no parecía desconcertada por encontrarse a un dragón en vez de al dandi que conocía.

—Si eres tan amable de seguir buscando bajo el agua —dijo—, yo veré qué puedo hacer para ayudar.

Extendió las manos y unos rayos destellearon entre ellas. Las olas se alzaron como niños en un aula, empujándose y gruñendo mientras se ponían en pie. El pelo oscuro de Prunella flotaba a su espalda con el

viento salado que surgía del mar. Y habló con voz fuerte y sonora.

—Traedla ante mí. La sirena, la asesina, la que tiene cola de pez y ojos plateados. La mujer de los pies con escamas y dedos palmeados. La mujer de los muchos nombres: Lorelei, Laura Lee… ¡Esa que llaman señora Midsomer!

—¡Ja! —exclamó Rollo desde las profundidades. Salió del mar, salpicando a los magos que ocupaban el Cobb.

Sostenía algo entre las fauces. Levantándose sobre las patas traseras, lo dejó caer con suavidad en el suelo, donde se quedó boqueando como un pez varado.

Era la señora Midsomer.

CAPÍTULO 23

Era una situación en la que ni la mujer más elegante habría salido favorecida. Laura Midsomer (de soltera Lee, apodada Lorelei) sufrió más aún por no haber previsto su excursión marítima. Todavía iba ataviada con su atuendo diario de mujer mortal, vestida para no encontrarse con nada más húmedo que la primavera británica. Su torso estaba enfundado en un bolero con botones, cuyo grueso tejido escondía las curvas que su vestido empapado no podía evitar mostrar. Su cola, brillante y sinuosa, asomaba por los bajos de la falda.

Sin embargo, los hombres descubrieron enseguida que era mejor no mirarla con fijeza. Ese era el entorno natural de la señora Midsomer y su enfado la volvía incandescente de poder.

—¡Canallas! —espetó—. ¡Necios! ¡Enclenques! ¿Así es como me defiendes, Geoffrey? ¿Así defiendes a tu mujer, a quien juraste proteger?

¿Así defiendes al familiar a tu servicio? ¿Estos son tus amigos, los mejores magos de Inglaterra, que han permitido que una mocosa advenediza y su bestia de compañía me maltraten?

La bestia de compañía en cuestión estaba observando desde uno de los laterales del Cobb. Una expresión de asombro apareció en su rostro.

—Pero ¿qué es esto? —gritó Rollo, aunque nadie le prestó atención.

A Prunella la envolvía un halo verde; los restos del poder que había usado para su hechizo aún se aferraban a su cuerpo. El brillo que se

reflejaba en

sus ojos los hacía parecer oscuros y profundos, otorgándole el aspecto remoto de una diosa vengativa.

Extendió la mano y una bola de metal salió flotando del vestido destrozado de la señora Midsomer. La rodeaba la misma luz sobrecogedora que a Prunella. En las profundidades del orbe se reflejaba una imagen del mar, pequeña pero muy vívida. Las olas rompían contra la costa, gaviotas como motas blancas daban vueltas por la curva gris del cielo en miniatura, sus gritos solitarios resonaban como un contrapunto a las voces de los pájaros que volaban por el cielo sobre sus cabezas.

—Nuestra conversación fue interrumpida, señora Midsomer —dijo Prunella

—. Creo que esto le pertenece.

—Sabes muy bien que sí —gruñó la mujer—. ¿A santo de qué tenías que quitármelo?

—Ah, siempre me meto en los asuntos de los demás. Pero, en esta ocasión, tenía más motivos de los habituales para hacerlo. Ejercí mi derecho como aprendiz… —Alzó la mirada hacia Zacharias y sonrió —. Mi derecho como amiga. ¿Es usted la autora de los ataques contra la vida del señor Wythe?

Eso es lo único que quiero que responda.

—Esto es increíble —gritó Midsomer—. Caballeros, ¿acaso van a permitir que mi esposa sea interrogada por esta… esta…?

—¿Mocosa? —sugirió Prunella.

— *Magicienne* —añadió Zacharias. El comité directivo se lo quedó mirando fijamente—. ¿Necesitan más pruebas de sus habilidades? Como ustedes mismos han presenciado, la señorita Gentleman se ha formado siguiendo los principios más estrictos de la práctica taumatúrgica y se la puede llamar, con justicia, no bruja, sino *magicienne*. Aunque espero que un día podamos superar esta aversión irracional hacia las brujas, pues por lo general son artesanos y artesanas muy competentes, no peores en su conjunto que un grupo de taumaturgos.

—De verdad, Zacharias, este no es el momento para sermonear a estos

caballeros —exclamó Prunella—. ¿No ves que estamos a punto de extraerle a la señora Midsomer la confesión de que ha conspirado para asesinarte?

—Esas acusaciones no tienen fundamento —intervino Midsomer, sonrojado

—. Admito que aposté por el Hallett cuando quedó claro que el señor Wythe no era apto para su puesto. Ese parecía ser mi deber. ¡Sin embargo, la idea de que mi esposa o yo hayamos atentado contra un hermano taumaturgo es ridícula!

—No estoy diciendo nada sobre su participación. Me puedo creer que no tuvo nada que ver con ello —replicó Prunella con elegancia—. Su esposa, no obstante, es una asesina.

—¡Di mejor que aún no lo soy! —dijo la interpelada—. Si mis intentos de matar a Zacharias Wythe han fracasado, es solo porque no podía acceder por completo a mis poderes. El llorón de mi amo insistió en que me abstuviera de hacer magia para no revelar mi naturaleza. ¡Sin embargo, ahora que estoy en mi verdadera forma…!

—Ahí lo tiene —le dijo Prunella a Midsomer—. Ha intentado matar al señor Wythe. Lo ha dicho ella misma.

Hubo que reconocer que Midsomer parecía tan atónito como el resto de los presentes.

—No sabía nada de esto, Laura.

—Eso es porque no prestas atención —respondió la señora Midsomer con tono irascible—. No te lo he dicho una vez, te lo he dicho quinientas. No vine a tu reino por mi salud. Vine con un objetivo: descubrir al hechicero que había matado a mi amado y vengar su muerte. Una vez cumpla con mi propósito, regresaremos a mi hogar, a las gloriosas cavernas que mi tía, la reina, me ha legado, y a sus misteriosos mares subterráneos. Así que no hacía falta que te metieras en tantos menesteres con tu estúpida Sociedad.

Incluso si te convirtieras en hechicero real, no podrías serlo por mucho tiempo.

—Pero yo no sabía que tu amado estaba relacionado con Zacharias Wythe

—protestó Midsomer.

—¡Lo sabrías si me hubieras escuchado! —espetó su mujer—. Mi amado no se llamaba Leofric cuando lo conocí. Un mortal le dio ese nombre: el primer hechicero real. ¡Cuánto quería a ese mortal! Por él se marchó de mi lado y vivió su vida exiliado del Mundo de las Hadas. Pues servir al hechicero real era el único deseo de su corazón, y Zacharias Wythe lo mató, el muy traidor, villano… ¡asesino!

Elevó la voz hasta convertirla en un alarido estridente que se mezcló con el viento, agitando las olas con frenesí. Los magos se taparon los oídos. La señora Midsomer apoyó las manos en el suelo y, sin ningún esfuerzo, se lanzó de espaldas desde el Cobb, de vuelta al agua.

—Laura, ¿qué tramas? —gritó Midsomer.

—Está creciendo —dijo Zacharias.

El viento aullaba y los truenos retumbaban en el cielo. Empezó a llover; unas gotas gruesas cayeron de un cielo que se oscurecía por momentos.

—Creo que está enfadada —respondió Prunella con tranquilidad: su aura la mantenía seca.

Durante un breve instante tras la desaparición de la señora Midsomer, no hubo nada que ver entre el oleaje gris como el acero. Rollo se encaramó en el extremo rocoso del Cobb y apoyó la cabeza en el muro, con aspecto de tener algo muy importante que comunicar.

—Diría que… —Pero no pudo acabar la frase.

La señora Midsomer surgió del agua detrás de él y se elevó en el cielo, creciendo con una rapidez inconcebible.

Su cuerpo parecía ocupar el mundo: bloqueaba el horizonte y arrojaba una sombra sobre los magos apiñados en el muro. El encantamiento parecía abarcar todo en su persona, pues, a medida que crecía, también lo hacían las matas de algas que la cubrían, y el bonito colgante de ámbar que llevaba sobre el pecho se expandió hasta alcanzar la altura y la anchura de un hombre adulto.

—¡Midsomer! —bramó lord Burrow—. ¡Mira a tu esposa!

—Es imposible no verla —señaló Prunella.

—Piensa en la pesca, en los barcos… ¡Acabarán volcados si no ponemos fin a sus travesuras! —añadió lord Burrow—. Ejerce tu influencia, hombre.

¡Controla a tu mujer!

—Si piensa que está en mi poder controlar a Laura, señor —repuso Midsomer con cansancio—, entonces solo puedo decir que no ha prestado atención.

—¡Asesino! —aulló la señora Midsomer.

De las nubes de tormenta que se habían acumulado en el cielo extrajo un relámpago y se lo lanzó a Zacharias. Atravesó el aire con un estallido terrible y habría destrozado el muro si Zacharias no lo hubiera combatido con un hechizo. El rayo cayó en el mar y, de las olas borboteantes, se alzó vapor.

—¡Esto es una vergüenza! —exclamó Prunella—. Debería saber cuándo darse por vencida.

Saltó con agilidad del Cobb antes de que nadie pudiera detenerla y aterrizó sobre un caballo blanco: un corcel formado con la espuma de las olas y animado con magia.

—¡Arre, arre! —gritó Prunella, clavando los talones en los flancos de la criatura.

Y allá que fueron, a galope sobre el agitado mar, mientras la joven le gritaba impertinencias a la señora Midsomer.

—Damerell, convéncela de que vuelva, por favor —jadeó Zacharias.

Repeler los maleficios de la señora Midsomer requería toda su atención.

Eran hechizos perversos, diabólicamente complejos y cargados de malicia que le escocían en las manos mientras los purgaba.

—La señorita Gentleman lo hará muy bien —dijo Damerell, casi sin mirar la pequeña silueta que desaparecía entre las tinieblas grises del cielo y el mar—. Tú, sin embargo, necesitas ayuda. ¡Cuidado con la cabeza!

Zacharias se salvó de estallar por los aires solo gracias a la intervención de Damerell. El sortilegio rebotó en el contrahechizo de

su amigo y detonó un montón de rocas en el extremo del Cobb, donde Rollo estaba sentado cabizbajo. Se levantó de un salto y gritó:

—¡Poggs!

—Rollo, ¿no ves que estamos ocupados? Si quieres ser de utilidad, ve y busca a la señorita Gentleman y protégela de los ataques de esa mujer marina.

—Pero eso es lo que intentaba decirte, ¡solo que nadie atendía! —dijo Rollo, ofendido—. No es una mujer marina. Es Lorelei, mi prima tercera.

—¿Quieres decir que estás emparentado con esa maldita criatura?

—¡La conozco desde que salí del huevo! Lorrie tenía un temperamento espantoso incluso entonces. Se comió a uno de mis hermanos en un arrebato, y eso que solo era un dragoncito de una semana de vida. Le había roto su muñeca favorita, pero no creo que esa fuera una respuesta adecuada,

¿verdad? Aun así, ¡esa es Lorrie! Mi tía la regañó por ese incidente. Lorrie solo escuchaba a la tía Georgiana.

»Me había olvidado de que estuvo comprometida con Leofric —añadió pensativo—. Nunca entendí por qué le gustaba, aunque sea mi propia prima.

Lo más increíble es que ¡fue ella quien canceló la boda! Él solo vino al mundo mortal después, pero no creo que ambas cosas estén relacionadas, pues diría que su intención era marcharse del Mundo de las Hadas desde el principio. Siempre le gustaron los insectos y no tenemos demasiados por allí. Tienen la mala costumbre de desarrollar inteligencia y convertirse en hadas.

—Rollo —atajó Damerell con seriedad—, quizá no te hayas dado cuenta de que Zacharias intenta contener una bola de fuego y yo corro el peligro inminente de que un maleficio me estropee mi mejor par de botas. No tenemos tiempo para hablar sobre las excentricidades de tu familia. Si tanto conoces a la dama, sin embargo, ¿te puedo sugerir que le pidas que pare?

Quizá se lo tome mejor si se lo dice su primo que si lo hace cualquiera de nosotros.

—Nunca le he caído demasiado bien —contestó Rollo, poco

convencido

—. Si no me comió fue porque era demasiado mayor y duro, ya que estoy seguro de que le rompí como media docena de muñecas.

Aun así, extendió las alas y las batió para elevarse hacia donde la cabeza de la señora Midsomer estaba rodeada de niebla y lluvia. Su voz insegura se oía a pesar del fragor de la tormenta.

—¿Lorrie? ¡Oye, Lorrie!

—¿Rollo Threlfall? —bramó la señora Midsomer; su voz se fundía con el oleaje y el rugido del viento—. ¿Qué te trae por aquí?

—¡Ve a por el cuello, Rollo! —gritó Prunella, galopando con su caballo de mar—. ¡Arráncaselo y acaba con ella!

Rollo miró a Prunella con espanto.

—No le voy a hacer caso, por supuesto —le dijo con sinceridad a la señora Midsomer—. Qué forma más desagradable de comportarse. Diría que no es muy recatado ser tan sanguinario, ¿no crees? ¿Es algo propio de mortales o también hay hembras modernas así en el Mundo de las Hadas?

Sin contar a las lamias, claro. Aunque en mis tiempos conocía a algunas bastante simpáticas. Había una muchacha decente que vivía cerca de la cueva de mi padre. Se llamaba Delphyne, creo… ¿O era Daisy?

—Robert —lo interrumpió la señora Midsomer—, estoy en medio de un asunto muy importante ahora mismo y, si no tienes nada mejor que hacer que preguntarme si alguna vez he conocido a una lamia llamada Daisy…

Rollo daba vueltas en el aire, sumido en sus pensamientos.

—Ahora que lo pienso, se llamaba Sybaris —exclamó—. Pero aterrorizó la ciudad de Delphi, claro, de ahí la confusión. La tía Georgiana no la aguantaba.

—¿La prima Georgiana? —La señora Midsomer se puso rígida. La turbulencia de las olas disminuyó—. ¿Está aquí?

—Cielo santo, ¡no! —respondió Rollo, horrorizado—. Solo he recordado que no le gustaba Sybaris, un testimonio tan bueno como

cabría desear.

Aunque lo cierto es que tú tampoco le caes en gracia a la tía Georgiana…

¡Pero eso no importa! Lo que quería decir, Lorrie, es que no deberías enfurecerte así. ¡Eso no es propio de la alta sociedad! No estamos en el Mundo de las Hadas, ¿sabes?, donde todo el mundo disfruta de una buena pelea mágica. En el reino mortal, hay que tener en cuenta cosas como barcos y pescadores y pícnics.

—¿Qué tienen que ver los pícnics con esto?

—Me sorprendes, Lorrie. Nadie puede celebrar un pícnic si llueven cocatrices y dragones. Y una sirena enorme tampoco mejora las vistas.

—¿De verdad vas a defender la maldad de tu amigo con estos ardides?

—rugió la señora Midsomer—. ¡Ese mortal mató a mi Leofric!

—Pero, si escucharas, estoy seguro de que Zacharias podría explicarlo todo

—le suplicó Rollo.

—¿Qué excusa puede haber para una conducta tan desleal?

—No estoy del todo seguro —admitió Rollo—. Pero Zacharias es un hombre muy inteligente, y estoy seguro de que podría explicártelo todo de forma satisfactoria si tuvieras la amabilidad de darle diez minutos…

Sin embargo, Rollo no pudo terminar su propia explicación, pues la señora Midsomer perdió la paciencia y lo apartó de un manotazo. Con un grito lastimero, Rollo desapareció entre las nubes.

—¡Rollo! —gritó Damerell.

—Sal, por favor —llamó Prunella, con una voz que atravesaba la tormenta

—, te necesito.

Las nubes de tormenta que se acumulaban en el cielo amenazador se unieron para formar un hombre, grande y poderoso, que permanecía postrado en el horizonte. Este se levantó y, tras abrir los ojos de un amarillo relámpago, clamó con voz estruendosa:

—¡Pero si es esa condenada muchacha de nuevo!

—Si te importuna verme, entonces tienes más motivos para hacer tu trabajo deprisa —replicó Prunella—. Te agradecería en extremo que mataras a esta sirena por nosotros. Cuando acabes, puedes volver a ser nubes inanimadas tan pronto como desees.

El monstruo de rayos miró a la señora Midsomer poco impresionado.

—Hará falta una tempestad —dijo.

—¡Adelante!

Con la señora Midsomer distraída, Zacharias se liberó de la necesidad de defenderse. Aprovechó bien esa libertad para construir otro hechizo, hasta que una mano fría le agarró del brazo.

Era lord Burrow. Su rostro empapado lucía una expresión compuesta a partes iguales por miedo, furia y simple incomodidad.

—Maldita sea, Wythe, estas condiciones están calculadas para causar una inflamación de los pulmones —gritó—. Lady Frances se enfadará tanto que no habrá quien viva con ella. Acaba de cuidarme durante una fiebre y le pareció tan tedioso que me ha prohibido estrictamente contraer otra enfermedad. ¿No puede pararlos?

—Creo que sí —contestó Zacharias—. Sé lo que puede calmar la furia de la señora Midsomer. La señorita Gentleman contendrá a su criatura de rayos si podemos convencer a la señora Midsomer de que deje de intentar matarme. Aunque aún tengo que lidiar con Damerell, por supuesto, visto que Rollo Threlfall se ha involucrado en la refriega.

Damerell andaba a zancadas de un lado al otro del Cobb, pronunciando maleficios de una iniquidad tan antigua y compleja que ponía los pelos de punta a los otros taumaturgos.

—Haga lo que pueda —le apremió lord Burrow—. He organizado a los hombres en un círculo de cánticos para drenar el poder de esa criatura, pero como está en su entorno natural, recupera los poderes más rápido de lo que podemos extraérselos.

—¡Un momento! —repuso Zacharias, pensativo—. El motivo de este alboroto es que la señora Midsomer ha sido tan temperamental que ha amenazado mi vida. ¿Eso no es una muestra encomiable de la lealtad de mis amigos? No estoy seguro, después de todo, si sería prudente convencerles de que parasen.

Lord Burrow lo miró con incredulidad, pero con la aparición del monstruo de rayos el mar se había agitado incluso más. Las cortinas de lluvia que caían sin cesar del cielo parecían a punto de causar un segundo Diluvio. Los

esfuerzos de la señora Midsomer y del monstruo llenaban la zona con tanta magia que todas las olas estaban coronadas por una espuma verde, todos los magos se perfilaban contra la luz y la cúpula opaca del cielo se tornaba de un verde lívido al reflejar el brillo sobrenatural de la batalla de abajo.

—¡Maldita sea su insolencia! —exclamó lord Burrow—. ¿Piensa chantajearme en un momento como este?

—A usted y al señor Midsomer —respondió Zacharias. Midsomer estaba acurrucado en un rincón, observando a su esposa y familiar con miedo.

Alzó la mirada al oír su nombre—. Si la providencia nos permite sobrevivir a esta calamidad, informaré a la Sociedad de una invocación ilegal.

Entiendo que el señor Midsomer propone llevar a cabo el Hallett. Se podría hacer todo en la misma reunión.

—No sobreviviremos —dijo el interpelado con mejor ánimo—. Así que eso es irrelevante.

—Me parece que mi informe podría causar cierta incomodidad para una familia tan conocida como los Midsomer —añadió Zacharias.

—A mi hermana Polly no le gustaría, si es eso lo que quiere decir —

replicó lord Burrow—. Así que guardará silencio sobre este asunto de invocar a un familiar (un familiar indócil además, ya podrías haber elegido a una criatura más pacífica, Geoffrey). Lo hará, ¿verdad, Wythe? ¿Y

solucionaremos este tema por el precio que diga?

—Solo quiero su apoyo en la próxima reunión de la Sociedad. Lo único que pido es que el señor Midsomer y usted voten lo mismo que yo, apoyen cualquier nombramiento que haga y acallen cualquier propuesta contraria a mis deseos.

Lord Burrow lo fulminó con la mirada.

—¿Y debemos prestar nuestros nombres a cualquier política descabellada que surja de sus propuestas?

—Si lo cree justo. Espero que sí, pero el precio que pido es su apoyo solo durante una reunión. Para lo que pretendo, con una bastará.

La cabaña de un pescador, cercana a la costa, estalló en llamas, a pesar de la extrema humedad del ambiente.

—Si puede detenerlos —cedió lord Burrow—, tendrá lo que quiera, ¡y al cuerno con usted! Retiraremos el Hallett y votaremos cualquier reforma disparatada que desee.

»Los hechiceros suelen imponer su punto de vista por la fuerza, al fin y al cabo —añadió con amargura—. ¡Pero antes tendrá que cumplir con su parte del trato!

—Lo haré.

Damerell estaba a punto de dar los toques finales a su enrevesado hechizo, que implicaba incluso a los vecinos y los conocidos de los descendientes de la señora Midsomer hasta la séptima generación, cuando Zacharias le interrumpió.

—Venga, hombre, tranquilízate. No hace falta nada de eso. Si estás preocupado por Rollo, hay una forma más sencilla de acabar con esto.

Seguro que ella te ayuda a encontrarlo.

Damerell lo miró, desconcertado al haber sido arrancado de forma tan repentina de la preparación de su conjuro.

—¿Qué?

—Ya he comenzado con el hechizo, pero necesita más trabajo y agradecería tu ayuda —dijo Zacharias—. Debe ser a prueba de agua o fallará… porque ella no es alguien a quien podamos llamar indulgente.

CAPÍTULO 24

Georgiana Sin Piedad estaba disfrutando de un día maravilloso. Había pasado la mañana visitando, chismorreando y poniendo a prueba su ingenio

(y, en un caso, sus garras) con sus amigos y sus enemigos.

Luego había hecho un poco de ejercicio ligero al cazar su cena: un ciervo blanco con una estrella roja como la sangre en la frente, que lloriqueó con voz humana mientras lo devoraba.

Como a menudo se encontraban criaturas así de extrañas en los bosques del Mundo de las Hadas, hasta el punto de perder su novedad, eso no alteró su apetito ni una pizca, y Georgiana regresó a su cueva de un humor excelente.

Se acurrucó sobre su montón de oro, pero cuando se disponía a alejarse flotando en las nubes del sueño, la arrancaron con rudeza de su letargo.

No podía rechazar el geis que le habían echado. El hechizo estaba endiabladamente bien construido y, a pesar de todos sus esfuerzos, Georgiana se vio arrastrada por él sin poder evitarlo, precipitándose por sendas secretas a través de los mundos, más y más enfadada con cada aleteo indeseado que daba.

Los autores del encantamiento ni siquiera se habían molestado en ocultar sus identidades y, para cuando Georgiana llegó a Lyme Regis, había preparado unas ricas palabras para Paget Damerell y para ese presuntuoso hechicero real. No soportaría en silencio el insulto de ser invocada a placer por un mago, como si fuera un hada frívola o un espíritu desvergonzado, tan ansioso de poder que estaba dispuesto a comprometerse con un simple mortal. ¡Ah, no! Pronto descubrirían por qué la llamaban Sin Piedad.

Sin embargo, la escena que la recibió a su llegada fue lo bastante atroz para distraerla de sus agravios.

—Lorelei —anunció—, ¿acaso te pillo en plena rabieta? ¡Qué vergüenza!

¡Que tienes dos mil años y sigues siendo igual de malcriada!

La señora Midsomer dejó de mover la cola con una brusquedad cómica.

El remolino que estaba formando murió de repente. La niebla que velaba su silueta fue dispersada por una ráfaga de viento y el sol brilló entre las nubes, iluminando su rostro avergonzado.

—¡Prima Georgiana! —exclamó—. P-pensaba que nunca visitabas el reino mortal.

—Y eso demuestra cuánto sabes —replicó Georgiana con rudeza—. Voy y vengo como se me antoja. No pensarás que las restricciones de la corte respecto a los viajes se aplican a mí, ¿verdad?

—Qué va, qué va —dijo la señora Midsomer. Ya había empezado a encogerse.

—Detén esta lluvia, hazme el favor. Acabo de pulirme las escamas y el agua estropeará el brillo. Y dime, ¿quién ha permitido que este monstruo de rayos enloquezca?

—No he enloquecido —replicó de mal humor el interpelado—. Solo voy a matar a esa mujer marina para poder irme a dormir de nuevo. Me encantaría desentenderme de este asunto si la hechicera me liberase.

—Bueno, olvídate de esa hechicera, sea quien sea, y vete —ordenó Georgiana—. No matarás a Lorelei. Si fuera tan sencillo, uno de sus parientes ya se te habría adelantado. Te ruego que no discutas. No me gusta en absoluto el sabor de un elemental.

El monstruo de rayos se desvaneció, murmurando imprecaciones. Una indignada Prunella abrió la boca para quejarse, pero una mirada fulminante de Zacharias la silenció.

—En cuanto a ti, Lorelei, me parece muy bien que hayas hecho unas cuantas travesuras mientras la reina estaba de viaje, pero ¿qué crees que dirá sobre tu numerito cuando vuelva? —prosiguió Georgiana—. ¿Eso era una ciudad mortal en la costa? ¡Y ahora solo es un montón de palos y arena mojada!

—¡Ay, no se lo digas! —gritó la señora Midsomer—. De todos modos, esa ciudad no era gran cosa… Solteronas viviendo con cien libras al año y asambleas de seis peniques. Además, actué por el motivo más puro. Estaba vengando a mi querido Leofric. ¿Quizá —su voz adquirió cierta acidez—

no te acuerdas de Leofric?

—Todo el mundo sabe que tú cancelaste el compromiso, así que ahórrame tus aspavientos, por favor —dijo Georgiana—. No estabas tan destrozada cuando se marchó al mundo mortal. Vaya, no pasaron ni quince días antes de que pasearas por ahí a tu nuevo galán mortal, ¡aunque él no sobrevivió demasiado después de que tus afectos expiraran! Yo de usted me andaría con cuidado —añadió en un aparte hacia Midsomer.

—Pero eso fue antes de oír la noticia —protestó la señora Midsomer —.

Entonces comprendí que nunca había amado tanto a alguien y que nunca más lo haría. Solo entonces, cuando al fin supe lo que había perdido, juré vengarme del mortal que lo había traicionado con tanta crueldad.

—No lo amarías tanto si ni siquiera te has molestado en averiguar dónde está ahora —repuso Georgiana.

—Mamá nunca aprobó la necromancia —dijo la señora Midsomer con dignidad—. Pensaba que era una costumbre indigna, solo apta para guls y mortales.

—¡Necromancia, dice! Por cómo te estás comportando, cualquiera diría que Leofric está muerto.

La señora Midsomer se la quedó mirando con fijeza.

—¡Pero lo está!

Sin embargo, Georgiana había centrado su atención en los taumaturgos mojados y temblorosos del Cobb.

—¿Qué tienen que decir en su defensa tras interrumpir el sueño de una anciana por esta nimiedad? Si no podían aguantar los enfados de Lorelei, no deberían haberla traído al otro lado de la frontera. Suele sufrir berrinches de forma habitual, día sí, día no, y dos los domingos.

—No la entiendo, señora —dijo Damerell—. Yo no veo aquí a ninguna anciana, solo a una reina entre dragones, eternamente joven, de una elegancia incomparable y una majestuosidad insuperable.

—Nos disculpamos por nuestra temeridad al invocarla —añadió Zacharias

—. Pero nos hallábamos en un apuro desesperado y usted parecía ser la única persona que podía influir en la señora Midsomer. Esperábamos que tuviera la amabilidad de acceder a emplear esa influencia de nuestra parte y persuadir a la señora Midsomer de que escuche nuestras explicaciones.

Georgiana resopló, pero siempre había tenido cierta debilidad por Damerell, que la miraba con una admiración inconfundible. Sus halagos habían surtido el efecto deseado.

—Os escuchará, aunque de poco servirá —dijo la dragona—. No he conocido a una criatura más obstinada que Lorelei. Sin embargo, vas a prestar atención, Lorelei, y descubrirás lo que le pasó a tu querido Leofric, aunque tampoco es que fueras muy amable con el pobre tipo antes de que se marchara del Mundo de las Hadas.

—Usted cree que maté a Leofric, ¿verdad? —empezó Zacharias. Se giró hacia el comité directivo que, apiñado en un montón empapado y aturdido por la tormenta, miraba con un asombro embotado a Georgiana Sin Piedad

—. Y ante ustedes me han acusado de haber matado esa misma noche a mi tutor, mi mentor y bienhechor, sir Stephen Wythe.

»No negué las acusaciones antes a sabiendas de que aquellas personas que desearan creerlas lo harían incluso ante la falta de pruebas y tampoco quería hablar sobre un tema tan doloroso para mí. Pero yo no maté a sir Stephen.

Ni maté a Leofric. ¿Cómo podría haberlo logrado, incluso suponiendo que fuera tan insensible como para querer hacerle daño a mi protector? Sir Stephen era el hechicero real, Leofric un familiar de gran poder e ingenio, y yo solo era un pobre taumaturgo de a pie. No estaba equipado para pelear contra ninguno de los dos y salir ileso, y mucho menos para vencerlos.

—Te comiste a Leofric, por supuesto —espetó la señora Midsomer—.

¡No pienses que me engañarás con tanta facilidad! Veo su marca en ti.

Todos tus hechizos huelen a él. Ay, sé que lo has devorado, mi pobre Leofric…

—Y él me ha devorado a mí —replicó Zacharias.

Eso detuvo la diatriba de la señora Midsomer, que lo miró boquiabierta.

Georgiana se rio.

—¡Ah! —exclamó Damerell, con la voz de un hombre que lo ha entendido todo.

—¿A qué se refiere? —gritó Midsomer, pero su esposa habló por

encima de él.

—¿Leofric está vivo? —Se llevó la mano palmeada al corazón, con los ojos brillantes—. Cuéntamelo todo.

Zacharias se lo contó. Era la primera vez que le hablaba a una persona viva sobre lo ocurrido la noche en que murió sir Stephen.

Un tronco había rodado fuera de la chimenea. Estaba junto a la alfombra, chamuscado y humeante, y Zacharias se arrodilló para recogerlo. Pensó que sir Stephen se había quedado dormido sobre su trabajo, con la cabeza de su familiar descansando sobre su hombro.

Sir Stephen se hacía viejo, aunque los dos fueran reacios a admitirlo.

Trabajaba más duro que nunca, viajaba sin cesar entre mundos y pasaba largas noches en su estudio, pero el hecho de que ya no poseía todo el vigor de su juventud era ineludible. No era de extrañar que Zacharias entrara en el estudio para encontrarlo dormitando sobre sus papeles.

Zacharias hacía lo que podía para aliviar su carga. Aún había bastante descontento en la Sociedad sobre su nombramiento como secretario de sir Stephen. Todos los filósofos antinaturales de Londres tenían un hijo o un sobrino que creían más apto para el puesto que una obra de caridad extraída de un barco esclavista.

Pero Zacharias debía ignorar esas murmuraciones, según sir Stephen.

«Nos entendemos. Existe tal confianza entre nosotros que, para mí, eres más útil que el hijo de cualquier hechicero».

Zacharias tenía sus propias dudas sobre lo perfecta que era su comprensión mutua. Sir Stephen albergaba grandes ambiciones para él: grandiosas visiones de su futuro, para el que había estado preparando el terreno desde que era niño.

Pero Zacharias sabía que no era el más apto para una vida pública, tanto por disposición como por inclinación. El cargo de secretario le iba muy bien, pues abarcaba lo que, para su juicio, eran las partes más interesantes del trabajo de hechicero real: investigación, la creación de nuevas fórmulas y la resolución de problemas técnicos que presentaban el Gobierno y la Sociedad. Todo ello realizado mediante un contacto mínimo con el mundo exterior.

El cargo de sir Stephen, que lo mantenía en el foco de la atención

pública, no tentaba en absoluto a Zacharias. No obstante, se guardaba su opinión para sí, pues no quería provocar una discusión. La discrepancia surgiría en algún momento, pero no haría nada para agilizarla. Estaba bastante feliz: contento con su trabajo, de verdadera utilidad para su benefactor. Quizá no resultase sorprendente que no hubiese previsto el desastre aquella noche.

Que, al entrar en el estudio de sir Stephen, no hubiese visto nada más fuera de lugar que un leño.

Fue solo tras recuperar el tronco extraviado cuando se levantó y vio lo que Leofric estaba haciendo. La forma serpentina del dragón estaba enrollada alrededor de la silla de sir Stephen, con las patas delanteras apoyadas en el reposabrazos. Inclinaba la cabeza sobre la silueta inmóvil del hechicero y ya había comenzado a comer.

Durante un momento, Zacharias no entendió lo que veía. Conocía a Leofric de casi toda su vida, pero nunca habían sido íntimos. Leofric, además de un ser mágico y ancestral, era un tanto clasista: al igual que muchos familiares, creía que todos los mortales, excepto su amo, eran indignos de su atención.

—Leofric —dijo Zacharias—, ¿crees que eso es prudente? Despertarás a sir Stephen.

Los ojos como joyas del dragón se encontraron con la mirada de Zacharias con tranquilidad.

—Nada lo despertará —respondió, relamiéndose.

Zacharias vio que sir Stephen ya no tenía mano izquierda. Por eso las fauces de Leofric estaban rojas. No molestaba a sir Stephen porque estaba muerto.

La fuerza abandonó sus extremidades y Zacharias se agarró a una mesa para evitar caer. Temblaba de espanto. Ya sabía lo que había pasado, pero su mente no admitía la verdad.

—Sir Stephen no se encontraba bien —se oyó decir. No debía sacar conclusiones precipitadas. Todavía debía haber algo que pudiera hacer.

Tenía que desatarle el pañuelo del cuello, hacerle beber una copa de brandy

—. Ve a buscar a un médico… Informa a lord Burrow…

—Stephen está muerto —replicó Leofric.

Hablaba con un horrible desapego práctico, aunque en vida de sir Stephen pareció apreciarle. Leofric lo acompañaba a todas partes; le había dicho, con aparente sinceridad, que era su favorito de todos los hechiceros reales a los que había servido.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Zacharias.

Era innegable que le faltaba una mano, por mucho que su mente se esforzara en rechazar la imagen. Bajó la mirada y vio que le temblaban sus propias manos.

—¿Yo? Nada. Ha sido el corazón —respondió Leofric, aún con ese tono insensible e intolerable—. Le dije que no duraría si no se cuidaba. Se mató a trabajar, tal como predije. Podría haber disfrutado de muchos más años de

hechicería. —Miró el rostro inmóvil de sir Stephen y, por primera vez, un vestigio de arrepentimiento se filtró en su voz—. Para lo que le ha servido…

Ha muerto antes de los sesenta años, sin garantizarte un puesto y sin completar muchos de sus planes. Y yo tengo libertad para obtener mi recompensa antes de tiempo.

—¿Tu recompensa?

—Me puse al servicio de Stephen, en cuerpo y alma, para toda su vida.

A cambio, accedió a entregarse a mí tras su muerte. En cuerpo y alma.

Eso fue lo primero que descubrió Zacharias sobre el Intercambio, pues ningún hechicero hablaba de buen grado sobre el oscuro pacto con su familiar: el precio exigido por toda criatura mágica antes de someterse a un periodo de servidumbre.

Siempre se había quejado a sir Stephen del hermetismo de la taumaturgia.

Había mucho que no se sabía, o se sabía a medias, porque los magos eran muy celosos de sus secretos. Cada generación se llevaba algunos de sus descubrimientos a la tumba. «¿Qué conocimientos estaremos perdiendo por culpa de este apego absurdo al misterio? —había argumentado Zacharias—.

La transparencia nos iría mejor y no perderíamos nada».

Sir Stephen no había parecido convencido. «Al fin y al cabo, la misma esencia de la magia es que es inescrutable. Nadie se puede convertir en hechicero sin un gran secreto».

Y ese era el gran secreto. Zacharias no había pensado que pudiera ser tan terrible.

—No te aflijas tanto —dijo Leofric—. Stephen estaba preparado para su fin. El Intercambio solo presenta dificultades para aquellos hechiceros que creen en la salvación. Stephen siempre sintió dudas sobre el cielo.

Renunciar a él no fue tan complicado como para otros.

—Pensaba que lo querías.

Le sorprendió lo tranquilo que sonaba. Su voz parecía poseer una vida aparte que no tenía nada que ver con el resto de su ser. El peso de una tristeza terrible le presionaba las costillas, pero no permitiría que lo aplastara todavía.

—¿Quién prestaría un servicio como el mío solo por amor? —repuso Leofric—. No es más que el trato que hace cada hechicero. Yo he cumplido con mi parte. Ahora es el momento de mi remuneración.

—No te lo lleves —pidió Zacharias; las palabras salían de él ajenas a su voluntad. Esa angustia no podía continuar. Era intolerable—. Por favor…

Por favor, no lo hagas.

—Es lo acordado —respondió Leofric, inclinando de nuevo la cabeza.

Zacharias nunca podría explicar el impulso que le sobrevino en ese momento. Cuando reflexionó sobre ello más tarde, a la fría luz del día, no se convenció de que pudiera hacer esa oferta de nuevo.

Pero, en ese instante, su conmoción, la irrealidad de la escena y el recuerdo vívido de sir Stephen (la cuasi convicción, imposible de contradecir, de que en cualquier momento abriría esos ojos azules, con su habitual mirada de orgullo y afecto), todo se combinó para arrebatarle a Zacharias su instinto de supervivencia.

—¿Considerarías a un sustituto?

La curiosidad brilló en los ojos ambarinos de Leofric.

—¿Qué propones?

Zacharias tragó saliva.

—Puedes tenerme a mí como sustituto de sir Stephen.

Leofric siseó una carcajada.

—¡Tú! Muchacho, llevo seiscientos años sirviendo al hechicero real.

Ningún mago menor podría satisfacerme.

—No era mi intención sugerirte que me devores solo cuando esté muerto

—replicó Zacharias. Conocía la cocina del Mundo de las Hadas, pues había leído las memorias y los diarios de viaje de taumaturgos aventureros. En la época civilizada actual, la corte mágica solo servía en sus banquetes platos que ya no estaban vivos, pero no siempre había sido el caso—. ¿No te satisfaría que aún estuviera vivo? ¿Eso no te complacería más que un cadáver?

Flaqueó en la última palabra. Parecía espantoso referirse a sir Stephen como tal.

—Qué propuesta tan interesante —dijo Leofric. Había detenido el descenso de su cabeza y las escamas de su cuello brillaban débilmente a la luz de las velas. Zacharias se dio cuenta por primera vez de lo afilados que eran los dientes de Leofric y de cuántos tenía—. Te dolería —añadió el dragón—.

Sobrevivirías… pero no por mucho tiempo.

—Me tendrías entero cuando muriese. Y antes disfrutarías de comer a un ser vivo.

Leofric abandonó el cuerpo de sir Stephen y bajó al suelo para examinar mejor a Zacharias.

—Se podría hacer. Debería entrar en ti. La intimidad forzada será un padecimiento. No me entusiasma la charlatanería, no soy un necio parlanchín, como bien sabes, pero serías consciente de mi presencia a todas horas. Nunca estarías solo, nunca serías tú mismo de nuevo, no por completo. —Calló un momento para reflexionar y un escalofrío le recorrió las alas—. Si ocupara tu persona, eso te convertiría en

hechicero. No negarás que un alma por dos hechiceros es un trato pésimo.

—Entonces es una suerte que no vaya a ser hechicero durante mucho tiempo, ¿no?

—¿De verdad quieres sacrificarte por tu guardián? —insistió Leofric —.

Recuerda: Stephen se hacía mayor y tú aún eres joven. Entendió el trato que acordamos. No le debes tanto.

—Le debo mucho. Pero lo que ofrezco, lo hago por el afecto que sentía por él. Y por el amor que él sentía por mí.

Mientras hablaba, supo que todo cuanto decía era cierto. El amor y la tristeza lo sostenían. Miró sin vacilar al dragón, fortalecido por el valor que esos sentimientos le proporcionaban.

Leofric guardó silencio. Luego alzó la cabeza, con la mirada reluciente.

—Sería muy maleducado por mi parte rechazar un regalo semejante —

dijo—. Sin embargo, antes debemos aclarar un último punto. —Tosió y, con cierto recato, añadió—: Debo pensar en mi reputación. Mis conocidos en el Mundo de las Hadas se burlan de mí porque decidí dedicar mis días al servicio de un mago mortal. El único motivo por el que no me han desterrado por completo es porque el mortal al que considero mi amo es el mago supremo de los magos: el elegido entre todos los hechiceros de Gran Bretaña. No puedo ser familiar de nadie de menor categoría que el hechicero real.

Zacharias lo miró con fijeza. Había una lógica perversa en su razonamiento.

Sabía, al igual que Leofric, que sir Stephen pretendía que Zacharias fuera su sucesor, cuando la vejez o la muerte lo privaran de poder proseguir con sus obligaciones.

—El báculo está en el paragüero —señaló Leofric—. Solo tienes que cogerlo. Te reconocerá, lo prometo.

Zacharias pensó en cómo había sido la vida de sir Stephen. Había tenido influencia, sí: sus colegas lo habían apreciado, se había

codeado con la flor

y nata y había disfrutado de los frutos de sus esfuerzos. Pero, treinta años antes, sir Stephen había sido uno de los jóvenes innovadores más alabados de la filosofía antinatural; sus investigaciones habían prometido profundizar en el conocimiento humano de la magia y trazar nuevos caminos desconocidos por cualquier taumaturgo que lo precedió.

¿Qué descubrimientos había hecho Zacharias desde que había aceptado el báculo? ¿Acaso disponía de tiempo para investigar por su cuenta? El trabajo interminable de dirigir a su rebaño descarriado de taumaturgos lo había consumido, se había congraciado con la corte mágica y aplacado a un Gobierno que pensaba que Gran Bretaña debería poder conquistar la magia con fuerza bruta, igual que conquistaban otros países.

Zacharias había ansiado una vida diferente. Pero había recibido tanto…

mucho más de lo que algunas personas creían que merecía, mucho más de lo que habría conseguido en su otra vida. Había sabido desde el principio que tendría que pagar por ello.

—Si cojo el báculo, ¿dejarás en paz a sir Stephen? —inquirió.

—Dejaré que siga su camino hacia su salvación o su condena, lo que sea que se merezca —respondió Leofric—. Y te serviré como tu familiar hasta el fin de tus días, llegue cuando llegue, según los términos de este nuevo Intercambio.

—Bien, no se puede decir más claro.

Atravesó la habitación y agarró el báculo.

Leofric desapareció y la sala se llenó de un espeso humo negro.

Zacharias se atragantó con él, tosió e intentó respirar, pero solo inhalaba bocanadas de humo, que cristalizó como un peso muerto en el interior de su pecho. El poder le recorrió las extremidades. Su visión se agudizó de repente, casi de un modo doloroso.

El cuerpo de sir Stephen yacía flácido e intacto en su silla. Sir Stephen salió de él, con un gesto de terror en su rostro fantasmal.

—Zacharias, ¿qué has hecho?

El joven no respondió.

El dolor había comenzado: una agonía que se aferraba a su estómago como una tenaza y roía de una forma insoportable sus órganos vitales. No siempre sería tan terrible, pues en general se le concedía un descanso durante el día. Quizá Leofric deseara alargar su banquete y por eso reservaba los peores ataques para la medianoche. A veces Zacharias se creía casi inmune, excepto por esa sensación que lo perseguía, la impresión de que, la noche en que murió sir Stephen, había perdido algo y nunca lo recuperaría.

No vio a Leofric de nuevo, pues el dragón siempre estaba con él. Había dicho la verdad. Zacharias no volvió a ser él mismo por completo.

CAPÍTULO 25

Ya fuera porque el esfuerzo de pelear contra la señora Midsomer lo había agotado o porque revelar el peso con el que cargaba desde la muerte de sir Stephen le había concedido una paz más que merecida, Zacharias durmió profundamente esa noche. Se despertó al oír el primer golpe en la puerta y se quedó tumbado un momento observando los primeros rayos de sol de la mañana a través de las cortinas. Se sentía distendido por completo y el dolor de cabeza habitual brillaba por su ausencia.

Prunella aguardaba en la puerta cuando la abrió. Zacharias estaba tan acostumbrado a tempestades y desastres que ni siquiera retrocedió ante esa falta de etiqueta, sino que dijo:

—Voy a por el báculo.

—Hazlo, porque podemos necesitarlo —contestó Prunella. Ya estaba vestida, aunque fuese temprano, y su rostro lucía una insólita expresión de

gravedad—. No es una emergencia, pero, con la reunión de hoy en la Sociedad, no sé cuándo tendremos oportunidad de volver a hablar a solas y no soporto el misterio.

Se negó a añadir más hasta que estuvieron en la sala de estar de Prunella con la puerta cerrada.

—¿Te duele mucho ahora mismo, Zacharias? —preguntó de repente.

—Para nada. Me siento muy bien —respondió él de forma automática,

pero entonces se acordó de que la joven lo sabía. De que todo el mundo lo sabía, de hecho. Le parecía poco natural añadir más, pero Prunella deduciría que estaba disimulando si no lo hacía. Con cierta dificultad, añadió—: Leofric suele alimentarse a medianoche. Sabe que debo tener energía para el día. En cualquier caso, anoche no me molestó. No es poco razonable.

—Leofric me parece repugnante. No me pongas esa cara, Zacharias.

¡Espero que me oiga! Es la verdad. Mis familiares querrán su recompensa a su debido tiempo, pero nunca me harían daño mientras sea capaz de sentirlo.

—Es la naturaleza del Intercambio. Llegamos a un acuerdo y lo ha cumplido —repuso Zacharias. Le habría gustado dejar el desdichado tema de los pactos y los intercambios, pero era su deber como profesor hablarlo con Prunella—. Por eso quería impedir que te vincularas con tantos familiares. Ahora te beneficias de ello, pero cuando tu vida llegue a su fin…

—El fin de mi vida carece de importancia —se apresuró a replicar Prunella

—. Lo hemos resuelto entre nosotros. Nidget tendrá mi cabeza y Youko y Tjandra recibirán el resto, dividido en partes iguales, y el que sea más rápido podrá quedarse con mi alma. Aunque dudo que posea una. No quedará mucho para el funeral, pero, como estaré muerta, eso no me importará. Además, planeo llegar a vieja. Pero no nos distraigamos, Zacharias, que no tenemos mucho tiempo. ¿No te has preguntado por qué reconocí el orbe de la señora Midsomer?

Esa cuestión no se le había ocurrido. Cayó en la cuenta de que era un descuido terrible.

—Había tantas cosas de las que preocuparse que no pensé en sorprenderme

—admitió, avergonzado.

Prunella asintió.

—He visto algo parecido antes.

Alzó una pequeña bola plateada, muy similar al orbe de la señora Midsomer, excepto porque esta estaba forjada con un metal más pálido y los grabados eran diferentes. Estaba unida a una larga cadena

de plata.

—Siempre lo llevo encima —explicó la joven. Se quedó inmóvil durante un largo momento, mirando el orbe—. Lo encontré en el ático de la escuela, junto con los huevos. Estaban entre los efectos personales de mi padre.

Creo que pertenecían a mi madre.

—Pensaba que no te acordabas de ella.

—Y no me acuerdo. —Prunella miró a Zacharias, con los ojos brillantes por las lágrimas sin derramar—. Pero ella se acordó de mí. —Se limpió los ojos con el dorso de la mano y añadió—: Mak Genggang me enseñó a despertar el orbe. Te lo habría contado antes, pero no había tiempo… Y

supongo, Zacharias, que no confiaba por completo en ti. Dependía tanto de tu poder que pensé que lo más prudente sería guardarme un par de secretos, por si los necesitaba. Y eres tan escrupuloso que pensé que te verías obligado a informar a la Sociedad. No sabía que podías guardar un secreto como ese.

—No hace falta que me des explicaciones —terció Zacharias. Con cierta aspereza, añadió—: Me avergüenzas con tantos cumplidos.

El rostro de Prunella se iluminó con un destello de buen humor.

—Bueno, la verdad es que, si no creyera que pudieras ayudarme, quizá no te lo estaría contando. Pero no me había dado cuenta antes de que esto eran palabras. Me refiero a los grabados en el orbe. Pensé que a lo mejor tú puedes leerlas, porque has estudiado los idiomas de la India, ¿verdad?

—Solo sánscrito —dijo Zacharias. Extendió la mano y, tras dudar un momento, Prunella le entregó el orbe. Él lo examinó—. Pero reconozco el alfabeto. Creo que es indostánico, aunque no soy un experto. ¿Quieres que pronuncie las palabras?

—No tendrá efecto a menos que aplique el núcleo del hechizo —replicó Prunella. No pudo ocultar cuánto significaba aquello para ella y le tembló la voz.

Zacharias sabía que debía proceder con cuidado, pero desconocía el funcionamiento de esos orbes y su formación taumatúrgica le impedía abandonar el tema.

—¿Y puedo preguntar qué es?

—A estas alturas, ya deberías saberlo, Zacharias —respondió Prunella.

La sombra de una sonrisa apareció en sus labios—. Todo se reduce a la sangre, por supuesto. ¿Qué otra cosa podría ser?

Un alfiletero grueso en la repisa de la chimenea contenía todas las agujas que una bruja pudiera necesitar, pero Prunella se detuvo con el alfiler apoyado contra el dedo gordo.

—¿Me prometes que, veamos lo que veamos, lo mantendrás en secreto?

Zacharias vaciló, pero le sostuvo con firmeza la mirada a Prunella cuando dijo:

—Te doy mi palabra.

La joven asintió y, con un movimiento rápido y seguro, se clavó la aguja en la carne del pulgar.

—Ahora, Zacharias —dijo, sosteniendo el dedo sobre el orbe.

La gota de sangre se extendió con rapidez por las líneas de las palabras e imágenes grabadas.

Zacharias vio que el mensaje se desvanecía en luz a medida que pronunciaba las sílabas extrañas. Cuando terminó de leer las palabras, el orbe brillaba. Prunella lo cogió y lo lanzó al aire.

La luz que emanaba de la esfera cobró sustancia y forma. Una imagen se materializó ante ellos: la de una mujer de piel oscura arrodillada en el suelo, de aspecto encantador, aunque hubiese dejado atrás su juventud. Llevaba un precioso sari de seda y joyas de oro que, junto con su porte y modales, hablaban de riqueza y poder.

—Oh —dijo Prunella en un susurro estrangulado, y luego enmudeció.

La mujer habló en un murmullo grave y fiero que resonó en la habitación.

—Hija mía, el hechizo que he conjurado matará a tu padre. —El idioma era extranjero y sus palabras entraban en el oído como meras sílabas líquidas, pero su significado penetraba en la mente. Aquel era otro hechizo de traducción, uno que Zacharias no había visto nunca, pero con un diseño elegante—. Escúchame bien, pues él no sobrevivirá

para contarlo —

prosiguió la visión—. Eres mi hija, la heredera de una línea de grandes magos, y yo soy la más poderosa entre ellos, la Gran Hechicera de la corte de Srirangapatna.

Dijo eso último con la simplicidad y la franqueza con las que Prunella pronunciaba sus afirmaciones más indignantes: con una arrogancia natural que resultaba del todo convincente.

—Tu padre nos ha traicionado y sufrirá por ello. Vino a nuestra corte afirmando ser un erudito de la magia europea que deseaba fomentar el entendimiento entre los magos de diferentes naciones. Profesó su amor por mí y yo, al creerle sincero, permití sus atenciones. Durante dos años ocultó sus auténticas intenciones en su corazón traicionero, a la espera de una

oportunidad. Descubrió que estaba encinta de ti. En mi locura de enamorada, le confié los secretos más preciados de la familia, pues él era el protector

natural de su heredera… o eso pensé. Qué tonta fui, pues le revelé los tesoros de los que soy guardiana. Tesoros que custodié para ti y para mis nietas.

»Ahora creo que nunca sintió ninguna estima por mí. No creo que quisiera encariñarse de ti, pero no pudo evitarlo. Naciste y descubrió que te quería.

Te arrebató de mi lado, ¡el muy cobarde, mentiroso y ladrón! Huyó del país contigo y, lo que es peor, se ha llevado los tesoros con él.

»¡Escucha! Son siete los tesoros, y cada uno es un portal a un reino de maravillas; se ocultan con la forma de piedras. Están sometidos a un encantamiento que los mantiene dormidos, pero, cuando se rompa, un espíritu de gran poder habitará la piedra y eclosionará en el mundo, como una serpiente que sale del huevo. Mi sangre protegerá el secreto para abrir esos tesoros para ti, y tu sangre lo revelará, pues el mismo icor recorre nuestras venas. Cuando tengas la edad necesaria para aprovechar estos tesoros, cuando estés lista para recibir esta herencia, el hechizo que he puesto en ti abrirá el camino para que encuentres este mensaje.

»Abre todos los tesoros cuando hayas aprendido el secreto. Vincúlate a los espíritus con tu sangre. Ahora que te he perdido, no es necesario preservarlos. Ahora que has cruzado las aguas oscuras, el linaje de

nuestra familia se ha roto. No conoceré a mis nietas y tú no me conocerás a mí.

Alimenta a los espíritus, ámalos, aprende de ellos; serán abuela, madre, tía e hija para ti. Los extranjeros no podrán tocarlos. He hechizado las piedras para que, si un extranjero consigue eclosionar un espíritu, se vuelva al instante en su contra y le arranque la garganta.

»Tu padre tampoco sacará provecho de su traición. Las pesadillas le atormentarán, la comida y la bebida le sabrán a ceniza en la boca y recibirá su merecido por lo que nos ha hecho. Pero yo no puedo ir a por ti.

La mujer apartó la mirada. La luz le iluminaba el rostro: el sol descarnado de una tierra extranjera, estriado con sombras oscuras como los barrotes de una cárcel.

—Soy tu madre, pero antes soy Gran Hechicera y no puedo renunciar a mi palabra. Debo aceptar mi castigo por permitir que me arrebataran los tesoros, por la insensatez de confiar en tu padre.

»Querida mía, no hace falta que te vengues. He matado suficiente por las dos. Cuando tengas la lealtad de los espíritus, aprende, espera y sobrevive.

Con los siete espíritus a tu lado, serás la mayor maga que el mundo habrá visto jamás. Tu fama se extenderá por todas las naciones de la tierra, tu nombre será fragrante en los treinta y un mundos. Ejerce tu poder con sabiduría y… ¡vive!

La mujer se inclinó hacia delante, con los ojos centelleantes y una sonrisa triunfal y tierna en los labios.

—Eres mi hija. ¿Acaso puede haber alguna duda de que serás brillante, audaz… y libre?

La visión desapareció. Había sido tan vívida, rebosaba tanta vida y energía, que su ausencia pareció oscurecer la sala.

Prunella buscó a ciegas una silla y se derrumbó en ella, hundiendo el rostro entre las manos. Zacharias estaba ansioso por mostrarse discreto y, durante un rato, se distrajo estudiando las estanterías de la joven, fijándose con reprobación en la cantidad de novelas y revistas sobre fruslerías que las llenaban. Pero Prunella permaneció callada tanto tiempo que se preocupó.

—¿Estás bien?

Ella alzó una mirada oscura y sorprendida hacia él. Sus ojos estaban secos.

—¡Es igualita a mí!

Era una observación tan prosaica que Zacharias sintió la tentación de echarse a reír, pero era la pura verdad. El parecido resultaba notable: la

forma de los ojos, los labios finos y la barbilla decidida eran los mismos, pero las semejanzas más impactantes superaban lo físico. La madre de Prunella parecía una gran mujer. Y así sería también Prunella de mayor, refinada por el fuego de una voluntad indomable.

—La habilidad de tu madre explica la tuya —comentó Zacharias—. ¡La Gran Hechicera de Seringapatam! Supongo que no es nada sorprendente que no te siguiera a Inglaterra —añadió con aire ausente, pero enseguida se arrepintió de sus palabras.

Si la madre de Prunella había estado en Seringapatam en la época de su caída, no resultaba sorprendente, de hecho, que no hubiera ido a por su hija, ni siquiera una década después de la conquista. Pero no había sido amable ni delicado decirlo.

—Supongo que habrá tenido muchos asuntos que atender —se apresuró a decir—. No me extraña que no haya podido viajar.

—¡Ah, por supuesto! —dijo Prunella, fingiendo indiferencia—. Habrá estado ocupada.

Se acercó a la ventana. Era lo bastante transparente para evitar que Zacharias le viera la cara y no le sorprendió que, cuando Prunella retomó la palabra, fuera para cambiar de tema.

—Supongo que lady Wythe ya se habrá levantado. Debo regresar a mi habitación o Lucy se pensará que me he vuelto a escapar. ¿Estarás a salvo hoy en la Sociedad? Podemos ir mis familiares y yo, por si esos malvados taumaturgos intentan llevar a cabo el Hallett después de todo.

—Esperaba que vinieras, aunque no me preocupa mi seguridad —replicó Zacharias—. Lord Burrow se opone al Hallett y Midsomer no

debería preocuparnos demasiado. Ahora que la señora Midsomer se ha marchado con Georgiana Sin Piedad, no creo que sea capaz de hacer gran cosa en cuestiones mágicas. En cuanto a sus intrigas, diría que tengo una sorpresa

que desbaratará cualquier plan que tenga en mente. Sin embargo, necesito tu consentimiento para llevarla a cabo.

—¡Ah, desde luego! Sería un placer ayudar. Te estoy muy agradecida, Zacharias. No podría haber descifrado sola el mensaje de mi madre y sé que puedo confiar en ti por completo. Sabía que tú nunca revelarías mis secretos.

La gratitud de Prunella era sincera, pero también habló con calculadora precaución. Zacharias no la culpó. Los dos conocían el tamaño secreto que poseía él ahora.

—Ahora no puedes negar que ya sabes cuál es tu deber —dijo sir Stephen.

Zacharias había pasado por su estudio para pensar y recoger algunos papeles antes de la reunión en la Sociedad. No le sorprendió encontrar a sir Stephen esperándolo.

—No, en efecto —respondió.

No había tenido demasiado tiempo para considerar la revelación de esa mañana, pero sus implicaciones le habían resultado obvias de inmediato.

Sir Stephen estaba tan emocionado que no se fijó en el tono de voz de Zacharias y siguió hablando:

—¡Y pensar que Inglaterra lleva décadas necesitando familiares cuando un único reino de la India acaparaba siete huevos! Sus magos tienen fama de ser reservados, pero no sabía cuánto ocultaban. ¡Qué dirá la Sociedad cuando se lo cuentes! Quién sabe qué otras maravillas se esconden en el vasto subcontinente. ¿Y en qué otros lugares podríamos encontrar unas riquezas así? ¿Por qué no en los desiertos de Arabia, en las estepas de Mongolia, en los archipiélagos malayos? Debemos empezar a investigar cuanto antes. Requerirá tiempo, ingenio, perseverancia. Si la madre de la señorita Gentleman es un ejemplo de los magos extranjeros, nos enfrentaremos a unas dificultades considerables… Habrá que descubrir engaños, eludir evasiones, superar su rebeldía.

—Le di mi palabra a la señorita Gentleman de que no se lo contaría a nadie

—repuso Zacharias.

Sir Stephen había estado paseando por la habitación en su frenesí, pero se detuvo de repente para girarse hacia él con asombro.

—Si no te conociera, te acusaría de dejarte hechizar por un par de ojos negros. Hasta tú debes admitir que la muchacha no tiene derecho a todos los familiares de la India. De hecho, ya es bastante malo que tenga tres. Es una violación de las normas de la Sociedad poseer más de un familiar, como bien sabes. La joven pagará por ello si la Sociedad descubre alguna vez su crimen.

—Lo sé.

—Pero esta revelación puede salvarla, Zacharias. Y a ti, porque sería un golpe como ningún otro hechicero real ha conseguido jamás. ¿Qué son los tres familiares de la señorita Gentleman comparados con los huevos de todo un continente? Invalida todas nuestras hipótesis.

Zacharias negó con la cabeza. Estaba tranquilo, bastante tranquilo, y, aun así, el pulso le latía en la garganta. Había ganado práctica en disentir con sir Stephen desde su muerte, pero nunca antes habían discrepado tanto.

—¿No ha oído a la Gran Hechicera? «Los extranjeros no los tocarán», y por eso la señora Gentleman asesinó a su marido y vinculó el secreto para abrir los huevos a la misma sangre de Prunella. Ella previó lo que ocurriría en Europa cuando se descubriera la riqueza de su gente: la interferencia en sus asuntos, el creciente baño de sangre y la opresión.

Sir Stephen empalideció y luego enrojeció.

—¿Hace falta que te recuerde que eres el hechicero real de Inglaterra?

Tu título exige, en ocasiones, que ejerzas tu poder. Incluso, si es necesario, lo que has tachado de opresión y baño de sangre. Esa es la naturaleza del cargo. Debes actuar por el bien de este país, no por el de ningún otro. Tu

lealtad no es solo para con la magia ni para con toda la humanidad, sino para con tu propia porción de la humanidad, el país que te alimentó…

—¿Y que esclavizó a mis padres?

Aquello silenció a sir Stephen. Se sentó en la silla que solía ser suya; por una vez, se movió como un anciano.

La lástima y el afecto lucharon en el interior de Zacharias contra la implacable verdad. Pero no podían triunfar para siempre. Ni la lealtad de Zacharias podía estar tan claramente delineada como la de su guardián.

Siempre lo había comprendido, pero sabía que sir Stephen no.

—Sabe que siempre les he estado agradecido, a lady Wythe y a usted —

dijo en el silencio atronador—. Nunca podré hacer lo suficiente para devolverles esa bondad. No podrían haber sido más amables ni con un pariente de sangre.

—Ni a nuestro propio hijo lo habríamos querido tanto — replicó sir Stephen con gravedad, pasándose una mano sobre los ojos.

—Le creo —respondió Zacharias, gentil.

Fue consciente de la sensación de alivio, como si se hubiera desecho de un peso que llevara toda la vida cargando sin saberlo. Hasta ese momento, no había sabido lo difícil que había sido la obligación de ocultar sus auténticos sentimientos a sus familiares más cercanos.

Sir Stephen bajó la mano y miró a Zacharias a los ojos.

—Tú no habrás elegido a Inglaterra, pero Inglaterra te eligió a ti. Nunca habría dicho que Zacharias Wythe le debiera nada. El hechicero real, no obstante, sí. Lo que está en juego es más importante que tu conciencia, Zacharias. Si no estabas preparado para ello, no deberías haber aceptado el báculo.

—Ya sabe por qué lo acepté.

No sentía resentimiento, pues él había tomado la decisión y debía vivir con ella, pero esas palabras dirigidas a sir Stephen no fueron otra cosa que un reproche. La firme mirada azul de su mentor no varió, aunque las sintiera como un golpe.

—Tus motivos carecen de importancia. Lo importante es que lo aceptaste.

Eres el hechicero real. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Zacharias cogió el báculo y lo sopesó.

No creía que fuera a echarlo de menos. De hecho, no extrañaría demasiadas cosas.

Era cierto que Prunella no podría evitar el castigo si descubrían a sus familiares. Cada vez resultaba más difícil ocultar su existencia; pronto sería imposible, ahora que el comité directivo la había visto haciendo magia.

Zacharias siempre había sabido que llegaría un momento en el que tendría que presentarla ante la Sociedad y afrontar las consecuencias. Ese momento había llegado antes de lo que deseaba, pero ahora sabía lo que debía hacer.

—Venga conmigo a la Sociedad y lo verá —concluyó.

CAPÍTULO 26

Un recuerdo se avivó en su mente cuando entró en el Gran Salón en medio de un mar de rostros pálidos: el recuerdo de ser pequeño y estar nervioso, deseoso de complacer, pero con miedo a que lo sopesaran y lo considerasen insuficiente.

El tiempo y la costumbre revestían el recuerdo con impresiones más actuales. Ya no le intimidaban los techos abovedados, las paredes viejas recubiertas de madera o los retratos de antiguos hechiceros que lo observaban todo con un descontento eterno. Ahora conocía a quienes le rodeaban.

A la Sociedad le costaba alcanzar el quórum en muchas de sus reuniones, pero ese día el salón estaba extraordinariamente lleno. La curiosidad por

cómo pretendía el hechicero real defenderse contra el Hallett había demostrado poseer un atractivo irresistible. Los taumaturgos estaban tan cerca unos de otros que chispas de magia volaban en el estrecho espacio entre sus cuerpos.

Iban a quedar decepcionados, como los más ingeniosos entre ellos habían deducido ya. Zacharias Wythe estaba tan sereno que cualquiera diría que nunca en su vida había oído hablar sobre un ritual de sacrificio, mientras que Geoffrey Midsomer permanecía acurrucado y huraño en la parte trasera de la sala.

Lord Burrow se levantó para hablar, acabando con las ilusiones de que la reunión pudiera tratar cualquier otra cosa que no fueran los tediosos temas habituales.

—Debo disculparme por este incumplimiento del protocolo, pero el señor Wythe ha renunciado hoy a su preferencia para permitirme anunciar un mensaje de parte del comité. Ha llegado a oídos del mismo que se ha realizado una supuesta enmienda en los estatutos para eliminar la cláusula que prohibía el procedimiento Hallett. Esto se hizo de un modo muy irregular y tomaremos medidas para retirar dicha enmienda. Ya no existe ninguna intención de realizar el Hallett, por lo que el comité directivo lo considera innecesario. —Ante la decepción que reinó en el público, lord Burrow alzó la voz—: Debo añadir que el comité considera imprudente cualquier intento de usar este procedimiento y lamenta que ciertos elementos dentro de la Sociedad hayan llegado al extremo de revivir su disponibilidad. Estamos satisfechos con que el señor Wythe sea el poseedor del báculo y ningún alegato en su contra ha demostrado que sea necesario que lo entregue.

Hasta ese momento, todo aquello resultaba de lo más satisfactorio para Zacharias y sintió una ligera punzada de arrepentimiento ante la llegada de Prunella cuando lord Burrow dejó de hablar para mirarla.

Zacharias había sobornado a un criado para que dejara entrar a Prunella en el edificio por una puerta lateral, pero la joven había decidido ignorar la entrada discreta que tanto se había molestado en organizarle. Recorrió el

centro de la sala cogida del brazo de Damerell, con el espléndido aspecto de no ser consciente de las miradas y los susurros que provocaba.

Midsomer la taladró con los ojos. Josiah Cullip ansiaba hablar, pero había recibido una severa reprimenda por parte de lord Burrow tras los acontecimientos del día anterior y llamar la atención sobre sí mismo suponía arriesgar su puesto como secretario del comité. Fue otro partidario de Midsomer quien aceptó el desafío.

—Al menos una acusación no requiere pruebas, pues él mismo la ha admitido —bramó el señor Kendle con voz estridente—. Zacharias Wythe ha enseñado magia a mujeres ¡e incluso ha invitado a una aquí! ¿Acaso no es esa una violación digna de considerarse o es que la inmunidad del hechicero real le protege hasta de esa locura?

—No hay ninguna cláusula en los estatutos que prohíba o permita la práctica mágica a las mujeres —replicó Zacharias—. El prejuicio general contra ellas es una simple convención. Por supuesto, incluso si existiera una prohibición de ese calibre en los estatutos, estos se pueden enmendar, como algunos de mis colegas ya sabrán.

Kendle parecía bastante ridículo.

—No niego que haya formado a una mujer en los principios de la taumaturgia —prosiguió Zacharias—. Y está, como el señor Kendle ha observado, aquí. Y, como réplica a cualquier afirmación de que haya cometido un delito, declaro ahora mismo que espero que mi instrucción de la señorita Gentleman sea solo la primera fase de un sistema integral para educar a las mujeres con habilidades mágicas.

Un murmullo indignado recorrió el público. Zacharias habló por encima del bullicio. Era consciente de que le quedaba poco tiempo para exponer su parte. En cuanto hubiera logrado su propósito (instaurar en esa reunión un proyecto grande e improbable), sería demasiado tarde y habría perdido su oportunidad.

—Espero que pronto tengamos escuelas para la formación de *magiciennes*, tan útiles y apreciadas como nuestras escuelas para chicos. Sin embargo, como la puesta en funcionamiento de centros de este calibre requerirá una inversión considerable, sugiero que, mientras tanto, la Sociedad establezca becas para financiar la formación de practicantes mágicas con talento que de otro modo no podrían estudiar taumaturgia.

»Además, las becas no deberían restringirse a las mujeres. La mía es solo una entre las múltiples voces que han denunciado la práctica reciente de exigir que los magos pasen por caballeros antes de poder pasar por taumaturgos. ¿Por qué no debería la taumaturgia abrirse a los pobres?

¿Quién de entre nosotros no ha visto al muchacho en la calle, descalzo y harapiento, entreteniendo a sus amigos con un sortilegio? ¿O al granjero que protege sus cosechas de las heladas con un hechizo, o al cochero que acelera el carruaje con magia?

Zacharias no pudo proseguir por culpa de la algarabía formada por las voces de sus colegas, pues el público rechazaba a gritos haber visto semejantes cosas. Sin embargo, antes de que nadie pudiera articular lo que deseaba, los interrumpieron del modo más espectacular imaginable.

El cristal de un ventanal alto se rompió y una segunda mujer entró en el Gran Salón: una con cuya presencia Zacharias no había contado.

Mak Genggang planeó por el salón sobre unos taumaturgos boquiabiertos y aterrizó al fin junto a Zacharias. No venía sola.

El sultán Ahmad y el señor Othman parecían avergonzados por las alas que les habían crecido y prefirieron quedarse atrás, pero la sultana no estaba tan descompuesta. Era la única en ese grupo tan pintoresco que permanecía sin alas. No obstante, se percibía una sutil diferencia en toda su persona, pero Zacharias dispuso de poco tiempo para contemplar el cambio. Un alarido sobrecogedor rasgó el aire, tan extraordinariamente agudo que los magos se taparon las orejas.

—¡Santo cielo! —gritó lord Burrow—. Por todos los santos, ¿qué es eso?

—¡Quién es, mejor dicho! —dijo Mak Genggang—. Aún no tiene nombre, pero ese no es motivo para ser descortés, ¿verdad que no, criaturita?

Al bebé que mecía en sus brazos no le complacieron sus halagos. La miraba enfadado. En un bebé de ese tamaño tan diminuto, aquello debería haber resultado más entrañable que intimidante… y lo habría sido, de no ser porque la minúscula boca contenía un juego completo de colmillos y sus ojos relucían de un rojo espeluznante.

—¡Mak Genggang! —exclamó Prunella—. ¿Qué hace aquí?

—Regresamos a casa, pero he creído oportuno venir a despedirme.

Puedes darme un beso, niña. —Cuando Prunella obedeció, la bruja señaló con la cabeza a los magos ultrajados y añadió—: Y ustedes pueden ir a decirle a su soberano que no se preocupe más por nosotras, visto que se ha mostrado un interés tan considerado en nuestra isla. El sultán Ahmad y yo hemos resuelto nuestras diferencias. Verán que les he dado alas, al señor Othman y a él, para que podamos volar juntos a casa. La reina se quedará conmigo y con mis mujeres durante una temporada, para que podamos cuidar de ella y del pequeño príncipe.

Zacharias murmuró unas felicitaciones desconcertadas que la sultana ignoró. El sultán lo fulminó con la mirada.

—¿Está enfermo el bebé? —preguntó Prunella, inspeccionando al niño con una fascinación sin reparos—. ¿Por qué tiene ese aspecto tan

extraño?

—Ah, está muy sano —respondió la anciana, meciendo a la criatura mientras esta miraba furiosamente a su alrededor con ojos como lámparas rojas—. Cualquier madre se sentiría orgullosa de un niño así. Es solo que llegó al mundo un poco tarde, después de que su madre muriera.

»Sí —añadió, ante las exclamaciones de espanto de Zacharias y Prunella

—, la reina lo pasó muy mal, pobrecita. Anoche empezó a dar a luz, pero murió en el proceso, ay. Por suerte, se transformó enseguida en una lamia.

Fue un gran golpe de buena suerte, pues no les ocurre a todas las pobres madres. Sin embargo, cabía esperar que, después de eso, su hijo fuera un vampiro.

Los taumaturgos que se habían acercado para echar un vistazo a los invitados inesperados dieron un paso atrás como un solo hombre, dejando un espacio alrededor de la sultana. Zacharias la miró con nuevos ojos y vio las señales de su transformación. Las uñas de los finos dedos marrones eran largas y amarillentas y, de vez en cuando, se lamía los labios, rojos como la sangre, con una lengua demasiado larga.

—¡Qué extraordinario! —dijo Zacharias, aunque sintió que esa palabra no acertaba a describir la situación.

—¡Lo es, sin duda! —coincidió Mak Genggang—. ¡Nunca he visto un vampiro varón! Lo cierto es que es poco habitual que el niño sobreviva.

Suele morir o se lo comen. Por suerte, el sultán tuvo el sentido común de buscarme enseguida y conseguí evitar que su esposa real devorara al pobre bebé. Cuando una lamia se alza de su lecho de muerte, no controla bien sus instintos, ¿saben? Pero conseguimos que lo entendiera. Sin embargo, la madre y el niño aún necesitan mucha atención y, cuanto antes lleguemos a casa, mejor.

—Coincido plenamente —terció lord Burrow y, girándose hacia Zacharias, añadió—: Señor Wythe, esta es una reunión de los miembros de la Sociedad y debemos acatar ciertas normas. Si quiere recibir visitas de cualquier bruja que pase por la zona, ¿le puedo sugerir que no lo haga en el Gran Salón?

—Pero esta no es solo una visita personal —replicó Zacharias, inspirado de repente. Mak Genggang ya estaba acomodando al bebé debajo del brazo y buscando una salida—. Creo que Mak Genggang pretende hacer un anuncio de especial interés para la Sociedad. —Y, en dirección a la anciana, dijo—: Señora, teníamos un pacto, si no recuerdo mal. El taumaturgo que causó a su aquelarre tantas molestias ya ha sido castigado. Le hemos arrebatado a su familiar.

—Me alegro de oírlo. No es más de lo que se merece. Aunque les recomiendo que no se detengan ahí y que le prendan fuego a su casa también y vendan sus hijos a unos piratas. Esa es la única forma de que aprenda a cejar en sus maldades.

—Estoy seguro de que ya se arrepiente de sus infracciones —comentó Zacharias, mirando con severidad al furioso Midsomer—. Pero creo que me prometió un favor a cambio de su castigo, Mak Genggang. ¿Sobre el bloqueo de nuestra magia?

—¡Bueno! —soltó la anciana, vacilando—. Sobre eso, me parece que, cuanta menos magia posean los ingleses, mayor la probabilidad de que no envíen ejércitos mágicos a amenazarnos.

—Ay, por favor, quítenos el bloqueo, Mak Genggang —la interrumpió Prunella—. Es muy exasperante para nuestros magos andar siempre cortos de magia. Son unos seres tediosos, de eso no cabe duda, y no se merecen nada mejor, pero los pone de muy mal humor y luego lo pagan con Zacharias.

—Lo que no es bueno para él, estoy segura —respondió la anciana—.

Sin embargo, si es cuestión de que sufra él o mis mujeres…

—Pero estoy pensando en sus mujeres y en usted —insistió Prunella con seriedad—. Sabe que nuestro rey aún posee barcos, armas y soldados, y probablemente sea lo bastante malvado como para usarlos si le hacen enfadar.

—¡Señorita Gentleman! —balbuceó lord Burrow.

Pero, por mucha traición que se considerase el calumniar a tu soberano ante la representante de una fuerza extranjera, tuvo el efecto deseado.

—A lo mejor estás en lo cierto —cedió Mak Genggang de mala gana

—.

Ya veremos. Les pediré a mis mujeres que intercedan ante los espíritus de

parte de Gran Bretaña y quizá permitan que la magia entre de nuevo en vuestro reino.

—Le estaríamos muy agradecidos si lo hiciera —dijo Zacharias.

—Pero no esperéis resultados inmediatos. Mis mujeres están nerviosas desde el ataque. Parecerá increíble, ¡pero las lamias son las criaturas más excitables del mundo! Les diré que no deben temer a los extranjeros. El mismo hechicero real les presta su protección y pueden confiar en él.

¿Verdad?

Sus ojos negros se encontraron con los de Zacharias, y en ellos leyó una amenaza que volvía su mirada más espeluznante que la del bebé.

—Eso espero —contestó.

Los colegas de Zacharias no habían seguido toda la conversación y, después de que Mak Genggang partiera a través de la ventana que había roto, fue necesario explicarles que había solucionado (o eso esperaba) el problema de la disminución de la magia en Gran Bretaña sin usar ni un solo hechizo.

Los taumaturgos se inclinaban a pensar que simplemente debería haber encerrado a la bruja extranjera a cal y canto hasta que sus seguidoras hubieran prometido quitar el bloqueo de la magia de Inglaterra.

—Después de todo, nada nos asegura que mantendrá su palabra —

argumentó Kendle—. Lo más probable es que no. Ningún extranjero lo hace.

—Le lanzó a Zacharias una mirada cargada de intención.

—No sé si me creo ese cuento de las vampiras sobornando a la corte mágica para privar a Gran Bretaña de su magia —intervino otro taumaturgo

—. He medido la magia atmosférica yo mismo en estos últimos quince días y está aumentando por primera vez en años. Cada semana sube

un poco más.

—Así es —dijo Zacharias—. Y eso me lleva al siguiente anuncio que deseaba hacer hoy.

—¡Otro anuncio! —se lamentó lord Burrow, que ya había empezado a pensar en su cena.

—Prometo que será el último.

—Sea rápido, por favor. Si se trata de esas becas, lo consideraremos, pero no nos hostigue con el tema.

—Espero que lo hagan —dijo Zacharias—. Creo que es un plan que beneficiará a la nación. Y espero que quien me suceda coincida conmigo, pero, como voy a dimitir, no me corresponde decir más al respecto.

La sala se quedó en silencio. Damerell alzó la mirada, tan alerta como un perro de caza que ha captado el olor de la presa.

—Pero, hombre, no se le permite dimitir —exclamó lord Burrow.

—Me parece que sí —repuso Zacharias con tranquilidad—. Pero soy consciente de que es importante evitar cualquier vacío en la sucesión y ya he considerado quién debería aceptar el báculo después de mí. Creo que el báculo coincidirá conmigo, pues la señorita Gentleman es la persona mejor dotada de entre todos los magos vivos para adaptarse a las peculiares exigencias de este puesto.

Durante un momento, reinó un silencio frágil en el salón: una quietud compuesta por puro asombro, que se vio interrumpida por una carcajada grave y burbujeante de puro deleite procedente del rincón donde se hallaba Damerell.

—Nunca me había alegrado tanto de levantarme antes del mediodía —

dijo.

Prunella miró a Zacharias como si no lo hubiera visto en su vida. Pero nadie se fijó en ella, pues todo el mundo tenía algo que decir.

El sentimiento general era que Zacharias se había vuelto loco y que era casi tan digno de compasión como de reproche.

—Creo que trabaja demasiado, Wythe —dijo lord Burrow—. Quizá debería cogerse un año sabático. Unas vacaciones le sentarán bien.

—No es tan mala idea —intervino Cullip, que parecía de mejor humor que cuando Zacharias lo había dejado temblando en el Cobb—. Ya que el hechicero real se propone renunciar al báculo, deberíamos votar a su sucesor. El señor Geoffrey Midsomer…

—Se ha retirado de la candidatura —lo interrumpió Zacharias, clavando la vista en el susodicho, que se removió—. Además, se olvida usted, señor Cullip, de que la magia no es una democracia.

Dicho aquello, agarró el báculo y, apuntando bajo, se lo lanzó a Prunella.

La muchacha lo cogió, tan sorprendida como los hombres que la rodeaban.

—Por los Siete Espíritus, señorita Gentleman, y en nombre de la Gran Hechicera —dijo Zacharias—. Conjure algo, por favor. Le sugiero una invocación. Creo que su interpretación de la fórmula antigua interesará en gran medida a los caballeros aquí presentes.

El reconocimiento llegó a los ojos de Prunella, seguido de un brillo cargado de orgullo. Alzó la barbilla, sosteniendo en alto el báculo.

Era un riesgo. El báculo del hechicero real era famoso por no tratar con amabilidad a los magos cuyo dominio rechazaba. Pero Zacharias no tenía miedo, o eso se dijo para sus adentros, por encima del ensordecedor latido de su propio corazón. La dueña de tres familiares podía reclamar justa precedencia sobre cualquier taumaturgo del salón, incluido él mismo.

Prunella pronunció la fórmula de invocación con voz grandilocuente.

Durante un momento terrible, nada ocurrió. Uno de los caballeros junto a Prunella intentó arrebatarle el báculo. Ella se ofreció a golpearle en la

cabeza con él, antes de que Damerell interviniera:

—Tenga la cortesía de permitir que la señorita Gentleman haga la prueba, señor, o tendrá que responder por ello.

—¿Esto es una broma, Wythe? —empezó a jactarse Cullip, cuando una gárgola cobró vida detrás de él.

Nidget saltó de la pared, derribando a un Cullip atónito, y los otros dos le siguieron.

Tjandra floreció de las claves del techo; esas queridas claves tan familiares que habían ayudado tanto a Zacharias en el pasado. Las alas de un verde brillante del simurg bloquearon la luz cuando voló hacia su señora.

Youko hizo la entrada más convencional. Atravesó trotando la puerta, apartando a los taumaturgos de su camino con una sacudida de su cabeza astada, hasta que Prunella acabó rodeada por sus familiares: una figura pequeña e indómita con el báculo brillando en su mano.

—No es una cuestión que admita debate —dijo el señor Plimpton—. No podemos sortear la norma.

La sala privada a la que el comité directivo se había retirado era demasiado pequeña para la cantidad de gente que se apiñaba en ella, y el señor Plimpton se había ido acalorando y enojando cada vez más en el transcurso de la reunión. Era un hombre grande y calvo, con el aspecto de un bebé iracundo, y su temperamento había empeorado tanto que Damerell le sugirió en un susurro a Prunella que invocara a una niñera para que se llevara al bebé a dormir la siesta.

Lo decía en broma, pero, en secreto, a Prunella no le pareció mala idea.

Se le antojaba absurdo que el comité estuviera tan perplejo por una cuestión menor de protocolo, cuando sus tres familiares se sentaban a sus pies, demostrando que era la maga más poderosa de la sala.

—El control del familiar Leofric ha sido un requisito previo para el puesto desde la época de Roger Hayes —insistió el señor Plimpton—. El báculo no es suficiente.

—Fue suficiente conmigo —repuso Zacharias.

Arrugaba la frente de un modo que delataba su dolor de cabeza, pero sin intención de permitir que nadie más lo supiera. Era una expresión que Prunella ya conocía demasiado bien.

El señor Plimpton miró a lord Burrow, que tosió.

—Habíamos recibido confirmación de la corte mágica de que Leofric se había sometido a su control. No quisieron ofrecer más detalles, pero fueron firmes en ese punto. No habríamos permitido que asumiera el

puesto sin esa garantía.

—No sé qué tiene de especial ese dragón viejo —terció Prunella—. Mis familiares llegarán a su nivel en cualquier momento, de eso estoy segura.

—Es cierto que un profesional que cuente con el beneficio de tres familiares será una fuerza extraordinaria —comentó lord Burrow, aunque sin dirigirse a ella.

El comité directivo no había decidido cuál era su postura respecto a Prunella y se habían formado dos bandos: uno que la fulminaba con la mirada y otro que fingía que no estaba presente en la sala. A Prunella le hacían gracia los dos por igual.

—Pero el puesto de hechicero real no se reserva solo al mago que demuestre ser el más poderoso —continuó lord Burrow—. Uno de sus objetivos es preservar nuestras tradiciones mágicas, y el familiar del hechicero real es una de las más importantes. El hechicero real debe poseer tanto a Leofric como el báculo. Como parece que el señor Wythe retiene a Leofric como su familiar, no puede renunciar sin más al báculo y esperar ceder así su cargo.

—Le aseguro que, si pudiera liberarme de Leofric, lo haría —declaró Zacharias, fatigado.

A Prunella no le interesaba demasiado la discusión. Para ella estaba claro que era la hechicera real; si la Sociedad deseaba pelearse con ese hecho ahora, pronto se lo pensarían mejor. Leofric, sin embargo, era un tema que le suscitaba un interés considerable, y no tuvo ningún reparo en interrumpir los titubeos del comité.

—¿No has intentado convencer a Leofric de que salga de ti, Zacharias?

Creo que deberíamos sacarlo, ¿no? Parece una molestia terrible. Seguro que podemos buscarte un familiar mejor.

—No hay nada que sacar —se limitó a responder Zacharias—. Nuestro acuerdo estaba claro. En cualquier caso, soy incapaz de conversar con Leofric. Nuestra comunicación se desarrolla a través de otros medios.

—¡Supongo que te refieres a las visitas de medianoche! —exclamó Prunella

—. Parece todo muy desagradable. Creo que debemos hablar con él de la forma habitual.

Zacharias abrió la boca, sin duda para protestar, pero los familiares de Prunella le habían explicado su pacto con Leofric y no le parecía que fuese complicado extraer al dragón. El procedimiento podía causarle cierta incomodidad a Zacharias, pero, si actuaba con rapidez, apenas lo notaría.

Como ya tenía la boca abierta, decidió agarrar el toro por los cuernos y le metió el brazo en la garganta.

—¡Santo cielo! —gritó Damerell.

Zacharias se ahogaba en el brazo de Prunella (era una sensación horrible), pero ella lo ignoró con resolución y rebuscó. Leofric no ocupaba, por supuesto, el interior físico de Zacharias, aunque a él se lo pareciera, sino que habitaba en un espacio mágico que se superponía sobre los órganos vitales del hechicero. Por suerte, Leofric era el único habitante y Prunella

enseguida descubrió lo que buscaba: una extremidad huesuda recubierta de escamas. La aferró.

Prunella retiró el brazo, triunfante. Zacharias se agarraba el pecho, con el rostro contraído en una mueca. Se inclinó, con la mano sobre el corazón, y estornudó con fuerza.

—¿Es este? —preguntó Prunella.

Había un dragón atónito sentado en el suelo. Era mucho más pequeño que Rollo y ni la mitad de atractivo, pues tenía la piel curtida por la edad y sus ojos ambarinos se habían endurecido hasta adquirir una mirada más cínica.

—Buenos días, Leofric —saludó Zacharias. Parecía un poco aturdido —.

Te presento a la hechicera real.

Fue obvio que Leofric no había estado prestando atención a los sucesos en el exterior de Zacharias, porque replicó:

—¿Una hechicera real? Acordamos que solo te serviría con la condición de que fueras el portador del báculo.

—De ese acuerdo quería yo hablar, precisamente —intervino Prunella

—. ¿Qué le aporta a Zacharias su vínculo contigo, si siempre vas a

estar royéndole las entrañas y poniéndolo enfermo?

Leofric la miró con incredulidad.

—Zacharias tiene acceso a los niveles más profundos y más elevados de la magia —contestó—. Le he concedido el don de la sabiduría eterna y una comprensión de los misterios de la hechicería que supera los saberes de los mortales ordinarios.

—Si los mortales ordinarios pueden vivir sin ello, no veo por qué Zacharias no podría contentarse con comprender los misterios que estén a su alcance

—repuso Prunella—. ¿No considerarías poner fin a este acuerdo?

Podrías regresar al Mundo de las Hadas. Me han dicho que es un lugar prodigiosamente agradable.

—El acuerdo solo finalizará cuando haya recibido mi pago —dijo Leofric con arrogancia—. Acepté el alma de Zacharias a cambio de la de Stephen, con la condición de que pudiera cobrar mi pago mientras él siguiera vivo.

Tal como están las cosas, he servido a dos hechiceros y he disfrutado solo de una porción de un alma.

—Pero —argumentó Prunella—, si Zacharias viviera hasta cumplir los setenta años, y digamos que lo hace, porque es lo que dice la Biblia, aunque no me sorprendería que lo mataran antes, visto que vive en un nido de serpientes y escorpiones con forma humana… Si, como he dicho, viviera hasta una edad muy avanzada, desafiando a los asesinos, manteniéndose como hechicero real hasta el final, eso te exigiría cuarenta y seis años de servidumbre. Solo le has dado a Zacharias unos meses de servicio. Incluso si fuéramos generosos y permitiéramos que llegase al año, solo tendrías derecho a un hechicero, como compensación al servicio que le prestaste a sir Stephen, y al dos por ciento de otro.

Prunella se sentía complacida con ese cálculo, que se había inventado mientras hablaba y le pareció bastante ingenioso. Leofric se mostró menos complacido.

—No estoy seguro de que me cautive tu supuesta sucesora, Zacharias.

—Ni a nosotros —coincidió el señor Plimpton.

—Tendrás que recuperar el báculo —le dijo Leofric a Zacharias, ¡como si Prunella no estuviera delante!—. Menudo descuido por tu parte perderlo.

Prunella percibió que perdía la atención de su público. Había esperado evitar lo que tenía que hacer, lo que había planeado desde que oyó la historia de Zacharias sobre cómo había llegado a ser hechicero real, pero era inevitable. La alternativa consistía en permitir que Leofric siguiera atormentando a Zacharias, con el certero resultado de que este acabaría pronto en la tumba, y eso era impensable.

—No me has oído bien, Leofric, pero creo que deberías —dijo Prunella.

Debía permanecer tranquila y mantener la mente clara como el cristal o los familiares empezarían a sospechar de sus intenciones—. Zacharias te prometió un mortal a cambio de dos. Pero ¿y si pudiera ofrecerte algo completamente distinto? Otro tipo de banquete, mucho mejor, mucho más refinado, que no se puede comparar con la carne o el espíritu mortal. ¿Eso saldaría la deuda?

Los ojos de Leofric relucieron con interés.

—Cuéntame más —respondió, pero entonces entendió lo que quería decir.

Se encabritó, chillando; un ruido que asustó a los taumaturgos y envió a Tjandra volando al techo.

Prunella no apartó la mirada del dragón.

—¿Cuál me ofrecerías? —gruñó Leofric.

—El mayor. Es mejor —contestó Prunella. Le temblaban las manos. Las cerró en sendos puños. Pronto las necesitaría. Debía actuar enseguida, más rápida que el pensamiento—. Pero debes liberar a Zacharias de este vínculo.

Dilo.

—Sí —accedió Leofric, y Prunella movió la mano como un rayo.

Agarró a Nidget por la nuca y, con una fuerza que no creía poseer, le lanzó el elfo a Leofric.

El dragón se abalanzó a por él. Un chasquido de sus fauces, un

desgarrador lamento de Nidget, y Nidget desapareció.

Zacharias se sentó de repente. Los otros magos estaban pálidos por la conmoción.

Prunella observó que el temblor de sus manos se había extendido al resto del cuerpo. Se sentía como si la hubiesen vaciado.

Pero había que hacerlo, y ella tenía la misma capacidad que su madre para la crueldad. La hija de la Gran Hechicera, la heredera de los Siete Espíritus, no podía dudar a la hora de actuar por miedo a cualquier consecuencia.

—Tjandra, Youko… a mí —musitó.

Hubo un momento de vacilación cuando no quedó claro qué elegirían el simurg y el unicornio: lealtad o rebelión. Por el rabillo del ojo, Prunella vio que Zacharias buscaba el báculo, antes de recordar que ya no le pertenecía.

La joven no sentía miedo. Y su falta de miedo, la certeza de que acudirían a ella, se transmitió a sus familiares. Ellos valoraban la fidelidad, pero, por encima de todo, apreciaban el poder.

Acudieron a su mano, como no dudaba que harían; primero Youko, que agachó la cabeza para que la acariciara, y luego Tjandra, que se posó sobre su hombro y enterró la cara dócilmente en el cabello de Prunella.

Lord Burrow se derrumbó en una silla. Damerell maldijo en voz baja.

Prunella alzó la cabeza y miró a Leofric.

—¿Es suficiente?

Su voz sonaba áspera, como si hubiera llorado, aunque no había emitido ni un sonido. Se tocó la mejilla y se mojó la mano. No había notado las lágrimas que le rodaban por el rostro.

Leofric tragó y suspiró con satisfacción.

—Le libero de la deuda —dijo.

Damerell estaba claramente conmocionado, pero replicó:

—Tengo la impresión de que un hada, a cambio de un mortal y pico, excede con mucho un intercambio equitativo. De hecho, a mí me

parece que ahora estás en deuda con la señorita Gentleman.

—El acuerdo… —empezó Leofric.

—Ah, déjate de normas y leyes, por favor —atajó Damerell—. Rollo siempre dijo que por eso no caías en gracia en la corte. A ti te parecerá un trato justo, y quizá la señorita Gentleman coincida, pero ¿qué opinará la corte mágica de que hayas devorado a uno de sus súbditos?

—Nunca se lo contarías a la corte. No verían con buenos ojos a la señorita Gentleman —dijo Leofric, aunque aquella línea de conversación parecía ponerlo de los nervios.

—En el Mundo de las Hadas no tienen en alta estima el honor de los mortales, de todas formas. Quizá incluso digan que el hada que se somete a las humillaciones del servicio mortal se merece lo que reciba. Pero es muy posible que la corte actúe de forma diferente si es un dragón el que se come a los suyos. —Damerell se quitó el monóculo para limpiarlo—. Aunque, por supuesto, si el, eh, devorador en cuestión fuera un familiar de la señorita Gentleman, ni me atrevería a decir media palabra a nadie. La señorita Gentleman es amiga mía. Un dragón salvaje con el que no se tiene ningún vínculo puede ser un criminal, pero al familiar de una amiga se le puede considerar solo excéntrico.

—Estoy al servicio de la señorita Gentleman, por supuesto —dijo Leofric, inclinando la cabeza hacia Prunella—. Ahora que la deuda está pagada y el báculo la reconoce como su dueña.

—Te lo agradezco —respondió la joven—, pero no quiero que estés a mi servicio. Con Tjandra y Youko tengo suficiente y, sin ánimo de ofender, no toleraría reemplazar a Nidget por quien lo ha devorado. ¿Por qué no regresas al Mundo de las Hadas? Deduzco que hace mucho tiempo que no ves a tus amigos.

—¿No se te ha ocurrido que hay un motivo para eso? —dijo Leofric con gravedad—. Sin embargo, si ese es tu deseo, lo cumpliré. Estoy a tu disposición; invócame cuando desees, siempre y cuando nuestro acuerdo subsista.

—Seré silenciosa como una tumba —le aseguró Prunella—. Y lo mismo harán estos caballeros, si saben lo que les conviene.

—¿Estoy en lo cierto, pues, al entender que has reconocido tu sumisión a la señorita Gentleman? —preguntó Damerell.

Leofric se había posado en la ventana abierta, pero se detuvo para decir:

—Ah, sí. Si quieres decirlo así… —Y saltó al aire.

—Caballeros —concluyó Damerell ante los hombres en la sala—, creo que esto resuelve la última de nuestras preocupaciones. ¿Puedo felicitar a la primera hechicera real de nuestro país?

Prunella hizo una reverencia y consiguió sonreír, aunque no le apetecía.

Empezaba a aprender cuál era el precio del poder. Durante un momento, al menos, fue un pequeño consuelo saber que era capaz de pagarlo.

—Nunca en mi vida me habían sorprendido tanto —dijo sir Stephen.

—Sí —dijo Zacharias—. Prunella tiene un don para sorprender.

Paseaban por los jardines de la Sociedad. El comité directivo se había disuelto presa de la confusión y Damerell había llevado a Prunella a casa.

—Es porque le faltan escrúpulos —añadió Zacharias—. Será una buena hechicera real, mucho mejor de lo que yo nunca fui.

—¿Y Leofric se ha ido de verdad? —preguntó sir Stephen. Había cierta nostalgia en su voz—. Tiene sus defectos, lo sé. Estaba decidido a que lo absolvieran gracias a sus méritos. Pero ¿quién dice que no se merecía su recompensa? Sirvió con lealtad durante muchos años y para mí, al menos, fue un auténtico amigo.

—Él le apreciaba, lo sé —dijo Zacharias con amabilidad—. No piense que le guardo rencor. Las criaturas mágicas viven de acuerdo a códigos diferentes al nuestro. Me hizo un favor al aceptar la sustitución que le ofrecía, aunque no puedo decir que vaya a echarle de menos.

—¿El dolor ha desaparecido?

—Cesó en cuanto se comió a Nidget. Al menos, es un dragón de palabra.

—Siempre lo fue.

Pasaron bajo los doseles susurrantes cubiertos de hojas de un verde pálido; su paseo comedido los llevó a lo largo de los arbustos que ocultaban el mundo exterior.

—Bueno, sé que no es necesario que te explique nada, Zacharias.

Siempre nos conociste muy bien, a Maria y a mí. Fuiste un niño muy observador. Tu niñera decía que jamás había conocido a una criatura tan sensible. Vaya, no te acordarás de esto, pero cuando eras muy pequeño, no tendrías más de tres o cuatro años, me agarrabas de la mano cuando iba a verte a tu cuarto y me preguntabas si estaba muy cansado. Y lo hacías de una manera tan solícita, todavía con tu pronunciación imperfecta, que resultaba muy conmovedor.

Zacharias, de hecho, sí que lo recordaba. Su niñera le había enseñado a plantear esa pregunta, porque consideraba que, al ser él una obra de caridad, debía esforzarse en extremo para ganarse el afecto de su guardián. «Es lógico que les cueste más querer a una criaturita negra como tú que a alguien que tuviera los ojos azules y el pelo dorado de la querida lady Wythe», había dicho Martha.

Y lo había dicho con bondad. Martha lo había apreciado a pesar de su piel negra y había llorado cuando se marchó para casarse. Todo ocurrió mucho tiempo atrás, en cualquier caso, y no tenía sentido desilusionar a sir Stephen en ese momento.

—Espero, señor, que por fin vaya a cumplir mi deseo de proseguir hasta su hogar definitivo —dijo Zacharias—. Sabe que nunca fue mi intención vincularlo a este mundo.

—Entonces no deberías haberte sacrificado por el bien de mi alma inmortal.

No eres el único capaz de sentirse en deuda con sus amigos.

—Si vamos a explorar la cuestión de cuál de los dos está más en deuda con el otro… —empezó Zacharias.

—No, por favor, te lo ruego —atajó sir Stephen débilmente—. ¿Sabes?

Yo elegí adoptarte. Como la decisión de convertirse en padre es siempre egoísta, creo que el padre se debe al niño y el niño se debe a sí mismo. Sin embargo, evitemos esa vieja cuestión o volveremos a pelearnos. Siempre he dicho que me sentiría libre solo cuando se te

eximiera de esa carga que asumiste tras mi muerte. Ahora que eres libre, está claro que mi deber ya no me obliga a quedarme. Desde hace un tiempo sé que me esperan en otra parte y solo he retrasado mi partida porque tú me necesitabas más.

Zacharias no podía hablar. La presencia continua de sir Stephen no siempre había sido conveniente, pero ahora se daba cuenta de que había llegado a confiar en la certeza de que su guardián aparecería cuando lo necesitase.

Resultaba curioso pensar que había presenciado la muerte de sir Stephen, pero era la única persona para quien su muerte no había sido real…

hasta ahora.

—No sé lo que habrá en los mundos del más allá, pero echaré de menos estos jardines —dijo sir Stephen, mirando a su alrededor—. Asocio muchos recuerdos con ellos. Aun así, los recuerdos no bastan para quedarme. Puede que Maria termine rindiéndose a las atenciones de ese insolente de Barbary y, entonces, ¿qué haría yo? Es mejor proseguir… Dejar que vosotros, los mortales, sigáis con vuestros asuntos de vivos y preocuparme por mis asuntos de muerto.

—Me parece impensable que lady Wythe sueñe con recibir atenciones inapropiadas tan pronto después de su muerte —repuso Zacharias, bastante sorprendido.

—Ah, no son inapropiadas. Daniel Barbary, maldito sea, nunca haría nada inapropiado. Solo concede las cortesías más delicadas, la consideración más gentil. Sería un marido excelente si Maria quisiera arriesgarse a casarse de nuevo. Y, sin duda, sería mejor que lo hiciera: no

está hecha para llevar una existencia solitaria y, aunque sé que harás lo que puedas, no podrías proporcionarle nada como la compañía de un marido.

Maria se beneficiaría en gran medida de contraer otra unión… y por eso será mejor que yo siga mi camino. No me cabe duda de que estos asuntos carecerán de importancia en la otra vida.

—Ha sido muy bueno conmigo, sir Stephen —dijo Zacharias con voz temblorosa.

Ahora que la pérdida se aproximaba, le parecía que había llegado

demasiado pronto. Aún quedaba demasiado por decir, demasiado por hacer, como para permitir su separación.

—Vaya, ¿vamos a volver a hablar de obligaciones? —replicó sir Stephen con una sonrisa—. He prohibido esa conversación, recuérdalo. Ya he oído suficiente sobre el deber, Zacharias. Ahora que te has librado de tu cargo, que sé que aceptaste en nombre del deber, espero que te dediques a lo que desees. A algo que te haga feliz. A mí me has hecho muy feliz, mi querido muchacho. Eso lo recordaré, me lleve donde me lleve la muerte.

En el portón, sir Stephen se detuvo y apoyó una mano en el hombro de Zacharias. Una ligera presión, una última mirada, cargada de afecto, y se marchó. Atravesó la calle y su imagen se desvaneció con cada paso, hasta que, por mucho que forzase los ojos llenos de lágrimas, Zacharias no divisó ni rastro de su primer amigo.

CAPÍTULO 27

Zacharias no sabía qué hacer con las orugas.

Había alquilado esa casa de campo en gran parte por su encantador jardín.

Los parterres bien cuidados y el huerto habían cautivado su imaginación. Se había visualizado a sí mismo arrodillado en el suelo, escarbando en la tierra, aportando cada día contribuciones pequeñas, pero tangibles, para su florecimiento.

Sin embargo, no había imaginado las múltiples desgracias que amenazaban a la especie vegetal. Cada noche estudiaba tomos pesados sobre jardinería y cada mañana se levantaba dispuesto a pelear, pero en vano. Sus esfuerzos no daban frutos, ni del tipo metafórico ni del tipo físico, y cada día se enfrentaba al reproche de un jardín que pugnaba por mantenerse con vida.

Al final se le ocurrió que lo estaba entendiendo todo mal. Se había decantado por la jardinería como una distracción de su labor principal, la investigación mágica que ocupaba gran parte de sus días; pero determinó que no podía mantener esa división estricta entre trabajo y placer si quería tener éxito con el jardín. Si deseaba que prosperara, debía aplicar las habilidades que poseía.

En cuanto elaboró una fórmula apropiada, el jardín empezó a mejorar.

Zacharias tenía la esperanza de poder plantar rosas pronto y tal vez se

atreviese a comerse un repollo.

Aquel era un riesgo real, pues no estaba claro cuál era el efecto completo del hechizo. Al ingerir el repollo, ¿también consumiría la magia que lo había hecho crecer? ¿Cuáles serían las consecuencias? No iba a regalar los repollos a nadie más, pero pensó que, para sí mismo, bien podía hacer la prueba.

Una ventaja de vivir solo en el campo era que le permitía llevar una vida intelectual ininterrumpida. Aislado de Londres, podía ignorar las disputas, las intrigas, las grandilocuencias y los embustes para conseguir poder que habían plagado su antigua vida. Siempre y cuando no dejara por ahí demasiados materiales mágicos que asustaran a la aldeana que lo visitaba una vez al día para prepararle una comida caliente y limpiar la casa, vivía en paz para encontrar la verdad… incluso si eso implicaba la ingesta ocasional de una hoja de repollo sospechosa.

No obstante, las orugas eran un problema. Gordas, peludas y satisfechas de sí mismas, se posaban sobre sus verduras en auténticas hordas y lo ignoraban hasta que él le hablaba a una directamente.

—Buenos días, señor —saludó Zacharias.

La oruga detuvo el movimiento animado de sus mandíbulas para responder.

—Hace buen tiempo, ¿eh?

Era un día de verano perfecto. Los cielos se extendían en un azul infinito, sin ningún rastro de nube que los salpicase; el aroma fresco de la vegetación y de la tierra le llenaba la nariz y le proporcionaba el placer intenso de estar vivo y al aire libre.

—Si se me permite decirlo, señor, parece usted preocupado —comentó la oruga.

Zacharias experimentó una breve lucha interna, pero se decantó por la franqueza.

—No sé cómo explicar la inteligencia sobrenatural que demuestran usted y su gente.

—Gracias por el cumplido, pero no sé si los míos son muy inteligentes

—contestó la oruga con alegría—. ¡A mí me parecen bastante bobos!

—Ah, cállate, Gilbert —replicó uno de sus compañeros, aunque sin rencor.

—La fórmula que ideé estaba pensada para fomentar el desarrollo de este jardín y de sus habitantes —explicó Zacharias, pensando en voz alta—.

Fue diseñada para aprovechar las ganas de vivir de cada ser vivo y usar esa fuerza natural para que la magia no tuviera mucho que hacer, solo acelerar lo

que se daba en la naturaleza. ¿Son esas ganas de vivir, en el fondo, un deseo de comprensión? ¿Acaso mis repollos empezarán a componer minuetos si dejo que la fórmula siga desarrollándolos? De hecho, ¿qué extrañas transformaciones se darán en mi persona si paso demasiado tiempo en el jardín? Yo también soy un ser vivo y estoy sujeto, en principio, a la influencia de la fórmula.

—Tu periodo de rusticación te ha convertido en un excéntrico, Zacharias

—dijo una voz por encima del seto—. ¿Conversar con tus verduras las ayuda a crecer?

Prunella estaba en el camino junto al jardín, con una mano sobre el flanco de su unicornio. Parecía haber llegado montada en Youko, pues vestía un elegante traje de montar de nanquín, y un rubor le cubría las mejillas. El simurg, Tjandra, estaba encaramado en su hombro, otorgándole la apariencia de una atractiva joven pirata.

—Hablaba con las orugas, no con los repollos —replicó Zacharias tras una pausa.

El corazón le latía absurdamente rápido. Porque no había recibido un aviso previo, claro. Ya no estaba acostumbrado a la sociedad.

Prunella asintió.

—Supongo que no tienes ocasión de mantener conversaciones racionales.

Debes de estar muy aburrido, al vivir tan apartado. No he visto ni un alma desde que salí del pueblo.

—Nos tiene a nosotros —dijo Gilbert, la oruga.

Prunella parpadeó.

—Me mantengo ocupado —añadió Zacharias—. ¿Te apetece una taza de té?

Prunella se paseó por la casa de campo, examinando los libros en los estantes y comentando, sin que nadie se lo hubiera pedido, las notas que había desperdigadas por cada superficie.

—Esa fórmula nunca funcionará. Hay un error flagrante en el primer verso y, además, los espíritus de la tierra solo te prestarán atención si hablas en anglosajón.

—Hay una pluma y tinta en el escritorio, si tantas ganas tienes de corregir los errores que veas —dijo Zacharias—. Espero que no te haya traído aquí ninguna desgracia. Por las cartas de Damerell, tenía entendido que solo una minoría dentro de la Sociedad seguía sin estar convencida de tu derecho sobre el báculo, pero me temo que quizá solo intentara ahorrarme preocupaciones.

—Ah, la Sociedad me importa un comino. Puede ponerse todo lo histérica que quiera, eso no me hace menos hechicera real. Pero debo decir, Zacharias, que me sorprendió que me endilgaras el báculo para venirte al campo. Ni siquiera había terminado mis estudios cuando te fugaste.

—Te mandé los textos necesarios —respondió Zacharias, mirándola con preocupación—. Sabía que sería una época difícil para ti, pero pensé que el menor de los dos males era que me marchara enseguida. Aunque nunca fui un hechicero real muy popular, temía que se creara un movimiento para reinstaurarme si la alternativa eras tú. Sin embargo, si me quitaba de en medio, creí que la Sociedad pronto reconocería lo idónea que eras para el puesto… Aunque solo fuera porque no había ningún otro candidato apto, puesto que Midsomer había accedido a no intentar destituirte.

—Ah, lo de Geoffrey Midsomer ya es agua pasada. Ha regresado al Mundo de las Hadas y no esperamos que vuelva en esta vida mortal. Sin embargo, no es el único taumaturgo malvado del mundo. Ya han intentado asesinarme tres veces en la misma cantidad de meses. Tjandra y Youko insisten en dormir a los pies de mi cama, y siempre estoy tropezando con protecciones.

Damerell se sienta en un rincón de mi estudio mientras las crea.

Piénsalo, Zacharias. Me has expuesto a la impertinencia de cualquier mago de poca monta que se cree que sería mejor hechicero real que una mestiza advenediza.

—Pero sigues viva —puntualizó Zacharias sin piedad.

—Son asesinos torpes, además de magos incompetentes —concedió Prunella—. Aun así, es una forma muy agotadora de vivir. Fue muy cruel por

tu parte ponerme en esta situación.

—Creía que eras la mejor candidata.

—Y era la única forma en la que podías evitar que me llevaran ante el comité directivo y me ejecutaran como a una criminal —añadió Prunella—.

Lo sé.

Zacharias estaba sacando las tazas de la alacena y habría roto su mejor vajilla si Youko no se hubiera apresurado a atrapar dos tazas cuidadosamente con las puntas de sus cuernos.

—Ah, ¿te pensabas que no averiguaría tus motivos? —preguntó Prunella

—. Acabaría por descubrirlos, ¿sabes? De hecho, tendría que haberlo hecho antes. No dejabas de repetir lo mucho que se escandalizaría la Sociedad por que tuviera tantos familiares. En cuanto supe que no se podía procesar al hechicero real por ningún crimen, excepto por los que dictan los estatutos, todo resultó muy obvio.

—Ese no fue mi único motivo —replicó Zacharias. Sacó una mesita, puso la cubertería y sirvió el té; el ritual lo calmó antes de seguir hablando

—. Llevaba tiempo cavilando sobre un dilema. Los deberes de mi cargo exigían que entregara tus tesoros a la Sociedad, a pesar de la confianza que depositaste en mí. Me dije que, como los huevos te pertenecían y había prometido guardar el secreto de su historia, no podía traicionar tu confianza.

Sin embargo, no sentía ninguna seguridad. Si hubiera permanecido en el cargo mucho más tiempo, sospecho que hubiera sido insostenible. Era necesario que renunciara al báculo o entregara los huevos: no

podía seguir siendo hechicero real y mantenerme fiel a mi promesa.

Prunella se quedó mirándolo por encima del borde de la taza.

—Eso no se me habría ocurrido nunca —admitió, con un estupor sincero

—. Aunque, claro, yo nunca le contaría a la Sociedad lo de los tesoros.

Querrán quitármelos. Aún no he decidido usarlos todos yo misma, a pesar de las instrucciones de mi madre. Youko y Tjandra me sirven para mis propósitos y, después de lo que tuve que hacer para que Leofric se marchara, soy reacia a acoger un nuevo familiar. Sería como una segunda traición. Pero preservaré los tesoros para mis hijas y las hijas de mis hijas.

Y, si tú se lo

dijeras a la Sociedad, tendría que matarte, pues no puedo permitir que los esfuerzos de mi madre se echen a perder de esa manera.

—Sospechaba que entenderías tu deber de una forma diferente. Como ciudadano civil, coincido por completo. En mi papel público, me habría resultado difícil mantener esa perspectiva.

—Cuán extraordinario. —Prunella destapó la tetera y echó un vistazo rápido y profesional a su contenido—. Veo que ya tocaba otro intento de asesinato. Debo enviar lejos a este malvado Bloxham. No es feo, a pesar de su incapacidad para orquestar un asesinato como es debido. Veré si la reina de las hadas desea a alguien más para su séquito.

—¿Tan malo es ser hechicera real?

—¿Aparate de los asesinos, dices? No es para tanto. Se me da muy bien.

—Lo dijo como si fuera un hecho—. Me ha hecho totalmente incasable, pero de eso no puedo echarte la culpa. ¿Te acuerdas de la chismosa de la señora Gray y del día que me vio volando por ahí con el señor Hsiang? No entendí por qué estaba en el parque tan temprano, y encima con Sophia Kendle, de quien nunca había sido amiga. Al parecer, la señora Gray había hecho averiguaciones sobre mi familia y consiguió descubrir a un pariente de mi padre, un viejo tío desagradable que lo repudió cuando se casó con mi madre. Cómo no, lo primero que hizo la señora Gray fue divulgar la noticia por toda la ciudad, empezando por Sophia, porque era amiga mía. ¡Qué

rencorosa!

—Entonces, ¿se conoce la identidad de tu madre? —inquirió Zacharias, observando con atención a Prunella. No parecía muy consternada a pesar de todo.

—Solo que era una mujer negra. Nadie en Inglaterra parece haber oído hablar de la Gran Hechicera de Seringapatam, y no tengo ninguna intención de contárselo. Es absurdo el escándalo que se ha montado. Mientras me creían la heredera de una familia noble, hija de una *bibi* a la que mi padre había abandonado, les resultaba aceptable, al parecer. Pero ahora que saben que mi padre era un don nadie que se casó con mi madre (y, lo más importante, que ninguno me dejó dinero), todos mis pretendientes me han abandonado. Sophia ni siquiera me habla, aunque puede que sea porque recomendé a su marido para el comité directivo. Ella preferiría que fuera miembro del Parlamento.

—¿Propusiste a Kendle para el comité? Pensaba que te despreciaba.

—En extremo —coincidió Prunella de buen humor—. Ha sido muy divertido verlo en las reuniones del comité, rechinando los dientes porque le di ese puesto. Es muy útil: como insiste en lamentarse abiertamente por Midsomer, todo el mundo tiene miedo de coincidir con él en cualquier cosa.

Lo único que debo hacer para que me aprueben una moción es persuadir a Kendle de que vote lo contrario.

—Parece que estás ejerciendo un efecto muy saludable sobre la taumaturgia inglesa.

—Todos tiemblan cuando me acerco, si es eso lo que quieres decir. Lo que más les asusta es que causé la muerte de mi familiar. Consideran atroz mi falta de compasión.

—¿Eso te sorprende?

Prunella alzó la barbilla en el gesto desafiante que tan familiar le resultaba a Zacharias.

—No me arrepiento, aunque echo de menos a Nidget y sé que lo usé de una forma bárbara. Merecía algo mejor por mi parte. Pero lo sacrifiqué para ayudarte y volvería a hacerlo.

Zacharias bajó la mirada, sintiendo calor en las mejillas. Al reflexionar

sobre el asunto, le sorprendió descubrir que había tomado una decisión casi sin saberlo. Solo debía reunir el valor necesario para intentarlo. No esperaba tener que hacerlo tan pronto y no sabía si era el mejor momento o el peor.

Pero debía hacerlo ahora o se arrepentiría por el resto de sus días.

—En estas circunstancias, ¿deseas casarte? —preguntó—. Yo dudé, siendo hechicero real, de si mi deber me impediría disfrutar de la felicidad doméstica.

—Nunca he pensado en eso, ya sabes. Solo quería tener mi propio hogar y no tener que dar clases como la señorita Liddiard y el resto de profesoras, ni que me despreciaran mis superiores y me maltrataran mis alumnas. Ahora, sin embargo, tengo un estipendio y, como lady Wythe ha insistido en que me quede con ella, cubro así todas mis necesidades. Pero lamento perder la perspectiva de tener hijas. No podré legar los tesoros a mis hijas si no tengo ninguna. No obstante, es inútil preocuparse por ello, ya que dudo que alguien me proponga matrimonio.

—Bueno, creo que en eso te equivocas.

—Ya sabes a lo que me refiero —replicó Prunella con impaciencia—.

Supongo que siempre puedo llamar al hijo del carnicero que rondaba la cocina de la señora Daubeney, pero tengo grandes ambiciones. No solo quería casarme, ¿sabes? Quería casarme con alguien rico, que estuviera muy enamorado de mí y que me dejara hacer lo que me diera la gana.

—Eso aún es una posibilidad —dijo Zacharias. Se le cerró la garganta y, durante un momento terrible, pensó que no sería capaz de decirlo, pero consiguió continuar de puro milagro—. Heredé mucho dinero cuando sir Stephen murió. Me he contentado con una vida sencilla, pero si tú… O sea, si fuera necesario vivir con más estilo, mi renta podría soportarlo.

Prunella se quedó en blanco.

—No tengo ni la más remota idea de lo que estás diciendo.

—Lo único que quiero decir es que yo me casaría contigo. —La voz de Zacharias parecía proceder de muy lejos y no de su propio cuerpo—. O sea, me gustaría, si me aceptaras. Cumplo las condiciones que has enumerado, aunque no pretendo dar por hecho que eso sea incentivo

suficiente para que aceptes mi oferta.

Prunella se levantó de golpe de la silla, como si el cojín hubiera estallado en llamas debajo de ella, y se escabulló a la otra punta de la habitación. Youko, que se comía tranquilamente un pastel de semillas, alzó la mirada alarmada.

Tjandra voló a la repisa de la chimenea, graznando.

—¿A santo de qué me vienes a decir eso? —espetó Prunella.

Ahora que ya lo había dicho, Zacharias se sentía más cómodo.

—Parecía el momento adecuado. Pero siento haberte asustado.

—Ah, no es molestia alguna —exclamó Prunella. Empezó a pasearse por la habitación, muy agitada—. ¿Se te ha ocurrido así como así? ¿No tenías motivos para pensar que tu oferta sería bienvenida?

—Veo que te he sorprendido —contestó Zacharias, aunque dudó—.

Quizá habría sido mejor avisarte antes… O ir poco a poco. Sin embargo, no puedo presumir de tener experiencia en cortejos. Mi trabajo, mis vivencias e incluso mis gustos han hecho imposible para mí estudiar la práctica como es debido.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho? —insistió Prunella con agresividad

—. ¡Estábamos disfrutando de una conversación muy agradable!

—¿Cuando me estabas sermoneando por haberte convertido en hechicera real, quieres decir?

Prunella no estaba escuchando.

—Supongo que, al hablarte de mis perspectivas, has creído que estoy desesperada por una oferta. Quiero casarme, no es ningún secreto. Pero también he dejado siempre claro, o eso espero, que solo aceptaré una propuesta real. No, eres muy amable, Zacharias. Sé que quieres ayudar.

¡Pero tengo demasiado orgullo para casarme con alguien que se ha ofrecido por lástima!

—No me has entendido —repuso Zacharias. Clavó su mirada perdida en las tazas colocadas sobre la mesa, notando el pulso en la garganta —. Dije que cumplía con todas las condiciones que habías enumerado.

Si… si lo que quieres es un afecto profundo por parte de tu pretendiente, no deberías tener motivos para quejarte de mí.

Prunella se dio la vuelta y fijó la vista en él con intensidad.

—Zacharias, ¿quieres decir que te has ofrecido porque estás enamorado de mí?

Él asintió.

—Siempre me ha parecido injustificable un matrimonio sin afecto… Es la causa de mucha miseria y pecado que podrían haberse evitado con facilidad.

Prunella se acercó con paso ligero y cauto, como si se aproximara a un animal salvaje. Examinó con atención el semblante de Zacharias. El suyo era grave, tan libre de crueldad o designio como el de un niño.

—Pero no apruebas que me casara por dinero.

—Ese es un asunto que queda entre tu conciencia y tú. Si decidieras aceptar mi oferta por ese motivo, me contentaría con que los principios bajo los que actúas me permitieran alcanzar la felicidad según los míos. No pretendo juzgar tu decisión.

—Tienes razón. No te corresponde a ti juzgarme —dijo Prunella con aspereza—. ¿Me quieres?

—Sí, Prunella.

—Pues entonces —añadió la joven, frunciendo el ceño con una ferocidad inconcebible— debes saber que, al aceptar tu oferta, mis motivos coinciden con los tuyos. No puedo criticarlos, juzgados de acuerdo a tus principios.

Con gran atrevimiento, Zacharias le acarició la mejilla con la punta de los dedos. Prunella se ruborizó, pero mantuvo el ceño fruncido.

—Lady Wythe estará complacida —continuó—. Siempre decía que era espantoso casarse por dinero.

—Lo es.

—Me dijo que debía casarme por amor, pero que consiguiera enamorarme de un hombre con recursos —dijo, acentuando aún más su ceño

—. Le gratificará que haya seguido su consejo.

—Perdona mi impertinencia —intervino Zacharias—, pero ¿te opondrías a que te besara?

Prunella pareció más enfadada y ruborizada que nunca.

—Pensaba que había hablado en términos lo suficientemente claros para la comprensión más básica. Si necesitas preguntarlo, creo que no me has entendido en absoluto.

—Me ha parecido cortés preguntar.

Prunella alzó la barbilla de un modo que Zacharias encontró más cómico que favorecedor. Aun así, le pareció increíblemente encantador.

—Bueno —replicó la hechicera, como quien reta a otra persona a hacer algo muy peligroso—, ¿por qué no lo intentas y vemos qué pasa?

Zacharias lo hizo, y aquello distrajo a los dos lo suficiente como para suspender la conversación durante un tiempo. Youko se acercó a investigar, pero se aburrió cuando su dueña no le prestó atención y salió de la casa en

busca de entretenimiento. Tjandra, más discreto, metió la cabeza bajo el ala y se durmió.

—¿Volverás a la ciudad? —inquirió Prunella, después de que el periodo de profundo interés mutuo hubiera pasado—. Lady Wythe te echa de menos, igual que Damerell y Rollo.

—Iré —respondió Zacharias.

Aunque, de algún modo, tendría que hacer algo con las orugas.

—Me vendrás bien para el papeleo —añadió Prunella; el semblante se le iluminó. El sol que entraba por la ventana la rodeaba con una luz dorada y volvía su cabello de un castaño bruñido. Zacharias se enrolló un mechón sedoso en el dedo, maravillándose por su color y textura, hasta que las siguientes palabras de Prunella le hicieron soltarlo—. Les he dado a comer las cartas a Tjandra y Youko, pero no puedo hacerlo para siempre. Tengo demasiado miedo de que les afecte la digestión.

—¡Prunella…!

—¡Ah, casi se me olvida! —exclamó—. ¡Por eso había venido a verte!

La señora Daubeney no permite enseñar magia en su escuela, pero le escribí a Henrietta Stapleton (nunca pudimos evitar que levitara en sueños,

¿sabes?) y estaba encantada, así que ha reunido a un grupo de jóvenes tan obstinadas como ella que desean enseñar. Lady Wythe nos ha encontrado un edificio apropiado y acabaremos de reformarlo dentro de unos meses, pero no he podido darles la ayuda que necesitan. Lo que requiere más trabajo es convencer a los padres; si lo conseguimos, tendremos suficientes alumnas para abrir la escuela. Les encantará tenerte allí para ayudarlas. Debo decir que todo ha salido a pedir de boca.

—¿De qué estás hablando?

—¡Pues de la escuela! —soltó Prunella—. La escuela de *magiciennes*.

Aunque no estará restringida a chicas… Nuestra intención es abrirla para las clases trabajadoras, y para extranjeros, y para mestizos, y para personas anómalas de cualquier tipo. Es un gran secreto, por supuesto. Si los padres se enteran, nunca lo conseguiremos. Lady Wythe está muy entusiasmada con esto y va por todas las grandes casas de la ciudad para exigir que contribuyan con fondos o con hijas. Aunque tenemos suficiente dinero para empezar, porque la Sociedad nos ha dado todo lo que necesitamos por ahora.

—¿La Sociedad la va a financiar? —preguntó Zacharias. Era la mayor sorpresa que había recibido en toda la mañana—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Deberías saberlo mejor que nadie, Zacharias —respondió Prunella, sorprendida—. Tú mismo lo has dicho. Se me da muy, pero que muy bien

ser hechicera real.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a mi agente, Caitlin Blasdell, por el cuidado infinito que ha dedicado a este libro, y también a Hannah Bowman por sus comentarios sobre el manuscrito.

Gracias a Diana Gill y Bella Pagan, y a los fantásticos equipos de Berkley/Ace/Roc y Pan Mcmillan.

Soy muy afortunada por contar con una familia cariñosa, franca y divertidísima. Gracias por todo, mamá, papá, Ko y Rin.

Este libro no se habría escrito sin el amor y el apoyo inquebrantables de mi marido, Peter. Ningún escritor podría tener mejor compañero. No escribí este libro para ti, pero espero que lo aceptes igualmente.

He empezado muchas historias a lo largo de mi vida, pero no podría haber completado ninguna de ellas de no ser por la fe, el entusiasmo y los ojos de mis amigos imaginarios que viven en internet. Gracias. Ya sabéis quiénes sois.

Posfacio por

Leticia Lara

Hay algo seductor e hipnótico en las novelas que toman como referencia las intrigas familiares de la época victoriana o de la Regencia del Imperio Británico. Quizá sea porque forman parte del imaginario colectivo a través de las múltiples adaptaciones cinematográficas que se han hecho de las obras costumbristas de ese momento histórico. O, tal vez, por ese espíritu inquisitivo y curioso que vive en cada uno de nosotros y que nos hace querer saber cómo se desarrollan las vidas ajenas.

Si a esto añadimos también un elemento mágico, normalmente relacionado con la tradición feérica, tenemos el caldo de cultivo perfecto para crear un

subgénero que nunca ha dejado de estar de moda y que en la actualidad goza de una salud envidiable: la fantasía costumbrista.

Quizá las obras más conocidas en nuestro país que se pueden etiquetar con esta definición, aunque la trasciendan, sean *Jonathan Strange y el señor Norrell* (2004, Salamandra), de Susana Clarke y *Garras y Colmillos* (2003, La factoría de ideas), de Jo Walton.

La primera de ellas es una obra cumbre de la fantasía moderna, así que intentar restringirla a una mera representación de la fantasía costumbrista sería constreñirla injustamente, ya que supera toda intención de catalogarla.

Sin embargo, en ella se distinguen varias de las características que se podrían utilizar para definir este subgénero, como la estructura social jerárquica y rígida o el énfasis en lo que se considera un comportamiento aceptable dentro del lugar que cada uno ocupa en la sociedad. En este caso, el uso de la magia ha caído en declive, pero los dos protagonistas de la historia rivalizan por volver a utilizarla. El señor Norrell desde la tradición y las costumbres, y Jonathan Strange desde una óptica más moderna y talentosa. Enmarcada en las guerras napoleónicas, se trata de una novela que perdura en el imaginario de sus lectores a pesar de que ya hayan pasado casi veinte años desde su publicación. Aunque a esto, sin duda, ha ayudado también su adaptación televisiva.

Jo Walton dio otra vuelta de tuerca al género con su obra *Garras y Colmillos.* A primera vista, todos los indicios nos hacen suponer que se trata

de una novela costumbrista, que gira principalmente en torno a la virtud de sus personajes. Otros hilos de la narración hablan sobre reclamaciones de herencias, movimientos abolicionistas… Todo parecería de lo más normal, si no fuera porque los protagonistas son dragones. Y este hecho diferencial marca totalmente la novela haciéndola destacar de manera notable. Por poner un ejemplo, que la virtud de las hembras dragón pueda ponerse en duda de forma visualmente evidente es un simple añadido a la sospecha que siempre pende cual espada de Damocles en cualquier matrimonio concertado. También se aprecia de forma predominante la lucha de clases, siendo quizá una de las costumbres más controvertidas la tradición de

alimentarse de los miembros más débiles de la raza para aumentar el poder de los ya encumbrados.

Teniendo en mente estos dos ejemplos, creo que sería muy interesante estudiar las características que definen el subgénero para poder hacernos una idea del marco en el que nos encontramos. Lo primero y más llamativo es la importancia suprema que se da a la familia y al abolengo, circunscrito a una sociedad bastante elitista. Esto puede parecer solo un trasunto de la sociedad inglesa del siglo XIX, pero estamos hablando de un periodo de tiempo bastante largo, en el que incluso hizo su aparición la Revolución Industrial.

Así que, aunque algunos aspectos parezcan inalterables, nos encontramos en realidad ante la evolución de una sociedad y, por ende, de las relaciones de los sujetos que la componen. El rígido mundo donde la etiqueta y las apariencias lo eran todo poco a poco comienza a liberarse por la presión de los propios integrantes del conjunto.

Obviamente, si las relaciones intrafamiliares son de tanta importancia, es lógico suponer que muchos de los protagonistas de las historias serán hermanos, primos o, extendiendo un poco más la idea, pertenezcan al mismo clan. Y se dará muchísima importancia a los enlaces matrimoniales cuyo principal objetivo es fortalecer las alianzas ya creadas y forjar otras nuevas que puedan fructificar en beneficios para los interesados. Es por esto que abundan las escenas sobre bailes, presentaciones en sociedad, negociaciones matrimoniales… es la savia que alimenta el árbol genealógico y le da vigor y continuidad.

Para añadir el toque fantástico, imprescindible en una fantasía de este tipo, se recurre casi siempre a la relación con el mundo de las hadas.

Enraizado con el saber transmitido a lo largo de generaciones de que los tratos de este tipo suelen estar plagados de trampas, en gran parte de las obras de la fantasía costumbrista se observa el extremo cuidado que se ha de tener a la hora de definir un acuerdo y delimitar el coste y la forma de pago de las negociaciones. No en vano, en muchos cuentos más antiguos la relación con las hadas acababa pagándose cara. Es posible que también se vea reflejado el espíritu mercantil que caracterizaba a la sociedad de la

época, unido con cierta tendencia casi rayana en la ludopatía por las apuestas y los trueques.

Si nos detenemos un poco en el libro que acabas de terminar, podremos observar algunas de estas características, aunque todas pasadas por el particular tamiz de los orígenes culturales de Zen Cho, que tanto influyen en su obra, desde *La mujer de terracota* (2021, Duermevela Ediciones) hasta su reciente *Black Water Sister* (2021). Su origen malasio le sirve como fuente de inspiración para todas sus publicaciones, pero es especialmente llamativo en la última novela mencionada, donde no es solo que la acción transcurra en este país, es que incluso la jerga utilizada por los personajes es la que se habla allí, lo que ha dado lugar a algo de controversia por parte de los lectores que no se lo esperaban.

En *El hechicero de la Corona* (2022) tanto Zacharias como Prunella deberán enfrentarse a la rígida estructura social que los sitúa en el rol de parias, tanto por su origen como por el color de su piel, a pesar de sus innegables dotes mágicas. Como habrás podido observar, el racismo y el clasismo inherente de la sociedad es lo que los lleva a rebelarse contra estas injusticias. Además, el retroceso de la magia y la relación con las hadas nos recuerda poderosamente a *Jonathan Strange y el señor Norrell,* pero Cho consigue labrar su propio camino. Con dos personajes principales muy fuertes, es de agradecer que el ritmo no decaiga en ningún momento, a pesar de tratarse de la primera novela de la autora.

También es destacable la presencia de la magia «extranjera» que se verá muy reforzada en su secuela, pero que aquí ya se atisba. Claro que, conociendo la trayectoria de la autora, esta magia «asiática» no nos sorprenderá, porque ya pudimos verla en *The Order of the Pure Moon Reflected in Water* (2021) y en algunos de los relatos de la recopilación *Spirits Abroad* (2022), de reciente reimpresión en su idioma original.

Centrándonos más en la propia novela, es delicioso cómo Prunella

escapa de los términos acordados por la etiqueta recurriendo al humor, utilizando las mismas armas con las que la atacan para devolver certeramente los golpes. Es una manera muy sutil y a la vez muy inteligente de endulzar la crítica que está presente a lo largo de toda la novela, para que el lector

reciba el mensaje pero no lo rechace como sí podría ocurrir si se le ofreciera de una manera más cruda y descarnada.

Ahora que has leído y disfrutado de *El hechicero de la Corona*, la pregunta obligada es: ¿Te has quedado con ganas de más? Entonces, no me cabe duda de que te interesarán los libros de los que voy a hablar a continuación, como forma de profundizar en el subgénero.

Como mencionaba anteriormente, la fantasía costumbrista está en auge en la actualidad. Para comprobarlo basta con echarle un vistazo a algunas de las novelas publicadas en estos últimos años en el mercado anglosajón.

Podemos empezar por una en la que la fantasía es prácticamente testimonial, aunque deje notar su presencia. Nos referimos a *The Beatiful Ones* de Silvia Moreno-García, publicada originalmente en 2017 pero reeditada en 2021.

Moreno-García es una autora polifacética, capaz de saltar de género en cada una de sus obras buscando no estancarse en ningún momento. Ahí tenemos *Mexican Gothic* o *Prime Meridian*, dos libros que no se parecen absolutamente en nada, pero que han salido de la misma pluma. En esta ocasión, nos presenta una novela de intrigas familiares, con protagonistas inocentes y antagonistas malvados que se dedican a hacerles la vida imposible por despecho y una profunda envidia. El toque fantástico es la capacidad de la protagonista, Antonina Beaulieu, para ejercer la telequinesis.

Una voz que ha llegado más recientemente, pero que ya cuenta con una producción bastante copiosa, es C.L. Polk. Gracias a la trilogía *The Kingston Cycle* y sobre todo a *The Midnight Bargain* se está haciendo un hueco bien merecido en el corazón de los seguidores del subgénero.

La trilogía *The Kingston Cycle* la conforman tres novelas cortas: *Witchmark* (2018), *Stormsong* (2020) y *Soulstar* (2021). En esta ocasión, uno de los elementos más destacados de la historia es la presencia de personajes LGTB, al tiempo que se refuerza el elemento fantástico con la relación entre los reinos feéricos (o como se llaman aquí, amarantinos) y el

mundano. En la primera entrega conoceremos y llegaremos a disfrutar de la relación fraternal entre Miles y Grace, dos hermanos que se quieren, pero que son capaces de hacerse daño mutuamente por defender sus ideales; que pueden caer en contradicciones, pero que se apoyan el uno al otro. El libro comienza haciendo hincapié en los desastres de la guerra, como también vimos en *Jonathan Strange y el señor Norrell,* pero quizá el punto pivotal sobre el que gira la trama es la necesidad de sumisión en el seno de las familias de los menos poderosos hacia los que tienen mayores capacidades mágicas, algo que veremos también en otras obras de las que hablaremos posteriormente. En las siguientes entregas de la trilogía, el foco de la autora va cambiando de personajes, pero no así el trasfondo de la historia, que sí se mantiene

No obstante, la obra más destacada de C.L. Polk que también se enmarca en este subgénero es *The Midnight Bargain* (2020), de la que se podría decir que se ajusta canónicamente a lo que hemos definido como fantasía costumbrista, con su temporada de presentación de las jóvenes en sociedad para conseguir un buen marido y, en el caso de Beatrice, la protagonista, sacar a su familia de los terribles apuros económicos en los que se encuentra. Pero el quid de la cuestión, en este caso, es la oportunidad de ejercer la magia, pues, aunque el talento aparece de forma natural tanto en hombres como en mujeres, solo se permite su estudio al género masculino.

El hecho de que la magia esté basada en tratos con los espíritus supone demasiado riesgo para el sexo “débil”. Incluso desde el momento en que se casan, las mujeres están obligadas a llevar un collar marital que les impedirá realizar cualquier tipo de magia para proteger a sus futuros descendientes de la posibilidad de que los posean determinados espíritus cuando aún no han

nacido. Polk no es excesivamente sutil en el mensaje que desea enviar, pero tampoco se trata de una novela con un feminismo beligerante. Esta reivindicación del papel femenino enraíza con la misma esencia de *El hechicero de la Corona,* con la importancia del personaje de Prunella y su encierro para que no ejerza su magia, con la única diferencia de que en la obra de Polk está bien visto el uso del collar marital y en la de Cho

directamente se oculta de la visión de la gente de bien la posibilidad de que las mujeres hagan magia.

En el plantel de autoras que han publicado dentro del subgénero no podemos pasar por alto a Emma Newman, que tiene bastantes novelas

de fantasía que se ajustan a las características que hemos mencionado antes.

Sus últimas aportaciones al género fueron las dos entregas de *Industrial Magic, Brother's Ruin* (2017) y *Weaver's Lament* (2017), que no tuvieron continuidad en la editorial que las publicó en su momento, pero de las que la propia autora no descarta escribir continuaciones autoeditadas. El elemento disruptivo en estas novelas es la Revolución Industrial, adaptada a un mundo con presencia mágica, por supuesto. Muy en consonancia con *The Midnight Bargain,* en esta ocasión todo aquel que demuestre tener poder mágico deberá dejar atrás su vida para dedicarse en cuerpo y alma a servir al estado. Pero Newman decide cambiar la extracción social de los protagonistas de los dos libros, que ya no pertenecen a la alta sociedad si no a la clase media, con lo que rompe un poco con la tendencia, que parecía bastante clara en todas las obras anteriormente comentadas, de situar a sus protagonistas en las capas más altas del estrato social. La autora hace mucho hincapié en el aspecto social en ambos libros, fijándose en las condiciones casi esclavistas de los trabajadores de los telares. Reivindica los derechos de los trabajadores, pero sin llegar a ser panfletista.

Una de las publicaciones más recientes que quisiera resaltar es *A Marvellous Light* (2021), de Freya Marske, que se ha abierto camino con fuerza, ya que su continuación, *A Restless Truth,* verá la luz este mismo año.

Marske da mucha importancia al elemento LGTB en la historia y no vacila en reflejar escenas de sexo entre personas del mismo género de forma explícita, algo sobre lo que quizá se pasaba más veladamente en todas las obras anteriormente mencionadas. *A Marvellous Light* juega mucho con los malentendidos y el cumplimiento de la etiqueta, colocando por delante las excusas antes que la claridad en los argumentos y dando lugar a muchas situaciones de confusión que tan típicas son en las comedias románticas, del mismo modo que Zen Cho utiliza el humor para mandar su mensaje. Si bien es cierto que es una novela perfectamente disfrutable de por sí, hay muchos

elementos de la sociedad y de la magia que no quedan claros por decisión de la propia autora. Sin duda, se guarda cartas en la manga para su nueva novela, *A Restless Truth.*

Una autora que ha acompañado a Zen Cho desde sus inicios y que sin duda ha tenido algo de influencia en su obra es Aliette de Bodard, conocida en España por sus relatos de ciencia ficción publicados por la

desaparecida editorial Fata Libelli, como *En una estación roja, a la deriva.* La escritora franco-vietnamita también ha publicado obras dentro del subgénero de la fantasía costumbrista, siendo la última de ellas *Of Fears, Ghosts and Grievances,* una novela corta que puede considerarse hermanada con *El hechicero de la Corona* por la marcada influencia de la magia oriental, las intrigas cortesanas y el racismo inherente a las posiciones de poder dentro del reino, aunque en este caso las tornas se vuelven contra los occidentales por estar en minoría.

No podemos olvidar los libros que ya están publicados en nuestro idioma que también se pueden circunscribir en esta definición del subgénero.

Quizá el más destacado sea *El emperador goblin* (2018, Alethé, la esfera de libros), de Katherine Addison, que comparte con *El hechicero de la Corona* la crítica al racismo incluso en las más altas esferas, en este caso en la persona del propio emperador descendiente de una madre goblin y por lo tanto despreciado por gran parte de la corte. El paralelismo con el racismo que sufre Zacharias a pesar de ser el mago más importante del país es evidente y la forma de resolverlo, mediante la inteligencia más que por la imposición de la categoría social, también.

Otra obra publicada también en español que podría tener características de fantasía costumbrista, es *El árbol de las mentiras* (2016, Bambú Editorial) de Frances Hardinge, ganadora del Kelvin 505 a mejor novela juvenil. La presión social que obliga a la familia de Faith a salir huyendo de la gran ciudad destinados a un pequeño pueblo de provincias por los rumores que manchan la honra del *pater familias* es la misma que hubiera condenado a Prunella a permanecer en el ostracismo de la residencia para señoritas por querer ejercer su magia. Otra peculiar característica que une a ambas es su insaciable curiosidad y su inteligencia por encima de lo normal.

Document Outline

- PRÓLOGO
- CAPÍTULO 1 18 AÑOS MÁS TARDE
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14
- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16
- CAPÍTULO 17
- CAPÍTULO 18
- CAPÍTULO 19
- CAPÍTULO 20
- CAPÍTULO 21
- CAPÍTULO 22
- CAPÍTULO 23
- CAPÍTULO 24
- CAPÍTULO 25
- CAPÍTULO 26
- CAPÍTULO 27
- AGRADECIMIENTOS
- La mujer de terracota
- Cuando la luna era nuestra
- La maldición del tranvía 015
- Las bestias olvidadas de Eld
- Las mareas negras del cielo